

La amenaza de guerra nuclear. Estrategia, política y ética

Carlos Santamaría

PUBLICACIONES **idatz** ARGITARAPENAK
SAN SEBASTIAN - DONOSTIA

© idatz
Editorial Diocesana. Elizbarrutiko Argitaldaria
Urdaneta, 10. Apartado 579 Postakaxa
Teléfono (943) 46 53 26
20006 DONOSTIA - SAN SEBASTIAN

Depósito Legal: 692/85
I.S.B.N.: 84-85713-45-1

Imprime: Gráficas Izarra. Usúrbil

Contenido

Presentación

Algunas siglas usuales

- I.—Cuarenta años de no-utilización del arma atómica
 1. Una importante lección de la historia
 2. Las guerras de Corea y del Vietnam
 3. Crisis del canal de Suez y de los misiles de Cuba
 4. El inicio de la distensión
- II.—La negociación nuclear
 1. Los primeros pasos
 2. El periodo negociador: 1963-1979
 3. Las negociaciones «SALT»
 4. La «doble decisión» de la OTAN
 5. Las negociaciones tras la «doble decisión»
 6. Las conversaciones sobre armas estratégicas
- III.—El progreso del arma nuclear
 1. Las primeras etapas
 2. Gigantismo y miniaturización.
 3. La mutación balístico-nuclear
 4. Las armas posnucleares
 5. Las armas de alta tecnología
 6. La guerra en el espacio
- IV.—La situación actual
 1. Bipolarización y bipolarismo
 2. El duopolio ruso-americano
 3. La situación de Europa
 4. La amenaza soviética
 5. «Recoupage» y desconfianza trasatlántica
 6. La Europa europea
 7. La fuerza francesa de disuasión nuclear
 8. España ante la «situación nuclear»
- V.—Pacifismo y razones éticas contra el arma nuclear
 1. Pacifismo y militarismo en la Europa nuclear
 2. Pacifismo físico y pacifismos éticos
 3. No-violencia y desarme nuclear unilateral
 4. La moral católica ante las armas nucleares

Glosario sobre palabras relativas al arma nuclear

Cronología

Bibliografía reducida en lengua española

Presentación

El tema de las armas nucleares es de una permanente actualidad. Por lo que tiene de amenaza de posible conflagración de alcance universal, cuyas consecuencias difícilmente podemos imaginar. O por lo que puede significar de llamada apremiante a la sensatez humana, a fin de alejar definitivamente el fantasma de la guerra. A ello debe añadirse, en la coyuntura actual, la circunstancia muy concreta y particular de los debates, actuales ya o previsibles al menos, que ha de suscitar el anunciado referéndum sobre la adhesión del Estado español a la OTAN.

Sin embargo esta obra no es fruto de la improvisación. El Instituto de Teología y Pastoral de San Sebastián encargó a Carlos Santamaría, hace ya dos años, la dirección de un Seminario y un Cursillo sobre la problemática de las armas nucleares y su relación con la paz y la ética. Ello sirvió de acicate para que, movido por su fina sensibilidad ante todo lo que puede afectar profunda reflexión sobre el tema. La obra que ahora sale a la luz es el fruto de un minucioso trabajo, desarrollado a lo largo de estos dos años.

No supone ninguna novedad que Carlos Santamaría haya dedicado su atención y su exquisita capacidad de análisis filosófico-político a la problemática suscitada por el rearme atómico. Aparte de su profesional capacitación técnico-científica, basta recordar su actuación como director de las Conversaciones Católicas Internacionales, allá por los años 50, para cerciorarse de que un tema como éste podía ser abordado por él con la seguridad de que algo importante podía decirnos. Esta expectativa no ha quedado frustrada.

Su estudio tiene, ante todo, un mérito especial. El de ayudarnos a situar el problema de las armas nucleares en sus verdaderas dimensiones reales, no sólo técnicas sino también políticas. Y ello en la única perspectiva en que puede hacerse sin traicionar la realidad, el intento de un supuesto equilibrio de bipolaridad entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética.

El mérito mayor de la obra radica en «abrir los ojos» ante cualquier tentación de simplificar los planteamientos. Lo que se hace particularmente útil e interesante ante la eventualidad de la consulta popular. Desde esta perspectiva, la obra, escrita en un lenguaje asequible a todo el mundo, puede prestar un gran servicio en el momento de prever y medir las consecuencias de la propia decisión, sea ella la que fuere.

No es fácil discernir qué es lo que puede haber de estrategia y qué de ética en los diversos tratamientos dados a este tema. La perspectiva ética es objeto de estudio en el último capítulo. Los Episcopados de diversas naciones han manifestado su parecer sobre esta dimensión del problema. También la Conferencia Episcopal Española habrá de tomar postura sobre el mismo. Naturalmente el Autor no tiene la pretensión de corregir ninguna de las posiciones mantenidas ni de ofrecer un juicio propio, más o menos original. Le basta con desvelar toda la gravedad que puede encerrar cualquier intento de mantener el problema en el nivel de las meras consideraciones políticas o estratégicas.

Más aún. Los diversos juicios éticos serían difícilmente inteligibles sin el realismo histórico con que el tema es planteado en estas líneas.

El «Instituto de Teología y Pastoral» de San Sebastián no puede menos de agradecer gozosamente esta valiosa aportación de Carlos Santamaría, hecha a una opinión pública a la que, no cabe duda, habrá de interesar conocer qué es lo que se trae entre manos antes de decidir en un momento histórico de enorme transcendencia.

San Sebastián, 1º de septiembre de 1985.

José M^a Setién, Ob.

Director del Instituto de Teología y Pastoral

Algunas siglas usuales

ABC	« <i>Atomic, biological and chemical</i> » Armas atómicas, biológicas y químicas.
ABM	« <i>Anti-Ballistic Missile</i> » Sistemas de misiles antibalísticos.
ADM	« <i>Atomic Demolition Munition</i> » Minas nucleares de demolición.
AFAP	« <i>Artillery Fired Atomic Projectiles</i> » Proyectil nuclear lanzado por artillería.
AGM	« <i>Air-Ground Missile</i> » Misil aire-suelo.
AIRS	« <i>Advanced Inertial Reference Systems</i> » Sistemas de conducción avanzada por inercia.
ALBM	« <i>Air-Launched Ballistic Missile</i> » Misil balístico aero-transportado.
ALCM	« <i>Air-Launched Cruise Missile</i> » Misil de crucero aero-transportado
ANT	Ver TNW.
ASATS	« <i>Anti-satellite Systems</i> » Sistemas antisatélites USA.
ASM	« <i>Air-to-Surface Missile</i> » Misil aire-suelo.
ASROC	« <i>Anti-Submarine Rocket</i> » Cohete antisubmarino.
BMEWS	« <i>Ballistic Missile Early System</i> » Sistema de alerta avanzado contra misiles balísticos.
C3	« <i>Command, Control and Communications</i> » Sistema de mando, control y comunicación para el control del desarrollo de un conflicto nuclear.
CBW	« <i>Chemical, biological Warfare</i> » Guerra química y biológica.
CED	Comunidad Europea de Defensa.
CEE	Comunidad Económica Europea.
CEP	« <i>Circular Error Probable</i> » Círculo de Error Probable.
CM	« <i>Cruise Missile</i> » Misil de crucero.
DAM	Sistemas de defensa antimisil.
DEW	« <i>Distant Early Warning Line</i> » Línea de radars de detección para alerta avanzada contra misiles.
EMP	« <i>Electromagnetic Pulse</i> » Impulsión electromagnética producida por una explosión nuclear.
EP	« <i>Earth Penetrator</i> » Cabeza nuclear penetrante.
ERW	« <i>Enhanced Radiation Weapon</i> » Arma nuclear de radiación reforzada o «bomba de neutrones».
FBS	« <i>Forward Based Systems</i> »

	Sistemas de defensa avanzados, en espacio y tiempo.
FOBS	« <i>Fractional Orbital Bombardment System</i> » Sistemas de bombardeo parcialmente orbitales, es decir, que en una primera fase de su trayectoria funcionan como satélites y después como proyectiles. Armas nucleares instaladas en satélites.
G 1	Denominación soviética de las Conversaciones INF.
GLCM	« <i>Ground-Launched Cruise Missile</i> » Misil de crucero lanzado desde el suelo.
IAEA	« <i>International Atomic Energy Agency</i> » Agencia internacional de energía atómica.
ICBM	« <i>Intercontinental Ballistic Missile</i> »
IDS	Ver SDI.
IGS	« <i>Inertial Guidance System</i> » Sistema de conducción inercial.
IISS	« <i>The International Institute for Strategic Studies</i> » Instituto internacional para los estudios estratégicos.
INF	« <i>Intermediate Range Nuclear Forces</i> » Fuerzas nucleares de alcance intermedio. Conversaciones de Ginebra sobre estas fuerzas.
ARBM	« <i>Intermediate Range Ballistic Missile</i> » Misil balístico de alcance intermedio.
KT	Kilotón.
LR	« <i>Long-Range</i> » Largo alcance.
LRBM	« <i>Long-Range Ballistic Missile</i> » Misil balístico de largo alcance.
LRNTF	« <i>Long-Range Theater Nuclear Forces</i> » Fuerzas nucleares «de teatro» de largo alcance.
MAD	« <i>Mutual Assured Destruction</i> » Destrucción mutua asegurada.
MARV	« <i>Manoeuvrable Re-entry Vehicles</i> » Misiles con cabezas múltiples maniobrables independientes cuyos objetivos pueden ser modificados sobre la marcha.
MBFR	« <i>Mutual Balanced Forces Reductions</i> » Reducciones mutuas y equilibrados de fuerzas.
MG	Megatón.
MHV	« <i>Miniature Homming Vehicle</i> » Vehículo miniatura de cabeza buscadora.
MIRV	« <i>Multiple Independently Targetable Re-entry Vehicle</i> » Vehículo de retorno con cabezas múltiples independientes guíables hacia objetivos programados a voluntad antes del lanzamiento.
MRCM	« <i>Medium-Range Cruise Missile</i> » Misil de crucero de alcance medio.
NATO	« <i>North Atlantic Treaty Organization</i> » Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).
NAC	« <i>National Command Authority</i> » Suprema instancia USA para entrada en acción de armas nucleares.
NBC	« <i>Nuclear, biological and chemical</i> » Armas nucleares, biológicas y químicas.
NOP	« <i>Nuclear Operations Plan</i> »

	Plan de operaciones nucleares.
NORAD	« <i>North American Air Defense Command</i> » Mando de la defensa aérea USA.
NPG	« <i>Nuclear Planning Group</i> » Grupo de planes nucleares OTAN.
NPT	« <i>Non Proliferation Treaty</i> » Tratado de no proliferación nuclear (TNP).
NSTL	« <i>National Strategic Target List</i> » Lista nacional de objetivos estratégicos de USA.
OECE	Organización europea de cooperación económica.
OTAN	Ver NATO.
OTV	Organización del Tratado de Varsovia.
OUA	Organización de la Unidad Africana.
PK	« <i>Probability of Kill</i> » Probabilidad de destrucción.
PNET	« <i>Peaceful Nuclear Explosion Treaty</i> » Tratado sobre explosiones nucleares con objetivos pacíficos, entre USA y URSS.
PTBT	« <i>Partial Test Ban Treaty</i> » Tratado de suspensión parcial de pruebas nucleares.
PV	Pacto de Varsovia.
QRA	« <i>Quick Reaction Alert</i> » Estado de alerta reforzado que da facilidades para la utilización de unos determinados sistemas de armas.
RV	« <i>Re-entry Vehicle</i> » Vehículo con retorno a la atmósfera baja.
SACEUR	« <i>Supreme Allied Command Europe</i> » Mando supremo aliado en Europa.
SALT	« <i>Strategic Arms Limitation Talks</i> » Conversaciones sobre la limitación de armas estratégicas.
SDI«	« <i>Strategic Defense Initiative</i> » Iniciativa o primer paso de defensa estratégica (IDS).
SHF	« <i>Super High Frequency</i> » Frecuencia super-alta (comunicación con satélites).
SHAPE	« <i>Supreme Headquarters Allied Powers Europe</i> » Cuartel general de las potencias aliadas en Europa.
SIPRI	« <i>Stockholm International Peace Research Institute</i> » Instituto internacional de Estocolmo para la investigación sobre la paz.
SR	« <i>Short Range</i> » Corto alcance.
SRBM	« <i>Short Range Ballistic Missile</i> » Misil balístico de corto alcance.
SRTNF	« <i>Short-Range Theatre Nuclear Forces</i> » Fuerzas nucleares «de teatro» de alcance inferior a 100 Kms.
SSBN	« <i>Ballistic Missile Submarine</i> » Submarino nuclear dotado de misiles balísticos.
SSM	« <i>Surface-to-Surface Missile</i> » Misil suelo-suelo.
START	« <i>Strategic Arms Reduction Talks</i> » Conversaciones para la reducción de armas estratégicas.
TNP	Ver NPT.

TNT Trinitrotolueno.
TNW «*Tactical Nuclear Weapons*»
Armas nucleares tácticas (ANT).
UEO Unión de Europa occidental.
USAF «*US Air-Force*»
Ejército del aire americano.
WWMCSS «*Worldwide Military Command and Control System*»
Sistema USA de mando y control mundial.

I. Cuarenta años de no-utilización del arma atómica

1. Una importante lección de la Historia

Desde el lanzamiento de las bombas de Hiroshima y Nagasaki, el arma atómica no ha vuelto a ser utilizada. El análisis de este hecho indiscutible puede ser un excelente punto de partida para abordar la problemática de la guerra nuclear. Lo que no ha ocurrido en cuarenta años, ¿podrá suceder ahora que la Humanidad se encuentra mucho más mentalizada que en el pasado sobre los peligros de una guerra atómica?

Convendría examinar las circunstancias y los motivos de esta no-utilización. A lo largo de estas cuatro décadas no han faltado graves crisis en las que —para emplear las palabras de Kissinger— la Humanidad ha podido creer que estaba ya «al borde del día final». Sin embargo, todas esas crisis pudieron ser superadas sin que llegase a estallar la guerra nuclear.

¿Cuáles fueron las causas o las razones que impidieron la catástrofe en cada uno de estos momentos críticos? Como veremos sucintamente en las siguientes líneas, no han faltado informaciones y juicios respecto a esta cuestión por parte de los estudiosos de la estrategia nuclear. Trataremos de transmitir a nuestros lectores algunas de estas enseñanzas.

Las principales crisis a las que vamos a referirnos someramente a continuación son las siguientes: Corea (1951); Vietnam (1954); Suez (1956) y Cuba (1962). Como iremos viendo, en todas estas crisis existió un riesgo, mayor o menor, de utilización del arma atómica. ¿De qué manera fue dominado el peligro?

Antes de entrar en materia, conviene que recordemos aquí un hecho poco conocido: la escasa atención que se prestó, al principio, a la aparición de la nueva arma. En efecto, en aquel momento la opinión pública mundial no concedió una importancia excepcional a los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki. El suceso pasó más bien inadvertido: fue visto como un episodio más de la gran contienda, una especie de traca final que venía a confirmar de modo categórico la victoria de los aliados.

Muchas personas acogieron con un suspiro de alivio la noticia de la bárbara destrucción de las dos ciudades japonesas, dando por supuesto que estos hechos iban a significar el término de la guerra a corto plazo. Desde el punto de vista humanitario, los nuevos bombardeos no tenían ciertamente mayor importancia que la que, por ejemplo, había alcanzado antes el bombardeo de Tokio, realizado por 279 aviones con bombas convencionales y que causó un número de víctimas superior al de Hiroshima. En realidad, tales acciones no representaban en aquella hora nada insólito en comparación con las gigantescas matanzas que se habían producido ya en el curso de la guerra.

La falta de reacción a que aludimos salta a la vista en los comentarios de la prensa mundial en los días siguientes a Hiroshima, algunos de los cuales han sido recogidos por los historiadores¹.

La mayor parte de estos comentarios se limitaron a dar cuenta del éxito de los bombardeos, sin llegar a reconocer la novedad radical de la nueva arma, ni a prever las consecuencias que la misma había de tener para el futuro del género humano.

Uno de los pocos observadores que estuvo a la altura de las circunstancias fue quizás el parlamentario británico Robert Boothby, quien, al día siguiente de Hiroshima, escribió en el «News of the World» su famosa frase, que aún está en el aire: «La bomba atómica significará el fin de las guerras o el fin de los hombres».

La importancia de la bomba escapó incluso a la perspicacia de los estrategas de la época, los cuales no llegaron siquiera a intuir la revolución que el arma atómica había de producir en la política mundial. Así lo hizo notar el general francés P. Stehlin en una conferencia

pronunciada en 1961: «El empleo por primera vez del arma atómica contra las ciudades japonesas fue generalmente considerado por la opinión de las naciones aliadas como una demostración decisiva del genio y de la superioridad técnica de los americanos en el dominio de los armamentos. Para muchos militares se trataba solamente de un arma de una potencia enormemente superior a la de las ya conocidas hasta entonces»².

Todo esto explica que, en los primeros años, el arma atómica fuese considerada como un arma de guerra «normal», la cual podría ser utilizada sin problemas, lo mismo que cualquier otra, en caso necesario. Tal será precisamente la doctrina americana sobre el arma atómica en los años del monopolio (1945-1949) y aún algo más tarde.

Todavía en diciembre de 1950, el presidente Truman repetiría esta misma doctrina en una rueda de prensa, afirmando, con gran disgusto y preocupación de británicos y franceses, que la bomba atómica era un arma como otra cualquiera y que él mismo no vacilaría en disponer su utilización si la juzgaba necesaria para defender los intereses americanos contra una posible agresión.

Los hechos posteriores vendrían a demostrar que las cosas no eran tan simples como esto.

La primera crisis importante que se presenta después del lanzamiento de la bomba atómica es la de Berlín, en junio de 1948. Pero —por las razones que ahora indicaremos— la misma no constituyó una situación de peligro de guerra atómica como las que más tarde se presentarán.

Como es sabido, la división de Alemania en cuatro zonas levantó al final de la guerra enormes problemas entre los aliados soviético-occidentales. Durante varios años la ciudad de Berlín, enclavada en la zona rusa, fue una de las principales fuentes de conflictos y el principal motor de la guerra fría.

En el 48 los rusos decidieron bloquear la capital, cerrando sus accesos a los demás países ocupantes de Alemania. Intentaban por este medio hacerse prácticamente dueños de ella, lo que hubiera tenido una resonancia política muy grande en toda Europa.

Frente a este bloqueo, los aliados no podían menos de reaccionar, pues se trataba de una cuestión vital para su futuro.

De momento, la bomba atómica daba a los americanos y sus aliados una superioridad indiscutible, ya que la primera experiencia atómica rusa (29 agosto 1949) había de retrasarse todavía un año largo, y tardaría varios años más en cuajar en un «arma operacional», es decir, lista para ser utilizada militarmente.

En estas condiciones, parece que nada hubiese impedido a los americanos que impusieran su voluntad a los soviéticos, obligando a estos a levantar el bloqueo de Berlín. En efecto, la posesión en exclusiva del arma atómica les garantizaba el éxito en caso de que se decidieran a llevar a cabo esta operación de desalojo.

Sin embargo, semejante planteamiento carecía por completo de base efectiva. En realidad, en aquel caso y en aquellas circunstancias, la bomba atómica no les servía para nada a los occidentales.

En primer lugar, era evidente que una aplicación táctica de la misma sobre el terreno era absolutamente impensable, máxime si se tiene en cuenta que las bombas nucleares «miniaturizadas» —las que luego se llamarían «armas nucleares tácticas»— no habían sido todavía inventadas. La bomba atómica sólo podía funcionar del mismo modo que lo había hecho en Hiroshima, es decir, como medio de aterrorizar al adversario.

Ciertamente, los americanos y sus aliados podían haber amenazado a los soviéticos con una acción de «represalia masiva» sobre su propio territorio para el caso de que no se aviniesen a suspender el bloqueo; pero esta segunda medida era también inviable: un bombardeo atómico de amedrentamiento sobre la retaguardia soviética, a la manera de los realizados en el Japón, hubiese chocado frontalmente con la opinión pública mundial. El recuerdo de las bombas de Hiroshima y de Nagasaki, no sólo persistía, sino que era cada vez

más vivo a medida que pasaba el tiempo. En aquel momento, Europa y el mundo estaban ya cansados de tantos horrores y anhelaban la paz y la reconstrucción. Una represalia atómica en tales circunstancias no era siquiera pensable: la cosa no estaba para tales experimentos.

Finalmente, desde un punto de vista estratégico, dicha hipótesis se hallaba también excluida en virtud del «principio de proporcionalidad» de los medios a los fines. En Berlín no había motivos suficientes para una acción militar tan terrible, ya que la cuestión política que se trataba de ventilar —por importante que fuera en sí misma— era prácticamente insignificante en relación con los problemas que hubiese levantado una represalia atómica contra los rusos.

Los aliados renunciaron, pues, a las soluciones militares propiamente dichas y el conflicto no llegó a estallar.

La ingeniosa —y costosa— invención del *punte aéreo de Berlín* permitió a los aliados salvar relativamente la situación, sin sacrificio de los intereses occidentales ni mengua de su prestigio político-militar.

2. Las guerras de Corea y del Vietnam

La posibilidad del empleo de la bomba atómica se presentará más claramente en el curso de la guerra entre las dos Coreas, apoyadas respectivamente por los EE.UU. y por la República Comunista China.

El momento álgido de esta guerra se produce en los últimos días del año 50, en los que las tropas del general MacArthur, tras haber experimentado serios reveses y haber estado a punto de ser lanzadas al mar por los chino-coreanos, llegan semi-victoriosamente a la frontera de Manchuria.

A la vista de las enormes pérdidas y del desprestigio sufrido por sus tropas, los americanos se preguntan si no habrá llegado el momento de despejar la situación empleando las bombas atómicas, como lo habían hecho en el Japón en 1945. Nada más fácil que esto, puesto que el ejército de los EE.UU. disponía ya en este momento de 300 bombas atómicas, de cuarenta kilotonos —doble potencia que la de la bomba de Hiroshima— con los cuales se podía arrasarse repetidas veces el territorio de la China comunista.

El general MacArthur propone, pues, un ataque atómico contra China. En su opinión, es la mejor ocasión para «ajustar las cuentas» a los comunistas y acabar con toda clase de agresiones indirectas por parte de éstos, como la que los occidentales acaban de sufrir en Corea.

Sin embargo, el presidente Truman se muestra mucho más prudente de lo que hubieran permitido esperar sus anteriores declaraciones, y somete las ideas de MacArthur a la crítica de sus colaboradores políticos y militares. No había en aquella coyuntura una doctrina estratégica coherente sobre el empleo de la bomba atómica. Los dirigentes americanos se vieron, pues, obligados a improvisar una salida ante una propuesta tan terrible como la que se les hacía.

De cualquier manera, nadie parecía convencido del todo: los aliados europeos insistían en que el empleo de la bomba fuera evitado a toda costa y —por la razón principal que luego veremos— los propios estrategas americanos se mostraban poco propicios a dicha utilización.

Finalmente, el general MacArthur perdió la partida y fue reemplazado por el general Ridgway. Desde ese momento, la guerra de Corea quedaría prácticamente congelada hasta que, tres años más tarde, se llegara a un alto el fuego en las proximidades del paralelo 38.

Si repasamos los argumentos que en aquel momento fueron barajados contra el empleo de la bomba atómica, los encontraremos de diversos tipos.

No faltaron, en primer término, las razones de base *ética y humanitaria*. La guerra exterminadora que se trataba de llevar a cabo contra los chinos era, en principio, mayoritariamente rechazada por la opinión. En aquel momento acababa de ser lanzado el «*Manifiesto de Estocolmo*», en el cual se pedía la prohibición del arma atómica y la condenación como criminal de guerra de todo gobierno que la utilizase contra cualquier otro país. Aunque muchos considerasen el manifiesto como una maniobra de la propaganda soviética, no se podía dejar por completo de lado un documento, firmado por decenas de millones de personas en todo el mundo, que había producido un terrible impacto sobre la conciencia de la Humanidad.

Había también *razones políticas*. Por ejemplo, la oposición franco-británica no podía ser ignorada por los americanos, en una situación en la que éstos sentían la absoluta necesidad de ir en todo —o, al menos, en casi todo— de acuerdo con sus aliados europeos.

Por otra parte, mirando al mundo asiático —el enigmático gigante que no había dicho aún su última palabra— habría también importantes motivos para no repetir la experiencia de Hiroshima. La gente de raza amarilla hubiese experimentado un enorme choque si, por segunda vez, hubiera recaído sobre ella el tremendo castigo de la bomba atómica. El enfriamiento de las relaciones de los EE.UU. con el Japón y con otros Estados asiáticos hubiera sido una consecuencia inevitable de este hecho.

Pero a las razones políticas se unían otras, no menos importantes, para que la bomba no fuera empleada en Corea: las *razones estratégicas*.

En efecto, el principio estratégico de la proporcionalidad de los medios a los fines, que ya fue tenido en cuenta en Berlín, hubo de ser aplicado también en el caso de Corea. El objetivo coreano no era suficiente para justificar un medio tan desproporcionado como el que se proponía. El propio Secretario de Estado, Dean Acheson, había declarado unos meses antes que Corea no estaba dentro del perímetro de la seguridad americana: no había, pues, motivo para una reacción tan desmesurada. La guerra total que se proponía —en virtud del principio que entonces se hallaba en boga, de que en la era nuclear «*toda guerra total debe ser necesariamente nuclear*»— no guardaba relación con los conflictos periféricos, como lo era el de Corea.

Claro es que esta manera de argumentar no dejaba de contener cierta ambigüedad, ya que en ella se admitía tácitamente —y con la mayor naturalidad— la posibilidad de que la bomba fuese empleada en algún otro teatro de guerra más importante.

Aníbal Romero³, apoyándose en las ideas de Kissinger, sostiene la teoría de que lo que se discutió en aquella coyuntura no fue la utilización del arma atómica en sí mismo, sino el *área* en que ésta podía ser aplicada de modo más eficaz.

De hecho, los estrategas americanos estudiaban ya entonces otro teatro de guerra más importante: el teatro de guerra europeo. Según parece, ésta fue la razón de fondo para que no se iniciara la guerra atómica en Corea: había que reservar el arma nuclear para Europa, donde se esperaba una ofensiva rusa. Este sería el momento adecuado para la utilización de la bomba atómica de modo que sus efectos fueran definitivos, y no en Corea, donde la acción no hubiera tenido una influencia tan importante.

Los estrategas americanos partían del supuesto de que el conflicto de Corea no había surgido espontáneamente, sino que era una maniobra «diversionaria» de los soviéticos, destinada a distraer a las fuerzas estadounidenses de otro teatro de guerra mucho más decisivo, como lo era el de Europa. Los estadounidenses habían sido informados por sus servicios de que los rusos estaban preparando una agresión convencional en el continente europeo. El momento en que se desatase esta agresión sería el adecuado para dar a los soviéticos la gran lección, utilizando en toda su amplitud el poder del arma atómica. *Norteamérica no podía, pues, aceptar el envite comunista en el lejano Oriente, olvidándose de Europa.*

Tal fue, al parecer, la «ultima ratio» que pesó en el ánimo de los dirigentes americanos para no seguir los consejos del general MacArthur.

Lo ocurrido después parece probar que la supuesta maniobra soviética no había existido y que los estrategas americanos se equivocaron a este respecto en sus cálculos. Feliz equivocación que impidió que el conflicto de Corea se nuclearizase, pues, de no haber mediado tal error, es muy probable que se hubiera producido una catástrofe.

De cualquier manera, el caso de Corea pone de manifiesto la insuficiencia de las doctrinas estratégicas de los EE.UU. en los primeros años 50 y la necesidad en que se encontraban entonces los americanos, de hacerse nuevos planteamientos sobre las condiciones de utilización de las armas atómicas. El concepto de la *guerra nuclear limitada* empieza así a surgir en las cabezas de algunos estrategas americanos, en oposición al de la *guerra total* que hasta entonces había dominado. Pero estas ideas tardarán varios años en abrirse paso, y lo harán —de modo todavía muy imperfecto— con la *doctrina Dulles* de 1954, cuando ya los rusos habrían conseguido su primera explosión termonuclear.

Desde esta nueva perspectiva, la bomba atómica dejará de ser el «arma absoluta», capaz de imponerse a cualquier adversario y en cualquier situación. La nueva doctrina establecerá una distinción entre los conflictos que pueden ser vitales para la seguridad norteamericana y otros, de carácter secundario o periférico, de los cuales quedará excluida la utilización de las armas atómicas. Principio ciertamente muy peligroso —pues nunca se sabrá «a priori» dónde pueden estar, o no estar, exactamente esos famosos intereses vitales americanos— pero que representa, en todo caso, cierto progreso respecto a la indefinición de las ideas estratégicas en el momento de la guerra de Corea.

La explosión de la primera bomba termonuclear rusa en 1953 no preocupó en exceso a la opinión pública americana, totalmente persuadida de la absoluta superioridad estadounidense; pero dio qué pensar a algunos estrategas que veían en ella el principio del fin de la supremacía atómica americana.

La doctrina Dulles constituye un esfuerzo para adaptarse a la nueva realidad que se aproxima. Con ella, el arma atómica perderá el carácter de arma ofensiva «*para todo uso*»: empezará a convertirse en un arma puramente *disuasoria*; un arma «*para no ser usada*», destinada sobre todo a impresionar al posible adversario. Según esta nueva perspectiva, solamente en el caso de una intervención directa de los rusos o de los chinos estaría justificado su empleo.

De cualquier modo, algunos de los errores que se hallaban implícitos en los principios de «*guerra total*» y de «*contención del socialismo*», continuarán estándolo en la teoría dullesiana, lo cual explicará algunas de las ambigüedades y contradicciones de la estrategia americana en los años siguientes.

La guerra del Vietnam constituye un primer test del fracaso de la doctrina Dulles. La posesión del arma atómica no impedirá que los norteamericanos sufran en el Sudeste asiático una penosa derrota frente a un enemigo aparentemente insignificante para ellos. El orgullo estadounidense hubiera exigido que la bomba atómica se utilizase en este caso, aunque no fuera más que para salvar el honor americano; pero —todavía más claramente que en Corea— se vio que esto no era la estrategia conveniente para este tipo de guerras.

En Corea se había discutido el empleo del arma nuclear contra la República comunista china, un Estado al que los EE.UU. podían considerar como enemigo en aquella situación. La utilización de la nueva arma, por poderosa y destructiva que fuese, podía haber entrado todavía en el marco de la doctrina Dulles.

Pero este no era el caso del Vietnam, donde ni los chinos ni los rusos hicieron acto de presencia. En este nuevo caso se trataba de una lucha de liberación colonial; una guerra de guerrillas en la que una parte de los habitantes del país combatían contra los ocupantes franceses, sin un frente de batalla bien definido, y en medio de una población no directamente

combatiente, la cual —evidentemente— no podía ser sometida de modo indiscriminado a los efectos de un bombardeo atómico.

Era evidente que de este modo no se podía obtener la victoria contra el Vietnam. Semejante tipo de acción militar, llevado hasta el extremo atómico, no sólo no hubiera servido para resolver el conflicto, sino que hubiese arrumbado definitivamente el prestigio americano en todo el continente asiático.

Esto no impidió que en algún momento se pensase en la posibilidad del empleo del arma atómica, como hubieran querido los belicistas. En el curso de la batalla de Diên-Biên-Phu en 1954, portaviones americanos, dotados, al parecer, de armas atómicas miniaturizadas, se hallaban estacionados en las proximidades del teatro de operaciones y hubieran podido poner en juego dichos armamentos. Pero, aparte de las dificultades técnicas que la operación presentaba sobre el terreno, los americanos no podían desdecirse de sus propios principios contenidos en la enseñanza Dulles de enero del mismo año 54.

Otras razones, análogas a las que funcionaron en Corea, como, por ejemplo, el descrédito de las armas atómicas ante la opinión mundial y el carácter extremadamente impolítico que hubiera tenido una nueva acción de este género contra los amarillos, impidieron, también en este caso, el empleo de los medios de guerra nucleares.

Pero la posibilidad de utilización de las armas atómicas quedaba abierta y volvería a presentarse en la crisis de Suez y, sobre todo, en la de los misiles de Cuba.

3. Crisis del Canal de Suez y de los misiles de Cuba

El caso de Suez en 1956 presenta caracteres muy distintos a los de Corea y Vietnam. En Suez hubo realmente una amenaza de guerra atómica por parte de los soviéticos, aunque rápidamente superada por la actitud conciliadora de los americanos.

En 1956 las cosas habían cambiado mucho geoestratégicamente hablando. La URSS era ya una verdadera potencia atómica. Aunque no había alcanzado aún la estricta paridad atómica con los americanos, se hallaba ya en condiciones de causar a éstos enormes daños. Podía, por ejemplo, enviar bombarderos atómicos sobre el propio territorio americano y destruir en unas cuantas horas lo más importante de las principales ciudades americanas. Por otra parte, los científicos rusos se hallaban más adelantados que los americanos en sus trabajos para lograr lo que había de ser una mutación importantísima en la estrategia nuclear: la fabricación de misiles atómicos.

En estas condiciones, los americanos se veían obligados a respetar a los soviéticos y a contar con ellos para todas las cuestiones importantes. A punto de acabarse el monopolio atómico americano, había empezado a funcionar lo que algunos llamarán el «duopolio», es decir, el reparto del poder mundial entre las dos superpotencias.

La crisis de Oriente Medio se produce a partir de la instalación del Estado de Israel, al término del mandato británico en Palestina, en 1948. En el 55 Francia e Inglaterra tratan de seguir jugando su papel tradicional en aquellos territorios. Mientras los árabes se enfrentan con los israelíes, EE.UU. y la URSS hacen pesar su influencia en favor de unos u otros. La situación se degrada rápidamente.

En un primer momento, Israel es apoyado por la URSS, que le suministra abundante armamento durante el difícil período de su establecimiento en territorios palestinos. Pero, por diversas razones el Estado de Israel pasa rápidamente a la órbita de los EE.UU., en la que se mantendrá hasta el presente.

Francia y Gran Bretaña apoyan también a Israel, con objetivos políticos no demasiado claros. Su actitud ante el conflicto árabe-israelí en aquel momento ha sido considerada como

«una reacción emotiva de gobiernos colonialistas heridos en su orgullo por un rebelde del tercer mundo» —según las palabras, un tanto duras, de Aníbal Romero.

El conflicto estalla al aproximarse las fuerzas israelíes al canal, en rápido avance contra los egipcios. El 30 de octubre de 1956 los aliados franco-británicos dirigen un severo ultimátum a Egipto, del que se favorece netamente la acción militar de Israel, y se exige la recuperación del control del canal por los británicos.

Transcurrido el plazo de este ultimátum, el 31 de octubre, los dos aliados inician sus bombardeos sobre el territorio egipcio. Es una acción imprudente que cae muy mal en casi todo el mundo y que contribuye a desacreditar la postura de los franco-británicos.

Las superpotencias, sin necesidad de consultarse entre sí, empiezan a sentirse incómodas en su papel de gendarmes del mundo. En realidad ven la intervención franco-británica como una intromisión en un asunto que ellas mismas debían resolver por encima de las potencias menores. En tal situación, el 5 de noviembre de 1956, Nikolai Bulganin, jefe del gobierno soviético, dirige una carta al premier británico, Anthony Eden, en la que se insinúa la posibilidad de una represalia atómica de la URSS contra la Gran Bretaña. Algunas palabras del comunicado eran lo suficientemente claras para que los ingleses las entendieran en su verdadero sentido: «existen países que no tienen ninguna necesidad de enviar una flota o una fuerza aérea sobre las costas británicas y que podrían utilizar otros medios, como los misiles».

La alusión a una represalia atómica soviética aparece clara: la reacción franco-británica está fuera de lugar y hay que acabar con aquello.

Foster Dulles interviene en ese momento en apoyo de la postura soviética. Amonesta a sus aliados europeos invitándoles a actuar de modo más razonable y emplea incluso la amenaza, haciendo saber al Gobierno británico que, si no se aviene a razones, le será retirada la ayuda económica americana.

Ante tan poderosas razones, franceses y británicos deciden retirar sus barcos y sus aviones del Canal y el incidente queda terminado. Los aliados no recuperarán ya nunca su antigua influencia sobre el Oriente medio. El «duopolio» ha funcionado por primera vez.

Los historiadores del arma nuclear convienen en dar una gran importancia a esta crisis. En ella empieza a apuntar una nueva etapa en la que el papel de las dos superpotencias crecerá desorbitadamente.

Mucho más grave que la de Suez fue la crisis de los misiles de Cuba, seis años más tarde, en 1962.

Para entonces la situación había evolucionado mucho en sentido favorable a los soviéticos. Estos disponían ya de 200 misiles intercontinentales y —al decir de Khrushchev— estaban en condiciones de utilizar un arma aterradora, un misil gigante que podrá situar tranquilamente bombas de 100 megatonnes en pleno santuario americano.

Como consecuencia de todo esto, la crisis de los misiles de Cuba será generalmente considerada como la más grave que se haya producido en el transcurso de los cuarenta años. Se demostró entonces que una guerra termonuclear era perfectamente posible. Tanto los dirigentes americanos como los soviéticos tuvieron plena conciencia de que la catástrofe podía efectivamente producirse.

Sin duda, los soviéticos que iniciaron la operación no habían pensado en llegar a tanto. Por su parte, los americanos se dieron cuenta del enorme peligro; pero no vacilaron en llevar adelante el asunto en el que se jugaban su prestigio ante el mundo y su política latino-americana. El propio Kennedy afirmaría más tarde que en los primeros días de enfrentamiento con los soviéticos aumentó la sensación de que las cosas no mejorarían y de que una confrontación directa entre los dos poderes nucleares era inevitable.

En el curso de la crisis, el presidente americano hizo saber claramente a los rusos que no estaba dispuesto a que se alterase el «statu quo» en América central, ya que este territorio se hallaba evidentemente dentro del perímetro de seguridad americano. A esta firmeza de los

americanos, los soviéticos respondieron con una actitud de prudencia y sólo así pudo evitarse la explosión que ambos temieron.

En realidad, los dos adversarios estaban de acuerdo en una sola cosa, pero lo estaban plenamente: el choque atómico debía ser evitado a todo precio. Esto es lo que Robert Aron denominará la paradójica «alianza ruso-americana» contra el enemigo común. ¿Cuál es este enemigo común? El enemigo común de las dos superpotencias es la guerra nuclear.

Ninguna de las dos quiere llegar a ésta, es decir, a lo que algunos llamarán la «worst case», la peor casilla del tablero, la casilla negra, que no es otra cosa que el absurdo de una guerra atómica.

Ambos jugadores saben que esta casilla es necesario evitarla a toda costa. Y en este sentido pueden considerarse «aliados»; pero se dedican a operar en las casillas próximas con el terrible riesgo de que el tablero salte un mal día en pedazos.

En Cuba se impuso el instinto de conservación y pudo evitarse la catástrofe.

La crisis de Cuba ha sido objeto de interpretaciones contrapuestas. Para algunos, el envío de misiles a Cuba fue una operación político-militar perfectamente estudiada por los soviéticos, y que rindió a éstos los resultados apetecidos. El episodio de Cuba vino a demostrar —se dice— que el período de supremacía americana había terminado y que la URSS podía ya permitirse el lujo de crear problemas a los EE.UU., incluso dentro de su propio perímetro de seguridad. Según esta opinión, las consecuencias de la crisis no fueron malas para los soviéticos. Inmediatamente después de la misma, éstos empezaron a avanzar rápidamente hacia la paridad nuclear y se abrió un período negociador durante el cual los soviéticos pudieron ya hablar de tú a tú a los americanos.

Otros, en cambio, piensan que los soviéticos se equivocaron en sus cálculos al no haber previsto que la reacción americana llegaría a ser tan firme.

Dentro de esta segunda hipótesis, en la crisis de Cuba se empieza a ver con claridad que, en el terreno de la estrategia nuclear, la carencia de información de una de las dos partes sobre los propósitos de la otra, aumenta el riesgo de conflicto atómico, es decir, acrecienta la inestabilidad e implica un peligro de escalada hacia la solución extrema.

Se supo después de la crisis que Kennedy, unos días antes de que estallase el conflicto, había sido enterado por sus asesores militares de que los misiles rusos no constituían una amenaza apreciable desde un punto de vista estratégico, o —dicho sea de otra manera— no representaban un peligro real para la seguridad americana.

Vistas las cosas desde esta perspectiva, podía creerse que Khrushchev tenía razón al afirmar que el envío de los misiles a Cuba era una medida defensiva: se trataba —según él— de proteger el régimen de Fidel contra la presión americana, manifestada pocos meses antes en el intento de desembarco de cubanos exiliados bajo la protección americana.

Pero había una tal desproporción entre la medida adoptada por los rusos y la finalidad que éstos atribuían a la misma, que la declaración del presidente soviético no podía ser tomada en consideración por nadie. No se podía creer que la defensa del régimen cubano valiera la pena de un enfrentamiento atómico.

En cualquier caso, el asunto era grave desde el punto de vista político y a los americanos no les quedaba otro remedio que asumir con energía el desafío soviético. La reacción americana fue, sin embargo, la menos peligrosa que podía darse. A pesar de tratarse de un conflicto en el área de seguridad americana, el gobierno Kennedy no pensó en aplicar ningún género de represalia masiva, como lo hubiera exigido la doctrina Dulles. Ciertamente, una represalia a fondo hubiera estado por completo fuera de lugar. Kennedy se limitó, pues, a exigir la retirada de los 75 misiles de alcance medio e intermedio que los soviéticos tenían ya instalados en Cuba, decretando al mismo tiempo el bloqueo de la isla.

Reducirse a presentar una queja diplomática hubiera sido demasiado poco y el resultado de la operación, en este caso, habría parecido una completa victoria política de los soviéticos

sobre los americanos. Proceder a un desembarco en Cuba con todos los medios necesarios, significaba el principio de una guerra total, catastrófica para ambas partes.

La URSS supo entender este lenguaje. En definitiva, sólo se trataba de un torneo de prestigio político y, visto el cariz que tomaba el asunto, no interesaba llevar las cosas adelante. Los soviéticos dieron, pues, por terminado el conflicto cumpliendo la exigencia americana, es decir, retirando sus misiles del Caribe a toda velocidad.

¿Hubieran podido proceder de otra manera? Las razones políticas de prestigio ante el mundo entero y, en especial, ante los pueblos Latino-Americanos a los que los soviéticos trataban de movilizar, les inclinaban sin duda a permanecer militarmente en Cuba, dando cara al bloqueo y defendiendo a su pequeño aliado. Hubieran podido intentarlo, sin duda. Pero militarmente y psicológicamente se encontraban en malas condiciones para ello. Militarmente, porque, mientras los americanos se hallaban prácticamente en su casa, ellos actuaban a muchos miles de kilómetros del teatro de operaciones. Psicológicamente, porque no disponían de una doctrina o una postura clara y coherente que pudiera justificar ante el propio aparato político-militar ruso la excesiva prolongación de una aventura a la que no se podía conceder excesiva importancia desde el punto de vista de la estrategia rusa en su conjunto.

Destacados estrategas americanos dieron esta interpretación a la crisis sin caer en excesivos triunfalismos. De hecho, y como se vería más tarde, los rusos habían logrado ya una buena parte del beneficio que esperaban de la operación. No solamente consiguieron permanecer políticamente en Cuba, sino que pusieron en evidencia que ellos también disponían de medios atómicos suficientes para inquietar a los EE.UU. en su propio continente y que el monopolio atómico americano había terminado definitivamente.

La crisis de los misiles de Cuba produjo en todo el mundo una tremenda impresión. La Humanidad entera pudo comprobar que la guerra nuclear no era una fantasía, un asunto de ciencia ficción, sino que podía producirse efectivamente, en cualquier momento, como había estado a punto de ocurrir en América central. Pasado el peligro, una ola de miedo se extendió por todas partes, no sólo por lo que había acontecido, es decir, por el enorme riesgo de utilización del arma atómica por el que se había pasado, sino también, y sobre todo, por lo que podría suceder muy verosímelmente en un futuro próximo.

Puede decirse, pues, que el efecto psicológico y político de los misiles de Cuba fue mayor que su efecto militar.

La propaganda pacifista soviética difícilmente podía justificar el hecho de que hubiera sido la URSS la que, en este caso, había tomado la iniciativa de una amenaza atómica. Dentro del aparato soviético, el relativo fracaso de la operación levantó fuertes críticas y se inició una crisis que había de tener prontas consecuencias en la política soviética.

En cuanto a la opinión pública americana, tardó mucho tiempo en pasársele el susto. Aunque muchos comentaristas mostraban su satisfacción por la firmeza y la prudencia demostrada por su presidente, la mayor parte de la gente exigía una nueva política internacional que garantizase definitivamente la no-utilización del arma atómica.

La misma exigencia se extendió rápidamente por todas las naciones: era absolutamente necesario un plan de seguridad mundial, a fin de evitar la repetición de crisis como la que acababa de producirse.

4. El inicio de la distensión

Se suele convenir generalmente en que la etapa del monopolio se extiende al período transcurrido desde 1945 hasta 1955, poco más o menos, con dos sub-períodos bien caracterizados. El primero de ellos es el del *monopolio propiamente dicho*, a lo largo del cual

los americanos son *realmente* los únicos poseedores del arma atómica. Esto dura hasta el 49, que es cuando los rusos realizan su primera bomba atómica experimental. Pero hará falta que transcurran todavía unos cuantos años más para que puedan convertir ésta en un arma operacional, o sea, hasta que logren ponerla a la disposición efectiva de sus ejércitos. Tal es la razón de que el monopolio se extienda virtualmente hasta el 55.

Los rusos consiguen esta operacionalidad de su bomba en los años 54-55. Se sabe, por ejemplo, que en el 55 los soviéticos estaban ya en condiciones de enviar bombarderos con cargas nucleares contra los EE.UU. En ese año el monopolio debía darse definitivamente por terminado y se entraba en una nueva etapa: la etapa de la «superioridad» atómica americana, no debiendo confundirse —claro está— *superioridad* con *monopolio*.

A partir del incidente de Cuba, la fuerza de los hechos condujo a las superpotencias a una etapa de distensión relativa, en el curso de la cual ya no volverían a producirse crisis parecida a las que hemos mencionado.

Es cierto que en esta nueva etapa los armamentos atómicos irán creciendo y perfeccionándose de manera espectacular; pero, paradójicamente, la utilización de los mismos se irá haciendo cada vez más difícil y menos verosímil.

Episodios como los de Corea y Cuba se harán impensables en un futuro inmediato. Los dirigentes políticos habrán comprendido, al menos, que ya no se puede seguir jugando con fuego. Tanto para los americanos como para los rusos, la crisis de Cuba habrá constituido, pues, una lección de extraordinaria importancia como consecuencia de la cual los teóricos de ambas partes se verán obligados a emprender una profunda revisión de sus correspondientes estrategias.

Hay que hacer notar que en 1962 tales estrategias estaban en cierto modo anticuadas o agotadas. Ambas habían sido incubadas en la etapa del monopolio atómico americano y, por tanto, no podían ya servir a partir del momento en que los soviéticos disponían de la bomba atómica, en forma y cantidad suficiente para poder utilizarla contra cualquier adversario potencial.

Conviene hacer notar que las dos estrategias nucleares —la americana y la rusa— fueron, en los años 45-54, completamente dispares. Con esto queremos decir, no solamente que fueron distintas —cosa obvia—, sino que cada una de ellas funcionó al margen de la otra, como si la ignorase por completo. No habría, pues, zonas de convergencia en las que ambas pudieran confrontarse: cada una seguiría su propio camino, sin que el choque total llegara a producirse: algo que pudiéramos llamar un «diálogo de sordos» estratégico.

Ahora bien, en una guerra «comme il faut», conforme a las reglas del «arte», las estrategias de los adversarios deben «acomodarse» entre sí de alguna manera. Los enemigos no pueden ignorarse mutuamente, caminar por caminos completamente separados: no hay guerra sin contacto estratégico con el enemigo. Esto fue sin embargo lo que ocurrió en los años de la guerra fría, en las dos etapas a que nos hemos referido: la etapa del *monopolio americano* (45-54) y la de la *superioridad americana* (54-65).

Durante ambos períodos, los americanos funcionaron a base de su posesión del arma atómica, como el arma absoluta, el arma definitiva, que hacía de ellos los amos del mundo. Se daba por supuesto que, en caso necesario, les bastaría echar mano de la bomba para imponer su voluntad al adversario comunista.

Los rusos, por su parte, no se consideraron aplastados por el monopolio americano del arma atómica: procedieron como si esta no existiese y se movieron en otros terrenos a los que la bomba no podía llegar. No trataron, pues, de oponer directamente al arma atómica otro instrumento bélico análogo, cosa que —por otra parte— no estaba todavía a su alcance. Intentaron sobre todo esquivarla, trasladando su confrontación con los americanos a otros escenarios más favorables para su propia acción bélica.

La apuesta estratégica de los soviéticos se apoyó fundamentalmente en dos bases: la guerra revolucionaria y un adecuado empleo de las armas convencionales. En la realidad de los años 45-65 los rusos terminaron por imponer «su guerra» a los americanos, mientras que éstos no tuvieron ocasión de utilizar el «arma absoluta».

Al parecer, esta hábil estrategia fue en gran parte debida al genio político militar de José Vissarionovitch Djugatchvili, más conocido por el nombre de Stalin.

Stalin tuvo desde un principio la intuición de que el arma nuclear no podría ser empleada por los americanos. Sus efectos eran demasiado catastróficos para que fuese utilizada como una verdadera arma de guerra.

El jefe soviético afirmó siempre que la *estrategia soviética de la post-guerra debía fundarse en las experiencias de la II guerra mundial*. Sin perjuicio de movilizar a sus científicos para que les proporcionasen lo más rápidamente posible un arma atómica como la de los americanos⁴, Stalin sostuvo que había de procederse como si los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki sólo hubieran tenido una importancia coyuntural.

En opinión de Stalin, la política militar rusa debía consistir sobre todo en una inteligente reorganización de los ejércitos convencionales, preparándolos para ejercer una fuerza de presión constante sobre Europa, incluso en condiciones de guerra nuclear. Esta será, con Stalin, una de las ideas claves de la estrategia rusa: el continente europeo es el talón de Aquiles de Occidente y, como consecuencia de ello, la superioridad convencional de los soviéticos en Europa ejercerá una especie de chantaje sobre los americanos, impidiéndoles especular sobre la posibilidad de un ataque directo contra la URSS. Los europeos se convertirán de esta suerte en una especie de rehenes de los soviéticos, a fin de hacerse respetar por los americanos.

Al morir Stalin, las cosas cambian bastante; pero éstas y otras ideas esenciales de su doctrina continúan vigentes en las mentes de sus sucesores.

Así, en 1956, el general Krasilnikov afirmará que «las tentativas de algunos teóricos militares burgueses que pretenden demostrar la no-necesidad de importantes fuerzas armadas (de tipo clásico), no tienen ningún fundamento. La presencia de armas nucleares no sólo no evita la utilización de armas convencionales, sino que exige de modo inevitable el acrecentamiento numérico de éstas».

Los estrategas de la época staliniana insisten en la idea de que las armas atómicas se limitan a aumentar la potencia de fuego de las armas clásicas y que no hay «*arma suprema*» que valga: las armas clásicas serán siempre necesarias para ganar las guerras. «*El fin de la guerra no puede ser otro que la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, no el ataque a sus objetivos de retaguardia*». Esta actitud de infravaloración de las armas nucleares es típica de la estrategia soviética en la etapa del monopolio americano.

Pero lo más importante de la estrategia staliniana no se encuentra en la idea de la revalorización de los ejércitos convencionales, sino en la invención de una nueva arma en cierto modo más poderosa que la bomba atómica: *el arma ideológica*, la guerra revolucionaria, la subversión mundial.

En efecto, sin necesidad de enfrentarse directamente con los americanos ni de traspasar en ningún momento el «techo nuclear», los soviéticos pueden hostigar a aquéllos indirectamente, utilizando conflictos entre los pueblos o en el interior mismo de éstos: situaciones de miseria y de injusticia en países poco desarrollados; lucha de clases en las naciones industriales; movimientos independentistas de liberación nacional de naciones o razas sojuzgadas; constitución de regímenes anticapitalistas en países del tercer mundo; zonas de inestabilidad política; conflictos menores entre países secundarios, etc.

Los EE.UU., que se consideran a sí mismos como los «gendarmes del mundo» —en virtud, por lo menos, de su superioridad atómica en las épocas a que nos referimos— no podían menos de acudir a estos envites —que nunca llegarán a órdagos. A causa de ello, se verán

metidos en contiendas sumamente comprometedoras para ellos y en las cuales el arma atómica no les servirá para nada, como ocurrirá, por ejemplo, en la guerra de Vietnam.

La guerra subversiva resulta de gran rentabilidad para los soviéticos. Multiplica su acción bélica en muchas partes del mundo y causa a los americanos enormes problemas políticos y militares.

Pero las cosas no se quedan ahí. Los científicos rusos siguen trabajando —como lo deseaba Stalin— y consiguen grandes progresos en la investigación de las nuevas armas. Avanzan incluso más rápidamente que los americanos, por ejemplo en la fabricación de misiles.

Como quiera que los alemanes en la última parte de la guerra habían retirado hacia el Este de su territorio los laboratorios y elementos de investigación de los nuevos desarrollos del cohete V-2, todos estos preciosos materiales caen en manos de los soviéticos, al final de la guerra, al ocupar éstos la parte oriental de Alemania. Esto permite a los técnicos rusos reanudar los trabajos de los alemanes en las condiciones más favorables.

A finales de 1956, los soviéticos realizan ya trayectorias de ICBM (misiles intercontinentales) de más de 5.000 kilómetros de longitud y, en septiembre de 1957, causan una tremenda impresión sobre la opinión americana con el lanzamiento de su Sputnik, primer satélite puesto en órbita por el hombre alrededor de la tierra.

Pocos años después, disponen ya de doscientos misiles intercontinentales y se encuentran en condiciones de causar en el «santuario» americano una gigantesca destrucción.

Como consecuencia de todos estos progresos, la URSS se ha creado ya, en los comienzos de los años sesenta, un verdadero poder atómico. Aunque todavía no puede hablar de igual a igual con los EE.UU., su nueva situación le permite desbordar en gran medida la estrategia staliniana de «diversión» a la que, como hemos visto, se había reducido en la época del monopolio. La estrategia staliniana ya no le basta, pero esto no significa que haya de renunciar al contenido de la misma: sin prescindir, pues, de las dos bases esenciales de la estrategia staliniana —la guerra subversiva y el reforzamiento de los ejércitos masivos convencionales—, los rusos van a añadir a su estrategia un tercer pie de la mayor importancia: un armamento atómico plenamente desarrollado.

En 1962, en el momento de la crisis de los misiles de Cuba, esto no es todavía más que un proyecto, un intento en vías de realización, porque el desnivel de armas atómicas entre las dos partes es todavía demasiado grande. No se ha llegado aún al equilibrio, pero sí puede hablarse de una relativa paridad: las dos superpotencias tienen ya una convergencia de estrategias propiamente nucleares, dentro de la cual pueden, de alguna manera, empezar a medirse.

Esta situación decide a Khrushchev a aventurarse en la operación de Cuba, la cual probablemente no hubiera tenido lugar de haber vivido Stalin, mucho más cauto y continuista que su sucesor.

En Cuba los soviéticos se aventurarán cuando todavía no tienen fuerza suficiente para llevar a cabo una acción de verdadera envergadura. Fracasarán, pues, pero tras el fracaso aprenderán la lección de la realidad. Se darán cuenta de que su poder atómico es todavía insuficiente y que necesitan seguir trabajando hasta adquirir un verdadero equilibrio con los americanos y un auténtico poder atómico para poder hacer frente en este terreno a su adversario occidental.

Gracias a esta constatación realizarán un gran progreso en poco tiempo. Así, al término de la década de los sesenta, habrán igualado ya, e incluso superado, a los americanos, tanto en número de misiles como en potencia de fuego atómico.

Las cosas habrán cambiado, pues, radicalmente respecto al 62. También los americanos habrán recibido su lección. Se darán cuenta de que su superioridad no puede ser mantenida en los mismos términos en que lo había sido hasta entonces.

En el 57 Foster Dulles había corregido su propia doctrina. No hablaba ya de «*represalias masivas*». Había centrado su atención sobre todo en la necesidad de utilizar *armas nucleares*

tácticas, mediante las cuales se pudiera actuar sobre objetivos concretos y no simplemente aterrorizar al enemigo potencial.

Después de Cuba, esta evolución de la estrategia nuclear americana se desarrollará aceleradamente. Se renunciará a la idea de «*estrategia total*» reemplazándola por la de «*estrategia suficiente*». Se dejará de lado la disuasión aterrorizante unilateral para plantear al «*disuasión gradual*», la «*defensa flexible*», la «*guerra nuclear limitada*», etc.

En realidad, a partir del 65 podrá afirmarse que se ha entrado en una nueva etapa de la historia del arma nuclear: la etapa del equilibrio

La distensión durará hasta el 79, año en que se producen dos hechos calamitosos: la invasión de Afganistán por los soviéticos, que impedirá el refrendo del SALT-2 por los americanos, y la «doble decisión» de la OTAN, con la cual se abrirá un paréntesis de grandes incertidumbres, que, en realidad, sigue aún abierto.

II. La negociación nuclear

1. Los primeros pasos

George F. Kennan dijo en 1980 que «la bomba atómica es el arma más inútil que se haya inventado jamás». Antes y después de él, esta misma idea ha sido expresada de otras muchas formas, y hoy en día constituye un tópico muy manido.

Es cierto que la bomba no ha vuelto a ser empleada desde los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki; pero no podría decirse otro tanto respecto de su utilización como medio de presión y de poder político en el mundo.

Desde este punto de vista habría, quizás, que invertir el sentido de la frase de Kennan, afirmando que ninguna otra arma ha influido tanto, y de modo tan decisivo, sobre la marcha de la Humanidad como lo ha hecho la bomba atómica.

El general francés Lucien Poirier hace notar, a este respecto, que no hay en el mundo actual ninguna cuestión política, económica o social de verdadera importancia que no se halle afectada por la presencia invisible de la bomba atómica. Viene a ser ésta —según Poirier— algo así como un «tercer sujeto» —el «convidado de piedra», diríamos nosotros— constantemente presente en la mesa de las superpotencias y con el cual tienen éstas que contar —quieranlo o no— para ajustar sus respectivas posiciones.

La bomba atómica fue utilizada en 1945 como un arma militar propiamente dicha, aunque la finalidad de la operación realizada por medio de ella fuese fundamentalmente intimidatoria. Su verdadera trascendencia histórica no aparecerá hasta varios años después de terminada la guerra.

Es obvio que los americanos no podían calcular las consecuencias de todo tipo que el lanzamiento de Hiroshima había de tener en el futuro. Como es sabido, su primera finalidad fue la de obligar a los japoneses a rendirse, con la mayor economía posible de medios y vidas humanas. Este objetivo se logró; pero la historia de la bomba evolucionó después en direcciones absolutamente imprevisibles para sus inventores.

Parece ser que en el curso de la conferencia de Postdam, en julio de 1945, Truman recibió un informe detallado sobre el éxito de la explosión experimental de Alamogordo. Según este informe, todo estaba preparado para que la bomba fuera lanzada tan pronto lo ordenase el mando.

En estas condiciones, el presidente americano juzgó conveniente hacer a Stalin alguna comunicación al respecto. Lo hizo de un modo impreciso y despreocupado, sin aludir siquiera al carácter atómico del nuevo invento bélico. Se limitó a decir al jefe ruso que los Estados

Unidos habían desarrollado «una nueva arma de una fuerza destructiva inusual» y que estaban dispuestos a utilizarla inmediatamente.

Stalin —que se hallaba mejor informado sobre las investigaciones atómicas de los americanos de lo que el propio Truman podía suponer en aquel momento— reaccionó también «con la mayor naturalidad» y manifestó «su deseo de que el nuevo artefacto fuera empleado lo más pronto posible contra los japoneses».

Tras esta especie de acuerdo de principio, quedó abierto el camino para la operación Hiroshima. Ninguno de los dos interlocutores podía, sin embargo, sospechar las tremendas consecuencias que este hecho tendría para el futuro de la Historia.

Una vez terminada la guerra con la victoria aliada, los americanos tuvieron que volver a plantearse la cuestión: ¿qué hacer con la bomba?

Pensaron que tenían entre sus manos el «arma absoluta», soñada por los estrategas de todos los tiempos, y que esto les permitiría construir una especie de «pax americana». El mundo entero podría ser conformado a su propia imagen y semejanza.

Para llevar a cabo esta obra ingente, los americanos se impusieron dos reglas de conducta. La primera de ellas era que en un mundo democrático, como el que iba a nacer después de la guerra, la posesión de la energía atómica por los americanos no debía aparecer como un poder tiránico de los EE.UU. sobre todas las demás naciones del planeta. Toda utilización ulterior de la energía atómica, tanto pacífica como guerrera, tendría que ser controlada por el conjunto de los Estados, de acuerdo con el sistema que se estableciese en el nuevo orden de cosas.

Pero —segunda regla— a pesar de esta democratización, más aparente que real, de la bomba, los EE.UU. no debían perder en ningún momento el dominio efectivo de la misma. Podrían permitir a las demás naciones que intervinieran en el juego, con tal de que éste no llegase a ser peligroso para Norteamérica; pero ésta debía permanecer alerta ante cualquier intento de captación de la bomba por otros Estados.

Los políticos americanos creían —y siguen creyendo— que los intereses de la Humanidad coinciden con los de los EE.UU., y que sólo éstos pueden sacarla adelante.

Pensaron, pues, que había que establecer un sistema de control internacional de la energía atómica, pero con la condición de que este sistema pudiera ser, a su vez, perfectamente controlado por Norteamérica.

Fruto de esta filosofía fue la propuesta del *Plan Baruch*, primer intento de organización pacífica de la utilización de la energía nuclear en el mundo.

El citado plan, propuesto por los Estados Unidos en junio de 1946 ante la Comisión Mundial de Energía Atómica —recién constituida en la ONU— proponía la creación de un «Organismo internacional» con plena competencia para intervenir en todas las actividades nucleares peligrosas para la seguridad mundial.

Según las previsiones del plan, una vez que el nuevo organismo empezara a funcionar, la bomba sería prohibida. Los Estados Unidos procederían a destruir los arsenales de armas atómicas, así como los planos y medios de fabricación de éstas. Se establecería un severo control internacional, de modo que queda totalmente garantizado el desarme nuclear mundial.

Ahora bien, los soviéticos tenían sobrados motivos para considerarse perjudicados por estas medidas. En efecto, en caso de aceptarlas, no podrían continuar sus propias experiencias dirigidas a la producción de su propia bomba atómica. Se vendría abajo el proyecto de Stalin de constituir una industria nuclear rusa y de dar alcance a los armeros americanos en la fabricación de la bomba atómica. Aceptar el plan equivalía, para los soviéticos, a congelar una situación de inferioridad, que en modo alguno podía convenirles.

Tan pronto se empezó a discutir en Ginebra el plan en cuestión, la representación rusa —dirigida por Andrei Gromiko— presentó, pues, una contrapropuesta que alteraba por completo los términos de la negociación.

En primer lugar, la contrapropuesta exigía que la prohibición y destrucción de las bombas atómicas fuese llevada a cabo de modo inmediato, es decir, sin aguardar a la puesta en marcha del organismo de control previsto por el plan. Los americanos debían comprometerse a destruir sus bombas en el plazo de tres meses y dar al mundo pruebas evidentes de la ejecución efectiva de esta medida.

Los rusos rechazaban, asimismo, cualquier género de inspección o control en materia sobre su propio territorio.

Finalmente, se negaron a aceptar el sistema de votación en el seno del nuevo organismo, tal como lo planteaba el plan. Este preveía, en efecto, que dentro del citado organismo, los cinco Grandes renunciasen al derecho de veto de que disfrutaban —y disfrutaban— en el Consejo de Seguridad, y que las votaciones se hicieran por simple mayoría de los países participantes. Los soviéticos, en cambio, exigían que el derecho de veto fuese mantenido en la nueva organización que se pretendía establecer para el control del átomo.

La exigencia rusa tenía mucha más importancia de lo que pueda parecer a primera vista. Mientras que por el sistema de mayorías los americanos podían mantener por tiempo indefinido el control de la bomba, el sistema de veto permitiría a los soviéticos interferirlo siempre que lo desearan. La segunda regla de conducta que los americanos se habían trazado como norma de su política nuclear venía, pues, a fallarles por completo, si aceptaban la contrapropuesta rusa al Plan Baruch.

El desacuerdo entre los dos planteamientos era, pues, total, y el intento de negociación no podía menos de fracasar, como ocurrió en realidad. Aunque el plan llegó a ser aprobado por gran mayoría de los Estados componentes de la Asamblea de la ONU, los soviéticos lo vetaron en el Consejo de Seguridad, con lo cual quedó definitivamente inutilizado. Puede decirse que, para el año 50, ya nadie se acordaba de él.

Hay que hacer notar que, cuando los EE.UU. presentaron el Plan Baruch, tenían el monopolio indiscutible de la nueva arma, y que los rusos se hallaban, a este respecto, en una situación de inferioridad manifiesta. En tales condiciones, no podían negociar eficazmente, y no les quedaba otra salida que la de bloquear el diálogo, como lo hicieron, presentando unas propuestas por completo inaceptables para los americanos.

Circunstancias análogas a la que hemos expuesto se han producido bastantes veces en la historia de las negociaciones nucleares. La observación de este hecho permite afirmar que, para que una determinada negociación de desarme pueda prosperar, hace falta que exista cierta paridad entre las fuerzas de las dos partes negociadoras. Una excesiva ventaja de una de ellas sobre la otra impide el éxito de la negociación, ya que la desconfianza del más débil, en materia tan peligrosa e imprevisible como lo es la de las armas nucleares, obliga al mismo a esquivar cualquier trato que se le proponga.

Este principio se ha visto confirmado repetidas veces en el transcurso de los años. Si muchas negociaciones de desarme han fracasado, ha sido precisamente porque se partía en ellas de situaciones de evidente superioridad de una parte sobre la otra.

Hasta que no se produjo una relativa paridad entre las dos superpotencias —es decir, hasta el año 63— no llegó a culminar ninguna negociación importante. Pese a las ilusiones que en algunos casos se pusieron, la mayor parte de los intentos iniciados a lo largo de la primera guerra fría fracasaron.

Así, por ejemplo, en 1959 las visitas de Nixon a Moscú y de Khrushchev a Washington hicieron concebir grandes esperanzas en todo el mundo. Ambos jefes de Estado llegaron a la conclusión de que era necesario convocar una conferencia cumbre en la que habían de debatirse los problemas del desarme en toda su extensión. Se inició esta conferencia, en París, al año siguiente, con la participación de diez potencias y bajo los mejores auspicios.

En ella iban a estar presentes Eisenhower, Khrushchev, De Gaulle y Macmillan. Pero, a mediados de año, los soviéticos se retiraron airadamente de la misma. El motivo aducido para

ello fue el incidente que se produjo por un avión espía americano que, habiendo penetrado en el espacio aéreo de la URSS, fue abatido por los cañones antiaéreos soviéticos.

Esto no era evidentemente más que una excusa diplomática. Algunos historiadores convienen en que la verdadera causa de la retirada rusa de la conferencia fue la «actitud dominante» que los negociadores americanos —convencidos de su total superioridad— adoptaron desde el principio de la misma. Esta superioridad era real, ya que en 1959 el armamento atómico ruso se hallaba aún muy poco desarrollado en comparación con el potencial americano.

De acuerdo con lo que hemos señalado antes, esta desigualdad patente impedía que en aquel momento EE.UU. y la URSS pudieran negociar eficazmente. Los soviéticos habían concurrido a la conferencia sin el menor espíritu negociador, únicamente con el propósito de ganar tiempo para su propio desarrollo armamentístico.

Notemos que las negociaciones nucleares presentan otras muchas dificultades, aparte de la que hemos indicado. Una de ellas es, por ejemplo, el carácter altamente técnico de las mismas.

Las armas atómicas han llegado a alcanzar una extraordinaria complejidad. La aplicación de montajes informáticos cada vez más afinados, la constante modernización de los modelos y la proliferación aparentemente inagotable de los mismos, hacen que las discusiones en torno al equilibrio armamentístico resulten cada vez más complicadas.

Desde Clausewitz, la estrategia había sido considerada como una ciencia básicamente humana, por razón de su subordinación a la política. Pero los nuevos saberes científicos han llegado a convertir la guerra en una lucha de máquinas contra máquinas que se desarrolla, en cierto modo, al margen de toda voluntad humana.

No sólo la auténtica concepción estratégica va quedando relegada por las ciencias, sino que se desliga ella misma de la política. En las conversaciones sobre desarme se tiende a olvidar cada vez más la naturaleza «humana» de los problemas.

La necesidad de que las negociaciones nucleares recuperen su carácter político se siente cada vez más vivamente en los medios internacionales.

«No se puede continuar así. No se debe intentar llegar a acuerdos *arma por arma*. Lo que nos hace falta ahora es la creación de un *marco político* dentro del cual el desarme nuclear pueda ser planteado en su pleno sentido, como una necesidad actual de la Humanidad». Esta era la manera de expresarse de uno de los más destacados participantes en la reunión de la Alianza Atlántica a fines del año 84.

El miedo a las sorpresas tecnológicas —el cual existe tanto en una parte como en la otra— es una de las principales dificultades para lograr ese «marco político».

«La dinámica de las innovaciones en materia de tecnología militar nuclear no evoluciona de una manera simplemente lineal, sino que sigue una curva exponencial y se desarrolla, además, por saltos sucesivos... Esta última particularidad, sobre todo, supone un constante peligro de guerra nuclear. Va a ser cada vez más difícil prever y estimar la evolución tecnológica de los misiles nucleares. La posibilidad de una inversión de la relación de fuerzas se hace ahora permanentemente». Así escribe Dieter S. Lutz⁵ uno de los expertos alemanes que mejor dominan el tema.

La conclusión de todo esto es que, si no hay una voluntad política que esté por encima de todo género de sospechas técnicas, será imposible que el esfuerzo negociador conduzca a resultados positivos.

2. El período negociador 1963-1979

A partir de 1963 se inicia un período negociador que se extenderá hasta los últimos años 70.

En efecto, apenas transcurridos unos meses de la crisis de los cohetes de Cuba, y tras el pánico producido en todo el mundo por el inminente peligro de guerra nuclear que aquella implicó, las dos superpotencias empezaron a dar prueba de una voluntad de arreglo que hasta entonces no había existido. Tanto la URSS como los EE.UU. habían aprendido aquella lección de la Historia.

Por otra parte, para 1963 los soviéticos habían alcanzado ya una cierta paridad nuclear y esto les constaba perfectamente a los americanos. Había, pues, que empezar a negociar en serio.

Por de pronto, el 21 de mayo de 1963 se firmó un acuerdo entre las dos superpotencias para la utilización pacífica del átomo, acuerdo que si bien no tenía incidencia directa sobre la cuestión de la bomba atómica, constituía, al menos, un signo de buena voluntad por ambas partes.

El 20 de junio se firmó el convenio sobre la instalación del teletipo rojo, de evidente utilidad práctica para hacer frente a situaciones de emergencia.

Poco después, el 5 de agosto del mismo año, se produjo un gran acontecimiento: la firma en Moscú del «*Tratado sobre prohibición de pruebas nucleares en tierra, mar y aire*», el cual tuvo amplia resonancia y fue acogido con inmensa satisfacción en todo el mundo.

Respondía este tratado al clamor universal levantado contra la realización de pruebas nucleares para el «perfeccionamiento» de la bomba. Realmente estas experiencias tenían aterrada a la población de diversos territorios. Contra ellas se habían manifestado innumerables protestas en todo el mundo.

Entre los años 48 y 55 los americanos habían hecho numerosas experiencias en Nevada y en el Océano Pacífico. La más sensacional de ellas fue la explosión de una bomba termonuclear en Bikini, el 1 de marzo de 1954, la cual alcanzó con sus efectos radiactivos a pescadores japoneses que faenaban en la isla Fuku Ryu Maru a cientos de millas de distancia, hecho que fue objeto de una reprobación universal. También los británicos llevaron a cabo explosiones experimentales en Australia. En marzo de 1957 lograron su primer lanzamiento nuclear en la isla Christmas.

Por su parte, a lo largo de todo este tiempo, los soviéticos hicieron también numerosas pruebas, manteniendo la mayor parte de ellas en secreto, si bien los servicios occidentales de información pudieron detectarlas sin mayores dificultades.

Se ha dicho que este conjunto de explosiones atómicas llegó a producir un record de la polución radiactiva en la atmósfera terrestre. Sea de ello lo que fuere, la opinión pública mundial no podía ya tolerar aquel estado de cosas. A partir de 1958 las pruebas fueron suspendidas por un acuerdo de buena voluntad entre la URSS, los EE.UU. y la Gran Bretaña. Pero, desgraciadamente, este acuerdo se rompió en 1961 y las tres grandes potencias citadas anunciaron, poco tiempo después, la reanudación de sus respectivas experiencias atómicas. Cerca de 400 pruebas fueron llevadas a cabo solamente durante el año 1962, la mayor parte de ellas a cargo de los americanos.

El objeto de estos nuevos experimentos era análogo al de los anteriores: mejorar la fiabilidad de los proyectiles, aumentar la potencia destructiva de los mismos, adaptar las bombas a objetivos tácticos, etc.

Volvió a extenderse la protesta por todo el mundo y cundió la inquietud por los peligros reales que tales experiencias entrañaban para la Humanidad.

Todo esto explica la satisfacción general con que fue recibido el Tratado de Moscú de 1963, al que acabamos de aludir.

Hay que reconocer, sin embargo, que la efectividad de este tratado resultó mucho más limitada que lo que se había esperado de él en un principio.

En primer lugar, el Tratado de Moscú no prohibía las experiencias subterráneas. Evitaba, ciertamente, la contaminación atmosférica; pero al dejar abierta la puerta a pruebas bajo tierra, permitiendo que éstas continuasen con toda libertad, dejaba sin solución el problema más importante, que era el de impedir que las armas atómicas continuasen perfeccionándose indefinidamente.

Por otra parte, y aunque el tratado fue suscrito por más de cien Estados, algunos de los más importantes —como Francia y China— se negaron a aceptarlo. Esto era grave, ya que los científicos de estos dos países tenían ya muy adelantadas sus investigaciones para lograr sus respectivas bombas atómicas y sólo necesitaban realizar algunas pruebas más para conseguirlas.

De hecho, Francia y China continuaron con sus experiencias. Francia lo hizo —como sigue haciéndolo ahora— en el islote polinesio de Mururua y tardó muy poco tiempo en conseguir que su «force de frappe» nuclear se convirtiese en realidad. También la República Popular China siguió experimentando, en sus zonas desérticas. En 1964 obtuvo una bomba de fisión de 15 kilotonnes y el 17 de junio de 1967 su primera bomba termonuclear.

La India accedería más tarde a la posesión del arma nuclear gracias a la explosión lograda por sus científicos en 1974, si bien sus pruebas no serían continuadas en los años siguientes.

El fracaso relativo del Tratado de Moscú no desanimó por completo a los espíritus negociadores. En la Asamblea de la ONU de 1966 se pidió el establecimiento de un nuevo acuerdo de prohibición de pruebas que supliera las deficiencias del anterior. Ocho años más tarde, la URSS y los EE.UU. suscribieron un nuevo Tratado, el TTBT («Threshold Test Ban Treaty»), que limitaba las pruebas subterráneas a un máximo de 150 kilómetros.

Entre los años 63 y 67 las Naciones Unidas se esfuerzan en adoptar decisiones contra los armamentos nucleares, aunque puramente recomendatorias. En su Asamblea de 1965 aprueban una teórica *desnuclearización del continente africano* y un proyecto de *Conferencia mundial del desarme*. En 1966, además de la propuesta antes citada, la Asamblea pidió a las potencias nucleares garantías de no agresión contra los otros Estados e instó a todos los Estados no participantes en el Tratado de Moscú de 1963 a que se adhiriesen al mismo renunciando a continuar sus propias experiencias. En la misma sesión, la ONU condenó las armas de destrucción masiva de efectos no discriminados, como las químicas y biológicas, y también, por supuesto, las armas atómicas, de acuerdo todo ello con el protocolo de la antigua Sociedad de Naciones.

Conviene hacer notar que, en las reuniones aludidas, la ONU se interesó ya por la «guerra de las galaxias», adelantándose a su tiempo, ya que la militarización de los espacios, que ahora se teme, se hallaba aún muy lejana. La Asamblea pidió a los EE.UU. que renunciasen a poner en órbita armas de cualquier clase, o a extender los armamentos a la luna o a los planetas.

El primer *Tratado sobre guerra espacial* fue firmado el 14 de diciembre de 1966. En el mismo se condenaba la utilización del espacio exterior para fines militares y se prohibía, de modo absoluto, la realización de pruebas. Quedaban excluidos toda clase de objetos atómicos situados en órbitas circunterrestres o estacionados en posiciones interplanetarias. La luna y otros cuerpos celestes sólo podrían ser utilizados para fines pacíficos.

Es evidente que tampoco este tratado tuvo una auténtica eficacia práctica. Los acuerdos de la ONU se reducían, como ocurre también ahora en la generalidad de los casos, a declaraciones de intenciones o proclamas de buena voluntad apoyadas con sus votos por la mayoría de los países miembros, pero carentes de operatividad sobre los auténticos responsables, es decir, sobre las potencias armadas atómicamente.

Un resultado de los años sesenta fue el *Tratado de Tlatelolco*, cuyo objetivo era la desnuclearización de América Latina. En el mismo se prohibía la experimentación, fabricación, importación, instalación, posesión y utilización de cualquier tipo de armas

nucleares en Latinoamérica. El tratado debía ser suscrito no sólo por los países soberanos del continente sudamericano, sino también por las superpotencias y por los Estados exteriores al continente que tuvieran intereses en el mismo. Las superpotencias se comprometían especialmente a no emplear armas nucleares contra los Estados latino-americanos y a no ejercer coacción sobre éstos por medio de tales armamentos.

Desgraciadamente, los soviéticos se negaron a firmar el Tratado de Tlatelolco por estimar que el mismo era insuficiente. Exigían que se prohibiesen también las explosiones pacíficas, alegando la dificultad que entraña una diferenciación clara entre éstas y las realizadas con fines militares, cosa que es cierta. Por otra parte, interesada la URSS en impedir la utilización bélica del canal de Panamá por los EE.UU., exigió, además, que el tratado prohibiera la circulación de armas atómicas por aquellos territorios.

Importantes Estados latinoamericanos, como Brasil y Argentina, se mostraron reacios a la ratificación del tratado, por estimar que éste impedía o entorpecía sus políticas de desarrollo militar y económico. El Tratado de Tlatelolco constituyó, pues, un fracaso diplomático para los EE.UU., que eran sus verdaderos promotores.

Sin embargo, no fue un esfuerzo totalmente inútil: sentó un precedente y presentó un modelo de lo que podía ser un plan de desnuclearización de extensos territorios. Sirvió, asimismo, de experiencia para mostrar las dificultades que una acción negociadora de este género presenta en la realidad.

Mucho más efectivo que los anteriores fue el «*Tratado sobre la No Proliferación de armas nucleares*» del 68. Aunque conteniendo todavía graves imperfecciones, este Tratado sirvió — y continúa sirviendo — para frenar parcialmente la expansión del arma atómica y la extensión de la misma a todos los ejércitos mundiales.

El proyecto del tratado fue sometido a la consideración de las Naciones Unidas en enero de 1968 por la URSS y los EE.UU. y aprobado en junio del mismo año por la Asamblea.

Una vez logrado un número suficiente de adhesiones al tratado, éste fue firmado simultáneamente en las tres capitales: Washington, Moscú y Londres. Lo suscribieron 62 estados y el número de adhesiones fue creciendo en los siguientes años, hasta alcanzar la cifra actual de 102 firmantes.

El artículo primero del tratado obliga a los estados poseedores de armas nucleares a no traspasar armas o explosivos nucleares, ni medios de manejo de los mismos. Asimismo, dichos estados se comprometen «a no ayudar, alentar o inducir» a ningún estado no nuclear a fabricar o adquirir tales armas y montajes nucleares.

Correlativamente, el artículo 2º del tratado prohíbe a los estados no nucleares adheridos al tratado, la recepción de «ningún traspaso de armas nucleares u otros dispositivos nucleares explosivos y a no recabar ni recibir ayuda alguna para la fabricación» de tales artefactos.

La transmisión de medios nucleares para fines pacíficos está permitida por el tratado, siempre que los países que se beneficien de ella se sometan a la inspección y supervisión de la AIEA («Agencia internacional de la energía atómica»), instalada en Viena. Más aún, en el artículo 5º del tratado se garantiza esta misma transmisión: los estados nucleares firmantes se obligan a facilitar, a los restantes países, explosivos nucleares destinados a fines pacíficos, sin preferencias comerciales y a un costo reducido. Para los países menos desarrollados industrialmente éste es, sin duda, uno de los principales alicientes del tratado. Otra cláusula invita a los países miembros a emprender negociaciones en favor del desarme nuclear mundial. Esta importante recomendación, aunque no tenga carácter obligatorio, trata de situar al propio tratado en un plan amplio y ambicioso, cuyo desarrollo progresivo debía haberse realizado en años ulteriores, aunque —de hecho— sólo lo fue muy parcialmente.

El tratado reconocía a los países suscribientes el derecho a retirarse del mismo, previo aviso anticipado de tres meses, y fijaba su puesta en vigor para el momento en que lo

hubiesen ratificado, al menos, cuarenta países no nucleares. Esta cifra fue rápidamente superada y el tratado de no-proliferación entró en vigor el 5 de marzo de 1970.

Este tratado, que todavía está en funcionamiento y se reactualiza por medio de sesiones quinquenales entre los países suscribientes del mismo —la próxima de ellas debe tener lugar en 1985— ha sido objeto de muchas críticas, algunas de ellas relativamente infundadas y otras, en cambio, de cierto peso e importancia desde el punto de vista de la eficacia del tratado.

Se objeta, por ejemplo, que el tratado es desigual, que favorece a las potencias nucleares sobre las no nucleares y que congela las diferencias existentes entre unas y otras, perpetuando ventajas técnicas, armamentísticas y comerciales que no debieran existir.

Ha de convenirse en que estas desigualdades son, en cierto modo, inevitables en el contexto actual. Pretender que sean suprimidas sería demasiado exigir a un simple tratado, cuya finalidad no era otra que la de impedir la extensión de los armamentos nucleares. La supresión de las desigualdades entre los Estados constituye un problema de fondo que muy difícilmente podrá verse resuelto dentro de nuestro horizonte histórico.

Más válida que la crítica anterior es la que se hace cuando se objeta al tratado de dejar una puerta abierta a la comercialización del átomo pacífico, en condiciones tales que se favorece indirectamente la proliferación del arma atómica.

En efecto, como hemos visto antes, el tratado ordena que las naciones nucleares presten ayuda a las no nucleares incorporadas al mismo, con objeto de que puedan obtener su propia energía nuclear para fines pacíficos. Pero, para evitar que esta ayuda sea empleada con fines militares, las naciones beneficiarias de la misma se someten a una permanente y rigurosa inspección internacional. Se impide así cualquier utilización bélica de los materiales y medios nucleares suministrados.

Ahora bien, el tratado no prohíbe que los países nucleares proporcionen una ayuda análoga a los países no nucleares no pertenecientes al tratado, los cuales no están, evidentemente, sometidos a ningún género de inspección.

Como quiera que no existen diferencias fácilmente comprobables entre el «átomo pacífico» y el «átomo bélico» —de hecho se puede pasar muy fácilmente del uno al otro— nada impide que una potencia no nuclear, ajena al tratado, desvíe los elementos recibidos de una potencia nuclear, incorporada a éste, hacia fines militares.

Es así cómo la India, país no incluido en el tratado de no-proliferación, logró obtener su bomba atómica en 1974, gracias a la asistencia recibida de Canadá, sin que pudiera acusarse a este estado de haber infringido las cláusulas del tratado.

Queda, pues, dentro de la zona de países no nucleares, exteriores del tratado, un campo de operaciones comerciales donde las potencias nucleares pueden realizar buenos negocios y fomentar su propia influencia política, a costa de favorecer el armamento atómico de sus países clientes.

De esta suerte, se ha visto a potencias de las más adelantadas en la investigación nuclear, como EE.UU., Canadá y la R.F.A., proporcionar tecnologías y medios nucleares a países no adheridos al tratado, como el Brasil o la India. Estas no se hallan sujetas a ningún género de inspección nuclear y pueden, por tanto, si lo desean, hacer una utilización militar de las informaciones, materiales y dispositivos atómicos recibidos de países adheridos al tratado.

Pero, además, queda otro portillo abierto que permite también burlar el espíritu del tratado, sin infringir la letra del mismo. Un país adherido a éste y que haya recibido asistencia nuclear de carácter pacífico, tiene derecho a retirarse del tratado en el momento en que lo juzgue conveniente, liberándose así de la inspección internacional exigida por aquél. Podrá, así, aplicar los medios y materiales nucleares recibidos a la fabricación de armas atómicas.

La existencia de países dotados de armamento atómico pero que no han suscrito el tratado, y que, por tanto, están en condiciones de exportar armas nucleares constituye asimismo una dificultad seria para la eficacia del tratado de no-proliferación.

Como resultado de todo esto, son muchos los analistas que consideran más ventajosa la no pertenencia al tratado que la incorporación al mismo. El derecho a recibir suministros e informaciones no parece compensar las restricciones que se imponen a los miembros no-nucleares, tales como la inspección internacional y la renuncia a la posesión del arma atómica. Los estados no nucleares que suscriben el tratado quedan, en cierto modo, relegados a una situación internacional de segundo o tercer plano. Esta es, al parecer, la principal razón por la cual España nunca ha querido suscribir el tratado.

Pero, aparte de las objeciones anteriormente expuestas, hay otra de mayor fondo y de más difícil explicación. La cuestión que se plantea es la siguiente: la política de no proliferación, consistente en reducir a un mínimo el número de estados poseedores del arma nuclear, ¿es realmente útil para la paz o constituye, por el contrario, una causa de desestabilización?

La estrategia de disuasión —se dice— sólo tiene sentido si el número de poseedores del arma atómica es muy reducido. Una disuasión «à trois» es ya difícilmente realizable. El ideal sería pues que sólo existiesen dos potencias nucleares. Únicamente de esta manera la mutua disuasión constituiría un sistema de seguridad eficaz que disminuyera efectivamente el riesgo de una sorpresa o de una guerra nuclear por error.

Ahora bien, nadie puede evitar ya el hecho consumado de que, además de los EE.UU. y la URSS, otros países como la Gran Bretaña, Francia, China o la India, dispongan también de armas nucleares. Al no ser, pues, posible el simple *duopolio* de potencias nucleares, no queda otra solución razonable que la de *congelar el oligopolio* en su situación actual, evitando que continúe la proliferación de las armas atómicas. La conclusión de este razonamiento es, pues, favorable al mantenimiento y constante reactualización del tratado de no-proliferación.

En cambio, desde el punto de vista contrario a éste, se hace notar que la existencia de un grupo de países privilegiados, poseedores del arma nuclear en plan oligopólico, no hace sino incitar a los demás estados a proveerse de la misma y que, por tanto, la pretendida no-proliferación constituye, en realidad, un hecho desestabilizador.

En efecto, ¿qué harán las demás potencias? ¿Cómo se impedirá que muchas otras naciones, alentadas por el mal ejemplo de Francia, India o China, se lancen ahora a una carrera de armamentos por la posesión de su propia arma nuclear?

Al parecer, son bastantes los países que están decididos a hacerse con un armamento atómico y que, incluso, se hallan cerca de lograrlo.

Argentina y Brasil tienen reservas de uranio y reactores nucleares para la investigación. Aunque es miembro del tratado, Libia mantiene acuerdos de cooperación nuclear con la URSS, Pakistán y Argentina, y podría dar un salto en cualquier momento. Lo mismo puede decirse de Irak, Israel y África del Sur. Por su parte, Pakistán es uno de los países más interesados en adquirir la bomba atómica precisamente para hacer frente en este terreno a su vecino hindú.

Se dice que, para el año dos mil, habrá veintiún países en condiciones de fabricar armamento nuclear.

La aplicación de sanciones contra los estados que pretendan armarse nuclearmente, ¿puede tener éxito a la larga? La verdad es que la política de no-proliferación está por completo en el aire, tal vez porque ha sido asentada sobre bases demasiado irreales. Haría falta, pues, que un nuevo tratado viniera a reemplazar al anterior, a fin de evitar que la actual situación degenerase en un caos de estados nucleares.

3. Las negociaciones «SALT»

Como hemos visto anteriormente, el artículo 6º del tratado de no-proliferación de 1968 había previsto un compromiso general de negociación con vistas al desarme nuclear mundial. El tratado establece la necesidad de negociar constructivamente para lograr este desarme de un modo gradual.

Rusos y americanos partieron de este compromiso para iniciar nuevas negociaciones; pero lo hicieron de un modo exclusivamente bilateral. En los tratados anteriores habían participado otros países, tanto nucleares como no nucleares. En cambio, a partir de 1969, la URSS y los EE.UU. asumirán la mayor parte de esta responsabilidad en solitario, es decir, sin dar acceso a las conversaciones ni siquiera a las potencias poseedoras de armas atómicas. Este hecho aumentará su distancia respecto del resto de las potencias mundiales y reforzará el duopolio ruso-americano.

Anteriormente se había negociado sobre *prohibición de pruebas* nucleares y sobre la manera de *evitar la proliferación* de las armas atómicas. Se había repetido constantemente que estas negociaciones debían formar parte de un cuadro mucho más general, que no era otro que el del desarme nuclear.

En lo sucesivo se irá más a lo concreto. Se negociará, pues, sobre *congelación, reducción, limitación y control* de armas nucleares.

Conviene hacer notar aquí que entre estos conceptos existen grandes diferencias. *Congelar* no equivale a *desarmar*, ni siquiera a *reducir* los armamentos. La palabra «congelación» expresa más bien una idea contradictoria a la de reducción. Kissinger, en un artículo publicado en octubre de 1984, no sólo hace notar esta diferencia, sino que afirma que ambos conceptos responden a doctrinas o escuelas opuestas sobre el desarme.

Para Kissinger, la congelación no resuelve nada. Contribuye, por el contrario, a perpetuar la inseguridad, ya que, en el supuesto de una congelación que admita una renovación de los armamentos envejecidos, nunca se sabe bien cuáles son los límites entre la modernización y la prohibición de nuevas armas. La primera permite burlar las medidas congelatorias aumentando la potencia destructiva de las armas, sin modificar su número ni su estructura exterior.

Tampoco *reducción y limitación* son conceptos identificables. Reducir armamentos es una medida positiva que puede repercutir en lo inmediato y en lo concreto. Limitar —en cambio— sólo entraña una previsión hacia el futuro, destinada a evitar que los armamentos sigan aumentando o perfeccionándose peligrosamente.

La limitación de armamentos puede ser útil, y de hecho lo ha sido ya en la década de los setenta. Pero las limitaciones pueden producir efectos contraproducentes, incitando a los armeros a producir modelos nuevos con el fin de burlarlas. Así, la invención de los nuevos MX para saltarse ciertas limitaciones impuestas por SALT-2. Además, limitaciones establecidas en los acuerdos han sido, a veces, demasiado elevadas y no han tenido ninguna efectividad al estar muy por encima de las cifras reales.

Todo esto se refiere al desarme, ciertamente; pero sólo de un modo relativo. El desarme nuclear total, la supresión de las armas atómicas, sigue apareciendo como una meta lejana y prácticamente inaccesible.

En cuanto al concepto de *control* es, sin duda, más sutil que los anteriores y conviene analizarlo un poco más minuciosamente.

El concepto de *control de armamentos* es anterior a todo esto, pero adquiere mayor importancia cuando se empieza a negociar sobre armamentos nucleares.

Dada la diversidad creciente de las armas nucleares y su progreso acelerado, no tardó en verse que era imposible hablar de equilibrio. No existía una medida común o un término de referencia entre los sistemas de armas de una y otra parte que permitiera compararlos. Querer fijar las condiciones de un equilibrio era mucho más difícil de lo que se había creído en un

principio: en realidad, era imposible. Lo único que se podía hacer era adquirir un conocimiento de esta diversidad, constatarla, y tratar después de *armonizar* el conjunto de los sistemas de armas de las dos partes, de modo que el resultado fuera lo menos peligroso posible para la estabilidad.

El control exige que los estados se pongan de acuerdo para conjugar sus medidas armamentísticas de modo que se haga muy difícil —o casi imposible— el estallido de una guerra atómica. Esto es lo esencial del control de armas nucleares, lo que los anglo-americanos llaman el «Arma Control».

En alemán, Lutz emplea una expresión lingüísticamente mucho más pesada, pero también más expresiva que aquella: «Kooperative Rüstungssteuerung» (literalmente «dominio de las armas por medio de la cooperación»). Los franceses simplifican este término, guardando solamente uno de sus significados y, en lugar de «control» hablan de «*maîtrise*», lo cual tiene la ventaja de eludir los equívocos inducidos por la palabra «control».

Alain Joxe define el control de armas como «una concepción político-militar en la cual los estatutos o las alianzas intentan armonizar sus potencias militares, sus estrategias, el volumen, la estructura y el despliegue de sus fuerzas, e incluso sus modalidades a nivel táctico, de acuerdo con sus intereses recíprocos en función del concepto de seguridad».

A finales de los sesenta el control había llegado a ser un complemento esencial de la doctrina de la disuasión. Esta se había fundado, desde un principio, en la amenaza de una represalia atómica que resultase catastrófica para el presunto agresor. La amenaza era mutua y gracias a ella se mantenía esa especie de paz ficticia a la que se llamaba el equilibrio de la disuasión o el «equilibrio del terror».

Pero sin represalia no había ya disuasión posible. Desde el punto de vista de esta doctrina —que podría ser todo lo discutible que se quiera, pero que «está ahí»— la puesta en duda de la represalia equivalía al hundimiento del mecanismo disuasorio.

Esto es precisamente lo que ocurría al término de los años sesenta. La invasión de los *misiles anti-misiles* empezaba a hacer posible una defensa contra una represalia nuclear y ésta resultaba, en definitiva, mucho menos temible que al principio. Por otra parte, es decir, vistas las cosas exactamente desde el lado contrario, el enorme progreso de los medios ofensivos justificaba la hipótesis de un «*primer golpe*» tumbativo, el cual podría destruir incluso las reservas destinadas a la represalia disuasoria del adversario.

La consecuencia de todo esto era que la teoría de la represalia se hundía casi por completo y que la famosa disuasión apenas valía para nada.

Había, pues, que negociar para restablecer garantías mínimas de seguridad fundadas en la cooperación. ¿Negociar sobre qué? El mayor peligro estaba en el enorme poder adquirido por las armas estratégicas, las cuales podían obtener resultados definitivos, tanto en la hipótesis ofensiva como en la defensiva.

Es así como nació en 1970 el proyecto de las SALT («*Strategic Arms Limitation Talks*»). Como indica Claude Delmas⁶, para lograr el deseado control era necesario negociar, tanto sobre las armas estratégicas defensivas, como sobre las ofensivas. Hacerlo solamente sobre uno de estos tipos de armas equivalía a dejar una vía abierta hacia la catástrofe.

El 9 de abril de 1970 el Senado americano votó una resolución en la que se afirmaba que la competición entre las dos superpotencias había llegado a una fase «nueva y peligrosa» y se pedía que se abrieran inmediatamente conversaciones con los soviéticos para buscar un acuerdo sobre armas estratégicas. Los comunicados ruso-americanos de 20 de mayo y 24 de septiembre de 1971 respectivamente confirmaron este punto de vista.

Este proceso en la evolución de las ideas estratégicas de las dos superpotencias se había iniciado ya en Helsinki en los últimos días del año 69. En las negociaciones para la limitación de armas estratégicas realizado entre los años 69 y 79 se distinguen netamente dos partes. La primera de ellas se desarrolla desde noviembre de 1969 hasta mayo de 1971, culminando en el

tratado SALT-1. La segunda, que pudo ser más importante aún que la primera, quedará prácticamente inutilizada con la intervención soviética en Afganistán, a fines de 1979 y con la «doble decisión» de la OTAN sobre los euromisiles producida casi simultáneamente con aquélla.

Las negociaciones SALT se inician el 17 de noviembre de 1969 en Helsinki. Esta primera tanda dura poco más de un mes, tiene carácter preparatorio y se celebra sin ninguna publicidad, casi en secreto.

Las conversaciones se reanudan en Viena el 16 de abril de 1970. Esta segunda fase acaba el 14 de agosto del mismo año y en ella se obtienen, al parecer, acuerdos de principio bastante sustanciales.

La tercera etapa de este proceso negociador tiene lugar a partir de noviembre de 1970 y termina con la firma del tratado antes citado entre el presidente Nixon y el jefe del Gobierno soviético Leónidas Brezhnev en Moscú, el 26 de mayo de 1972.

Este hecho histórico fue acogido con gran optimismo y euforia en todo el mundo. Se habló entonces de «la negociación del siglo» y se concibieron las mayores esperanzas sobre el futuro de paz internacional.

Una prueba de ello es, por ejemplo, el lenguaje empleado por Claude Delmas, un año más tarde, al comentar el éxito de la negociación SALT: «Ha empezado un nuevo tiempo y, dada la importancia que no han dejado de tener las armas nucleares, este período puede ser definido como la 'segunda edad nuclear'».

Muchos suponían entonces —en efecto— que en esta «segunda edad» la amenaza de guerra nuclear quedaría completamente dominada. El tiempo dirá después, sin embargo, que estas esperanzas eran en gran parte ilusorias.

El traslado SALT del 72 consta de dos grandes partes. La primera de ellas —que suele a veces llamarse «Tratado ABM»— estipula la limitación de las armas defensivas o armas antimisiles. La segunda parte es un acuerdo provisional, con duración de cinco años, en el cual se limitan las armas estratégicas ofensivas. Finalmente, al tratado y al acuerdo citados se une un protocolo adicional, relativo a las armas atómicas instaladas en submarinos.

La distinción entre las «armas estratégicas» y el resto de las armas o «armas tácticas» es de importancia capital para la comprensión de las negociaciones SALT.

Si esta distinción presentaba ya algunas dificultades en la terminología clásica, la existencia de armas nucleares la hace todavía más problemática. Parece ser que criterios de diferenciación utilizados hasta ahora no resultan ya claros ni suficientemente decisivos a los ojos de los expertos de la ciencia militar.

Según Dieter S. Lutz la noción de «arma estratégica» se aplicaba tradicionalmente a los «sistemas de armas que permiten romper la capacidad y la voluntad de resistencia del enemigo, mediante la destrucción de algunos de sus más importantes centros neurálgicos, sean políticos, económicos o militares, o de sus centros urbanos». En cambio eran consideradas como «armas tácticas» las destinadas a la «realización de un objetivo de guerra preciso, por medio de la destrucción o neutralización de la capacidad de combate del enemigo».

Actualmente, el carácter no discriminatorio de los explosivos nucleares hace casi imposible el querer mantener la línea de separación entre esas dos clases de objetivo. No hay, pues, una diferencia «esencial» entre misiles nucleares estratégicos y misiles nucleares tácticos.

Por ejemplo, el criterio del «alcance» de un misil nuclear resulta por completo insuficiente cuando se trata de clasificar el mismo en uno de estos dos grupos. Armas de «alcance medio», es decir, inferior a 5.000 kilómetros, pueden ser tan estratégicas como otras de largo alcance. Así ocurre en este momento en la realidad de la situación europea; dada la proximidad de las bases europeas de la OTAN al territorio de la URSS, algunos euromisiles de alcance inferior a

los 3.000 kilómetros, como, por ejemplo, los Pershing-2 (alcance: 1.800 kilómetros), deben ser considerados como armas estratégicas, ya que su campo de tiro alcanza el «santuario» soviético, incluyendo en éste la propia capital de la URSS y otros territorios rusos todavía más alejados hacia el Este.

Se produce así una ambigüedad que da lugar a interminables polémicas. En efecto, partiendo precisamente del criterio imperfecto del «alcance» de los misiles para definir las armas estratégicas, el SALT-1 identifica «misil estratégico» con «misil intercontinental». De esta manera, y a pesar de que sus efectos estratégicos son evidentes para todo el mundo, el «Pershing-2» queda excluido de las limitaciones del tratado.

Tampoco la «potencia» de la cabeza nuclear de un misil puede servir como norma para la diferenciación del concepto del arma estratégica.

Se da la paradoja de que las llamadas «armas de teatro» (armas destinadas a actuar sobre un campo de batalla concreto o en la retaguardia inmediata del mismo) son indiscutiblemente consideradas como armas tácticas. Sin embargo, en el caso de Europa, algunas de esas «armas de teatro» alcanzan potencias próximas al megatón, es decir, que son cincuenta veces más potentes que la propia bomba de Hiroshima.

Para obviar, al menos en parte, esta confusión, Dieter S. Lutz propone una lista de armas evidentemente estratégicas, es decir, armas que «son normalmente contabilizadas como estratégicas» en todas las negociaciones.

Las armas son las siguientes: ISBM (Misiles intercontinentales), LRHB (bombarderos pesados de radio de acción superior a 6.000 kilómetro), SLBM (misiles balísticos embarcados en submarinos), FOBS (armas nucleares instaladas en satélites), ABM (sistemas antimisiles), CM («cruise missile», «misiles crucero» o aviones sin piloto de una gran precisión, cargados nuclearmente).

Nadie duda de que todas estas clases de armas deben ser incluidas entre las estratégicas. Pero esto no significa, claro está, que la lista anterior sea exhaustiva. Fuera de ella existen otras armas no incluidas en el SALT-1, cuyo carácter táctico o estratégico puede ser sometido a discusión.

En su primera parte, el tratado introduce importantes limitaciones para los misiles antimisiles, es decir, capaces de interceptar en pleno vuelo a los cohetes intercontinentales del enemigo potencial. A primera vista no parece clara la peligrosidad de estas armas. ¿Por qué habría de ser peligrosa un arma puramente defensiva?

La razón de esta presunta peligrosidad va estrechamente ligada a la teoría misma de la disuasión. Si la defensa fuera tan eficaz como parece que puede serlo, esto permitiría a cualquiera de las dos superpotencias encasillarse en su propio santuario, haciendo de éste una fortaleza absolutamente inexpugnable para el enemigo.

¿Sería esto favorable para la paz? Al contrario —dicen los teóricos de la disuasión— una acción de este género desestabilizaría notablemente la situación. Por ejemplo, si los americanos estableciesen un muro enteramente infranqueable para los misiles rusos, la URSS quedaría impotente y en condiciones de absoluta inferioridad, al no estar ya en condiciones de represaliar a los americanos. Estos, por su parte, no tendrían que preocuparse de nada y podrían lanzar su primer golpe en el momento que les pareciese conveniente. Las armas antimisiles son, pues, una provocación a la guerra atómica.

El profesor soviético Guennady Zhukov sostiene esta misma teoría en un artículo publicado en 1984, afirmando que el despliegue del armamento antimisil «está llamado a contribuir a la creación del potencial necesario para asestar el primer golpe». Buena prueba de ello, según Zhukov, es que los EE.UU. «no han querido aceptar el compromiso de no ser el primer país en utilizar el arma nuclear». El montaje de un sistema defensivo antimisil por los EE.UU. es uno de los medios que éste tiene para asegurarse la realización efectiva de un

primer golpe nuclear. En conclusión —dice el profesor ruso— semejante montaje estaría en contradicción con el tratado de 1972.

De hecho, el tratado limita los sistemas de armas antibalísticas (ABM) a dos conjuntos por cada parte: uno de ellos destinado a la defensa estricta del «santuario» y el otro a la protección del territorio base donde se sitúan los nidos y las plataformas de lanzamiento de los propios antimisiles. Lo que se suele llamar «santuario» queda reducido en este tratado a las capitales de los estados en las cuales radican los Gobiernos, los Estados mayores centrales, etc... El tratado permite la defensa de estos territorios esenciales, por medios antimisiles. A este efecto, cada capital será protegida por un complejo nuclear de radio 150 kilómetros, conteniendo 100 misiles y 100 plataformas de lanzamiento. El segundo complejo —cuya finalidad no es otra, en definitiva, que la «defensa de la propia defensa» dispondrá, según el tratado, de análogos efectivos nucleares antimisiles.

El tratado prohíbe la proliferación de las armas balísticas antimisiles hacia otros estados y limita, asimismo, la realización de pruebas para el perfeccionamiento de las mismas. A este fin, cada parte podrá disponer solamente de un campo de experimentación, en el cual no podrá situar en ningún momento más de 15 misiles.

Las citadas cláusulas hubieran exigido, evidentemente, un medio de comprobación de su correcto cumplimiento.

El tratado no establece un procedimiento inmediato para ello, pero ambas superpotencias se comprometen a arbitrarlo en el futuro.

En lo que se refiere a las armas estratégicas ofensivas, el acuerdo provisional no considera una reducción de las mismas, pero frena la carrera de armamentos, ya que dispone la congelación de los misiles intercontinentales de ambas partes. El control y posible reducción de estas armas quedaría confiado a futuras negociaciones SALT.

Algo parecido ocurre con las armas nucleares instaladas en submarinos que son objeto del protocolo del tratado SALT-1. A causa de la especial movilidad y difícil contabilidad de estas naves, tales armas deben ser consideradas siempre como armas estratégicas, independientemente de su mayor o menor potencia. El tratado congela los sistemas de armas nucleares instalados en submarinos a 710 misiles balísticos en 44 submarinos, por parte americana, y 950 misiles en 62 submarinos, por parte de la URSS. Esta aparente diferencia quedaba compensada por el hecho de que una parte de los misiles americanos respondían a la entonces nueva modalidad de los MIRV (misiles equipados con cabezas múltiples de dirección independiente). La utilización de los MIRV aumentaba obviamente el número de cabezas nucleares para un número limitado de misiles, y las cifras acordadas se aproximaban realmente a la igualdad numérica.

En principio, el tratado de 1972 debía ser el comienzo de una serie de negociaciones encaminadas a una reducción efectiva de las armas nucleares y, en última instancia, a un desarme nuclear total, a tenor de las buenas disposiciones expresadas en el tratado de no-proliferación de 1968.

La actividad diplomática no decae. En julio de 1974, los EE.UU., la URSS y la Gran Bretaña suscriben un acuerdo sobre la limitación de pruebas nucleares subterráneas, en el cual se fija un límite máximo para la potencia de estas experiencias, determinándolo en 150 kilotonnes (7,5 veces la potencia de Hiroshima).

El tratado de Vladivostok, firmado en noviembre del mismo año por rusos y americanos, establecía un cuadro límite dentro del cual habían de desarrollarse las negociaciones ulteriores sobre armamentos nucleares.

En realidad, las exigencias de este cuadro eran tan elevadas que las dos superpotencias podían continuar desarrollando sus planes armamentísticos sin temor a traspasar los topes fijados por el tratado. Estos eran de 2.400 vectores por cada parte, entendiéndose por vector

todo móvil capaz de conducir una carga explosiva a su objetivo. (Los bombarderos con cargas nucleares eran, pues, tenidos en cuenta junto a los misiles).

Asimismo, el número máximo de MIRV era de 1.300 por cada parte. Estas cifras resultaban demasiado altas en relación a los armamentos existentes y posibles en aquella época.

Por otra parte, el tratado no tenía en cuenta diversos factores cualitativos que ejercen una importante influencia en la valoración de las armas, tales como el constante perfeccionamiento de éstas, la modernización de las armas ya desplegadas, el progreso de los bombarderos que, con los «cruisers», alcanza cotas de fiabilidad y de potencia de tiro comparables a las de los misiles balísticos y la eficacia de las «armas-antiarmas» preparadas para destruir los misiles adversarios en sus propios silos.

El acuerdo era, pues, poco efectivo en la práctica, pero representaba una intención negociadora muy valiosa.

Después de la firma del tratado de 1972, las negociaciones SALT continúan avanzando lentamente con el fin de solucionar algunas de las cuestiones que aquél había dejado pendientes. A mediados del 79, un nuevo tratado —que en Occidente recibiría el nombre de SALT-2— está ya a punto y será firmado con gran publicidad por Jimmy Carter y Leónidas Brezhnev el 18 de junio del citado año en el Palacio Hofburg de Viena.

El SALT-2 fija un plazo de tres años para la reducción de los armamentos nucleares a unos límites que, en líneas generales, son los siguientes: 820 misiles intercontinentales, 1.200 misiles de alcance intermedio y 1.100 bombarderos dotados de MIRV, pudiéndose combinar estos armamentos, pero sin sobrepasar un total de 2.550 por cada parte, cifra que, en realidad, no diferirá mucho de la manejada por Vladivostok.

El cumplimiento de este acuerdo exigía a la URSS la destrucción de 250 misiles o bombarderos, con lo que, al parecer, se restablecía el equilibrio numérico entre las dos superpotencias.

La satisfacción producida por este nuevo tratado, que suponía, en todo caso, un pequeño paso hacia el desarme nuclear, no duró mucho tiempo, ya que el Senado americano se negó a ratificarlo a causa de la invasión a Afganistán por los soviéticos.

En efecto, el 24 de diciembre de 1979, varios miles de paracaidistas soviéticos descendían sobre los aeropuertos afganos con el fin de ayudar al Gobierno de aquel país a contener la rebelión producida en abril del 78. Esta operación militar causó una tremenda impresión en la opinión americana, muy afectada ya por otros fracasos. Cinco años después, Ronald Reagan compara la intervención rusa en Afganistán con el ataque japonés a Pearl Harbor, calificándola como un «día de infamia» para los Estados Unidos. Dicha intervención fue presentada por la URSS como una simple operación de ayuda provisional, sin transcendencia política o militar alguna. Sin embargo, este hecho contribuyó a destruir el espíritu diplomático y conciliador que había reinado desde el 63.

En este sentido, la «doble decisión» de la OTAN, en diciembre de 1979, tuvo aún mayor importancia para acabar con las negociaciones sobre armas estratégicas. A partir de ese momento, la atención diplomática será atraída por otro tema de gran envergadura y de importancia inmediata: el problema de los euromisiles o armas nucleares tácticas de alcance medio en Europa.

4. La «doble decisión» de la O.T.A.N.

El 12 de diciembre de 1979, se hizo público un acuerdo adoptado por los ministros de Defensa y Asuntos exteriores de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, en relación con la seguridad militar de Europa Occidental.

Los dirigentes de la OTAN partían de hecho —presentado como cierto— de que los soviéticos estaban acumulando misiles de corto y medio alcance en su territorio y en el de algunos países del Pacto de Varsovia, creando así una grave amenaza contra el resto de Europa. Tras haber analizado esta situación, los ministros reunidos habían llegado a la conclusión de que era necesario hacer frente a tal amenaza, sin lo cual la credibilidad de la OTAN se vería notablemente deteriorada. Como reacción concreta en el sentido señalado, los ministros habían tomado una decisión compuesta de dos partes, la primera de ellas de tipo militar y la segunda de carácter negociador.

Hans Dietrich Genscher, ministro de Asuntos Exteriores de la RFA, que es uno de los más decididos partidarios de la doble decisión, ha explicado la situación de aquel momento en los siguientes términos: la Alianza no podía seguir tolerando la amenaza que, para la Europa libre y democrática, representaban los misiles soviéticos, agravada aún más por el despliegue de los nuevos misiles soviéticos SS-20, de tres cabezas nucleares, dotados de una gran movilidad y precisión, y de los bombarderos de respuesta inmediata y alcance intermedio. Frente a los 600 misiles y las 900 cabezas nucleares de los soviéticos, en permanente modernización y ampliación, Occidente se encontraba en franca inferioridad. De no producirse una reacción por parte de la Alianza —añade Genscher— «la estrategia de Europa Occidental perdería credibilidad y, por consiguiente, efectividad». Existía «el peligro de que Europa Occidental fuera cada vez más vulnerable al chantaje político ejercido por la Unión Soviética».

Se lanzaba, pues, sobre la URSS toda la responsabilidad de la situación creada en Europa. La OTAN —se decía— no había adoptado hasta entonces ninguna medida ofensiva y se limitaba a reaccionar frente a la acción emprendida por la URSS.

Ante esta situación, la doble decisión hacía dos planteamientos paralelos. El primero de ellos consistía en la modernización de las armas de la OTAN, ya estacionadas en Europa, a cuyo efecto se realizaría un despliegue de nuevos sistemas nucleares, al mismo tiempo que se llevaba a cabo la retirada de los misiles obsoletos. El nuevo armamento se componía de 108 rampas de lanzamiento para Pershing-2 y 464 misiles de crucero lanzables desde tierra. De no modificarse la situación, estas armas serían desplegadas tras un plazo de espera de cuatro años.

El segundo planteamiento, complementario del anterior, proponía la realización de negociaciones para la limitación de armamento en Europa. La declaración establecía las directrices básicas para estas negociaciones: toda limitación de los sistemas de armas norteamericanas exigiría análogas medidas por parte de los soviéticos, partiendo del principio de igualdad y de verificabilidad. Si en el curso de estas negociaciones, se llegaba a acuerdos de desarme nuclear, total o parcial, en Europa, las medidas citadas se adaptarían a tales acuerdos. Pero si, a finales de 1983, no se habían conseguido todavía resultados positivos a este respecto, la OTAN procedería a la instalación de los nuevos armamentos sin necesidad de nuevas decisiones.

Los hechos aducidos por la OTAN como base de la «doble decisión» han sido objeto de muchas discusiones, que todavía prosiguen.

Entre las numerosas opiniones adversas a la justificabilidad de dicha decisión, recogemos —a título de ejemplo— la del diputado laborista Fred Halliday, en declaraciones hechas en 1983. Halliday rechaza la tesis de la superioridad soviética, e incluso la tesis de la paridad. En su opinión, no puede hablarse de superioridad soviética más que en el campo de las armas convencionales, o, incluso en este caso, la presunta superioridad se equilibra con la mayor precisión de las armas de la OTAN.

«Todo el argumento sobre la supuesta superioridad soviética de armas nucleares de alcance medio en Europa —dice Halliday— se basa en la omisión de la flota norteamericana de submarinos, dotada de 400 cabezas nucleares y destinada a la defensa de europea. Los americanos tienen la mitad de sus cabezas en submarinos que la URSS no puede detectar,

mientras que el 70% de las cabezas nucleares soviéticas está en tierra y es fácilmente detectable». Además, «las fuerzas del Reino Unido y Francia y las bombas norteamericanas transportadas en aviones dan a los países de la OTAN la paridad con la URSS en armas de alcance medio en Europa». Con sus SS-20, los soviéticos no han conseguido otra cosa que «empezar a adquirir la igualdad en armas de alcance medio» con los occidentales.

En resumen, desde el punto de vista de Fred Halliday, «no hay razón para justificar la instalación de los misiles de crucero y los Pershing-2 en Europa».

Muy distinta de esta opinión es, por ejemplo, la del ruso pro-occidental André Sajarov. Sajarov echa en cara a los pacifistas el haber desconocido la verdad inicial de la doble decisión, es decir, «la ventaja en favor de la URSS de la paridad estratégica durante el decenio de los años setenta». Estos pacifistas echan toda la culpa a los occidentales y, en cambio — dice Sajarov—, «cuando protestan contra los planes de la OTAN, no plantean ninguna demanda sobre la URSS».

Opiniones como las que acabamos de citar se inspiran ciertamente en criterios de parcialidad ideológica mucho más que en razones técnicas. No menos parcial parece ser la interpretación que Ronald Reagan daba a finales de 1984, en vísperas de la iniciación de las nuevas conversaciones de Ginebra, sobre la situación creada tras el tratado SALT-1. La explicación dada por el presidente americano se resume en los siguientes términos: en 1972, en el momento de la firma del SALT-1, los EE.UU. habían considerado conveniente acortar sus armamentos de acuerdo con el espíritu y los términos de este tratado. De hecho, redujeron sus armas nucleares en un 30% y su megatonaje en un 75%. Muy al contrario, los soviéticos no han cesado de aumentar regularmente, a lo largo de todos estos años, su parque nuclear, en contradicción con el tratado que les obligaba expresamente a reducir su arsenal ofensivo. En cuanto a las armas defensivas, los EE.UU. renunciaron drásticamente a la protección aérea que habían montado en los años 50 contra los bombarderos rusos, e incluso al proyecto de red antimisil que el tratado les autorizaba a establecer. En suma, el programa de defensa americano ha permanecido en un estado embrionario, mientras que la URSS, por su parte, dispone de 1.000 plataformas de lanzamiento de cohetes antiaéreos SAM, una red de antimisiles en torno a Moscú, etc. Los Estados Unidos no han dejado, pues, de estar en situación de inferioridad desde 1972, tanto en armas ofensivas, como en armas defensivas. Con ello, no sólo la «doble decisión», sino la política actual de defensa antimisiles (DAM) están plenamente justificadas y nadie puede culpar a los EE.UU. de belicismo.

La teoría justificativa de la doble decisión —según la cual, los occidentales van a la zaga y en el curso de estos años no han hecho más que reaccionar a la ofensiva armamentística soviética— es sostenida con ardor por los americanos y sus más fieles aliados europeos.

Para designar la política de rearme nuclear en Europa —el despliegue de misiles y cruceros, consecuencia de la doble decisión— H.D. Genscher inventó una palabra muy significativa que, en cierto modo, presenta la clave de la justificación occidental. Se trata de la palabra «Nachrüstungsmassnahme», la cual sólo puede traducirse por una perífrasis: «un rearme que se realiza después de que los otros se han rearmado ya».

Los franceses la han traducido por «rattrapage», lo que en español podía quizás significarse por «contrarrearme» o «rearme compensatorio».

La impresión que producen los informes más dignos de crédito es que el despliegue no ha sido un simple «rearme compensatorio», sino una operación destinada a consolidar y perfeccionar una situación de superioridad occidental en Europa.

Dieter S. Lutz ha estudiado las cifras y los datos de que se puede disponer en torno a la cuestión de los euromisiles. Bajo el título: «Rattrapage ou aspiration à la supériorité?» se pregunta⁷ si es cierto que la Organización del Pacto de Varsovia posee efectivamente en el terreno de las armas nucleares del teatro europeo una peligrosa superioridad militar que haya hecho necesaria la decisión tomada por la OTAN en 1979.

Su respuesta es negativa y se puede resumir en los cinco puntos siguientes, cada uno de los cuales viene apoyado, en el texto por un análisis de carácter técnico:

1) Los datos recogidos de diversas fuentes, americanas, soviéticas y neutrales —una vez despejados y depurados— prueban que es falso que en el momento de la «doble decisión» existiese en Europa una superioridad numérica del Pacto de Varsovia sobre la OTAN, en lo referente a armas nucleares de corto alcance.

2) En lo que concierne a las armas nucleares de alcance superior a mil kilómetros en el teatro europeo —habida cuenta del número de cabezas nucleares basadas en tierra y en mar, así como del número total de aviones con capacidad nuclear— puede afirmarse que en los años 79/80 había equilibrio entre los dos bloques.

3) Las medidas sucesivas de modernización adoptadas hasta la «doble decisión» no prueban un avance cualitativo del bloque del Pacto de Varsovia.

4) Incluso en el caso más desfavorable para la OTAN —comparación de fuerzas «anti-fuerza» y «anti-valores»— la URSS sigue estando obligada a estimar como inaceptables los riesgos que tendría que afrontar en caso de lanzarse a un ataque contra Europa occidental.

5) La URSS podría realizar contra Occidente un «primer golpe nuclear», pero no estaría en condiciones de llevar a cabo un «primer golpe nuclear desarmante».

Todas estas consideraciones dejan en el aire la hipótesis de que la «doble decisión» fuese una simple «reacción compensatoria» de los EE.UU. Parece más bien que puede afirmarse que en la misma habría algo más que un simple «rattrapage».

Henry Kissinger formuló en enero de 1984 una crítica importante contra la «doble decisión». La OTAN —dijo Kissinger— cometió un error al plantear su decisión en términos políticos y no estrictamente militares. Condicionar el despliegue de los euromisiles occidentales al fracaso de las negociaciones de Ginebra era —según Kissinger— un mal camino: «la experiencia en negociaciones de control de armamentos y la táctica de la diplomacia soviética debería haber advertido de que era casi seguro que las negociaciones diesen un resultado ambiguo». Hubiera sido, pues, preferible que una postura militar se contrastase directamente con la otra sin interferencia del tema político con el militar, es decir, que el despliegue hubiese quedado condicionado únicamente a la retirada de los SS-20, y no al resultado de las negociaciones.

5. Las negociaciones tras la «doble decisión»

Como hemos expuesto anteriormente, la «doble decisión» se componía de dos partes: una amenaza militar y una oferta política. Kissinger parece tener razón al afirmar que estas dos alternativas no debían haber ido nunca juntas, sino que cada una de ellas tendría que haber seguido su propio camino, con total independencia la una de la otra. En realidad, la primera parte de la «doble decisión» destruía o inutilizaba a la segunda, ya que no se puede negociar eficazmente bajo el peso de un ultimátum, como prácticamente lo era el anuncio del despliegue de los euromisiles.

Parece que en 1979 los EE.UU. y la OTAN estaban ya completamente decididos a llevar a adelante este despliegue y que la oferta de diálogo no era sino una cuestión de forma, destinada principalmente a edulcorar la decisión militar y a tranquilizar a la opinión pública mundial. La verdad es que los mandos occidentales no ponían excesiva confianza en el éxito de las negociaciones y que su interés se centraba sobre todo en la seguridad militar y el reforzamiento de los armamentos nucleares.

De cualquier manera, la oferta política estaba ahí y a partir de ella se inició un nuevo período negociador, con características muy particulares, como veremos enseguida.

La negociación se desarrolló entre 1980 y 1983 y sus marcos más importantes fueron las conversaciones *INF* («Intermediate Range Nuclear Force» = Fuerzas nucleares de alcance intermedio) y las *START* («Strategic Arms Reduction Talks» = Conversaciones para la reducción de armas estratégicas).

A lo largo de estas conversaciones, las dos superpotencias negociaron en condiciones perentorias, teniendo siempre a la vista el anunciado «contrarrearme» europeo de la OTAN para el caso de que el diálogo político fracasase. Si para diciembre de 1983 no se había llegado a acuerdos sustanciales, la Organización del Atlántico Norte procedería a la instalación de sus nuevas armas, algunas de las cuales alcanzarían al propio territorio soviético.

Por otra parte, las conversaciones tenían que realizarse bajo la presión de la opinión pública, tanto europea como americana, fuertemente alarmada por el riesgo de una posible guerra atómica. pesaba también sobre ellas, y no poco, la protesta de los pacifistas cada vez más fuertes y activos en ambos continentes.

En tales circunstancias, no podía existir un clima propicio para el diálogo y esto se echó de ver claramente a lo largo del cuatrienio.

Sin embargo, hay que decir que en aquel momento reinaba todavía una especie de «confianza desesperada». Las cosas habían llegado a un punto tan crítico y la amenaza de un conflicto nuclear parecía algo tan verosímil, que la misma gravedad de la situación llegaba a constituir un factor positivo.

Como se había podido comprobar en anteriores circunstancias, los momentos más difíciles son, a veces, los más adecuados para una negociación eficaz. Así había sucedido en Suez y en la crisis de los misiles de Cuba. Tras la «doble decisión», podría ocurrir lo mismo: que las superpotencias se pusieran a negociar a marchas forzadas y consiguieran alcanzar unos acuerdos válidos para sacar a Europa y al mundo de la crisis político-militar en que se encontraba metido.

El objetivo de las conversaciones INF de Ginebra, que los soviéticos denominan conversaciones G-1, era el control de las armas nucleares de alcance medio, instaladas, o a punto de instalarse, en Europa. Había que reducir y poner de acuerdo estos armamentos, a fin de evitar que el desequilibrio entre la potencia militar de las dos Alianzas en el continente europeo pudiera conducir a una tercera guerra mundial.

En las INF se realiza un enorme esfuerzo diplomático y técnico, pero la eficacia del mismo es prácticamente nula: en la mayor parte de los casos se trata de un «tejer y destejer» que, en definitiva, no lleva a ninguna parte.

En el curso de las INF se celebran nada menos que 111 sesiones de trabajo repartidas en seis «rounds». El primero de éstos dará comienzo en noviembre de 1981. La sexta y última ronda tendrá lugar entre el 17 de mayo de 1983 y el 24 de noviembre del mismo año.

Simultáneamente a las conversaciones propiamente dichas, se produce una serie de manifestaciones o declaraciones públicas de los dirigentes soviéticos y americanos, ampliamente difundidas por la prensa, a través de las cuales se revelan las principales líneas o jalones de la negociación.

El primero de estos posicionamientos es la famosa «*opción cero*» de Reagan, en noviembre de 1981, coincidiendo con el inicio del primer «round» de las conversaciones. Esta misma propuesta fue simultáneamente presentada y discutida en las sesiones de trabajo de Ginebra. Su contenido esencial es el siguiente: «que los soviéticos retiren sus SS-20 del teatro europeo y los americanos renunciaremos al despliegue de nuestros 572 euromisiles y aviones de crucero».

La «opción cero» será posteriormente considerada como algo irrealizable, es decir, como una meta teórica a la que no se puede llegar por el momento. Sin embargo, la propuesta de

Reagan constituirá, en lo sucesivo, un punto de referencia teórica al que frecuentemente apelarán los negociadores de una y otra parte en el curso de sus conversaciones.

Los soviéticos rechazaron la «opción cero» como una oferta meramente publicitaria. Pocos meses después, iniciada ya la segunda ronda de negociaciones, Brezhnev hacía una contrapropuesta a la misma, que constituye un segundo punto de referencia importante para ordenar la maraña negociadora de las G-1. El contenido de la *contrapropuesta Brezhnev* es, en síntesis, el siguiente: 1º) Prohibición de nuevos sistemas de armas nucleares en Europa y, en particular, del proyecto de despliegue de la OTAN y de cualquier ampliación de formas nucleares de alcance intermedio por los países del Este. 2º) Congelación del número y también de la capacidad de las armas de una y otra parte ya desplegadas en el continente. 3º) Una vez aplicadas las anteriores medidas, reducción cuantitativa de las INF de ambos bloques, limitándolas a 600 sistemas de armas por cada parte en 1985 y 300 en 1990.

Esta fórmula podía haber servido de base a un diálogo constructivo en Ginebra; pero los americanos la eludieron con argumentos de carácter general, separándose de las cifras concretas en las que los soviéticos la habían basado. Alegaron que los rusos pretendían centrar la negociación exclusivamente en el teatro europeo, a fin de poder reforzar, a cambio, sus armamentos nucleares en el teatro asiático. «De esta manera —decían los americanos—, si los misiles del continente son trasladados al Este, no se adelantará nada en cuanto a la estrategia general. Se hace necesario encajar la negociación europea en otra de carácter más amplio».

Notemos que la contrapropuesta Brezhnev no establecía distinción entre las armas nucleares americanas y las francesas y británicas, dispuestas también a funcionar en el teatro europeo. Se planteaba así la famosa cuestión de la «contabilización», la cual había de dar mucho juego en el curso de las futuras negociaciones. ¿Qué fuerzas nucleares se trataba de equilibrar? ¿Las rusas y las americanas exclusivamente —quedando al margen las de los aliados occidentales— o bien las rusas y las occidentales, consideradas éstas en su conjunto, es decir, con inclusión de las francesas y británicas?

En el primer caso, el bloque occidental saldría beneficiado ya que, en caso de conflicto, los americanos dispondrían en Europa de la ayuda de las fuerzas aliadas. En el segundo caso los Estados Unidos quedarían en situación de inferioridad numérica ante la URSS en el teatro europeo, cosa que «la primera nación del mundo» no podría aceptar.

En 1985 no se ha terminado aún de discutir en torno a esta famosa cuestión de la contabilidad.

Entre el 20 de mayo y el 20 de julio del mismo año 82, se habló ampliamente de los SS-20. Los occidentales partían del hecho de que el alcance de estos misiles cubría toda Europa occidental, cosa que era cierta —incluso en el caso de que los mismos fueran instalados algo más allá de los Urales— pero que los soviéticos trataron de relegar en esta segunda ronda.

En el curso de la tercera ronda de las INF se produjeron dos hechos importantes: la *propuesta Andropov* de diciembre de 1982 —de la cual nos ocuparemos un poco más adelante— y la *proposición de los países del Pacto de Varsovia* de enero de 1983. Este fue un intento bastante bien calculado para atraer a los países de Europa occidental y tratar de separarlos de sus presuntos protectores usamericanos. Los países del Pacto proponían a los occidentales la firma de un «tratado de no agresión», el cual debía conducir a una amplia coexistencia en Europa y, consiguientemente, a la supresión de todas las armas nucleares en el continente. Sin embargo, los países del Pacto de Varsovia no adquirían en este tratado ningún compromiso relativo a los SS-20, con lo cual la seguridad de Europa Occidental quedaba completamente a la deriva.

La cuestión de la posible retirada de los misiles rusos ubicados en Europa al «teatro asiático» —a la que hemos aludido anteriormente— fue objeto de un minucioso estudio en el tercer «round» de las conversaciones, con muy escasos resultados. En cambio, al término del

mismo surgió una nueva propuesta que, a pesar de su carácter extraoficial, mereció una amplia atención de la opinión mundial.

Nos referimos al llamado «*compromiso del bosque*» el cual fue fruto de una conversación privada entre los jefes de las delegaciones americana y soviética, Paul Nitze y Juli Kvitsinsky. El «paseo del bosque» en el que se «coció», al parecer, la nueva fórmula, tuvo lugar el 18 de julio de 1982. Ambos interlocutores lograron ponerse de acuerdo sobre una base o programa común de discusión que había de ser sometido a la consideración de la Conferencia.

Los principales elementos de esta propuesta eran los siguientes: americanos y soviéticos reducirían sus armamentos en Europa a 75 misiles por cada parte (75 SS-20, con tres cabezas cada uno por parte rusa y 75 misiles de crucero, con 4 cabezas cada uno por parte americana) además de 150 bombarderos de alcance medio dotados de cargas nucleares por cada parte. Los americanos renunciarían, por tanto, al despliegue de los temibles Pershing-2, mientras que los soviéticos tendrían que destruir los SS-20 sobrantes, renunciando al proyecto de trasladarlos al este de los Urales.

La propuesta no tuvo éxito, ya que fue desautorizada por la Administración americana y, poco después, por el Gobierno soviético, por lo cual no puede pasar a ser discutida en el seno de la Conferencia.

Sin embargo, el «compromiso del bosque» no fue olvidado y volvería a cobrar actualidad un año más tarde gracias al interés que llegó a despertar en los medios de la República Federal Alemana. Ciertos políticos de la R.F.A. veían en él una posible vía de salida del «impasse» a que se había llegado en la INF. Así, en un artículo publicado en el «Washington Post» del 22 de mayo de 1983, el anterior canciller de la República Federal, Helmut Schmidt, decía que el programa del bosque era totalmente aceptable y culpaba a las dos superpotencias de haberlo repudiado sin consultar con los Estados europeos implicados en el tema.

Un par de meses después, el ministro de Asuntos Exteriores de Bonn, Hans Dietrich Genscher, en unas declaraciones formuladas en una rueda de prensa ante la emisora «La Voz de Alemania», dijo que «los negociadores soviéticos tenían motivos suficientes para pensar que el resultado logrado por los jefes de las dos delegaciones en su conversación privada era aceptable para ellos, puesto que en dicho «compromiso» se consideraban, tanto los intereses de la seguridad soviética, como los de la seguridad americana».

Más aún, el gobierno de Bonn hizo pública en la capital alemana una declaración oficial en la que se afirmaba que «el llamado compromiso del bosque era una prueba de que la Unión Soviética estaba en condiciones de reflexionar de una manera flexible en dirección de la propuesta», y se insistía sobre la idea de que el citado programa dejaba a los negociadores americanos un margen suficiente de maniobra para llegar a una fórmula equilibrada.

Por su parte, el prestigioso experto Edmond Bahr confirmó, a su regreso de un viaje a la URSS donde se había entrevistado con altos funcionarios de la administración soviética, que el gobierno ruso estaría dispuesto a aceptar un acuerdo sobre la base de la conversación del bosque.

En el verano o en el otoño de 1983 estuvo a punto de llegarse a un consenso, siguiendo estos sensatos consejos. La cuestión de los euromisiles pudo haber quedado zanjada, con lo cual se hubiese dado un gran paso hacia una futura desnuclearización del continente.

Pero, desgraciadamente, las cosas no fueron por este camino. En el mismo gabinete alemán hubo contradicciones que saltaron a la prensa y se habló de confusión y de malestar dentro de las esferas gubernamentales y en los medios demócrata-cristianos.

La iniciativa alemana en favor del «compromiso del bosque» tuvo pronto fin: ni Kohl ni el ministro de Exteriores, Genscher, fueron capaces de sostener sus posturas que, sin embargo, hubiesen evitado a Alemania el tener que aceptar algo más tarde la instalación de los Pershing-2 en su propio territorio.

Entre los dos momentos a que acabamos de referirnos, es decir, julio del 82 y mayo del 83, se produjo un hecho importante, que fue la *propuesta Andropov* del 2 de diciembre de 1982, antes aludida. Esta nueva oferta soviética tuvo lugar en el curso de la cuarta ronda de las conversaciones de Ginebra, que había dado comienzo el 30 de septiembre de 1982.

La propuesta Andropov se basaba en dos puntos. Los misiles rusos SS-20, cuyo número era teóricamente de 250 unidades, serían reducidos a 162, con lo cual se equilibrarían a los misiles franco-británicos estimados precisamente en esta cifra. A cambio de esto, la OTAN renunciaría totalmente al despliegue de los euromisiles y de los aviones de crucero destinados al teatro europeo. En resumen, en Europa se nivelaban las fuerzas nucleares soviéticas con las franco-británicas y los americanos quedarían al margen.

La propuesta Andropov tuvo una acogida relativamente buena en algunos medios occidentales; pero finalmente fue rechazada, no sólo por los americanos, que se veían eliminados de la «competición», sino también por franceses y británicos, no dispuestos a aceptar que sus propias fuerzas entrasen en confrontación con las de los soviéticos.

Por otra parte, con la propuesta Andropov, resurgía la cuestión de la «retirada asiática». ¿Qué harían los soviéticos con los 98 SS-20 restantes? ¿Los destruirían, o los trasladarían al otro lado de los montes Urales? Este punto, no aclarado en un principio por Andropov, contribuyó a aumentar las reticencias, que no eran pocas, de los norteamericanos.

Esta duda subsistió en los meses siguientes a causa de las posturas ambiguas adoptadas por los dirigentes soviéticos.

En primer lugar, Andrei Gromiko hizo, en marzo de 1983, unas declaraciones en las que precisó que la utilización de los misiles sobrantes era una cuestión puramente interna del Estado soviético. Se expresó en los siguientes términos: «En caso de que llegemos a un acuerdo, podemos desplazar esos misiles hacia el Este; pero esto es asunto nuestro, y es nuestro derecho. La Administración americana razona como si estos cohetes debieran ser liquidados y esta sola exigencia excluye la posibilidad de un entendimiento».

Sin embargo, cuatro meses más tarde el propio Andropov desmintió a su ministro de Asuntos Exteriores, afirmando que su propuesta de diciembre había de ser entendida en el sentido de que los misiles retirados de Europa serían «liquidados» y no «trasladados». Con esto parecía que la cosa volvía a quedar clara.

Pero la confusión no terminó con esto. Al contrario, volvió a presentarse cuando el negociador soviético Rvitsinsky dijo en Ginebra que sí, que habría «destrucción o liquidación», pero no de misiles, sino de «lanzadores», con lo cual la propuesta Andropov volvía a perder sentido, ya que nada impediría que las plataformas de lanzamiento destruidas en el continente europeo fueran rápidamente reconstruidas en Asia.

Hubo que esperar hasta el 14 de septiembre para que las cosas quedasen definitivamente en su punto. En efecto, en dicha fecha se celebró una rueda de prensa, en la que comparecieron el general Kornienko, segundo hombre del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético, y el mariscal Akhromeev, vice-ministro del Ejército, los cuales aseguraron, en una declaración oficial, que la oferta realizada por Andropov implicaba real y verdaderamente la destrucción completa de los SS-20 sobrantes en Europa, y sin ninguna posibilidad de utilización ulterior de los mismos.

La propuesta Andropov recobraba así su sustancia inicial y las principales dudas en torno a ella se desvanecían. Sin embargo, los episodios que acabamos de relatar muestran la enorme ambigüedad que caracterizó a las IFN desde el principio hasta el fin, así como la oposición interna existe, tanto en la parte soviética, como en la americana, entre negociadores duros y negociadores conciliantes.

En el curso del quinto «round», se produjo una cierta flexibilización de las posiciones americanas. En su nueva postura reconocían éstos que la «opción cero» de noviembre del 81 era demasiado ambiciosa y que la misma no podía ser realmente considerada como un

objetivo viable a corto plazo. A cambio de ella, proponían una cuestión de reducciones parciales que fuesen llevando gradualmente al resultado total apetecido, es decir, a la verdadera «opción cero».

En la sesión del 29 de marzo del 83, la representación americana propuso la negociación de un «*acuerdo transitorio*» como primer paso hacia la completa renuncia mutua a las armas nucleares de alcance intermedio con base en tierra.

Según esta propuesta, los SS-20 serían sucesivamente desmantelados al mismo tiempo que se desplegaban los nuevos euromisiles, es decir, de modo que estas dos operaciones fuesen a converger en un punto de equilibrio, cuya cifra se establecería oportunamente. Los soviéticos reducían, los americanos desplegaban, aunque moderadamente, y era así cómo se había de llegar al deseado equilibrio, aunque todavía no fuese al nivel cero.

Según Genscher, los países de la alianza fueron previamente consultados por los EE.UU. sobre esta nueva proposición. De cualquier manera, los europeos, especialmente los alemanes, presionaron mucho para que se llegase a un acuerdo inmediato, aunque fuera solamente de carácter provisional.

Poco después, en la sesión del 3 de mayo, la URSS aceptó por primera vez que el cálculo de equilibrio se hiciese sobre el número de cabezas nucleares, y no sobre el de misiles, como se había hecho hasta entonces, lo que, en cierto modo, podía suponer una mayor reducción de los SS-20. Pero la idea sugerida por los americanos de un primer acuerdo parcial no llegó a ser aceptada por los rusos y quedó para la siguiente ronda, que había de ser la última de las INF.

Este sexto «round» comenzó el 17 de mayo de 1983, en medio de un cierto escepticismo, a causa del muy escaso resultado que las reuniones anteriores habían dado. El diario «Pravda» escribía, a este propósito, que en el transcurso de año y medio las posiciones de ambas partes habían permanecido muy distanciadas y no se habían aproximado «ni siquiera un milímetro».

La nueva postura «flexibilizadora» de los EE.UU. fue solemnemente anunciada por Reagan en su famoso discurso, ante la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, el 26 de septiembre de 1983. Es lo que luego se llamará la «nueva opción cero» o «*propuesta intermedia*» de Reagan.

En realidad, la propuesta estaba ya presentada formalmente en Ginebra desde la semana anterior, y Reagan no hizo más que dar publicidad a la misma con su discurso. El presidente dijo que los EE.UU. deseaban y aceptarían cualquier acuerdo bien asentado que estabilizase las fuerzas nucleares de alcance medio a niveles inferiores a los existentes en aquel momento.

La Casa Blanca, afirmó Reagan, deseaba llegar a un compromiso con los soviéticos sobre la base de una reducción recíproca equilibrada y verificable. A este efecto hizo consistir su propuesta en tres puntos.

En primer lugar, el acuerdo debía ser establecido sobre la base de una concepción global de la limitación de armamentos. Dicho más claramente: para los soviéticos, desarmar en Europa no debía significar rearmar en Asia o en otra parte del mundo.

En segundo término, los EE.UU. aceptaban, por primera vez, el deseo soviético de que el acuerdo alcanzase también a los bombarderos preparados para transportar armas nucleares, los cuales serían contabilizados junto a los misiles.

Finalmente, en cuanto a las dimensiones de la reducción, Reagan manifestó que, en el contexto de una negociación a «niveles iguales», estaba dispuesto a renunciar a la parte que fuese necesaria de los 572 Pershing y aviones de crucero preparados para el despliegue. En el curso de su declaración, Reagan dijo —aludiendo a la «opción cero»— que él mismo había propuesto anteriormente la eliminación de todas las armas nucleares, pero que, como solución intermedia, aceptaría cualquier cifra comprendida entre cero y 572, aunque él recomendaba el nivel más bajo posible.

«Estamos decididos a no agotar ningún esfuerzo para llegar a un acuerdo sano, equitativo y verificable. Por esta razón, he dado nuevas instrucciones al embajador Nitze en Ginebra, ordenándole que proponga un conjunto de medidas destinadas a hacer que las negociaciones progresen tan rápidamente como sea posible».

Moscú consideró inaceptables las proposiciones de Reagan, ya que las mismas «no contenían nada nuevo» y debían ser vistas como «simple propaganda». Así lo manifestó el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Andréi Gromiko, que, por cierto, ni siquiera había asistido a la Asamblea General, alegando como disculpa que las autoridades estadounidenses no le habían permitido desembarcar en un aeropuerto civil.

El propio Andropov, en una declaración difundida por la Agencia Tass y por la Televisión rusa, calificó de «nueva superchería» y de «desvergonzadas y cínicas» las propuestas de Reagan y afirmó que el mundo se hallaba al borde de la guerra si éste no cambiaba de actitud.

Con todo esto, las INF parecían condenadas a un fracaso inmediato. Pese al sigilo observado por los medios oficiales americanos, se consideraba ya como inminente la llegada de los primeros elementos de los Pershing-2 a la base norteamericana de Ramstein, en la R.F.A., y todo estaba preparado para que el despliegue continuase en el sector controlado por el ejército americano en el aeropuerto de Francfort y en otras bases estadounidenses en Europa.

¿Cómo se podía seguir negociando en tales condiciones, dada la radical oposición de la URSS al despliegue de los nuevos euromisiles?

En el otoño de 1983, y aunque sus preocupaciones fuesen distintas, tanto los rusos como los americanos estaban obsesionados por el inminente despliegue de los euromisiles. Es cierto que, bajo el aspecto técnico, se habían entrevisto soluciones aceptables para ambas partes; pero ninguna de éstas tenía ya verdadera voluntad negociadora. Casi terminado el plazo de la «doble decisión», la cuestión del prestigio ante la opinión mundial se presentaba como la más importante. Ninguna de las dos superpotencias quería ya llegar a un compromiso que pareciese una cesión a la arrogancia del contrario. Al final, un acuerdo hubiese sido posible, porque, pese a lo que decía Pravda, las posiciones se habían aproximado mucho hasta llegar a confundirse o invertirse en algunos momentos.

Así, como ejemplo de esto, puede citarse lo ocurrido el 13 de noviembre. El negociador soviético Kvitsinsky propuso a un homólogo americano una nueva fórmula basada en una reducción lineal de 572 sistemas de armas por cada parte. La cosa era tan aceptable para los americanos, que enseguida corrió el rumor de que la propuesta había sido hecha por los propios americanos, lo cual hubiera sido, por cierto, bastante verosímil. Pero el portavoz americano se apresuró a desmentir el rumor diciendo que no veía «ningún interés en querer convertir una propuesta soviética en una propuesta americana». En efecto, parece ser que, en aquel momento, semejante aproximación era vista casi como un deshonor para el patriotismo americano.

No tardó, pues, en presentarse el final que todos esperaban o temían. El 23 de noviembre, en una sesión de la Comisión, que duró menos de treinta minutos, la representación soviética manifestó su decisión de interrumpir las negociaciones. Kvitsinsky declaró a la salida: «las negociaciones quedan interrumpidas y no se fija fecha para continuarlas».

De hecho, esta sesión de las INF significaría el final de las mismas. En cuanto a las negociaciones START sobre reducción de armas estratégicas, de las cuales nos ocuparemos en seguida, fueron también aplazadas por iniciativa del Kremlin el 8 de diciembre.

Unas semanas después, el 15 de diciembre, la Conferencia de Viena sobre reducción de tropas convencionales en Europa se interrumpió, asimismo, al retirarse de la misma la representación del Pacto de Varsovia, sin fijación de nueva fecha para su convocatoria.

De esta suerte, puede decirse que quedaron rotos todos los puentes. El año terminó en un «suspense» diplomático como no se había conocido hacía mucho tiempo.

6. *Las conversaciones sobre armas estratégicas*

Las conversaciones START para la reducción de armas estratégicas tuvieron lugar entre junio de 1982 y diciembre de 1983. Su desarrollo fue menos complicado y más esperanzador, desde un principio, que el de las INF, pero, a fin de cuentas, tampoco dieron ningún resultado útil. Esto ocurrió, sin duda, por la razón fundamental antes apuntada, es decir, la falta de voluntad real de llegar a acuerdos que superasen la tensión existente entre las dos fuerzas.

Retrasadas en varias ocasiones por causa de incidentes en Polonia y en Oriente próximo, las conversaciones START dieron comienzo el 30 de junio del 82, pero fueron precedidas por un período de preparación muy interesante, a lo largo del cual se formularon declaraciones y propuestas de ambas partes.

La más importante de ellas es seguramente la del presidente Reagan del 9 de mayo. El presidente americano propuso que ambas partes redujeran sus armas estratégicas al nivel que había sido establecido por el tratado SALT-2 que, como es sabido, nunca fue puesto en ejecución. En lo que concierne a armas intercontinentales, Reagan fue todavía más lejos que el SALT-2, proponiendo que el número de misiles intercontinentales se redujera a 2.500 cabezas por cada parte. Propuso, asimismo, que la capacidad de peso transportable por cada avión fuese reducida a un límite inferior al alcanzado por los americanos, lo que al parecer resultaba beneficioso para éstos, ya que la capacidad de los aviones soviéticos era superior, por el momento, a la de los americanos. Finalmente, señaló la conveniencia de que se entablasen negociaciones sobre los misiles de crucero de largo alcance, armas particularmente temidas de los soviéticos.

Bastante después de iniciadas las conversaciones START, Reagan hizo unas nuevas propuestas relativas a las armas estratégicas intercontinentales, el 4 de septiembre de 1983.

La primera de ellas fue la que se llamó «build dong» («construcción-destrucción»). Tenía por objeto el evitar que siguieran acumulándose armas indefinidamente y consistía concretamente en que, al mismo tiempo que se iban construyendo nuevas armas, se fuesen destruyendo las antiguas, pero aprovechándose la ocasión para producir una cierta reducción, por lo menos numérica, de las mismas. Al mismo tiempo que ponía en servicio una nueva cabeza nuclear, cada parte destruiría un mínimo de dos de tipo antiguo. De esta suerte, los EE.UU. desplegarían 100 nuevos MX con diez cabezas cada uno, a cambio de desmantelar 2.000 cabezas nucleares de los tipos anteriormente existentes. Algo análogo se haría con los misiles instalados en submarinos, pero con una proporción todavía más favorable: dos cabezas nuevas por cada tres deberían ser destruidas. Con ello, los americanos decían servir a un principio de desestabilización, ya que se tendía a dar menos facilidades a las fuerzas de primer golpe instaladas principalmente en submarinos.

Al igual que otras veces, el plan fue descalificado por los soviéticos, como una «superchería», haciéndose notar su carácter parcial, ya que, según dijo el Kremlin, favorecería a los americanos y perjudicaba a los soviéticos.

Los partidarios del «build dong» presentaron, por el contrario, esta fórmula como un modo de aproximarse al deshielo que pretendían los pacifistas. Empezando por destruir, aunque se construyera en menor escala, siempre se adelantaba algo —decían— y podía ser que se iniciasen de esta manera unas disposiciones favorables para el futuro desarme.

Nada de esto se hizo, sin embargo. Habría que esperar a que se abriese, una vez iniciado el despliegue de los euromisiles por la OTAN, un período de mayor sensatez y realismo en los dirigentes de las dos superpotencias, al darse cuenta del abismo en que se estaban metiendo. Pero esto no tendrá ya lugar hasta la primavera de 1985, con todas las características de una nueva era negociadora.

III. El progreso del arma nuclear

1. Las primeras etapas

Las primeras bombas atómicas eran todavía muy rudimentarias. Planeadas a base de unos esquemas todavía primarios, presentaban numerosos fallos y deficiencias que hacían difícil su utilización.

En primer lugar, su rendimiento era muy bajo. Sólo un pequeño porcentaje de la carga de que era portadora una de aquellas bombas atómicas llegaba a explotar, el resto de los materiales radiactivos de la misma se desparramaba por las zonas circundantes. Polvo de rocas volatilizadas por la explosión cubría grandes extensiones de terreno o era proyectado a decenas de kilómetros de altitud y transportado después por los vientos en direcciones imprevisibles y a grandes distancias.

En estas condiciones, la utilización militar propiamente dicha de la bomba resultaba muy problemática. Una vez lanzada una bomba atómica, las fuerzas del propio ejército podían verse envueltas en la contaminación producida por ella y no era posible proyectar un avance sobre el territorio bombardeado. La bomba podía servir para intimidar a las poblaciones, pero no para obtener una auténtica victoria en el campo de batalla.

Los científicos que investigaban al servicio del ejército americano tuvieron, pues, que ponerse de nuevo al trabajo para obviar esos y otros inconvenientes de las primeras bombas. Trataron de transformar la «bomba sucia» de los primeros lanzamientos en una «bomba limpia», es decir, de alto rendimiento y reducida contaminación. Puede decirse que ésta fue la primera etapa del progreso del arma nuclear.

Como es bien conocido, la bomba de Hiroshima se basaba en la ruptura o «fisión» de átomos. Desde las primeras investigaciones sobre la radioactividad se sabía que esta ruptura de átomos se produce de modo natural en determinados elementos, como por ejemplo el radio. Se sabía también que la ruptura va acompañada de un importante desprendimiento de energía, debido a la transformación de una porción de materia en energía.

Así, por ejemplo, un átomo de uranio se puede escindir en dos, uno de kriptón y otro de bario; pero la suma de las masas de estos dos átomos no es igual, sino inferior, a la masa del átomo escindido. La masa restante se ha convertido en energía, de acuerdo con un notabilísimo principio teórico previsto ya por Einstein, treinta años antes.

En el proceso natural, esta transformación tardaba mucho tiempo en realizarse —20.000 años en el caso de una partícula de radio— y en ella se producía una enorme cantidad de energía calorífica y eléctrica y radiaciones de muy diverso tipo. La idea de los inventores de la bomba fue sumamente sencilla, como suelen serlo casi siempre las de todos los grandes inventos.

Lo que había que hacer para lograr la explosión era concentrar toda la energía en un único y brevísimo momento. Para ello había que acelerar el proceso natural, haciendo que sus efectos se produjeran dentro de un proceso de desintegración artificial infinitamente más rápido que el normal. Esto se consiguió por el bombardeo del átomo de uranio o de plutonio por haces de neutrones. Como quiera que los primeros átomos bombardeados, no sólo se escinden, sino que emiten, a su vez, nuevos haces de neutrones, los mismos se convierten en centros de reactivación del fenómeno con lo cual la reacción nuclear se extiende a toda la masa fisible. Este proceso, que se llamará la «reacción en cadena», es lo que en realidad hace posible el funcionamiento de la bomba.

Pero la reacción en cadena sólo puede tener lugar cuando se ponga en juego una masa fisible suficientemente grande para que dé pábulo a la explosión total.

Dicha masa mínima es la que se llama «masa crítica». Ahora bien, la exigencia de que la carga atómica del proyectil sobrepase a la citada masa crítica impide que se puedan fabricar bombas atómicas de tamaño más reducido.

El «gigantismo» de las primeras bombas no fue, pues, solamente un efecto buscado para aterrorizar a la población adversaria, sino algo impuesto por las condiciones mismas de la experiencia.

Tampoco se podían acrecentar ilimitadamente las masas de los distintos componentes de la bomba, ya que se corría el peligro de que la explosión se produjera anticipadamente, en el curso del transporte. Por lo tanto, además de una masa crítica mínima, existía también una masa crítica máxima que la bomba no podía sobrepasar.

A pesar de estas dificultades, la bomba de fisión hizo progresos en un primer período. En 1951 los americanos lograron hacer explotar en Eniwetok —un atolón de las islas Marshall— una bomba de fisión de 500 kilotones, es decir, veinticinco veces más potente que la de Hiroshima, lo que era un auténtico record para ese tipo de bombas.

Pero estaba claro que el procedimiento de fisión no era el más adecuado para conseguir los resultados apetecidos. Esta consideración llevaría a los investigadores a intentar un nuevo tipo de arma: la bomba de fusión, bomba H o bomba termonuclear. El paso de la bomba A a la bomba H será el segundo episodio de esta historia.

En la bomba H no se trabaja ya con los grandes átomos pesados, uranianos y transuranianos, sino, al contrario, con los más ligeros, con los isótopos del hidrógeno, los cuales pueden ser artificialmente fundidos entre sí para formar elementos de mayor peso atómico. Este tipo de operación, característica de la bomba de fusión, desprende también una gran cantidad de energía, mucho mayor que la que se produce en la fisión, y tiene sobre ésta la ventaja de que es más manejable y que no está sometida a las limitaciones de masa crítica a que nos hemos referido anteriormente.

Al pasar de la bomba A a la bomba H, o bomba termonuclear, se da, pues, un paso trascendental, que había de tener trágicas consecuencias para la Humanidad. Pero ¿quién podría haber impedido entonces que, en el supuesto de que los americanos renunciasen a avanzar en esa dirección, los rusos no lo hicieran poco después? Comienza así la larga historia de la competición armamentística nuclear, en la que los avances realizados por cada parte son justificados por la necesidad de anticiparse o compensar los de la parte contraria.

En el caso concreto de la bomba H, las cosas ocurrieron de la siguiente manera. En 1949, los rusos habían ya logrado una primera explosión nuclear por fisión del plutonio, cinco o seis veces más potente que la de Alamogordo. Este hecho, que los dirigentes americanos habían considerado como imposible o, por lo menos, como algo todavía muy lejano, impresionó enormemente a la opinión pública estadounidense. Algunos expertos afirmaban la necesidad de sacar ventaja a los soviéticos, impidiendo a toda costa que éstos pudieran colocarse en posición de igualdad. Teller propuso lisa y llanamente la rápida puesta a punto de la bomba termonuclear. Oppenheimer, en cambio, y otros científicos importantes, se opusieron a esa idea, fundándose en las tremendas consecuencias que tendría para el género humano la aplicación de semejante invento.

La cuestión fue minuciosamente estudiada en los centros políticos y militares. El presidente Truman fue informado al detalle sobre las consecuencias que se producirían, tanto en el caso de que se llevase adelante el proyecto de bomba termonuclear, como en el de que la realización del mismo fuese aplazada hasta que se conociera el ulterior desarrollo del arma rusa.

Finalmente, el 31 de enero de 1950, el presidente americano tomó la histórica y temida decisión: Truman dio la orden de que se iniciaran inmediatamente los trabajos para la definitiva puesta a punto de la bomba H.

Una parte de la opinión americana quedó manifiestamente intranquila ante esta decisión. Los mismos científicos que habían recomendado la medida se echaron atrás una vez que ésta fue adoptada, pretendiendo cargar la responsabilidad sobre los políticos. Así, por ejemplo, el propio Edward Teller escribía poco después: «el presidente Truman ha anunciado que vamos a fabricar una bomba de hidrógeno. Ninguno de los que estamos en relación con este trabajo puede escapar al sentimiento de una grave responsabilidad... Pero el trabajo del hombre de ciencia consiste en descubrir las leyes de la naturaleza y en ponerlas al servicio de la voluntad del hombre. No le corresponde a él determinar si la bomba de hidrógeno deberá o no ser construida; si, una vez fabricada, habrá o no de ser utilizada, ni de qué manera habrá de serlo, en su caso. Esta responsabilidad corresponde al pueblo americano y a los representantes políticos elegidos por éste».

La verdad es que nadie quiso cargar con la tremenda responsabilidad y que nadie podía hacerlo realmente. Se sabía ya que la bomba termonuclear era físicamente posible: si no eran unos hombres, serían otros los que alguna vez llevaran la idea a la práctica. Era como una fatalidad; como si el hombre estuviese hipnotizado por la «grandeza» del nuevo invento bélico. Había que ir adelante, pasase lo que pasase.

Y fue el trigésimo tercer presidente de los Estados Unidos, el ponderado Harry S. Truman, quien tuvo que asumir la realización histórica de este hecho, en nombre del pueblo americano.

En noviembre de 1952, los americanos pusieron ya en funcionamiento su primera bomba H. El primer gran lanzamiento «público» de la misma tuvo lugar el 1 de mayo de 1954. Se realizó en el islote de Bikini y será siempre recordado por la gran lluvia radioactiva que produjo y que causó la muerte de pescadores japoneses que faenaban a cientos de kilómetros de distancia del lugar de la explosión.

Comentando la explosión de Bikini, el general Gallois escribía: «La energía liberada en una fracción de segundo en esta experiencia ha sobrepasado a toda la que fue utilizada en el curso de la segunda guerra mundial, para exterminar a más de treinta millones de seres humanos».

Había, pues, «progreso». ¡Ciertamente, lo había!

¿Podían los rusos permanecer inmóviles ante este desafío? Parece que no; la fatalidad se imponía una vez más. Nadie podía detener el avance inexorable de la bomba. Poco después de las primeras pruebas americanas de la misma, el 9 de agosto de 1953, Malenkov anunció que, unos días antes, la bomba de hidrógeno soviéticas había sido experimentada con éxito en algún lugar de la Rusia asiática.

No había aún igualdad; los americanos iban, todavía, adelantados en la fabricación de las armas nucleares, pero los rusos les pisaban los talones y todo hacía suponer que, un día no lejano, les darían alcance.

En realidad, la bomba H distaba todavía mucho de ser tan «perfecta» como hubieran querido sus promotores. Seguía siendo una «bomba sucia», altamente contaminante, como se pudo comprobar en Bikini. La causa de este hecho es que, en ella, no se prescindía del todo de la fisión. Esta era necesaria para poner en marcha el proceso de fusión y —por otra parte— la bomba llevaba una envoltura de uranio natural que era fisionada por los neutrones escapados del anterior proceso.

Tal es la razón por la cual la primera bomba H fue llamada también bomba 3 F, lo que recordaba que su proceso de explosión era triple: fisión, fusión, fisión.

Desde el punto de vista de la contaminación radiactiva, todavía fue peor la bomba de cobalto experimentada poco después. En ella la cubierta de uranio era reemplazada por una capa de cobalto, que no aumentaba la potencia de la bomba, pero que se hacía radiactiva por la acción de los neutrones fugitivos. El cobalto radiactivizado tenía la «ventaja» de conservar más tiempo la fuerza explosiva de la bomba, lo que hacía sus efectos particularmente terribles.

En resumen, en poco más de diez años los avances de la bomba habían sido espectaculares. Se habían perfeccionado el proceso de explosión de la bomba, aumentando enormemente su rendimiento energético; la potencia de la misma había sido multiplicada por mil respecto a las bombas de la primera generación; su radio de acción se había hecho ciento cincuenta veces mayor y los arsenales de bombas habían crecido en doscientas o trescientas unidades.

Los defensores de la nueva arma podrían, pues, sentirse satisfechos de la capacidad inventiva de sus investigadores. Pero, en realidad, la espiral tecnológica había jugado una nueva mala pasada al género humano. El camino del apocalipsis nuclear estaba abierto.

2. Gigantismo y miniaturización

Vencidas las primeras dificultades técnicas, la bomba podía evolucionar en dos direcciones. Su carga podía ser aumentada casi ilimitadamente, a voluntad de los armeros, y, al contrario, era también posible reducirla muy por debajo de lo que antes había sido considerado como masa crítica, dando origen a «bombas atómicas de bolsillo», más manejables y de mayor utilidad táctica que las bombas gigantes de la primera época.

En suma, cabía orientar las investigaciones, tanto hacia la «gigantización» de la bomba como hacia su «miniaturización», no siendo incompatibles entre sí ambas direcciones, ya que los fines estratégicos perseguidos en cada caso podían ser distintos y complementarios.

En un primer tiempo, los armeros americanos tendieron a aumentar la potencia de sus bombas atómicas, la cual no se mediría ya en kilotones —o miles de toneladas de trilita— sino en megatones —millones de toneladas de trilita— o en decenas y centenas de megatones.

Los soviéticos siguieron este ejemplo y, durante varios años, mantuvieron su interés hacia la fabricación de bombas gigantes.

Así, en el verano de 1961, Khrushchev amenazó a los occidentales con una «superbomba», cuyos efectos destructivos sobrepasaron, al decir del jefe soviético, todo lo conocido hasta entonces en materia de bombas.

Esta amenaza y la declaración del mariscal Malinovski, en la que éste aseguró que un solo ejemplar de la nueva bomba podría desertizar superficies equivalentes a la mitad del territorio francés, impresionaron notablemente a la opinión pública occidental.

Se habló entonces de la necesidad de responder a los soviéticos en su propio lenguaje y se presentaron nuevos modelos de bombas, algunas de las cuales —como la bomba Titán 3— habían de alcanzar potencias de cien o más megatones.

Pero esta tendencia no prosperó en Occidente. Tras algunos intentos espectaculares, los americanos renunciaron a mantener la competencia con los rusos en el terreno del gigantismo y dirigieron sus investigaciones preferentemente a lo que se llamaría la banalización o miniaturización de las bombas.

Los soviéticos no tardarían mucho en seguir a los americanos por este mismo camino, abandonando las bombas espectaculares y dando la preferencia a la fabricación de armas atómicas de dimensión reducida.

Las primeras armas atómicas miniaturizadas fueron los obuses atómicos, piezas de artillería de tipo clásico adaptadas para el lanzamiento de proyectiles nucleares.

Así, hacia 1953, se anunció por parte americana la puesta en funcionamiento de un cañón de 280 mm., capaz de lanzar bombas de diez kilotones.

Un curioso artefacto de los años 60 fue el «Davy Crockett» americano, lanzador de proyectiles atómicos con un alcance de dos kilómetros, pero cuya utilización resultaba casi tan peligrosa para el atacante como para el atacado, razón por la cual fue retirado del servicio en 1980.

Nuevos modelos de cañones atómicos se han seguido produciendo en años sucesivos, y algunos de ellos están todavía en servicio. Ejemplo: el M-115 de 203 mm., con cargas nucleares de 2 kilotones lanzables a 16 kms. de distancia y el S-23 ruso de 180 mm., alcance 30 kms. y bombas de la misma potencia que el anterior.

En 1957 se obtienen las primeras minibombas o bombas sub-kilotónicas, es decir, de menos de un kilotón, cuya potencia es inferior a la de algunas de las últimas bombas convencionales empleadas en los grandes bombardeos de la pasada guerra mundial (Tokio 1'667 kilotones).

En este orden de cosas, por lo que a minibombas se refiere, se ha hablado mucho en los primeros meses del año 85 de las famosas «mochilas atómicas» almacenadas, al parecer, por los americanos en sus depósitos de armas en la R.F.A. Esta miniarma podría ser transportable por un soldado, ya que su peso no sobrepasa los 20 kilos, y utilizada en determinadas condiciones y por determinadas unidades en el campo de batalla.

Pero, aparte de los nuevos aspectos tácticos que pueda presentar la «mochila atómica», caso de que exista realmente, la misma no representa ninguna novedad en el dominio de la miniaturización, puesto que este tipo de bombas enanas existía ya desde hace muchos años, como hemos indicado anteriormente.

El empleo de mini-cargas nucleares ha permitido la invención de armas de especial interés táctico y de muy diversos tipos, como por ejemplo, las «granadas atómicas antisubmarinos» y las «minas atómicas».

Las primeras granadas atómicas contra submarinos aparecen en los EE.UU. en la segunda mitad de los años cincuenta y son conocidas con el nombre «Betty». En un principio, fueron consideradas como una respuesta definitiva para detener la amenaza de sumergibles soviéticos de largo radio de acción sobre las costas americanas. Pero no existen en realidad armas que puedan ser consideradas como absolutas o decisivas en ningún dominio armamentístico, y los rusos no tardaron en montar submarinos atómicos «perfectamente dotados para burlar los efectos de los Betty».

Los submarinos lanzadores son sistemas de armas particularmente importantes, en los cuales se combina el submarino con los misiles y con las cargas nucleares. Su movilidad y el hecho de que sean muy difíciles de descubrir, hacen de estas naves atómicas las bases más eficaces y seguras para la instalación de misiles nucleares, en condiciones superiores a las de los misiles instalados en tierra.

Las «minas nucleares de demolición» (ADM) fueron concebidas por los americanos, a mediados de los años sesenta, como armas defensivas contra ataques convencionales. Su misión es la de remover y destruir el terreno, colinas, puertos, vaguadas, así como carreteras, aeropuertos, ferrocarriles, etc., de tal manera que se haga imposible el avance, por tierra, de un ejército atacante. Se habló entonces de la existencia de una cintura de minas nucleares, una especie de línea Maginot, la cual haría de la R.F.A. una fortaleza inexpugnable en lo que a guerra convencional se refiere. Al parecer, la potencia de estas minas demoledoras es muy grande, pudiendo llegar desde medio kilotón hasta quince kilotones. Dichas máquinas de guerra trabajan a 10 ó 15 metros de profundidad y pueden ser dirigidas por medios informáticos hacia sus objetivos con increíble precisión. Este último perfeccionamiento convierte a las minas atómicas en armas inteligentes, particularmente temibles y eficaces. Sus tremendos efectos pueden cambiar totalmente el aspecto de una batalla convencional.

Por lo que venimos diciendo se comprenderá la gran importancia que la banalización de las armas atómicas ha tenido para el conjunto del proceso que tratamos de presentar aquí. La finalidad de la misma estaba bastante clara, desde un principio, en el ánimo de los investigadores militares.

El tremendismo de las primeras generaciones de bombas atómicas las hacía inútiles para todo lo que no fuese la «represalia masiva». Con bombas atómicas se podía destruir el mundo,

pero no se podía hacer una guerra. Militarmente hablando, la estrategia «superbómbica» tenía una aplicación muy relativa. Se imponía, pues, la necesidad de construir una gama de armas nucleares suficientemente variada y especializada para que éstas pudieran ser empleadas en fines militares propiamente dichos. Había que sustraer el arma atómica del carácter apocalíptico y hacerla apropiada para su aplicación propiamente militar. Con las armas miniaturizadas se trataba de reconstruir la «continuidad de la panoplia», es decir, de devolver a las mismas su verdadera condición de armas, según la interpretación clásica de este precepto.

El general Poirier afirma que la miniaturización de las armas atómicas fue tan importante para la evolución de las ideas estratégicas como lo había sido la de la bomba termonuclear. Las armas nucleares tácticas produjeron, en realidad una verdadera revolución en el dominio de la estrategia nuclear. Permitieron introducir el ambiguo concepto de «guerra nuclear limitada» y reemplazar la doctrina de la «disuasión total» por la de una «disuasión gradual o diferenciada».

Sin embargo, se produce en este caso una paradoja que volveremos a encontrar repetidas veces en la historia del arma nuclear: lo que a primera vista puede parecer una moderación del peligro nuclear favorece, en realidad, el aumento de la inestabilidad y el riesgo de guerra atómica. Para citar un solo ejemplo, algo de esto ocurre con los sistemas de defensa en el espacio, actualmente proyectados por los americanos. Aunque, en un primer análisis, dichos sistemas puedan ser presentados como una contribución eficaz a la seguridad colectiva, son muchos los especialistas que piensan, por el contrario, que la defensa «galáctica» constituye una importante causa de inestabilidad y podría, incluso, traer en un futuro próximo una guerra nuclear «preentiva». En efecto, la «excesiva» seguridad de un Estado contra la posibilidad de un ataque nuclear le coloca en situación privilegiada para dar, en cualquier momento, un «primer golpe» contra un adversario insuficientemente defendido. He aquí la paradoja: la excesiva defensa se convierte en una mayor posibilidad de ataque.

Esto es también lo que ocurre en el caso de las armas nucleares tácticas. Lejos de ser éstas un medio de moderar o reducir los tremendos riesgos de una guerra nuclear, como se pretende, las mismas la facilitan en gran medida. Intentando hacer más «digerible» el armamento atómico, aumentan de hecho la probabilidad de que éste sea utilizado a fondo. En efecto, tras el empleo de armas nucleares tácticas, la escalada de lo táctico o lo estratégico es, en términos generales, algo muy probable. Nada podría impedir que cualquiera de las dos grandes superpotencias recurrieran al empleo de los grandes medios nucleares, una vez que una guerra convencional-nuclear hubiese tomado un giro desfavorable para ella.

Así, la guerra nuclear a fondo, que en un principio hubiese sido imposible, a causa del temor que la misma inspira en todas partes, podría ser introducida indirectamente, y de modo mucho más peligroso, por la vía de las ANT. El pretendido efecto de «moderación» resulta, pues, contraproducente y en este sentido puede afirmarse que la miniaturización de las armas atómicas constituye actualmente un riesgo complementario para la seguridad mundial colectiva.

Por otra parte, algunas de las ANT, consideradas en sí mismas, tienen un enorme poder destructivo, muy superior al de la propia bomba atómica. Este hecho fue ya denunciado en 1957 en una declaración formulada en Gotinga por dieciocho sabios atómicos.

En resumen, el tránsito de la gigantización a la miniaturización, no sólo no evitaba el peligro de guerra nuclear, sino que lo acrecentaba extraordinariamente.

3. La mutación balístico-nuclear

La invención de la bomba atómica de fisión en 1945, y más aún, la de la bomba termonuclear en 1957, plantearon a los especialistas de la ciencia estratégica la necesidad absoluta de superar sus conceptos frente a un tipo de guerra enteramente nuevo desde varios puntos de vista esenciales: la guerra nuclear.

Lo que pudiera llamarse estrategia «moderna», inspirada en Clausewitz y ampliamente experimentada en el curso de las dos guerras mundiales, no servía ya ante las enormes posibilidades bélicas abiertas por las nuevas armas. Se hizo, pues, preciso inventar una nueva ciencia estratégica, una estrategia «posmoderna». Es lo que algunos llamarían la «Estrategia de la era nuclear» o, simplemente, la «*Estrategia nuclear*».

A esta primera «mutación» sucedió otra todavía más importante, debido a la aparición, en los años 57-58, de los primeros *misiles intercontinentales*. Es lo que el general francés Lucien Poirier denomina la «*mutación balístico-nuclear*».

El misil intercontinental no era en realidad una nueva arma, sino un nuevo *sistema de armas*, es decir, un ingenio de guerra fundado en la aproximación o combinación de elementos armamentísticos ya conocidos anteriormente, pero cuya conjunción los hacía mucho más eficaces desde el punto de vista estratégico.

Actualmente, la noción de «sistema de armas» se ha generalizado extraordinariamente, suplantando, en cierto modo, a la noción clásica de arma.

Un modelo de sistema de armas nos lo proporciona, por ejemplo, el SSBN («Ballistic Missile Submarine Nuclear»). En él se combina el propio submarino, adoptado como base de lanzamiento, con las «cargas» u «ojivas» nucleares, transportadas por el mismo, y los «vectores» o misiles, capaces de conducir éstas a sus objetivos. Si a esto se unen los complejÍsimos medios de orientación y las bases terrestres con las que se halla conectado en todo momento el submarino nuclear, se comprende que éste no pueda ser considerado como una simple arma, sino, como acabamos de decir, como un auténtico sistema de armas.

Dicha noción se aplica igualmente al misil intercontinental. Asocia éste en un único sistema las dos invenciones armamentísticas más espectaculares —si no las más eficaces— realizadas en el curso de la segunda guerra mundial: la bomba atómica por una parte, y la «bomba volante» o proyectil de propulsión a chorro, por otra.

En el misil intercontinental estos dos terribles ingenios bélicos actúan conjuntamente, sumando sus efectos de modo perfectamente coherente, gracias a la intervención de un tercero de la mayor importancia: los sistemas de autodirección programada de los vehículos o vectores y de los propios proyectiles hacia sus objetivos.

Es precisamente la coherencia interna entre sus elementos lo que determina el «valor añadido» de un sistema de armas. Así ocurre manifiestamente en el caso del misil intercontinental.

Las primeras bombas atómicas eran conducidas por bombarderos de tipo ordinario, los cuales habían servido, hasta entonces, para el transporte y lanzamiento de proyectiles «convencionales» y eran adaptados a su nueva misión.

A causa de su relativa lentitud e inseguridad, este medio de vehiculación no estaba, sin embargo, en consonancia con la potencia de los nuevos explosivos. La idea de asociar los nuevos explosivos con vectores muchÍsimos más rápidos y seguros que los aviones, como lo eran los cohetes «V», utilizados por los alemanes al final de la guerra, resultaba, pues, una idea genial bajo el aspecto estratégico: los dos elementos asociados en el misil nuclear intercontinental se adecuaban perfectamente el uno al otro y la acción del conjunto se multiplicaba de un modo extraordinario.

Fueron los rusos los primeros que realizaron el nuevo sistema de armas. Disponían para ello de una larga experiencia en el dominio de los cohetes balísticos, intensificada en los últimos años por los trabajos de un notable especialista del tema: el «constructor» Sergéi Korolew. Pero, más importante aún que esto para decidir a los estrategas rusos en favor de la

aplicación de los misiles, fue, sin duda, el hecho de que una gran parte de los elementos utilizados por el ejército germánico para la fabricación de los V-2 cayera en sus manos en el curso de la retirada germánica.

Con ello, los rusos recogieron una gran parte de los descubrimientos balísticos realizados por los armeros alemanes. El ejército alemán se había interesado ya por los cohetes, a partir del año 30, como medio para compensar algunas de las limitaciones que le imponía el Tratado de Versalles en materia artillera.

Habían puesto a punto una serie de cohetes balísticos designados con la letra A y numerados del 1 al 5, a los cuales sucedieron los famosos V. La V-2 no fue en realidad otra cosa que una actualización del A-4.

Las primeras bombas V-2 fueron lanzadas el 8 de septiembre de 1944, sobre un barrio de la capital británica, causando el terror de sus habitantes. Desde esa fecha hasta el 27 de marzo de 1945, la aviación germánica continuó arrojando sobre Londres sus «bombas volantes», como se les llamó entonces. Algo más de mil V-2 fueron lanzadas sobre la capital, causando 2.754 muertos y 6.500 heridos entre la población civil, aparte de un gran número de destrucciones urbanas.

Hitler esperaba que la moral de los londinenses se derrumbara ante aquellos bombardeos y que, como consecuencia de ello, Inglaterra aceptase una paz por separado. Pero la guerra evolucionó más rápidamente de lo que él había supuesto, y no dio tiempo a que ese tipo de acción psicológica diese el resultado apetecido por el Führer.

Como acabamos de indicar, al final de la guerra cayeron en manos de los soviéticos los talleres y laboratorios que los alemanes tenían montados en Peesmonde, en la costa del Báltico, para la investigación y fabricación de las bombas volantes. Allí había ido a parar, además, una buena parte de los lanzadores retirados por los germánicos ante el avance aliado hacia el Este. Aunque, muy deteriorado, todo este material era una excelente fuente de información sobre los logros conseguidos por los alemanes en materia de cohetes balísticos.

En 1946, Sergéi Korolew se hizo cargo del material capturado y ordenó su traslado a Baikonur, centro de las investigaciones balísticas rusas, cerca de Stalingrado, a fin de utilizarlo y perfeccionarlo.

Partiendo de esta base, los rusos lograron montar entre 1946 y 1957 una serie de prototipos de misiles nucleares, que implicaban una verdadera revolución de la artillería estratégica. El resultado de este esfuerzo se hizo patente en el verano de 1957, con la aparición de los primeros misiles intercontinentales rusos, capaces de cubrir distancias superiores a los 6.000 kilómetros, es decir, de alcanzar prácticamente el territorio americano desde el continente euroasiático. Teniendo en cuenta que, para entonces, los soviéticos poseían ya la bomba termonuclear, la noticia de que tales vuelos habían sido detectados por los servicios americanos de observación causó una enorme preocupación en la opinión estadounidense.

De hecho, la citada noticia se vio pronto superada por otra, todavía más impresionante, como fue la del lanzamiento del Sputnik en la tarde del 4 de octubre de 1957: una «pequeña luna» de fabricación soviética, que todo el mundo pudo ver paseándose «descaradamente» alrededor de la Tierra. El segundo Sputnik fue puesto en órbita poco después —el 3 de noviembre del mismo año—, viniendo a confirmar la gran importancia de los adelantos realizados por los soviéticos.

El lanzamiento de los Sputnik fue causa de una gran desmoralización en la población americana, incluso entre sus dirigentes, hasta el punto de que se llegó a hablar en aquellos días de un nuevo Pearl Harbor, esta vez de carácter científico. En todo caso, había en el despliegue de los satélites rusos algo muy inquietante para los estrategas americanos: era evidente que, para poder poner en órbita masas de aquella magnitud, los rusos habían necesitado utilizar cohetes mucho más potentes que los que el ejército americano poseía en

aquel momento. Este era el verdadero problema que los dirigentes americanos no podían ocultarse a sí mismos.

De hecho, Khrushchev había anunciado ya un par de meses antes del lanzamiento del Sputnik, la fabricación de un gran cohete, con alcance de 10.000 kilómetros y fuerza de empuje de 400 toneladas, cuyas características superaban a todo lo conocido hasta entonces.

En los años siguientes, el progreso de los cohetes irá unido no sólo al de las armas nucleares, sino también al de los satélites, ya que la puesta en órbita de éstos exigía medios balísticos cada vez más potentes y afinados.

Los soviéticos mantuvieron la delantera sobre los americanos en este terreno durante bastante tiempo, prácticamente hasta 1967. Realizaron pruebas de gran valor propagandístico, como el primer impacto sobre la Luna, en septiembre de 1959; la primera fotografía de la cara oculta del satélite terrestre de 1960; el primer lanzamiento de un hombre al espacio —Youri Gagarin— el 12 de abril de 1961; el viaje de tres cosmonautas soviéticos en la nave espacial Vostok, en 1964, etc.

Ante estos indiscutibles éxitos rusos, los americanos no tardaron mucho tiempo en reaccionar. Pusieron en juego sus abundantes recursos científicos y tecnológicos y se prepararon para batir las marcas soviéticas. El 25 de mayo de 1961, Kennedy lanzó su histórico desafío: seremos los primeros en desembarcar en la Luna y lo haremos antes de diez años —dijo—. De hecho, esta promesa tardaría sólo siete años en cumplirse: el 21 de julio de 1969 los cosmonautas americanos Armstrong, Collins y Aldrin pusieron pie en la luna para volver luego a la tierra sanos y salvos: la más atrevida aventura que el hombre haya realizado jamás.

Pero, sin esperar siquiera a este resultado, que el propio presidente no vería realizado, el desafío de Kennedy tuvo un gran éxito publicitario: sirvió para galvanizar la moral y la voluntad de los ciudadanos y para poner en pie, una vez más, la famosa «fe americana».

Los actuales defensores de la I.D.S. mencionan con frecuencia el desafío de Kennedy para justificar su apoyo a los planes de Reagan: se tardará diez o más años, pero el éxito de la cosa está asegurado —dicen.

De cualquier manera, la competencia ruso-americana continuó: los misiles intercontinentales (ICBM) pasaron a formar parte de las panoplias balísticas de las dos superpotencias y cada una de éstas se dedicó a introducir perfeccionamientos cada vez mayores en el funcionamiento de los mismos.

El general Poirier, en su citada obra «Des Stratégies nucléaires», hace un análisis sobre la novedad radical que, desde el punto de vista estratégico, aportan los ICBM.

El primer dato es, evidentemente, el del alcance de los nuevos proyectores: el hecho de que sea posible hacer un blanco con suficiente precisión a trece mil kilómetros de distancia, modifica esencialmente los supuestos estratégicos de una futura guerra.

Desde el momento en que un proyectil puede cubrir casi las tres cuartas partes de la distancia desde el punto de lanzamiento a los antípodas del mismo, ya no puede hablarse de un teatro de guerra concreto; la tierra entera se convierte en un campo de batalla único. Una guerra nuclear entre las dos superpotencias llevada hasta su pleno desarrollo, respondería a un modelo estratégico totalmente distinto de los del pasado.

Intercambiándose sus misiles nucleares por encima del Atlántico o del Ártico, la URSS y los EE.UU. serían como dos escuadras inmóviles que se cañoneasen a una gran distancia, desde un extremo al otro del océano. El ámbito de esta gigantesca batalla naval sería el mundo entero.

Esto explica la afirmación de que el misil intercontinental convierte la estrategia de la guerra mundial en una «geoestrategia insular».

En este caso, la distancia y los obstáculos geográficos intermedios pierden una gran parte de su importancia. En cierto modo, el espacio, que ha sido siempre considerado como uno de

los dos factores esenciales del cálculo estratégico, deja de serlo o queda profundamente modificado. Y otro tanto ocurre con el tiempo, que es el otro factor fundamental de la concepción estratégica clásica.

Se ha de tener en cuenta que, para recorrer una distancia de trece mil kilómetros, el misil intercontinental necesita poco más de cuarenta minutos. En este brevísimo lapso de tiempo, una de las dos superpotencias puede encontrarse con un ataque «tumbativo» de sus adversarios.

El misil intercontinental consagra, pues, el concepto de «primer golpe». Alrededor de este concepto giran actualmente todas las preocupaciones estratégicas de los Estados Mayores. Puede, pues, afirmarse que la aparición de los misiles intercontinentales en los últimos cincuenta años exigió un cambio copernicano con respecto a las ideas de Clausewitz en que se había fundado hasta entonces la estrategia moderna. A partir de entonces, podrá, pues, hablarse con toda propiedad de una estrategia «posmoderna».

Ahora bien, la cosa no termina ahí: la invención de los MIRV o *misiles de cabezas múltiples independientes* produce una nueva mutación dentro de la propia mutación balístico-nuclear.

Los MIRV («Multiple Independently-targetable Re-entry Vehicle» o «Vehículos de retorno múltiple independientemente programables») hacen su aparición en 1970, como sucesores de los MRV («Multiple Re-entry Vehicle» o «Vehículos de retorno múltiple») que habían empezado a ser introducidos por los americanos en 1964 y por los rusos hacia 1969.

La diferencia entre unos y otros es, sin embargo, de importancia esencial a los efectos de la historia del progreso del arma nuclear que estamos tratando de resumir aquí. Como vamos a ver en seguida, el salto de los MRV a los MIRV es, precisamente, lo que determina la nueva mutación estratégica a la que acabamos de aludir.

Un misil intercontinental hace su recorrido en cuatro fases. La primera de ellas, que es la de *lanzamiento*, dura apenas cinco minutos y su finalidad es la de colocar el misil a la altura necesaria para que pueda ser encaminado hacia su objetivo.

La segunda etapa es la de *orientación y aceleración* del misil. En ella recibe éste un impulso directivo y una nueva propulsión que le permite alcanzar la velocidad del vuelo necesaria para efectuar su viaje. Este se realiza a una velocidad próxima a los 8 kms. por segundo, es decir, 24 veces superior a la velocidad del sonido, y a una altitud que puede alcanzar los 1.200 kilómetros sobre la superficie.

A lo largo de la tercera etapa, o fase de *recorrido propiamente dicho*, el misil no sólo sobrepasa la *tropopausa* (capa superior de la atmósfera meteorológica estrictamente interpretada, a unos 12 kms. de altitud), sino que atraviesa toda la *estratosfera* y penetra en la llamada *ionosfera*, constituida por aire muy ionizado y rarificado, de densidad cien mil millones de veces menor que la del aire normal que los terrestres respiramos ordinariamente. Esta enorme rarificación hace que el aire no ponga ya prácticamente ninguna resistencia al avance del misil y que la velocidad de éste pueda ser mantenida a lo largo de todo el viaje sin necesidad de nuevos impulsos, de acuerdo con la ley de la inercia.

Finalmente se produce el *retorno* («re-entry» o «rentrée»), es decir, el regreso del misil a la troposfera. La operación tiene lugar a unos doce kilómetros de altura, a nivel de la tropopausa, y es precisamente en ese momento cuando el misil lanza sus ojivas hacia el objetivo al que van destinadas. De este hecho surge la denominación «*retorno múltiple*» a la cual se alude en la sigla MRV y, más tarde, en la MIRV.

Lo que caracteriza a los MRV y justifica el nombre de «vehículos de retorno múltiple», aplicado a los mismos, es la particularidad de que, a diferencia de lo que ocurría en los antiguos misiles de cabeza única, los de este nuevo tipo lanzan, en el momento de retorno, no una, sino varias ojivas nucleares.

En principio, esta característica aumenta notablemente el *poder letal* o capacidad de un misil para «matar» los misiles adversarios en sus propios «silos».

Se ha de tener en cuenta que la *letalidad* no varía en proporción directa a la carga nuclear arrojada por el misil, sino a la potencia dos tercios de ésta. Es decir que si, por ejemplo, la carga del misil se hace 8 veces menor, la letalidad del mismo no queda dividida por 8 sino por $8^{2/3}$, esto es, por la raíz cúbica de 8 elevado al cuadrado, o sea por 4. En resumidas cuentas, al disminuir la carga en la proporción de 8 a 1 el poder letal de aquélla se hace solamente cuatro veces menor.

A partir de esta observación se comprende fácilmente la ventaja que se obtiene, desde el punto de vista del poder letal, al diversificar la carga nuclear del misil manteniéndose, sin embargo, el valor total de la misma. Si comparamos, por ejemplo, la letalidad de un misil ordinario, portador de una única carga de 8 megatones, con la de un MRV que lleva ocho cargas de un megatón cada una, nos encontramos con el resultado de que el poder letal del segundo es el duplo del primero, a pesar de que la carga total de ambos es la misma. En efecto, cada carga de un megatón (ocho veces más pequeña que las del primer misil) produce, como acabamos de ver, un poder mortífero 4 veces menor que el de éste. Pero, como quiera que el segundo misil es portador de 8 cargas, su letalidad queda, asimismo, multiplicada por 8. En definitiva, queda dividida por 4 y multiplicada por 8, es decir *duplicada*.

Ahora bien, la ventaja no es tan grande como pueda parecer en un primer examen: el hecho de que todas las ojivas vayan a parar a un mismo blanco y accedan a éste con breves intervalos de tiempo, como ocurre en los MRV, da lugar a un llamado «*efecto de interferencia*» que reduce notablemente la efectividad del misil. Consiste este fenómeno en que la explosión de una bomba nuclear sobre un determinado punto impide la de una segunda lanzada poco después sobre el mismo.

Esto se debe al hecho de que la radioactividad, la enorme turbulencia atmosférica y el potente haz de ondas electromagnéticas producido por la primera explosión, impiden que la segunda pueda realizarse con normalidad. En el lenguaje usual se dice que la primera bomba «mata» a la segunda y ésta es la razón de que efecto de interferencia sea llamado también «*efecto fratricida*». Como es obvio, mientras no se utilizaban más que misiles de una sola cabeza, para destruir un misil enemigo hacía falta sacrificar uno propio, y, de esta manera, una operación anti-misil carecía de «rentabilidad» estratégica.

Pero, debido al efecto fratricida, este mismo inconveniente subsistía, prácticamente, para los MRV, como acabamos de indicar.

La verdadera novedad estratégica la introducen los MIRV o «*vehículos de retorno múltiple independientemente programables*». A diferencia de lo que ocurría con los MRV, en este nuevo tipo de misiles las ojivas portadas por el vector se separan en el momento del retorno y se dirigen a sus respectivos blancos con total independencia unas de otras. Lo hacen, además, con intervalos de tiempo previamente programados y desde distintos puntos de la trayectoria del vehículo, ya que éste continúa evidentemente su viaje al mismo tiempo que va lanzando sus ojivas.

La «independencia» de los retornos, tanto en el espacio como en el tiempo, permite evitar el efecto fratricida y conseguir, además, una precisión de tiro mucho mayor.

Pero, lo más importante de los MIRV son las consecuencias que el modo de operar de estos misiles tiene, desde el punto de vista estratégico, cuando se trata de una operación anti-armas de gran envergadura. En el caso de los MIRV el coste de la operación no se calcula ya a base de la regla: «*uno a cambio de otro*». Al contrario un MIRV de n cabezas puede matar n misiles adversarios en un solo viaje o, dicho de otro modo, el atacante sacrifica un único misil a cambio de la destrucción de n misiles enemigos.

De esta manera los MIRV se convierten en el arma ideal para un primer golpe desarmante. Un ataque de esta naturaleza, realizado a base de estos nuevos ingenios, puede realizar una

tremenda destrucción en el arsenal nuclear adversario a costa de unas pérdidas muy reducidas en el propio.

Ahora bien, las anteriores consideraciones ponen también de manifiesto el carácter altamente *desestabilizador* de los MIRV por la ventaja que estos sistemas de armas proporcionan al atacante para iniciar súbitamente una guerra nuclear. A esta razón se debe el hecho de que la utilización de los MIRV fuese severamente limitada por el tratado SALT-2.

En el momento de aquellas conversaciones, las cifras reales de tales armamentos eran de 1.045 MIRV para los EE.UU. y 500 para la URSS. A principios de 1984 estas cifras ascendían a 1.142 y 1.100 respectivamente y se preveía un aumento por ambas partes.

La realidad puede haber sobrepasado ya el límite fijado por el tratado, de suerte que en Ginebra, en el curso de las nuevas conversaciones que ahora se van a iniciar, las dos superpotencias tendrán que adoptar nuevos acuerdos sobre el particular.

Mientras no se llegue a una prohibición completa de estos «monstruos» balísticos, cosa que por el momento parece casi imposible, los mismos seguirán perfeccionándose como lo han hecho hasta ahora.

Así, por ejemplo, la última palabra en este orden de cosas la tienen los MARV —misiles de ojivas múltiples con sistema de fijación de objetivos al final del recorrido— a punto de aparecer o aparecidos ya en el momento que se escriben estas líneas, en 1985. En estos nuevos misiles, cada ojiva, una vez desprendida del vector, goza de autonomía para cambiar su propio programa, en función de los datos recibidos y almacenados en su memoria, a fin de hacer frente a las medidas defensivas que en el curso de la operación haya podido adoptar el adversario.

Actualmente son ya muchos los tipos de misiles a los que se ha aplicado el «mirvaje» —bárbara palabra adoptada a partir de la raíz «MIRV». Uno de los más potentes es el «Poseidon» americano, instalado en submarinos, que es capaz de atacar simultáneamente a 14 objetivos diferentes, con cargas de 50 kilotones, a una distancia de más de 4.600 kilómetros. El radio de su ECP o «*círculo de error probable*» es de 450 metros, lo cual equivale a decir que el 50% de sus ojivas hacen impacto a una distancia del centro del blanco inferior a 450 metros.

Un notable perfeccionamiento del «Poseidon» lo será, bajo diversos aspectos, el futuro «Trident D-5». Este nuevo misil será portador de catorce cargas de 150 kilotones, es decir, tres veces más potente que las de su predecesor. Su alcance será de 11.000 kilómetros, más del doble que el del Poseidon y su ECP de sólo 300 metros.

El «SS-18», ruso, instalado en tierra, es, al parecer, el misil mirvado más grande del mundo. Se caracteriza sobre todo por el gigantismo de su carga, que en algunos de sus modelos de carga única llega a alcanzar los 50 megatones, es decir, más de 2.500 bombas de Hiroshima.

Ya en la época de Carter, los armeros americanos se propusieron superar todos los modelos de MIRV existentes hasta entonces. Proyectaron un misil «experimental» que, por esta obvia razón, fue designado con la sigla «MX» y que luego ha sido conocido también con el nombre de «Pacekeeper» o «guardián de la paz».

En 1982 Reagan ha dado nueva vida al proyecto y se ha propuesto fabricar 100 ejemplares del mismo antes de 1990. Para ello ha tenido —y tiene— que librar grandes batallas, a fin de hacerlo aceptar por el Parlamento y el Senado norteamericano, los cuales se resisten a ello a causa del enorme costo del MX, de su vulnerabilidad y de su carácter altamente desestabilizador, como arma de primer golpe que es.

Los MX serán portadores de 10 cabezas independientemente programadas, e incluso autoprogramables, de 350 kilotones cada una (siete veces más potentes que las del Poseidon), además de un cierto número de «trampas» o de falsas ojivas destinadas a burlar las defensas del adversario confundiendo sus tiros. Su ECP será de 150 metros, o, según otros informes

más optimistas, de 100 metros, con notable ventaja sobre todos los anteriores modelos. La mitad de sus impactos se producirán, pues, a menos de 100 ó 500 metros de la «diana», y su alcance será de trece o catorce mil kilómetros.

Uno de los problemas más preocupantes, ya desde la época de Carter, en relación con los MX era el carácter de objetivo prioritario que los mismos tendrían necesariamente para los soviéticos. Sin duda alguna, éstos se sentirían incentivados por la idea de destruir unos misiles tan perfectos y sofisticados, y aplicarían, a este fin, todos los medios antimisiles que les fuera posible inventar. Había, pues, que proteger los MX con medios excepcionalmente ingeniosos contra un golpe desarmante de los rusos.

En el proyecto primitivo esta protección se lograba dando a los «Peacekeeper» una movilidad extraordinaria, con objeto de hacerlos absolutamente ilocalizables para la vigilancia adversaria. A tal efecto se haría que los MX viajasen constantemente entre cuatro mil seiscientos refugios construidos, al objeto, en los desiertos de Utah y de Nevada. Pero el coste de la red de comunicaciones exigida por este fantástico proyecto era sumamente grande, del orden —según se dice— de los cien mil millones de dólares, razón por la cual las Cámaras norteamericanas se mostraban muy remisas a aceptarlo.

La administración Reagan ha presentado un nuevo plan para la protección de los MX: se trata del «dense park», concentración de los misiles en una estrecha franja de 72 kilómetros cuadrados en el Estado de Wyoming. De esta manera el «efecto fratricida» haría imposible la destrucción de los mismos en una proporción apreciable, tal como hemos indicado anteriormente. Podrían caer unos pocos; pero la inmensa mayoría se salvarían del ataque, protegidos por los efectos colaterales de las primeras explosiones «matadoras». Este nuevo proyecto es mucho más barato que el anterior; pero no parece haber despertado tampoco el entusiasmo de los representantes, los cuales no se fían de que la elevada densidad del «aparcamiento» y el efecto de interferencia sean suficientes para proteger a los preciosos y carísimos MX.

Realmente, el progreso realizado por las armas nucleares en estos cuarenta años es tan grande que las primeras bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki parecen hoy un simple juego de niños, unos insignificantes petardos, comparados con las últimas realizaciones de la era balístico-nuclear.

4. *Las armas posnucleares*

La utilización del prefijo «pos» para formar neologismos —como, por ejemplo, «posmoderno» y «posmodernismo»— es un recurso lingüístico bastante generalizado actualmente. Esta especie de moda tiene una explicación ya que la misma parece obedecer a una exigencia o una necesidad de nuestra «cultura del instante».

En el mundo de hoy las cosas se suceden, en efecto, con tal celeridad que a menudo nos encontramos a falta de términos para poder nombrarlas adecuadamente. A este respecto, el prefijo en cuestión, aunque no sea por sí mismo demasiado significativo, nos facilita en algunos casos la tarea de dar nombres a las ideas o a los hechos.

Hablar de «*armas posnucleares*», como lo hacemos aquí, es, pues, un recurso o un modo de salir del paso ante la complejidad de los nuevos tipos de armas que ahora se anuncian o que están ya en condiciones de funcionar.

A partir de los años ochenta empiezan a aparecer, aunque no sea más que como proyecto, ciertas armas que tienen, sin duda, relación con la física nuclear y con las armas nucleares, pero que deben ser netamente distinguidas de éstas.

Las *armas de energía dirigida* de las que tanto se habla actualmente se encuentran, evidentemente, en este caso: son también armas nucleares, ciertamente, pero lo son de un

modo muy distinto de todas las que se han conocido hasta ahora. Sería, pues, un error seguir denominándolas con la misma palabra.

Nos encontramos, por tanto, en una disyuntiva terminológica: o bien empleamos un término nuevo para designar a algunas de las nuevas armas, como puede serlo, por ejemplo, el de «*posnucleares*», que proponemos aquí, o bien continuamos llamándolas nucleares, con lo cual se induciría a la opinión pública a una notable confusión haciéndola creer que el *laser* o el *lanzador de partículas subatómicas* son armas de la misma naturaleza que la bomba de Hiroshima o que cualquier otra de las bombas nucleares que han sido fabricadas después de ésta.

En cierto modo, las bombas nucleares de todo tipo coinciden en su forma de operar con las bombas «tradicionales» o convencionales: lo mismo que éstas, producen en un punto determinado una elevación súbita de la temperatura y de la presión, la cual provoca, a su vez, la onda explosiva —térmica y mecánica— que destruye el objetivo visado. La diferencia está en que, mientras las bombas convencionales recurren para producir este efecto a una *reacción química* —intercambios de átomos entre las moléculas— las bombas nucleares lo consiguen por medio de una *reacción nuclear* —con ruptura de átomos— mucho más «rentable» desde el punto de vista energético que la simple ruptura de moléculas.

Como veremos un poco más adelante, no es este el modo de trabajar de las nuevas armas posnucleares: éstas tienen capacidad para atacar directamente a la estructura atómica interna del «objeto enemigo», es decir del objeto que se trata de inutilizar, como puede ser, por ejemplo, el cerebro electrónico de un misil adversario. Se trata, pues, de un tipo de acción mucho más sutil, aunque menos espectacular que el de las bombas de explosión, incluyendo entre éstas, claro está, a las que desde 1945 se vienen llamando bombas atómicas o nucleares.

Bien miradas las cosas, las armas posnucleares no debieran figurar en la historia del progreso del arma nuclear. Se salen manifiestamente del dominio de ésta. Su novedad es radical. En este caso, no se trata ya de una mutación *dentro* de la estrategia nuclear —como las que hemos contemplado en las páginas anteriores— sino de un salto a una estrategia nueva, que trasciende a la estrategia nuclear y que bien podría ser llamada «*estrategia posnuclear*».

El tipo de guerra al que este nuevo género de armas conducirá en el futuro será, en efecto, completamente distinto de una guerra nuclear, tal como entendemos ahora esta expresión.

En el campo de las armas posnucleares aparecen, ante todo, dos tipos o familias de armas: el *laser* y los *haces de partículas*.

Ambos grupos tienen una característica común: la *concentración de energía*, es decir, la utilización de energía de alta densidad energética. La *cantidad total de energía* puesta en acción por un arma es cosa muy distinta que la «*densidad de energía*», es decir, el cociente de dividir la cantidad total de energía por la superficie, el volumen o la masa a la que se aplica.

Un ejemplo trivial basta para aclarar esta idea. La energía desplegada por una pulga para dar un salto de diez centímetros es evidentemente ínfima. Pero ¿qué ocurriría si la misma se aplicase a una masa equivalente a la de un electrón? El resultado sería extraordinario. Se produciría una densidad de unos $24 \cdot 10^{20}$ julios por gramo de materia, cifra impensable en el mundo macroscópico.

El secreto de las nuevas armas está precisamente en la elevadísima condensación energética que las mismas utilizan, aunque sea en volúmenes infinitesimales. En su caso no se trata de movilizar grandes cantidades de energía, sino de aplicar cantidades relativamente pequeñas de energía sobre objetivos ultramicroscópicos.

Esta consideración no tiene ningún interés cuando se habla de armas ordinarias, como las que los militares de todos los tiempos han utilizado, desde las más primitivas hasta los misiles nucleares intercontinentales. Pero sí lo tienen cuando se trata de la guerra de alta tecnología, que es la guerra del futuro: cuando se trata, por ejemplo, de paralizar los motores de un barco,

de un submarino, de un avión, de un tanque; de desbaratar el órgano de mando de un misil; de interrumpir el suministro eléctrico de una ciudad; de inmovilizar la maquinaria de una fábrica, etc. etc...

En todos estos casos hay un punto neurálgico, un objetivo casi microscópico que basta tocar para lograr el efecto previsto.

Se comprende, pues la gran diferencia que hay entre una guerra en la que se utilicen todas estas posibilidades y la guerra nuclear tal como la conciben los actuales estrategas.

Sobre las armas de alta condensación energética se puede presentar un ejemplo sugestivo siguiendo una idea del profesor Marceau Felden.

El laser SHIVA es capaz de movilizar una potencia de más de 9,3 *billones* de watios, lo que viene a ser nada menos que la *décima parte del consumo medio de energía de todo el planeta*, para toda clase de usos industriales, comerciales, urbanísticos etc... Este dato puede parecer increíble, pero hay que tener en cuenta que ese despliegue de potencia energética se realiza solamente durante una fracción infinitesimal de tiempo, evaluada en una mil millonésima de segundo, y que, por tanto, el total de energía aplicada ascendería solamente a 9.300 julios, cantidad insignificante y que sólo podría servir, por ejemplo, para hacer hervir cuatro gramos escasos de agua. *Ahora bien:* aplicada esta misma energía a un volumen de una millonésima de milímetro cúbico el efecto destructor y desorganizador puede ser enorme.

El efecto del laser, como el de las armas de partículas dirigidas, es el de un *latigazo energético* que actúa sobre un espacio microscópico, pero que para las armas de alta tecnología puede ser esencial.

Un misil es, por esta razón, un arma sumamente frágil que puede ser fácilmente inutilizada en sus órganos más sensibles por una simple descarga del tipo de la que hemos expuesto.

Las armas posnucleares son, pues, particularmente apropiadas para la defensa antimisil.

Desde que fueron inventadas las armas nucleares, los científicos militares se vieron acosados por el problema de montar una defensa adecuada contra las mismas. Es la vieja historia de la espada y el escudo: cada vez que se ha afilado la espada el escudo se ha hecho más resistente. Pero en este caso, el problema no ha sido resuelto todavía.

La única posibilidad de defensa era la de enfrentar al arma nuclear consigo misma; fabricar un arma nuclear que sirviese para oponerse al arma nuclear o, dicho de otra manera, un *arma nuclear antinuclear*. Pero este sistema de defensa tenía muchas dificultades e inconvenientes y su aplicación resultaba casi imposible.

Por de pronto, era un sistema sucio de defensa, podía volverse fácilmente contra el que lo empleara. El lanzamiento de pequeños cohetes nucleares contra un misil atacante —que es en lo que se pensó en un principio— tenía, entre otros, el inconveniente de envolver también en sus efectos al defensor y estaba lleno de complicaciones, aparte de ser poco eficaz.

Volvió a presentarse la dialéctica entre la bomba sucia y la bomba limpia de los primeros años de la historia del arma atómica. En este caso había que inventar una *defensa limpia* en sustitución de la *defensa sucia* que se intentaba realizar por medio de armas nucleares.

La invención de las armas posnucleares ha introducido nuevas posibilidades en relación con ese asunto. No es que la misma haya solucionado el problema, pero al menos ha mostrado un camino posible hacia la solución.

La idea de utilizar las armas posnucleares para hacer frente a las nucleares no es ningún disparate, sino una idea completamente natural y obvia. En ella consistirá la SID («Strategic Defense Initiative») que, en este momento, es el gran caballo de batalla entre las dos superpotencias. Volveremos después sobre este plan.

Anticipándose al tratado SALT-1 los rusos crearon, ya en 1968, una zona protegida por antimisiles nucleares en torno a Moscú, empleando para ello el misil ABM-IB Galosh que está todavía en activo. Los americanos, por el contrario, renunciaron pronto a desarrollar un

proyecto análogo —a lo que tenían derecho por el tratado— por estimar que los resultados del mismo habían de ser muy poco satisfactorios.

Según fuentes americanas, los soviéticos han montado un sistema de defensa a base de «satélites matadores» capaces de destruir satélites enemigos y desde los cuales se podría detectar y aniquilar cualquier misil que se acercase a su zona. Pero la eficacia de este género de defensa sigue siendo problemática por las razones antes aludidas. En suma, no se ha encontrado todavía la manera de que las armas nucleares detengan a las armas nucleares, es decir, de que se detengan a sí mismas.

Como hemos indicado unas líneas más arriba, la verdadera novedad en este terreno la han aportado las armas posnucleares. El laser y las ametralladoras de corpúsculos podrán ser, quizás, un medio eficaz para defenderse de los misiles nucleares y algunos sueñan, incluso, con la idea de que lleguen a arrinconar a éstos, relegándolos a los cementerios de armas obsoletas.

Pero todo esto es algo que está aún por ver. Harán falta diez, quince o veinte años de investigaciones para que llegue a obtenerse algún resultado seguro en esas direcciones.

La finalidad específica de la SDI —o IDS— es impedir que los misiles del oponente puedan llegar al propio territorio, es decir, en este caso, al territorio americano. Para ello se montarán acciones de defensa a distintos niveles y en las diferentes fases del vuelo de los misiles enemigos, los cuales serán inutilizados en su totalidad antes de que puedan llegar a los EE.UU.

La IDS no sólo actuará contra los misiles balísticos, sino también contra los bombarderos y aviones de crucero que son más difíciles de detectar.

En realidad, los americanos habían ya manejado esa misma idea hace diez años; pero Schlesinger se vio obligado a renunciar a ella, según se dijo entonces, porque resultaba demasiado cara, y también, probablemente, porque no ofrecía suficientes garantías como medio seguro para detener a los misiles. Si ahora Reagan ha resucitado el plan es porque sus asesores le han convencido de que las armas de energía dirigida serán capaces de hacerlo, una vez que se las haya perfeccionado lo bastante.

De todos modos, el plan SDI ha levantado grandes críticas.

No se conseguirá —dicen algunos— la *globalidad* de la defensa, es decir, no se logrará destruir la totalidad de los misiles y aviones atacantes: quizás un 5 o un 8 por ciento de los mismos logrará atravesar la red, y en tal caso, ésta apenas servirá para nada, ya que las pérdidas podrán ser colmadas por el enemigo mediante el envío de grandes oleadas de misiles que saturen el sistema defensivo americano.

Los soviéticos, por su parte, aseguran que tienen o tendrán los medios adecuados para alcanzar esos resultados y que su contradefensa será además mucho más barata que la defensa americana.

Pero nadie está en condiciones de confirmar estos razonamientos y los norteamericanos parecen completamente decididos a llevar adelante sus planes.

Por otra parte, se barajan también los argumentos clásicos contra las armas defensivas a las que, no sin razón, se les atribuye el carácter de desestabilizadoras.

Los soviéticos afirman que la IDS es el medio que los americanos se han buscado —haciendo caso omiso de los tratados ABS (sistemas de misiles antibalísticos)— para asegurarse de la posibilidad de dar ellos mismos el *primer golpe*, a lo cual responden Reagan y sus colaboradores inmediatos que las URSS no tiene nada que temer de la IDS, que todo será para bien y que todo el mundo debe colaborar en las investigaciones destinadas a hacer de ella una realidad.

5. Las armas de alta tecnología

Si todo se limitase a la «iniciativa de defensa estratégica» la cosa sería relativamente sencilla y fácil de interpretar; pero hay otras muchas y más importantes tecnologías que intervienen —o intervendrían— en lo que hemos llamado la «guerra posnuclear».

La aplicación de novísimas tecnologías, de las que algunas de las más importantes están aún en sus comienzos o son simple posibilidad, no sólo va a cambiar la estrategia, sino que va a transformar el «ser» mismo de la guerra.

El objeto de ésta seguirá siendo el mismo: imponer la voluntad política de un pueblo sobre la de otro, según la conocida definición de Clausewitz: «la guerra es un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario». Pero con los nuevos medios tecnológicos podrá cambiar de manera copernicana el «modo» de la guerra, el modo de realizar esa «imposición». Y aquí nos referimos, claro está, al «modo físico», no al modo político o a cosas parecidas a la guerra psicológica.

Desde este punto de vista, conviene establecer una distinción previa entre las armas de alta tecnología, por una parte, y las armas nucleares, por otra. Estas se hallan estrechamente conectadas —qué duda cabe— con las nuevas tecnologías a que nos referimos aquí; pero su modo de operar corresponde, o va a corresponder, pronto, al pasado.

En efecto, lo que actualmente se atisba en un horizonte de futuro no demasiado lejano, seguramente es un nuevo tipo de guerra: la «guerra de alta tecnología».

Hasta ahora, y más aún en los últimos tiempos, el modo de realizar esa «imposición» a la que hemos aludido, y que está en la esencia de la guerra, ha consistido en *matar y destruir*. La bomba de Hiroshima, y todo lo que ha seguido a ésta, opera, precisamente, en dicha línea: actualmente el poder mortífero y destructivo de las armas se expresa ya en cifras astronómicas. Al contrario de esto, la guerra tecnológica consistirá más bien en detectar, paralizar, inmovilizar, inutilizar, interferir, desactivar, dejar fuera de juego todos los medios militares, industriales, sociales, etc., del adversario.

Será —si se quiere— una guerra fundamentalmente *defensiva* pero que tendrá, al mismo tiempo, una enorme efectividad ofensiva. El aforismo: «la mejor defensa es el ataque» se trocará en cierto modo, por uno nuevo: «*el mejor ataque es la defensa*».

Según esta nueva idea, la guerra no consistirá ya en matar muchedumbres, ni siquiera grupos numerosos de personas —civiles o militares—. Será mucho más fácil adueñarse de los centros de decisión del enemigo, una vez reducido éste a la inoperatividad.

Lo que venimos diciendo no quiere significar, en modo alguno, una apología de la guerra. Esta seguirá siendo un mal, y un mal terrible, porque la «imposición a la fuerza» es siempre brutal e inhumana. Frente a ese nuevo tipo de guerra, los pacifistas seguiremos teniendo razón y quizás una razón más profunda que ahora.

Conviene, sin embargo, considerar las posibilidades de transformación de la guerra que aportan las nuevas tecnologías. Gracias a éstas, la guerra va a hacerse más exacta, mejor calculada, más precisa, mejor dirigida a sus fines, más económica en vidas y bienes materiales.

Cada civilización técnica incluye una manera propia de hacer la guerra. Así, las guerras del 14 y del 39 se corresponden con la era industrial. La guerra nuclear y la posnuclear son un producto de la era posindustrial. La guerra tecnológica coincidiría, en cambio, con la aparición de una nueva edad a la que algunos llaman ya la *edad tecnológica*.

No hablamos aquí el lenguaje de la ciencia ficción, sino un lenguaje técnico posibilista. Nuestros razonamientos pueden ser fácilmente ubicados en lo que podríamos llamar nuestro «*horizonte histórico concreto*», es decir, el campo de posibilidades que las técnicas modernas nos están ofreciendo ya y que nos es dado conocer con cierta aproximación desde ahora.

La tecnología militar de punta es el resultado de la convergencia de una amplia gama de ciencias y técnicas de reciente invención o que se están inventando ahora. Entre ellas figuran,

por ejemplo, la *Microelectrónica*, la *Óptica avanzada*, la *Técnica de los nuevos materiales*, la *Informática*, la *Cibernética* y la *Robótica*.

En una guerra como la que ahora se perfila, y desde el punto de vista de una estrategia de defensa, la *detección* de «objetos enemigos» es una de las actividades militares más importantes.

Dada la enorme rapidez con la que operan las armas modernas, la primera necesidad consiste en descubrir esos «objetos» —misiles, ojivas, aviones de crucero, satélites de información, submarinos nucleares, etc.—. Saber con absoluta precisión dónde están situados y dónde pueden estarlo dentro de unas horas, de unos minutos, de unos segundos o, incluso en algunos casos, de unas décimas de segundo, para poder reaccionar con suficiente rapidez y de modo coherente.

Todo signo, toda alteración, todo «ruido» —entendiendo aquí esta palabra en sentido muy amplio, no sólo acústico, sino también eléctrico, magnético o térmico— que sea producido por el «objeto enemigo» debe ser captado para deducir los posibles movimientos del mismo.

La «óptica multiespectral», que opera no sólo en las zonas visibles, sino también en las invisibles del espectro —infrarrojos y ultravioletas—, es un medio preciso para realizar esta vigilancia.

Por medio del telescopio infrarrojo se puede descubrir la presencia de un misil en el espacio a miles de kilómetros de distancia, desde el momento mismo de su partida, y conocer incluso sus características, sus medios electrónicos y la carga de la que es portadora.

La posibilidad de obtener fotografías con rayos infrarrojos desde gran distancia permite explorar, no sólo la superficie, sino también determinados espacios subacuáticos o subterráneos del territorio adversario.

En cuanto a la capacidad de observación de los aparatos instalados en los llamados «satélites espías», puede decirse que la misma sobrepasa a todo lo imaginable hasta ahora, tanto por el número y extensión de las fotografías realizadas por tales aparatos, como por el enorme poder separador conseguido en ellos.

Felden⁸ afirma que un satélite de información, volando a una velocidad de decenas de miles de kilómetros por hora, y a una altitud de cien o doscientos kilómetros, puede obtener fotografías en las que se distingan puntos situados a unos decímetros e, incluso en algunos casos, a menos de decímetro y medio de distancia.

En estas condiciones un misil, un silo, un vehículo y hasta la antena de un submarino sumergido, pueden ser detectadas y fotografiados. Efectuadas estas fotografías con rayos infrarrojos, se pueden obtener vistas nocturnas, como si estuviesen hechas en pleno día y cabe asimismo que en ellas se reproduzcan objetos ocultos debajo de tierra o del mar.

Es evidente que, desde el momento en que existen estas posibilidades de control mutuo, la actividad militar debe ser modificada profundamente. Ya no caben efectos sorpresa, como el de un nuevo Pearl Harbor. Todo se ha de hacer a plena luz y en cierto modo los posibles contendientes se inmovilizan mutuamente al estar cada uno de ellos al corriente de lo que está pasando en el campo adversario.

Pero, en ciencia estratégica, no se trata sólo de conocer una situación militar, sino de saber interpretarla y reaccionar ante ella del modo más rápido y eficaz posible.

Entre la «detección» y la «reacción» hay que situar obviamente, la «transmisión». «*Detector-efector-reactor*» es precisamente la terna operativa que caracteriza al tratamiento cibernético de una situación. Para la *cibernética*, el «*efector*» es el órgano encargado de comunicar al centro de decisión o «*reactor*», los datos captados por el «*detector*», una vez ordenados y organizados éstos de modo adecuado.

La verdadera novedad de la cibernética en relación con el «arte» de la guerra consiste precisamente en que, en bastantes casos, las decisiones militares serán adoptadas, no ya por

hombres, sino por máquinas, las cuales podrán hacerlo seguramente mejor que los propios seres humanos.

Así, por ejemplo, cuando nos hemos referido unas líneas más arriba a determinadas reacciones que deberán producirse en intervalos de décimas de segundo, no pensábamos ciertamente en una posibilidad humana. Sólo una máquina es capaz de decidir y actuar a esa velocidad.

Es cierto que el programa introducido en el ordenador ha sido previamente establecido por cerebros humanos; pero, en el momento de la ejecución del mismo, es mejor confiar en la máquina, con la seguridad de que ésta podrá realizarlo de modo más rápido y más exacto que los propios inventores del programa.

Las nuevas generaciones de ordenadores electrónicos —según parece estamos ya en la quinta— han aumentado espectacularmente la capacidad de acción de los mismos, haciéndolos incomparablemente superiores a los primeros aparecidos en los años sesenta.

No solamente se ha reducido notablemente su volumen —cientos de transistores pueden ser instalados en el espacio de un milímetro cúbico— sino que se ha incrementado de modo increíble su capacidad de memoria y, sobre todo, se ha intensificado, multiplicándola quizás por billones, la velocidad con que operan. Operaciones que antes requerían decenas de segundos son hoy realizadas en nano-segundos, o sea, en mil millonésimas de segundo.

Por otra parte, los ordenadores más modernos tienen la posibilidad de trabajar simultáneamente con programas diversos y van a tener, asimismo, la de *autoprogramarse*, reformando la acción primeramente planeada en función de un *metaprograma* más amplio que deja en mucha mayor «libertad» al ordenador.

Como ejemplo del «*arma inteligente*» puede servirnos entre otros muchos el del *avión o misil de crucero* (CM: «Cruise Missile») que los americanos están instalando ahora en Europa. Se trata de un arma muy sofisticada, de una precisión increíble, dotada de un ordenador altamente perfeccionado y muy difícil de localizar porque vuela muy bajo, pegándose al terreno, como quien dice, y cambiando de trayectoria de modo imprevisible a cada momento.

El CM responde al sistema de conducción llamado *inercial* que actualmente se utiliza de modo generalizado para el autopilotaje de naves aéreas y espaciales. El «cruise» lleva a este efecto una plataforma estabilizada por medio de giróscopos, cuya inclinación no depende, por tanto, de la del aparato. Las aceleraciones o «tirones» que esta placa recibe a lo largo del vuelo permiten al ordenador de a bordo deducir con toda exactitud la trayectoria real del mismo y compararla después con la programada en el momento del lanzamiento que va grabada en su memoria. Por otra parte, el aparato obtiene fotografías detalladísimas y muy numerosas del terreno que sobrevuela, de su relieve orográfico y de los edificios, vías de comunicación, etc., que se encuentran en él, y las contrasta con el mapa memorizado.

De todos estos datos y contrastes, el ordenador deduce la altitud y la dirección a las que debe volar el misil en cada momento y el instante preciso en que ha de depositar su carga sobre el objetivo. El resultado que se obtiene es asombroso: partiendo de una distancia de 2.500 kilómetros, es capaz de situar el 50% de sus tiros a menos de treinta metros de desviación del centro del blanco.

El avión de crucero es un exponente de las posibilidades actuales de la Aviónica, tecnología derivada de la Cibernética y de la Electrónica, que se aplica directamente al manejo de gobierno de los aviones y otros tipos de naves espaciales.

La idea central, tanto del avión de crucero como de cualquier otro ingenio cibernético es la del «*feed-back*» o sistema de «*corrección reactiva*». El ejemplo más antiguo de esta idea nos lo da el regulador de Watt de la máquina de vapor. Cuando la presión en la caldera es demasiado alta, las bolas del regulador giran muy de prisa y como consecuencia de ello producen una fuerza centrífuga que, transmitida a las válvulas, obliga a éstas a dejar escapar

el vapor suficiente para ralentizar el movimiento y devolver la presión de la caldera al nivel conveniente.

En el «feed-back», el *efecto* modifica, pues, a la *causa*. Actúa sobre ella de manera que la idea, o *programa* inicial de la máquina, sea perfectamente realizada. En esencia, esto mismo es lo que ocurre en el avión de crucero.

Un avión de crucero debe ser considerado como un «robot», o un sistema de «servomecanismos» combinados entre sí, para la realización del fin que no es otro que la colocación de la carga nuclear en el objetivo.

El concepto de «robot» puede ser generalizado a otras muchas finalidades que no son puramente mecánicas sino, por ejemplo, tácticas o incluso estratégicas. No sería imposible que un «robot militar» fuese capaz de interpretar y dar salida a una situación fáctica dentro de un campo de posibilidades previamente estudiado por los expertos y memorizado después en el programa del «robot», haciéndolo incluso con mayor seguridad y rapidez que un mando propiamente humano.

La *Robótica generalizada* abre, pues, nuevos horizontes a la guerra, pero no necesariamente de un modo perjudicial para el hombre: una guerra entre máquinas podría ser, en definitiva, mucho menos cruel y bárbara que una guerra entre hombres.

Pero cuando se habla de guerra de alta tecnología, la cosa no se reduce a las técnicas que hemos citado: hay otras a las que no podemos siquiera aludir aquí.

En el plan «Eureka» que François Mitterrand lanzó a la circulación en abril de 1985 como alternativa al plan americano de investigación SDI, se retiene, por ejemplo, la *Optrónica* —ciencia híbrida entre la óptica y la electrónica, dirigida hacia la utilización complementaria de la luz y de la electricidad, como fuentes energéticas transformables entre sí e incluso fusionables, en determinados procesos— y la *«Investigación de nuevos materiales»*, nuevas materias artificiales con características perfectamente adaptadas a las necesidades de cada tecnología, civil o militar. (Se empieza a hablar ahora, por ejemplo, de cañones de «plasma» o materia ionizada).

Ahora bien, se plantea la cuestión de la «servidumbre» de la «alta tecnología» con relación a las armas. Evidentemente la llamada «alta tecnología» no es en sí misma un arma, aunque puede estar eventualmente al servicio de las armas. ¿Pero de qué armas?

Como acabamos de ver, el «avión de crucero» —que es el ejemplo que hemos elegido aquí— está al servicio de la guerra nuclear. Constituye en realidad un paso adelante en la mutación balístico-nuclear: se trata de un nuevo sistema de armas, esta vez triple: el sistema «*misil-robot-arma nuclear*», dándose a la palabra «robot» un énfasis mayor que en las realizaciones anteriores.

En la concepción de los sistemas de armas hay, sin embargo, una regla preciosa que no puede ser olvidada: para que un sistema de armas pueda ser considerado como «correcto» hace falta que haya una proporción o una adecuación perfecta entre las diversas armas que lo constituyen.

Un ejemplo al que nos hemos referido ya en otro pasaje de este libro, es el de sistema de armas «*bombardero-bomba nuclear*», el cual no estaba bien proporcionado porque el bombardero clásico no era el medio adecuado para el transporte de la bomba nuclear, no estaba, por decirlo así, a la altura de ésta.

El misil sí lo era: la asociación «*misil-arma nuclear*» resultaba «perfecta» («perfectamente horrible», debíamos decir, claro está).

Algo de esto podría repetirse respecto a la asociación de la «alta tecnología» con el arma nuclear. La primera es mucho más importante y prometedora que la segunda. No hay adecuación en este sistema de armas. La «alta tecnología» exige un nuevo tipo de armas y hasta un nuevo tipo de guerra —como hemos dicho antes— con características nuevas y

probablemente mucho más racional, inteligente y humano que el de las guerras del pasado... y del presente.

En la idea propuesta por Reagan hay, pues, un fondo de verdad. Dentro de unas décadas la SID podría significar un gran paso en el camino de la racionalidad, aunque no fuese todavía el fin total de la guerra.

Pero la actitud de superioridad y de dominio en que los americanos siguen colocándose; la desconfianza sobre las verdaderas intenciones de los EE.UU.; la pretensión de éstos, de querer conservar para sí mismos el secreto de las nuevas armas defensivas, como intentaron hacerlo antes con las primeras bombas atómicas; el carácter altamente desestabilizador que, por el momento, tienen dichas armas; la carrera económica que las nuevas investigaciones plantean y que, según algunos, no es más que un medio de hundir a los soviéticos y de reafirmar la superioridad americana sobre todos los demás estados, y otras motivaciones parecidas a éstas, hacen temer que el sueño de la guerra tecnológica —una «guerra de laboratorio», sin hecatombes ni apocalipsis— se convierta en una nueva y tremenda pesadilla para la Humanidad.

6. La guerra en el espacio

En relación con la «guerra en el espacio» se viene empleando últimamente una terminología tremendista que carece por completo de verosimilitud. Esta tendencia, que se inició ya en la época de Foster Dulles, se ha agudizado últimamente y ha llegado a constituir un obstáculo para la distensión de los espíritus.

Se habla, por ejemplo, de la «guerra de las estrellas» y de «guerra de las galaxias». Pero ¿qué significado real tienen tales expresiones? Evidentemente ninguno.

Las sondas espaciales que han sido lanzadas hasta ahora —como, por ejemplo, la «*Voyager-2*» que se situará en las proximidades del misterioso planeta Neptuno en agosto de 1989, tras catorce años de viaje— sólo pueden alcanzar distancias del orden de los 9.000 millones de kilómetros, es decir, el camino que recorre la luz en 8 horas, mientras que la estrella más próxima a la Tierra se encuentra a 4 años luz de nosotros, el límite de nuestra galaxia a 80.000 años luz y otras galaxias conocidas a 5.000 millones de años luz!

La denominación «guerra de las galaxias» que hasta los más altos dirigentes de la Administración norteamericana —incluido el propio Presidente— suelen utilizar con cierta frecuencia, resulta, pues, absolutamente fantástica.

En un artículo reciente, relativo a los gastos de defensa en el presupuesto norteamericano, Henry Kissinger critica vivamente el «lenguaje apocalíptico» y esa «visión aterrizante» que —según él— están produciendo «efectos demoledores» en la moral de las sociedades occidentales, pero que sin embargo ayudan —digámoslo claramente— para obtener los créditos destinados a fines militares.

Kissinger hace notar que la terminología en cuestión no es una simple moda, sino un instrumento o un aspecto necesario de la *doctrina de la disuasión*, actualmente imperante. La falta de alternativas serias a ésta nos ha conducido —dice Kissinger— a una «parálisis intelectual» que los historiadores del futuro no podrán explicarse sin dificultad ya que la discusión tiene una dimensión «psicológico-esotérica» que se manifiesta precisamente en el lenguaje aterrizante.

En el lenguaje de la disuasión no hace falta que las palabras que se empleen respondan a hechos reales o posibles; lo importante es que tales palabras sean capaces de inspirar terror. Está acertado Kissinger al afirmar que el «lenguaje apocalíptico» es una parte esencial de la estrategia de disuasión.

Convendrá, pues, revisar y dejar reducido a sus verdaderos términos el nuevo tipo de guerra que ahora se presenta como posible. La denominación más adecuada para el mismo puede ser la de «*guerra en el espacio*» que no tiene el carácter tremebundo de las anteriores. Pero habrá también que fijar su sentido con alguna precisión. ¿Qué entendemos por «guerra en el espacio»? ¿A qué «espacio» nos referimos con esta expresión?

Aunque la cosa es sumamente compleja, puede afirmarse obviamente que el hecho más característico de la guerra en el espacio es la ampliación del «espacio bélico» a la atmósfera exterior y al ámbito sublunar.

Notemos que este fenómeno de la extensión del espacio bélico ha venido produciéndose en todos los tiempos, a medida que avanzaban la técnica y la civilización humanas.

El mar no perteneció al espacio de la guerra hasta que se inventaron las grandes armadas, cosa que ya había ocurrido en la época de las guerras médicas y, probablemente, varios siglos antes. A partir de ese momento hubo que empezar a hablar de la «*guerra por tierra y mar*».

Pero la invención del avión militar hizo que la atmósfera —al menos la baja atmósfera— se incorporase a su vez al espacio bélico. Se habló, pues, de la «*guerra por tierra, mar y aire*». Más aún, la aparición de los sumergibles dio lugar a que las aguas submarinas fuesen también incluidas, sin género alguno de duda, en el escenario de la guerra.

Hagamos también notar que hasta el siglo XX no había habido verdaderas guerras mundiales o planetarias. Las guerras del 14 y del 39 sí lo fueron en buena medida: desde el fondo de los mares hasta la troposfera, el planeta entero fue un auténtico escenario de guerra.

En el momento actual, el hecho de que los misiles intercontinentales estén volando ya por encima de la estratosfera, nos obliga a reconocer que el escenario de una guerra posible debe ser ampliado a la atmósfera exterior o ionosfera, e incluso hasta niveles de orden de los ciento cincuenta mil kilómetros, sin que en esto haya exageración alguna. Una batalla entre misiles en esa zona sublunar es perfectamente concebible en el estado actual de cosas y podría tener lugar en el contexto de una guerra entre las dos superpotencias que estallase en este momento.

A partir de ahora podrá, pues, hablarse con cierta verosimilitud de «*guerra en tierra, mar, aire... y espacio*».

Actualmente se especula mucho sobre una presunta «*militarización del espacio*», pero nadie sabe en realidad lo que esta expresión quiere decir exactamente. ¿En qué va a consistir esa pretendida militarización? Y, por otra parte, ¿qué derecho tiene ningún estado para realizar un acto de esta naturaleza y para invadir el «espacio» sin el consentimiento de los demás?

La militarización del espacio y la guerra en el espacio, si es que alguna vez llegan a producirse, no deberían escapar al ámbito del Derecho y de lo que llamamos la «civilización».

Ahora bien, no existe todavía una definición estrictamente jurídica del «espacio». Desde el punto de vista del Derecho internacional, ¿qué es el espacio? ¿Dónde comienza y hasta dónde llega? Habrá algún día que establecer una frontera jurídica entre el «aire» y el «espacio» e incluso entre los distintos espacios «ionosférico», «sublunar», «lunar» y «planetario».

A partir de 1957, es decir, del lanzamiento del Sputnik, los Estados y la Organización de las Naciones Unidas, se han preocupado del «espacio» en acuerdos y decisiones de desigual valor coercitivo⁹.

El 14 de noviembre del citado año la ONU votó una resolución recomendando un sistema de inspección del «espacio» para evitar que el lanzamiento de satélites desbordase el campo puramente científico y pacífico.

En una nueva resolución, adoptada cuatro años más tarde, la Organización de Naciones Unidas planteó tres principios sobre el espacio extra-atmosférico: el Derecho internacional y la Carta de las Naciones Unidas tienen aplicación fuera de la atmósfera; ese dominio puede ser libremente explorado y explotado pero —tercer principio— no puede ser objeto de apropiación por parte de ningún Estado.

Mucho más minucioso que esta resolución y, sobre todo, con auténtico valor obligante, es el Tratado del 27 de enero de 1967, el cual había sido ya firmado por 91 estados a fines de 1963. En las cláusulas de este tratado se garantiza «la libre exploración y utilización del espacio atmosférico, de la Luna y de los demás cuerpos celestes», si bien se establece que éstos «no pueden ser objeto de apropiación, por proclamación de soberanía, por vía de ocupación o de utilización o por cualquier otro medio».

El tratado del 67 prohíbe la instalación en el «espacio» de armas nucleares o de cualquier otro tipo de destrucción y el establecimiento de ningún tipo de instalaciones militares sobre los «cuerpos celestes». Los estados adheridos a este tratado se comprometen a prestar ayuda a todo astronauta en situación difícil y a devolver prontamente a su país a cualquiera de esos exploradores del espacio que se hayan visto en la necesidad de efectuar un aterrizaje forzoso en algunos de los citados estados.

Finalmente, el tratado afirma la responsabilidad internacional de cualquier estado que efectúe un lanzamiento espacial o ayude a otro a realizarlo, en lo que se refiere a los daños que el objeto lanzado pueda causar a otro estado o a personas físicas y morales representadas por éste.

Según la referencia que acabamos de citar, posteriormente al tratado del 67 y como consecuencia del mismo, se han firmado otros varios acuerdos importantes sobre el retorno y salvamento de astronautas (1968), la responsabilidad por daños causados por objetos espaciales (1972) y la matriculación obligatoria de todo objeto lanzado al espacio (1975).

El Tratado SALT de 1972 prohíbe expresamente la instalación de armas anti-misiles en el espacio.

Ahora bien: ¿respetarán las dos superpotencias estos acuerdos? ¿Podrá ser frenado por medio de ellos la militarización del espacio? He aquí algo que parece más dudoso, por diversas razones y, en especial, por el hecho de que existe una evidente ambigüedad, en lo que a actividades espaciales se refiere, entre las investigaciones puramente científicas y las que apuntan directamente a la utilización bélica del espacio exterior.

Resulta difícilmente creíble que las Administraciones soviéticas y norteamericanas realicen gastos tan grandes como los que la investigación espacial origina, si no es a causa del interés militar de la misma. Extender la guerra al espacio es, sin duda alguna, el objetivo prioritario que ambos estados mayores persiguen, aunque no se más que como hipótesis estratégica para el futuro.

Debemos interrogarnos, sin embargo, sobre la efectividad de la pretendida militarización del espacio. ¿Qué hay de cierto en todo ello? El montaje de plataformas, satélites «matadores» de misiles, naves espaciales, aviones orbitales, etc., ¿puede tener una utilidad militar efectiva?

De toda la «maquinaria» espacial, las *plataformas permanentes* son, sin duda, el proyecto que más impresiona a la opinión pública y, por tanto, el más rentable desde el punto de vista propagandístico. La idea de que estas plataformas puedan convertirse en un futuro próximo en bases militares o verdaderos castillos volantes, desde los cuales las poblaciones terrestres podrían ser bombardeadas a mansalva, obsesiona en este momento a millones de personas.

Tras haber fracasado en su apuesta con los americanos sobre el viaje a la Luna, los soviéticos renunciaron —al menos por el momento— al proyecto de viaje espacial y los sustituyeron por otro, no menos ambicioso que el anterior: la orbitalización de grandes plataformas orbitales a una altura de varios cientos de kilómetros, que pudieran estar en permanente comunicación con la Tierra.

La primera experiencia de este género fue realizada por los rusos en 1971 y consistió en el lanzamiento de la plataforma Saliut, la cual ha ido perfeccionándose a través de nuevas generaciones hasta llegar a las Saliut 6 y 7, puestas en órbita en los años 77 y 82 respectivamente.

La idea central de este proyecto consiste en que la plataforma permanezca inmóvil, es decir, en «órbita geosincronizada» —girando alrededor de la Tierra al mismo tiempo que ésta— pero manteniéndose su comunicación con la superficie terrestre por medio de dos navecillas, en constantes viajes de ida y vuelta, destinada una de ellas al transporte de viajeros y la otra al aprovisionamiento de víveres y materiales. Esto es lo que se ha llamado el «*transbordador espacial*».

La plataforma comporta, pues, todo un sistema complicado, en el que los soviéticos parecen haber llegado ya a excelentes resultados. A la primera asociación Saliut-Soiuz, dotada de una sola nave auxiliar, la Soiuz, se agregó en 1977 una segunda nave, la Progress, formando así el complejo Saliut-Soiuz-Progress.

El acoplamiento, en pleno vuelo, de unas navecillas con otras, o de las mismas con la propia plataforma, ha debido de plantear serios problemas, pero parece estar ya plenamente resuelto.

En 1983 empieza a utilizarse una nueva nave auxiliar, la Cosmos-1443, de dos compartimentos, de la que los soviéticos se muestran, al parecer, muy orgullosos. También se han producido sucesivas generaciones de Soiuz, que alcanzan actualmente la Soiuz-10.

En un principio, los viajes fueron realizados por dos cosmonautas, pero este número se ha ido ampliando hasta la cifra de seis, que es el record de permanencia simultánea de tripulantes sobre la plataforma. El número de «visitantes» y de tripulaciones rotatorias es mucho mayor: once tripulaciones internacionales, por lo menos, han pasado por la Saliut, efectuando, sin mayor novedad, los viajes de ida y vuelta desde la Tierra.

La URSS ha experimentado especialmente las permanencias espaciales de larga duración. El record correspondiente lo tienen los soviéticos Berezovoi y Lebedev, con una estancia de 211 días sobre la plataforma.

Los americanos empezaron a interesarse en este género de proyectos en 1970. Comenzaron entonces a planear la construcción de la nave de enlace para el transbordador, que era la pieza esencial del proyecto y que ofrecía más dificultades que la propia plataforma habitable. Fabricar ésta y situarla en órbita era, en efecto, más sencillo que poner en acción un vehículo capaz de efectuar viajes de ida y retorno de modo continuado, como si se tratase de un medio banal de transporte. La decisión definitiva de construirla fue adoptada por la Administración americana en 1972 y su primer viaje tardó casi diez años en realizarse.

Dada su misión, la nueva navecilla fue designada con el nombre de *Shuttle* (lanzadera) siendo su denominación completa la de la sigla SSTS («Space Shuttle Transportation System»). Se trata de un vehículo muy manejable y muy dotado, capaz de transportar hasta siete viajeros del espacio en recorridos de ida y retorno a la plataforma.

La plataforma o estación orbital americana *Skylab* fue puesta en funcionamiento en 1973, dos años más tarde que la primera plataforma rusa, *Saliut*. Era más grande que ésta y estaba concebida de diferente manera, ya que los fines inmediatos que perseguían los americanos en estas primeras experiencias de plataforma espacial eran distintos que las de los soviéticos. Estos insistían, sobre todo, en someter a prueba la posibilidad de permanencias de larga duración del hombre en el espacio, es decir, las condiciones biológicas y médicas de habitabilidad de ésta para la especie humana. Los americanos, por el contrario, se han interesado más en la realización de experimentos científicos de todo tipo que los astronautas deben llevar a cabo durante su estancia en la plataforma.

El par *Skylab-Shuttle* es, pues, simétrico u homólogo del *Saliut-Soiuz*. La concepción de base de ambas experiencias es la misma.

El 25 de enero de 1984, en su discurso sobre el estado de la Unión, el presidente Reagan anunció la decisión de construir y poner en órbita una nueva plataforma espacial. La novedad importante de esta nueva estación orbital consistía en que la misma estará acondicionada para

albergar a una *tripulación permanente*, a diferencia de la experiencia rusa que se ha limitado a la realización de estancias pasajeras, de seis meses como máximo.

La idea de esta estación orbital permanente, que costará nueve mil millones de dólares a la Administración americana, fue muy discutida en aquel momento. ¿Qué utilidad puede tener el hacer vivir a un hombre en el espacio?, se dijo. Una vez experimentadas las condiciones biológicas de la ingravidez, la presencia continuada de seres humanos en la estación orbital no servirá apenas para nada. Los experimentos que ellos puedan hacer y las observaciones que realicen desde la plataforma las llevarían a cabo de modo mucho más perfecto y seguro unos robots diseñados al efecto. La presencia del hombre deberá ser, incluso, evitada en las futuras «fábricas espaciales» ya que, según algunos, los menores movimientos del mismo pueden introducir aceleraciones que alteren en muchos casos el proceso intentado.

Parece ser que al proyectar estas espectaculares actividades los rusos, al igual que los americanos buscan, sobre todo, el efecto político. Es evidente que entre todas las realizaciones espaciales los viajes astronáuticos y la instalación de hombres en el espacio son las que mayor impresión causan en la opinión pública de todo el mundo, incluso en la de la Unión Soviética, cuya superioridad científico-técnica sobre el resto de la Humanidad es una de las claves de la ideología rusa actual. Y algo parecido puede decirse de la América de Ronald Reagan.

La razón de prestigio es, sin duda, la que más cuenta para que se siga llevando adelante este género de proyectos cuyo futuro parece más que problemático.

En cuanto a la utilidad militar de las plataformas espaciales, es algo que no tardará mucho en ser desmentido, si no lo ha sido ya en suficiente medida. La fragilidad y vulnerabilidad de las plataformas es conocida y, en caso de guerra espacial, las mismas tendrían que ser rápidamente retiradas por constituir un blanco demasiado fácil para el enemigo. Estos sistemas distan mucho de poder constituir un arma viable y, en algún aspecto, recuerdan a los grandullones e impotentes «zepelines» de principios de siglo, desaparecidos ya tras su fracaso en la guerra del 14.

Otra cosa ocurre con los satélites artificiales, la mayor parte de los cuales tienen una finalidad y una utilidad técnicas bien definidas.

Más de tres mil satélites giran en este momento alrededor de nuestro planeta, el 75% de ellos dedicados a actividades de carácter militar o pre-militar, si bien la ambigüedad y la confusión existente entre los dos campos de investigación, pacífico y bélico, hacen casi imposible esta distinción en la mayor parte de los casos.

Determinados tipos de satélites —como los dedicados a la comunicación, el enlace radiofónico y televisivo a grandes distancias, las observaciones geodésicas y astrofísicas, la meteorología, etcétera— tienen predominantemente una utilidad práctica o científica; pero esto no excluye la posibilidad de que los mismos presten también servicios de aplicación militar inmediata.

Entre los satélites propiamente militares, hay que destacar los de observación y reconocimiento, «satélites espías»; los satélites armados o que pueden estarlo a corto plazo, como los antimisiles, e incluso, dentro de poco, quizás, los satélites antisatélites. Son los satélites «anti-fuerzas» o «anti-armas» los que podrían servir de excusa para provocar —¿quién sabe cuándo?— una guerra en el espacio.

Entre toda esa fauna bélica espacial, los únicos ejemplares que tienen plena realidad, y que están actuando ya de modo efectivo, son los satélites de reconocimiento y los de «alerta avanzada», capaces de informar a sus correspondientes mandos de los más ligeros movimientos del posible adversario.

Del enorme poder captador de estos satélites espías hemos dicho ya algo al referirnos a las armas de alta tecnología. Hay que hacer notar, sin embargo, que este género de actividad es fundamentalmente *estabilizador*. El hecho de que ambos oponentes puedan estar al tanto de los más leves «ruidos» del presunto enemigo impide que la guerra pueda estallar por sorpresa

y asegura la posibilidad de tomar medidas para hacer frente a toda situación peligrosa que se presente.

Pero a pesar del espionaje de alta tecnología, seguirán existiendo secretos. Y la existencia de secretos en determinados campos podrá ser, por sí misma, una invitación al primer golpe.

Mientras la desconfianza no desaparezca —y esto es prácticamente imposible por ahora— no existe otro medio para impedir la guerra que el terror de la guerra.

El progreso de las armas nucleares ha llevado este terror hasta sus más altas cotas conocidas. Es el terror lo que nos ha protegido hasta ahora y lo que nos sigue protegiendo.

Esto o significa, en modo alguno, una apología de la disuasión, sino todo lo contrario: la necesidad absoluta de buscar una alternativa inteligente a ésta.

¿Son quizás las armas posnucleares, los medios de alta tecnología y los satélites estabilizadores el medio más adecuado para realizar esta alternativa? Nuestra opinión no puede menos de ser pesimista. Si, como hemos visto, las armas nucleares no han cesado de progresar hasta ahora, este hecho no se ha producido como consecuencia de una motivación racional, sino como resultado de la convergencia de una serie de fatalidades de diversos tipos, a la que Thompson ha aplicado la denominación —generalmente mal entendida— de *exterminismo*.

Al parecer no son las técnicas las que nos pueden dar una solución de estos problemas.

IV. La situación actual

1. *Bipolarización y bipolarismo*

Aunque los hombres de hoy no tengamos aún plena conciencia de ello, la invención del arma atómica es uno de esos acontecimientos que jalonan la Historia y marcan sus etapas más importantes. Así, el hundimiento del Imperio Romano, la invención de la imprenta, el descubrimiento de América, la primera máquina de vapor, etc., son hechos de transcendencia secular, que se han prolongado y amplificado a través de los siglos.

No parece demasiado aventurado el afirmar que los historiadores futuros tendrán que hablar de la bomba de Hiroshima como uno de estos hechos decisivos que determinan la aparición de las nuevas épocas. En el año 2500 se verá, quizás, con más claridad que ahora el peso que la invención del arma nuclear ha tenido en la historia de la Humanidad.

En los anteriores capítulos hemos tratado de presentar, desde este punto de vista, la historia de los últimos cuarenta años: la situación de «no guerra» nuclear, es decir, ese estado de permanente inseguridad en el que la bomba atómica no ha sido nunca utilizada como arma de guerra y, sin embargo, no ha dejado de estar presente en el escenario de la política mundial; las incesantes e infecundas negociaciones diplomáticas para tratar de «enjaular al monstruo» y los asombrosos avances realizados por éste —es decir por el arma nuclear— en su propia realidad técnica y estratégica.

Puestos ahora a examinar la situación del mundo tras estos cuarenta años de incubación armamentística, nos encontramos con que todo sigue influido por el *factor nuclear* y, junto a éste, por un *factor ideológico* extremadamente agudizado.

El hecho básico que se produce, como resultado de ambos componentes, es la división del mundo en dos bloques más o menos dirigidos o dominados por las dos superpotencias nucleares, que es lo que aquí llamamos *bipolarización*.

Notemos que los dos factores que acabamos de mencionar —el *ideológico* y el *nuclear*— no son enteramente independientes entre sí. Al contrario, ambos se complementan y se refuerzan mutuamente.

En efecto, la división del mundo en dos bloques ideológicos no tendría la importancia que tiene si ambos no estuviesen dotados de armas nucleares en incesante progreso. Y, recíprocamente, este progreso no tendría lugar si no fuese impulsado por la exigencia ideológica de dominio de cada bloque sobre el bloque contrario. En resumen: la espiral nuclear-armamentista viene, en gran parte, de los imperativos ideológicos y éstos se refuerzan, a su vez, por la posesión del poder nuclear.

Pero existe, además, otro factor que no puede ser olvidado: el llamado *tercer mundo*, conjunto de naciones pobres o insuficientemente desarrolladas que se debaten con enormes problemas y tratan de buscar sus aliados —y sus armas!¹⁰— según las posibilidades que se les ofrezcan en cada circunstancia.

La interferencia del frente Norte-Sur con el frente Este-Oeste es un hecho permanente que gravita de modo notable sobre la situación actual de la Humanidad.

Ahora bien, conviene establecer una clara distinción entre la *bipolarización* y un segundo concepto que es el que aquí llamamos *bipolarismo* y que muy a menudo se confunde con el anterior.

La bipolarización es un *hecho* —sumamente perjudicial, por cierto, para la Humanidad actual—. El bipolarismo, en cambio, es un «*ismo*», es decir, una *ideología*: la ideología de la lucha de bloque contra bloque que hace consistir la solución en la victoria de un bloque —el propio—, sobre el otro —el bloque contrario.

La *ideología bipolarista* es la exaltación de la lucha de bloque mantenida por los que propugnan el reforzamiento de su propio bloque y la destrucción del bloque enemigo.

Evidentemente, existen dos tipos antagónicos de bipolarismo: el de los que pretenden la definitiva victoria de Occidente sobre la «barbarie soviética», y el de los que parten de la idea del triunfo del campo socialista sobre el «imperialismo capitalista».

Como indica Edward P. Thompson, en ambos casos se parte de una premisa falsa: el *antagonismo de bloques* considerado —sin un previo y riguroso análisis— como algo absolutamente inevitable.

«Se acepta, pues, una visión maniquea del mundo y el resto como políticamente nulo». Pero esta visión es absolutamente inaceptable porque —como afirma el propio Thompson— «la disolución de los bloques no podrá nunca producirse en términos de victoria del uno sobre el otro»¹¹.

Para el campo soviético, la ideología bipolarista juega, sin duda, un papel esencial. A ella se debe «la dicotomía fundamental que conduce a los dirigentes del Kremlin a dividir al mundo en dos campos, en principio irreconciliables: ellos y nosotros», según lo explica Michel Tatu en un reciente libro que lleva precisamente este título: «Eux et nous».

Una afirmación análoga puede hacerse, evidentemente, respecto del bipolarismo occidental, el cual considera necesario destruir el bloque comunista como primera medida para dar solución a los problemas de la Humanidad actual.

Pero, además, todo ello estaba ya implícitamente en la *doctrina Dulles* de 1954, en una época en la que los americanos seguían prácticamente disfrutando del monopolio atómico.

La principal base de esta doctrina se encontraba en la política de «*containement*» o de «*contención del socialismo*». Cualquier avance de éste, en Corea o en cualquier otro lugar del mundo, debía ser reprimido con la mayor energía, incluso por medio de las armas nucleares. Si esto se juzgaba necesario, Rusia y China debían sufrir los efectos de la represalia masiva —léase nuclear.

El «*fosterdullesismo*» del 54 se reproduce hoy, de alguna manera, en el «reaganismo». La misma idea del «*containement*» sigue estando presente, al parecer, en el ánimo de Reagan, cuando se enorgullece afirmando que, bajo su mando, los Estados Unidos «no han cedido una sola pulgada de terreno al comunismo».

«Comparad esta situación con la que teníamos aún hace poco tiempo. Después de 20 años de desmoralización hemos recuperado nuestra estatura. La paz del mundo exige una América fuerte y ésta es la que nosotros estamos haciendo. Nosotros somos partidarios de una postura conciliante; pero los rusos no. Nuestra buena voluntad no ha sido reconocida por ellos. Pero no temáis: lucharemos y, si hace falta para defender nuestros intereses vitales, recurriremos a los medios extremos, aunque no lo haremos de cualquier manera».

En estas y otras frases recogidas de los discursos y las declaraciones públicas de Ronald Reagan, se traduce, en cierto modo, el triunfalismo bipolarista del presidente americano. Recordemos, por citar otro ejemplo más, la desdichada y famosa expresión del «*imperio del mal*» con la que Reagan calificó hace unos años al régimen comunista.

Al parecer, una buena parte del pueblo norteamericano se inclina a este género de planteamientos belicosos, y a una doctrina que, en el fondo, no se aparta mucho de la de la «cruzada anticomunista» del general Franco.

El bipolarismo está, pues, presente a los dos lados, y constituye un gran obstáculo para el desarrollo de una paz dirigida hacia la superación de los bloques.

Incluso en el dominio de la estrategia militar, se proyecta esa misma mentalidad. Tanto americanos como soviéticos parecen soñar, algunas veces, con la posibilidad de un «roll back», un total arrollamiento del adversario en el teatro de guerra europeo, o con un primer golpe desarmante que deje fuera de juego a la superpotencia adversaria.

Algo análogo podría decirse de la política de acorralamiento económico y tecnológico del bloque soviético, ensayada ya alguna vez por los americanos y notablemente intensificada por la Administración Reagan, pese a las apariencias de agilización del comercio con el Este.

Con esta estrategia se trataría de atacar al régimen comunista en lo que parece ser su punto más débil: la organización económica.

Algunos políticos americanos piensan que los rusos no podrán mantener durante mucho tiempo los enormes gastos que origina el armamentismo, sobre todo en sus formas actuales de alta tecnología. Los soviéticos no podrán competir con el poderío técnico y económico de los EE.UU. y, si se les aplica una política de aislamiento en determinados campos esenciales para el desarrollo tecnológico, irán a parar al caos. Esta será la mejor manera —dicen— y la manera más natural de acabar con el comunismo.

Ahora bien, todo esto no es sino una forma encubierta de bipolarismo a la que los rusos responden con teorías parecidas sobre la próxima muerte del capitalismo.

En todo caso, resulta difícil de creer que la política de cerco tecnológico contra la URSS pueda ser llevada realmente a la práctica con un mínimo de eficacia.

Así, un estudio de la OCDE publicado por «Le Monde» en julio de 1984, afirma que «una política de embargo completo sobre los intercambios tecnológicos no podría detener los progresos técnicos de los países del Este más que en el caso —inverosímil— de que fuese posible mantener en secreto los progresos de la tecnología occidental».

La reacción soviética podrá consistir en intensificar su espionaje científico y técnico, cosa no muy difícil y que, al parecer, está ocurriendo ya. Recuérdese lo que sucedió en los años cuarenta, cuando los americanos creían que podrían mantener ocultas por largo tiempo sus investigaciones sobre la bomba atómica.

Todo esto no es, en definitiva, más que otra forma de guerra subterránea de la que nada bueno puede esperarse para la pacificación del mundo.

2. *El duopolio ruso-americano*

Al tratar de la crisis del canal de Suez nos hemos referido ya al «duopolio» ruso-americano, como uno de los elementos que contribuyeron en aquel entonces a la solución de la misma.

El duopolio tiene mucho que ver, sin duda, con el hecho de la bipolarización, es decir, de la división del mundo en dos bloques; pero no se confunde necesariamente con él.

La historia ha conocido ya situaciones de enfrentamiento entre dos grandes potencias o alianzas —generalmente una de carácter marítimo y otra de carácter continental¹²— que trataban de repartirse el mundo.

La tentación de aplicar este esquema a la situación actual, viendo a los Estados Unidos como una potencia marítima y a la URSS como una potencia continental, es demasiado grave para que podamos dejarla totalmente de lado.

Sin embargo, esta situación es completamente distinta a las del pasado, ya que el factor nuclear introduce una total novedad en la misma.

Refiriéndonos exclusivamente a este último factor, podríamos decir que el duopolio va estrechamente unido a la existencia del arma nuclear. Sin ésta, el reparto del poder mundial entre los dos colosos se habría producido también de alguna manera, pero no hubiese tenido la enorme importancia que tiene ahora.

Es la posesión de armas nucleares *estratégicas* lo que sustenta el concepto actual de «superpotencia». Sólo la URSS y los EE.UU. poseen tales armas y esto determina su superioridad sobre todos los demás estados.

La «force de frappe» francesa es también una fuerza nuclear, pero, fundamentalmente, reservada al teatro europeo —submarinos aparte— y que sólo podría servir en el caso de una guerra limitada al continente.

Las armas nucleares estratégicas permiten, en cambio, el enfrentamiento de continente a continente. No solamente su poder destructivo es mucho mayor que el de las armas tácticas, sino que su alcance les permite llegar al hemisferio antípoda del lugar de su lanzamiento.

El factor ideológico no es menos importante que el factor nuclear, que acabamos de mencionar, en la génesis del duopolio.

Los Estados Unidos y la URSS son las cabezas visibles de las dos ideologías enfrentadas. Es un hecho evidente que Rusia quiere hacer la revolución mundial. Esta pretensión podrá, quizás, admitir retrasos o dilaciones circunstanciales, pero no cabe duda de que pertenece a la esencia misma del régimen soviético, sin la cual éste no tendría sentido alguno. Resultaría absurdo que un estado como la URSS, creado sobre el patrón mismo de la revolución marxista-leninista, se resignase a aceptar sumisamente la presencia de un estado como USA, que es la hechura y la afirmación viva de la concepción capitalista. Por su parte, los EE.UU. difícilmente pueden admitir el hecho de que un sistema socialista con vocación universal siga eternamente instalado frente a ellos, ejerciendo su presión ideológica sobre el mundo, contra las ideas y los intereses americanos.

La dictadura de los dos presuntos «hermanos mayores» de la Humanidad viene, pues, principalmente explicada por el carácter irreductible de la división ideológica que actualmente atenaza a aquélla.

Notemos, sin embargo, que la mecánica de este asunto es mucho más compleja de lo que pueda parecer a primera vista.

En el interior del duopolio no todo son fuerzas centrífugas. Existen también fuerzas centrípetas, que tienden a aproximar los dos polos del duopolio el uno al otro.

Hay dos cosas, por lo menos, en las que la URSS y los EE.UU. están perfectamente de acuerdo: en la necesidad de evitar el choque nuclear directo entre ellas mismas y en la necesidad de evitar que otros estados traten de inmiscuirse en las atribuciones que el propio duopolio se ha arrogado como dueño bicéfalo del mundo.

Ante problemas como estos, la URSS y los EE.UU. siempre reaccionan conjuntamente.

Por lo que hace al primer problema —el de la guerra nuclear— podríamos recurrir por un momento a la teoría matemática de la decisión. También aquí hay una «matriz de juego». Esta no es sino un rectángulo en uno de cuyos lados escribiríamos, punto por punto, todas las posiciones (a_1, a_2, a_3, \dots), que, ante una determinada circunstancia, pueden tomar —por ejemplo—, los EE.UU. En el lado contiguo del rectángulo se anotarían análogamente las posiciones posibles de los soviéticos (b_1, b_2, b_3, \dots) concebidas, claro está, con entera independencia de las de los americanos, ya que cada parte ignora lo que va a hacer la contraria.

Después, por cada uno de los puntos citados trazaríamos rectas paralelas a los lados del rectángulo y rellenaríamos el interior de éste de la siguiente manera: en el punto de encuentro de la recta que parte del punto « a_i », con la que lo hace del punto « b_j », deberá escribirse el resultado previsible « c_{ij} » de dichas acciones. Es decir, que, si los americanos hacen « a_i » y los soviéticos « b_j », lo que previsiblemente va a pasar es « c_{ij} ».

Ahora bien, cuando « c_{ij} » es precisamente la casilla «*apocalipsis*», la cosa es absolutamente inaceptable, tanto para una de las superpotencias como para la otra. ¿Cómo deberán proceder éstas para evitarlo? El asunto no tiene ninguna dificultad teórica: los americanos no tomarán la posición « a_i » y, de esta manera, *hagan lo que hagan los soviéticos*, no habrá «apocalipsis». De modo análogo, los soviéticos no adoptarán la postura « b_j » y de esta suerte, *hagan lo que hagan los americanos*, la catástrofe no llegará a producirse.

Habría, pues, una especie de acuerdo tácito entre los estados componentes del duopolio: ninguno de ellos dará el *penúltimo* paso y, de este modo, no podrá tampoco darse el *último*, es decir, el definitivo salto a la catástrofe.

Pero ¿qué garantías de seguridad ofrece esta argumentación abstracta?

Aun dando por supuesto que la misma fuese válida en su interpretación lógica —cosa evidentemente muy discutible—, todo dependería del instinto de conservación de cada una de las dos superpotencias. Bastaría que los dirigentes de una de ellas perdiesen la razón, arrastrados por cualquier género de fanatismo, o que cometiesen un error de cálculo sobre el estado del «tablero», para que la otra parte se viese a su vez conducida a posturas irracionales de consecuencias absolutamente imprevisibles.

De esta manera, la suerte de la Humanidad se halla en manos del duopolio, sin que las demás naciones puedan hacer nada para librarse del eventual «apocalipsis» que se les echa encima.

Desgraciadamente, lo que está ocurriendo ahora es, por completo, opuesto a un orden internacional democrático. Las decisiones del duopolio resultan inapelables. Ambas superpotencias las imponen en razón de su poder nuclear y no cabe recurso alguno contra ellas, ni ante la ONU ni ante ninguna otra organización de justicia supranacional.

El mundo puede verse arrastrado así a una hecatombe sin precedentes contra la voluntad de los pueblos. Esta situación ha dado lugar a una protesta del Secretario General de las Naciones Unidas, en un discurso pronunciado ante la Asamblea General de las mismas, en diciembre de 1984, en el que criticó duramente la facultad que los EE.UU. y la URSS se han arrogado de decidir el futuro de la Humanidad.

«Actualmente —dijo Pérez de Cuéllar— nadie puede escapar a las consecuencias catastróficas de una guerra nuclear sobre la frágil estructura de nuestro planeta». En consecuencia, la responsabilidad ante este peligro universal no debería recaer exclusivamente sobre las poblaciones de las dos superpotencias, «sino sobre todos los países del mundo, sobre todos nosotros».

Este planteamiento nos remite al segundo problema de los dos aludidos anteriormente: la alianza fáctica entre americanos y soviéticos para evitar que las demás naciones pretendan entrometerse en sus acuerdos para el manejo y control de las armas nucleares.

En este punto, EE.UU. y URSS no son en modo alguno oponentes, sino aliados, perfectos aliados, contra las otras grandes potencias «menores». Este hecho ha quedado patente en muchas ocasiones y ahora mismo lo vemos en las conversaciones de Ginebra, donde se sigue negando participación a los demás estados, incluso en asuntos en que éstos se hallan vitalmente interesados.

La posibilidad de una guerra nuclear en el teatro europeo —aunque sólo fuese con armas tácticas— depende por completo de los acuerdos que se adopten en las sesiones que ahora se trata de reanudar en la ciudad del lago Lemán. Pero ni Alemania, ni Francia, ni la Gran Bretaña, ni los demás estados europeos —todos los cuales se verían tremendamente afectados por dicha guerra— están presentes en estas sesiones y su suerte se decide al margen de sus propias voluntades e intereses.

Aunque los principales aliados europeos de los EE.UU. son informados o consultados de cuando en cuando por los americanos, dichos países quedan al margen de decisiones que pueden comprometer radicalmente el porvenir de toda Europa. Nada digamos de los países del Pacto de Varsovia, cuya suerte se está jugando desde hace mucho tiempo fuera de su propio ámbito y en función de criterios ajenos a sus propias aspiraciones.

No faltan, sin embargo, quienes ensalzan las ventajas del «duopolio». La extensión del poder de decisión a otros estados, en lo que concierne al arma nuclear, sería mucho más peligrosa —dicen— que su concentración en manos de las dos potencias poseedoras de armas nucleares estratégicas. La experiencia ha demostrado que, en diferentes ocasiones, el diálogo directo entre las dos superpotencias ha sido mucho más eficaz para evitar el estallido que cualquier otro género de asambleas internacionales. Las reuniones ordinarias y extraordinarias de las Naciones Unidas han probado, en cambio, la ineficacia de las negociaciones abiertas y generalizadas.

Es cierto que la presencia del arma nuclear ha modificado esencialmente el panorama geoestratégico y que, en los nuevos supuestos, de nada serviría la contribución del «coro de las naciones» si las dos potencias super-armadas no se pusiesen directamente de acuerdo.

Pero la Humanidad actual no puede resignarse a aceptar este estado de cosas como válido y definitivo. Si los pueblos han de ser efectivamente libres, si ha de reinar una paz aceptable en el mundo, es necesario que en el futuro exista un ente supranacional, cuyo poder se halle por encima del de las dos superpotencias.

Esto será largo y difícil. Pero, mientras no se consiga algo de este género, la situación mundial seguirá siendo extremadamente precaria y expuesta a las mayores catástrofes.

3. La situación de Europa

Dentro de la actual situación del mundo, cargada de amenazas y de tensiones, Europa se encuentra en una posición particularmente incómoda y peligrosa.

El reparto de Yalta ha pesado enormemente sobre su destino. La vivisección que Europa ha padecido como consecuencia del mismo es, quizás, la causa principal de su dificultad para «seguir siendo».

La división del mundo en dos bloques, no sólo ha colocado a unas naciones contra otras, sino que ha introducido la guerra dentro de las naciones mismas. Algunas de ellas, no sólo han sido despedazadas, sino que sobre las mismas se han constituido estados artificiales, políticamente incompletos y condenados a una permanente guerra fría.

Alemania, por ejemplo —como Corea— no sólo ha sido partida en dos pedazos, sino que sobre ella se han constituido estados ideológicamente enfrentados, condenados a una permanente guerra fría.

Actualmente, casi todo el mundo acepta la división de Europa en dos Europas, como si se tratase de un hecho normal, cuando en realidad esta situación es enteramente anormal y sólo podría tener explicación dentro de una economía de guerra.

La Segunda Guerra mundial se halla aún presente en Europa, como se ha visto últimamente con motivo de la visita de Reagan en el cuarenta aniversario de la capitulación alemana. Aunque las ciudades hayan sido reconstruidas y las sociedades hayan recobrado su ritmo, la guerra sigue estando viva en Europa. No ha terminado aún, precisamente porque no puede acabar de esta manera, con una Europa separada de la otra.

Por otra parte, Europa sigue siendo hoy en día el teatro de guerra más probable en el caso de que las dos superpotencias se decidan a enfrentarse.

La estrategia americana de alejar la guerra de su propio territorio y la estrategia soviética de buscar en Europa un campo de acción contiguo —el más apropiado para sus ejércitos convencionales, y para la aplicación de su presión ideológica frente a una Europa dividida y vacilante— hacen también de ésta una zona de guerra probable, particularmente señalada dentro del actual horizonte histórico.

La amenaza soviética no es una fantasía o una invención de la propaganda. Aunque no tenga una realidad militar —cosa que algunos dudan, dada la gran cantidad de medios bélicos acumulada por los rusos en los países del Este—, esa amenaza está funcionando ya de un modo efectivo en el plano psicológico, puesto que gravita tremendamente sobre el espíritu de millones de europeos, especialmente de los que habitan en países fronterizos con los del Pacto de Varsovia.

Más que por un ataque militar inminente, Europa se siente amenazada por la presión ideológica de la URSS, ya que ésta choca frontalmente con el modelo político y social de las naciones occidentales. El modo de vivir que la generalidad de los europeos amamos y deseamos mantener está en contradicción con el de la Rusia soviética.

Es cierto que la influencia de los partidos occidentales prosoviéticos ha descendido notablemente en Europa. Pero nadie dice que no puedan renacer en un momento dado ante una presión rusa adecuada.

La opinión de muchos europeos, no necesariamente antisoviéticos, es que, si América no estuviese presente en el continente europeo, la presión ideológica de la URSS sobre Europa arrearía, y la pretensión de una «victoria sin guerra», tan querida de los estrategas rusos, adquiriría unas posibilidades de realización mucho mayores que las actuales.

Por múltiples razones, la situación de la Europa occidental en este momento es extraordinariamente compleja. Será preciso examinarla desde distintos puntos de vista para poder poner de manifiesto el carácter eminentemente contradictorio de la misma.

4. La amenaza soviética

Al plantearse el problema de la defensa europea se da tácitamente por supuesto que existe una amenaza rusa contra Europa occidental y que, por tanto, ésta debe hallarse militarmente preparada para resistir en cualquier momento una invasión procedente del Este.

La posición oficial soviética al respecto es bien conocida: la URSS no tiene ni ha tenido el menor propósito de invadir militarmente el resto del continente. Las fronteras están ya establecidas, al amparo del acuerdo de Yalta, y Rusia desea mantener como garantía de paz en Europa y en el mundo.

Toda la propaganda rusa gira en torno a esta idea, la cual es presentada bajo muchas formas diferentes, aunque repitiéndose siempre el argumento de fondo: no existe tal amenaza soviética.

Así, por ejemplo, Vadim Zagladin, uno de los responsables de la Sección de Asuntos Exteriores del PCUS, escribía en agosto de 1984 en «El País»: «En Occidente se habla de la amenaza soviética, del peligro de una agresión soviética. Debo decir francamente que no hay ni habrá nunca semejante peligro. Lo único que desea nuestro país es un desarrollo pacífico y normal de las relaciones entre todos los pueblos y entre todos los países en el espíritu de respeto mutuo de soberanía e independencia de cada pueblo y de cada país. Nos congratulamos de que un apreciable número de prestigiosos políticos y fuerzas políticas en Occidente rechacen la tesis de la amenaza soviética y muestren su desacuerdo con ella».

Otra relevante figura de la intelectualidad soviética, el profesor Guenrij Trofimenko, explicaba en el mismo periódico, el 5 de junio de 1984, que los EE.UU. están interesados en mantener el mito de la amenaza rusa, con el fin de justificar la presencia de sus fuerzas en el continente europeo, la cual forma parte de sus planes estratégicos contra la URSS.

«Los Estados Unidos —dice Trofimenko— siguen empeñados en hacerse pasar por el defensor del viejo continente. Para mantener el mito de la *garantía nuclear* norteamericana, Washington no se cansa de intimidar a los habitantes de Europa Occidental con la *amenaza soviética*. Y es comprensible, pues si no hay tal amenaza, no se necesita garantía ni tampoco la presencia americana en Europa».

En España, la cuestión de la presunta amenaza soviética es objeto de vivas discusiones entre los partidarios y los enemigos de la participación del Estado español en la OTAN. Estas discusiones son puramente ideológicas y no tienen evidentemente ningún carácter técnico. La izquierda anti-otanista niega más o menos tajantemente la realidad de la amenaza soviética, mientras que la derecha la da en todo momento por probada.

Entre los primeros, convendrá citar la opinión de Mariano Aguirre y otros confirmantes que, con motivo de la polémica suscitada en junio de 1984 por el famoso artículo de Fernando Claudín y Ludolfo Paramio, escribían lo siguiente: «Dado que en dos párrafos Claudín y Paramio establecen como única verdad que la amenaza soviética existe, nos permitimos ponerlo en duda y sugerir a los interesados recaben mayor información sobre el tema. A Moscú le interesa más vender gas a Europa Occidental que invadirla para imponer un modelo que funciona bastante mal dentro de sus propias fronteras. Un estudio realizado por el Centro de Información para la Defensa de Washington... llega a la conclusión de que la URSS no tiene nada que ganar con un ataque militar sobre Europa Occidental... Los soviéticos tienen mucho más que ganar impulsando las relaciones políticas y económicas con sus propios vecinos».

En suma, lo que se les echa en cara a Paramio y Claudín es haber dado por buena la idea de la existencia de la amenaza soviética.

Sin embargo, otros comentaristas matizan mucho más su postura en este asunto.

Así, Fernando Savater: «Los dos intelectuales citados son conscientes de que realmente existe una amenaza en el bloque soviético. Desgraciadamente, los que proclaman tal amenaza suelen ser anticomunistas primarios y proyanquis... fervorosos. Abundan excesivamente, así como también los que acompañan las ideas neutralistas y antimilitaristas, con la obsesión tercermundista de minimizar los peligros de pulmonía que traen los vientos siberianos. Me parece importante argumentar a favor de un no alineamiento militar a partir de la clara conciencia de la amenaza soviética y no pese a ella. Aclaro qué entiendo por tal amenaza para quitar truculencia a la palabreja: no consiste en modo alguno en creer que la URSS tiene como objetivo político primordial la invasión armada de Europa occidental ni cosa por el estilo».

En resumen: amenaza sí, pero no entendida de un modo tan primario y elemental como la entienden algunos.

Por parte de los que, más o menos declaradamente, adoptan la postura pro-americana, no faltan quienes, sin dejar de afirmar el peligro de agresión soviética a Europa, sostienen que el

mismo no debe ser considerado como algo inminente, sino más bien como una posibilidad para un futuro relativamente lejano, pero que forzosamente deberá ser tenida en cuenta siempre que se trate de plantear el sistema de la seguridad europea.

En la reunión de la «Asociación de Periodistas Europeos» en Toledo, en abril 83 (textos publicados por Argos-Vergara), algunos de los participantes se expresaron en este sentido. Así Maurice Bret, general del Ejército del Aire francés, dijo: «Estoy convencido de que, si los rusos tuvieran una razonable certeza de llegar hasta los Pirineos en un plazo no superior a las 48 horas, podrían efectivamente sentirse tentados de lanzarse a una aventura militar, como le ocurrió a Hitler en septiembre de 1939; pero esta eventualidad es poco probable, ya que, si el conflicto se prolongara durante muchos días, cada hora que pasase aumentaría el riesgo de catástrofe nuclear en la cual los rusos saben muy bien que no habría vencedores ni vencidos».

También Joseph Goldblat, miembro del SIPRI de Estocolmo, rechazaba la idea del peligro próximo en los siguientes términos: «Es imposible saber si, en algún momento de la historia de la posguerra mundial, la Unión Soviética tuvo la intención de atacar a Europa occidental, con el objetivo de tomar el poder y colonizarla. sin embargo, si consideramos la deplorable situación económica de la Unión Soviética, sus malas relaciones con China, su guerra de intervención en Afganistán... y los continuos problemas que surgen de la intranquilidad política de los estados socialistas de la Europa oriental... no me parece que la Unión Soviética tenga en sus planes extenderse y adquirir nuevas posesiones territoriales».

En el análisis de la controvertida «amenaza soviética» existe, pues, una gran diversidad de opiniones, la cual obedece, sin duda, a la variedad de posturas ideológicas, al mismo tiempo que a la complejidad y oscuridad de la situación considerada en sí misma.

Hay algo, sin embargo, en este asunto que sí puede afirmarse con algún fundamento: desde un punto de vista geofísico y geoestratégico, Europa es un apéndice territorial —«un petit cap»— de Eurasia. En consecuencia, el gran Estado euroasiático que es la URSS tiene necesariamente que mirar hacia Europa como una de sus primeras zonas de influencia. No puede Rusia desentenderse de ella ni dejarla por tiempo indefinido bajo la influencia norteamericana.

Al fin y al cabo, una especie de Monroe soviético sobre Europa no sería más absurdo que el Monroe americano que los gobernantes de los EE.UU. siguen manteniendo con la misma o mayor firmeza que en 1823. Que Rusia no esté actualmente en condiciones de aplicar una doctrina de este género es cosa evidente; pero esto no impide que las cosas cambien a este respecto en un mañana más o menos próxima.

En realidad, el argumento está siendo empleado ya con cierta frecuencia por algunos neutralistas distinguidos: «¿Qué tienen que hacer aquí los americanos? Europa para los europeos. Que se vayan de una vez y que nos dejen arreglar nuestros asuntos entre nosotros».

Más que una «guerra sin victoria» —como terminaría por serlo, casi indefectiblemente, un ataque militar ruso a la Europa occidental—, la URSS piensa probablemente en una «victoria sin guerra»: una «entrega» europea, resultado de la presión ideológica constantemente mantenida por los soviéticos sobre el occidente europeo.

El mal entendimiento entre los europeos y un cierto abandono de los americanos respecto a Europa —que podría verosímilmente darse en el futuro— serían la causa principal de ese resultado. Los soviéticos contarían, para ello, con la intervención de los partidos comunistas prosoviéticos y de sectores pacifistas que ven en esta posibilidad la mejor manera de evitar la guerra.

Claro está que la presencia de la URSS en Europa occidental tendría que responder, en todo caso, a un modelo muy diferente y mucho más respetuoso que el que actualmente aplican los soviéticos en sus relaciones con los países del Este. Esto es lo que algunos llaman la «finlandización» de Europa, algo que, evidentemente, no puede menos de estar en la mente de

los estrategias soviéticos, pero que, para nosotros los europeos, no tendría otro significado que el del hundimiento definitivo de Europa.

La mayor amenaza soviética contra Europa se encuentra en esto, aunque la presión militar no quede excluida, ya que sirve, entre otras cosas, para reforzar la acción psicológica.

En todo caso, el peligro es doble. Tanto si Europa aceptase una finlandización, como si recurriera a una defensa flexible realizada por los americanos, de acuerdo con sus propios intereses estratégicos en el teatro europeo, Europa sería destruida.

Se puede, pues, y se debe, hablar de una amenaza soviética, porque esta amenaza, con todas las matizaciones que se quiera, es una realidad innegable. Pero también podría hablarse en determinados sentidos —como lo haremos más adelante— de una amenaza americana también real, aunque no simétrica respecto a la anterior.

5. «Recoupage» y desconfianza trasatlántica

En una entrevista concedida por Reagan a un periódico francés en junio de 1984¹³, el presidente americano se expresaba en los siguientes términos: «Es absolutamente imposible que América rompa sus lazos con Europa occidental. Los europeos y los americanos estamos unidos de modo permanente».

Estas declaraciones, y otras muchas del propio Reagan, responden a una postura, que algunos críticos franceses han solido llamar humorísticamente: «recoupage», es decir, «mezcla de vinos».

El presidente Reagan trata de convencernos de la perfecta coincidencia de intereses y de principios ideológicos entre los Estados Unidos y las naciones de Europa Occidental. Se quiere, pues, mezclar los dos viejos vinos, americano y europeo, para componer un nuevo caldo que no es otro sino el famoso «vino occidental».

Esta pretendida alianza natural entre EE.UU. y Europa era considerada como algo evidente e indiscutible al final de la segunda guerra mundial, e incluso diez o quince años más tarde. Pero la confianza de los europeos en los americanos y la de éstos en aquéllos han ido deteriorándose gradualmente en el transcurso del tiempo y, hoy en día, se encuentra en un estado que bien puede ser calificado de incómodo.

Muchos políticos europeos que no tienen nada de prosoviéticos se cuestionan en el momento actual sobre el valor efectivo de ese pretendido «recoupage». Se preguntan, por ejemplo, hasta qué punto los intereses políticos, estratégicos y económicos de los americanos en Europa coinciden con los de los propios europeos.

Es cierto —dicen— que existe una concepción común entre ellos y nosotros, fundada en la práctica de las libertades democráticas y en los derechos básicos de la persona, y que, desde este punto de vista, puede hablarse de una cierta unidad o solidaridad occidental; pero la cosa no está nada clara cuando se intenta aplicar esta idea al terreno práctico: político, militar, tecnológico, etc.

Dejando a un lado las declaraciones platónicas, la cuestión que nosotros nos planteamos en este momento es la siguiente: ¿defenderá EE.UU. a Europa en el caso de que los soviéticos la ataquen? ¿De qué manera lo hará, y hasta qué punto pondrá en juego su propia supervivencia, si ésta llega a estar comprometida como consecuencia de dicha defensa?

Nadie piensa hoy que los EE.UU. vayan a comprometer la seguridad de su propia población, exponiéndola a un ataque nuclear para salvar a Europa de una agresión soviética.

Los EE.UU. estarían, sin duda, dispuestos a mantener una defensa del continente por medio de armas nucleares tácticas; pero es muy poco probable que, por causa de Europa, fuesen a aceptar la gran batalla estratégica con la URSS, en la cual las más importantes ciudades americanas podrían ser arrasadas por los misiles estratégicos soviéticos.

Henry Kissinger se planteó ya esta cuestión en 1957 en su brillante libro «Guerra nuclear y política exterior» y su respuesta fue categórica, afirmando que EE.UU. no arriesgaría su propia supervivencia para salvar a una Europa presuntamente atacada por los rusos.

«Ninguna causa, salvo un ataque directo contra los Estados Unidos —escribe Kissinger—, justificaría el empleo de la fuerza. ¿Quién puede estar seguro de que, colocados ante la catástrofe de una inmediata guerra total, ni siquiera Europa —que fue durante mucho tiempo la clave de nuestra seguridad— mereciese la pena de correr ese riesgo?».

Desde su punto de vista, Kissinger estima que los EE.UU. podrían aceptar, en un momento dado, un enfrentamiento directo con la URSS, lo que significaría el principio del fin. Pero una decisión tan tremenda como ésta sólo podría ser adoptada frente a una situación de enorme peligro para los norteamericanos en la que éstos tuvieran que jugarse el todo por el todo.

En el momento actual —dice Kissinger— «Europa es el principal objetivo estratégico; pero no se sigue de ahí que (los americanos) debamos adoptar para su defensa una estrategia que consuma nuestra propia sustancia nacional. A medida que se conoce mejor la capacidad de destrucción de las armas modernas, parece menos razonable la pretensión de que los Estados Unidos estén dispuestos al suicidio para salvar al continente europeo. ¿Puede alguien creer que, en tal momento, se encontraría un presidente americano dispuesto a 'cambiar' cincuenta ciudades europeas por la Europa del Oeste?».

Para Kissinger la cosa está clara: «Ningún estado puede comprometer la existencia de su propia población para repeler una agresión que no vaya realmente dirigida contra dicha existencia».

Kissinger reconoce que esta postura americana —que él no vacila en plantear con absoluta claridad— no puede menos de producir la desconfianza de los europeos. Estos se hallan convencidos —dice— de que no tienen nada que esperar de una presunta «represalia masiva» de los EE.UU. contra la URSS en el caso de que ésta se decidiese a invadir Europa. Por su parte, los dirigentes soviéticos saben que no tienen nada que temer de esa amenaza, ya que, en caso de invasión, los americanos harían lo posible y lo imposible para que el conflicto quedase limitado al teatro europeo.

Los políticos europeos que muestran actualmente su desconfianza hacia la OTAN, así como a la protección americana en caso de ataque soviético, están, pues, en la realidad de la situación y su actitud no puede ser calificada de desleal.

¿Cómo se puede, pues, pretender en tales condiciones que los intereses estratégicos americanos coincidan plenamente con los europeos, como afirma el presidente Reagan?

Desde el punto de vista militar, a los norteamericanos les interesa Europa como una primera barrera de contención de los ejércitos del Este, una cabeza de puente en el continente, de alto valor estratégico para la defensa occidental. Pero no como el objetivo supremo que hay que defender a toda costa. En cambio, para los europeos, la supervivencia de Europa es, evidentemente, el objetivo esencial. No tiene absolutamente ningún sentido que se les hable de una defensa occidental en la cual Europa podría ser sacrificada y enteramente destruida, como primera avanzadilla de esa presunta defensa de Occidente.

Lo que verdaderamente inspira el pánico de estos dirigentes europeos es la «defensa flexible» del continente realizada por los americanos por medio de armas nucleares tácticas. Sin necesidad de jugarse el todo por el todo, los americanos podrían cumplir sus garantías de defensa de Europa recurriendo a ese tipo de guerra flexible que los europeos temen tanto. En caso de conflicto con los soviéticos, a los americanos les interesa un teatro de guerra lo más alejado posible de su territorio, como puede serlo, por ejemplo, el teatro europeo. La defensa gradual de Europa sería para ellos un modo de batirse con los soviéticos, sin que la población americana tuviera que sufrir las consecuencias de una guerra con armas nucleares estratégicas sobre su propia carne.

Pero, para los europeos, la defensa flexible podría ser el final de su existencia. Defender a Europa a base de armas nucleares tácticas significaría probablemente la destrucción de todo lo que Europa es y significa. El espacio es aquí demasiado reducido, la acumulación de bienes y de poblaciones demasiado elevada para que esa supuesta guerra de defensa no acabase definitivamente con la civilización europea.

Es obvio que existe una correlación entre el tipo de armas empleadas y el tipo de guerra que puede hacerse con ellas. Así ocurre en la situación actual: salvo la ambigüedad —a la que hemos aludido en páginas anteriores— de ciertos euromisiles que podrían convertirse en un momento dado en armas estratégicas, los misiles nucleares de teatro, con sus alcances de hasta 4.000 ó 5.000 kilómetros, pueden servir para una guerra en Europa, pero no para un enfrentamiento directo entre las dos superpotencias. Por el contrario, los misiles estratégicos, capaces de alcanzar objetivos de 11.000 a 12.000 kilómetros de distancia serían perfectamente adecuados a este segundo tipo de guerra.

La presencia de los euromisiles en nuestro continente sólo puede ser explicada, por tanto, en función de un proyecto de *guerra en Europa*. Más aún: la Organización del Atlántico Norte ha sido precisamente concebida al servicio de esta idea, es decir, como instrumento clave de la defensa europea. Su utilidad sería, en cambio, mucho menor en el caso de una guerra intercontinental.

Los euromisiles son las armas apropiadas para una guerra limitada. En cambio, las armas nucleares estratégicas encontrarían su aplicación adecuada en lo que algunos han llamado la «guerra insular», es decir, el duelo nuclear de continente a continente por encima del océano atlántico y de las regiones árticas.

No hay que olvidar que la distancia entre los EE.UU. y la URSS que en el mapa real puede parecernos grande, ha sido reducida a muy poca cosa en el mapa espacio-temporal de la estrategia de la era nuclear. Nada tendría, pues, de inverosímil un enfrentamiento directo entre ellas, quedando Europa a un lado. En este caso la población americana sufriría directamente los efectos del conflicto mundial. Sería la primera vez que esto ocurriese, ya que en las guerras del 14 y del 39 los ciudadanos de los EE.UU. se vieron libres de los horrores padecidos en Alemania, en la URSS, en el Reino Unido, en Francia y en los demás países europeos del Oeste y del Este, al encontrarse ellos muy lejos del teatro de la guerra y de las atrocidades que acompañaron a ésta.

En cambio, en una «guerra intercontinental» los europeos tendrían menos probabilidades de ver afectados sus propios bienes y personas por los bombardeos nucleares.

Puestos a «escoger» tipos de guerra —si se nos permite esta expresión— los estrategas americanos preferirán la guerra en Europa a la guerra intercontinental. Los europeos, en cambio, verán la cosa justamente desde el lado contrario.

Se comprende, pues, que la OTAN representa actualmente el peligro número uno, es decir, la amenaza de una tercera guerra mundial *en Europa*. Y en esta posibilidad radica precisamente uno de los puntos críticos de las actuales controversias sobre la OTAN.

Ahora bien, la desconfianza europea hacia América es correspondida por un sentimiento análogo de una parte importante de la opinión americana. Esta echa en cara a Europa su falta de contribución al esfuerzo común para la defensa del mundo occidental; la existencia en Europa de corrientes neutralistas, pacifistas y soviéticas que ofrecen una resistencia cada vez mayor al funcionamiento de la OTAN; la oposición, más o menos velada, a la instalación de los nuevos euromisiles; las divisiones internas entre los estados europeos, los cuales están muy lejos de alcanzar una política y una estrategia común frente a los peligros que amenazan a Europa.

«No es normal —dicen los políticos americanos— que Europa se beneficie indefinidamente de la protección del paraguas U.S.A. Ya es hora de que despierte y asuma su propia causa con la energía y los medios necesarios para una defensa eficaz del continente.

Los americanos tenemos ya nuestros propios problemas, los cuales nos preocupan enormemente. Lo mejor será que dejemos a Europa que corra su suerte sin comprometernos demasiado a sostenerla hasta más allá de donde ella misma sea capaz de defenderse».

Además, aparte de las diferencias existentes en el terreno militar y estratégico, existen otras que afectan a lo económico y tecnológico, y que son también fundamentales. En efecto, los americanos están librando actualmente una gran batalla para asegurarse la primacía mundial absoluta, tanto en el orden económico, como en el del desarrollo tecnológico a todos los niveles.

Este es un motivo de enorme preocupación para los europeos, algunos de los cuales llegan a hablar de una «amenaza americana» de otro orden, sin duda, que el de la «amenaza soviética», anteriormente aludida, pero de importancia práctica no inferior, sino probablemente superior, a la de ésta: la prepotencia económica y tecnológica alcanzada por los EE.UU. y que éstos quieren mantener e intensificar, con gran perjuicio para el resto del mundo y, en especial, para la Europa occidental.

Los políticos y economistas europeos ven que esa superioridad desaforada de los americanos pueden hundir a Europa y no están dispuestos a aceptar que la recuperación económica de ésta tenga que depender de los altibajos y avatares de la economía americana.

Para salvar su industria y su agricultura, los Estados Unidos parecen dispuestos a dar la batalla, tanto en el terreno comercial, como en el tecnológico. Están decididos a intensificar su exportación y a poner trabas a la entrada de los productos del Mercado Común, lo que puede significar grandes dificultades para éste. Miran cada vez menos hacia el continente europeo y más hacia el Pacífico, donde pueden encontrar valiosos aliados, como el Japón, amplios mercados y materias primas en abundancia.

Reprochan a Europa, entre otras cosas, su afán de comerciar con los países del Este, la exportación de tecnología en favor de éstos, las relaciones con la URSS, la tentación que sienten los líderes europeos occidentales de conversar directamente con los dirigentes comunistas, el gaseoducto, etcétera. Y exigen a los europeos unas actitudes más leales y disciplinadas.

«Estados Unidos —escribe Noam Chomsky¹⁴— siempre ha mantenido una actitud ambivalente ante la unificación de Europa occidental y el Mercado Común. Por una parte, dada la escala de las empresas norteamericanas, éstas han podido entrar en el mercado y dominar a los competidores; pero con una Europa relativamente independiente, podría empezar a invertirse el proceso».

Por su parte, los estados europeos se niegan a admitir esa especie de vasallaje económico y tecnológico que los EE.UU. quieren imponerles. Esto se ha podido ver, por ejemplo, con motivo de la propuesta de colaboración en el plan IDS formulada por Reagan a los europeos. La resistencia opuesta por Francia en la cumbre de Bonn, la presentación por Mitterrand del plan Eureka y la buena acogida prestada a éste —en principio— por otras potencias europeas, son una prueba de lo que acabamos de decir.

Y podrían citarse otras muchas que están a la vista de todo el mundo.

6. *La Europa europea*

Entre las dos actitudes extremas —sometimiento a la política americana, entrega al Este— existen evidentemente otras posturas, las cuales tratan de obviar el doble peligro. Son las de los partidarios del reforzamiento de Europa, es decir, de una «Europa europea» capaz de afrontar por sí misma sus destinos futuros, tanto en el terreno político y estratégico, como en el económico y tecnológico.

Se parte, pues, de la base de que Europa no está dispuesta a aceptar un papel secundario, al servicio de los EE.UU. y de sus aventuras de dominio mundial. Sus intereses y su propia concepción del mundo y de la civilización le obligan a enfrentarse, al menos en determinados aspectos, a la política hegemónica americana. Nuestro continente posee ahora grandes reservas humanas, culturales, económicas y tecnológicas y no tiene por qué renunciar a su propia personalidad, ni bajo la presión soviética, ni a la sombra del poderío americano.

Parece evidente, sin embargo, que, mientras continúe vigente la herencia de Yalta, es decir, la participación del continente europeo entre los dos bloques, esta política europea de Europa quedará reducida a una aspiración o una tendencia difícilmente realizable en la práctica.

Uno de los principales problemas que se le presentan hoy a Europa es el de su defensa militar.

Así, por ejemplo, se puede estar o no estar de acuerdo en la realidad de una amenaza soviética contra el occidente europeo. Pero lo notable del caso es que, entre los mismos que dan por cierta esa amenaza —en mayor o menor grado y con mayor o menor inminencia— existe un total desacuerdo sobre la manera de proceder frente a ella.

De la presunta amenaza deducen unos la necesidad de que se intensifique la protección americana, a través de la OTAN, y de que se lleve a cabo el rearme nuclear del continente. Otros, en cambio, afirman que la presencia americana en Europa y el juego de los euromisiles es precisamente lo que está acrecentando la amenaza soviética. Exigen que los americanos se alejen de Europa, porque sólo de esta manera —dicen— podrá evitarse la actitud agresiva de los rusos. «Que nos dejen a los europeos occidentales arreglar nuestras relaciones políticas y económicas con el Este del modo que resulte más beneficioso para todos, y la situación se arreglará automáticamente».

Las consecuencias de estas dos posturas serían evidentemente muy distintas e incluso opuestas. La primera de ellas llevaría, en último término, a la total supeditación de la política europea a la política americana. La segunda avanzaría casi inevitablemente en la línea de la finlandización.

No faltan quienes pongan en duda la utilidad de cualquier género de defensa militar de Europa. Una Europa desarmada —dicen— podrá contribuir de modo mucho más eficaz a la paz del mundo que una Europa armada, incluso aunque la neutralidad de ésta fuese perfecta y sus fuerzas permanecieran al margen de las dos Alianzas.

Sin embargo, un vacío militar en la Europa occidental no sólo no evitaría la guerra en el continente europeo, sino que la haría más probable.

«*La naturaleza aborrece el vacío*», decían los antiguos para explicar la subida del mercurio por el tubo barométrico, pero aunque esta afirmación fuese por completa inútil por el caso, no deja de contener alguna veracidad en otros dominios más sutiles, siempre que se aplique con cautela. Así, por ejemplo, ante el argumento de los europeístas desarmamentistas, podría alegarse, no sin cierta razón, la afirmación de que «*la seguridad aborrece el vacío*».

Una Europa desarmada produciría un efecto de succión, atrayendo sobre sí la penetración de los ejércitos exteriores: tierra de nadie, campo de batalla para todos.

Esta es, en último término, la argumentación de los europeístas que defienden la extensión de la Comunidad al área militar, es decir, la formación de un ejército europeo.

«Europa sólo podrá ser Europa si se hace dueña de su propia defensa», declaraba recientemente el nuevo presidente del Parlamento de la Unión Europea Occidental, el francés Jean Marie Caro, en unas manifestaciones al periódico «Le Monde».

Ahora bien, la idea de la constitución de un ejército europeo es, hoy por hoy, algo completamente ilusorio y seguirá siéndolo probablemente durante mucho tiempo si las cosas no cambian de manera radical.

Esa misma idea estaba ya latente en los años 50, en el momento en que nacía la Europa comunitaria. Una parte de la idea europeísta fue puesta en marcha en aquel entonces, pero

importantes aspectos de la misma tuvieron que ser abandonados a causa, principalmente, de los diversos nacionalismos europeos. Nació así una Europa un tanto raquítica que, sin embargo, ha sobrevivido y ha seguido y sigue creciendo entre mil dificultades: de los seis primeros países de la «pequeña Europa» del Mercado Común se ha pasado ya a los doce con la última incorporación de Portugal y España al Tratado. Esta misma incorporación parece haber suscitado nuevas esperanzas y entusiasmos y se empieza a hablar ahora un lenguaje un poco más optimista que el de los últimos tiempos en relación con el futuro continente.

Casi al mismo tiempo que el Tratado de Roma para la constitución del *Mercado Común* (25 de marzo de 1957) fueron firmados los acuerdos para el Fondo Monetario Europeo (1955) y el EURATOM o *Comunidad Europea para la Energía Atómica* (CEEA), de la misma fecha que el Tratado de Roma.

En cambio, la *Comunidad de Defensa Europea* (CDE), que había sido ya lanzada en el año 52 y en la cual se preveía la creación, de modo inmediato, del Ejército europeo, se vino abajo, sobre todo a causa de la oposición de Francia, que vio en este proyecto un peligro para su autonomía política y militar. La CDE se convirtió así en el sueño de una noche de verano, del que nunca más volvió a hablarse.

El fracaso de la CDE fue muy perjudicial para la idea de una defensa europea de Europa. En opinión de Van Elslande, Ministro belga de Asuntos Exteriores, dicho fracaso «hizo perder un cuarto de siglo a la organización de Europa en el dominio de la defensa»¹⁵ y — según se ven la cosas ahora— esta afirmación quedó bastante por debajo de la realidad.

Dicho fracaso contribuyó a mantener la presencia militar americana en el continente europeo y a hacerla, por decirlo así, indispensable, con lo cual se ha agravado notablemente la situación de Europa.

Puede ser instructivo el repasar los hechos ocurridos en relación con este asunto entre el año 49, en que se firma el Tratado del Atlántico Norte, y el 54, que es cuando Francia manifiesta su definitiva repulsa a la CDE.

El general R. Close hace una historia bastante detallada de este proceso en su obra «L'Europe sans défense?», que acabamos de citar, y en la que el lector podrá encontrar los antecedentes del problema.

«El golpe de estado de Praga del 24 de febrero de 1948, hizo comprender a los Occidentales la inminencia del peligro y el estado precario de su seguridad». Casi inmediatamente después de este lamentable suceso, es decir, el 17 de marzo de 1948, se concertó un tratado de asistencia mutua que comprendía, en un principio, al Reino Unido, Francia y los tres países del Benelux y que luego fue ampliado, dando lugar a la constitución de la Unión de Europa Occidental (UEO), formalizada por el Tratado de París de 1954.

En realidad, la UEO apenas ha servido para nada. Aunque no ha dejado de celebrar sus reuniones ordinarias, tanto en Londres, a nivel ejecutivo, como en París, a nivel parlamentario, dicha Unión ha permanecido en estado casi letárgico en los treinta años transcurridos desde su constitución, sin que nadie haya pensado en ningún momento que la misma pudiese ser un instrumento útil para la reafirmación de Europa.

Al parecer, corren ahora nuevos vientos en relación con la UEO. Se habla de su relanzamiento y se especula con la posibilidad de que pueda jugar un papel importante en orden a la coordinación de esfuerzos para la defensa de Europa.

El 27 de octubre de 1984 se celebró, en Roma, una reunión de la UEO para conmemorar el trigésimo aniversario de su fundación. Al final de la misma se formuló una importante declaración, en la que se aludía a dos cuestiones de especial interés desde el punto de vista militar: la necesidad de la actualización de la industria europea de armamentos y el propósito de que se inicie una campaña para concienciar a la opinión pública sobre los problemas de la defensa europea.

En el curso de dicha sesión, se daba por cierto el ingreso de Portugal en la UEO. Por el contrario, según una información publicada por «El País» (28-10-84), el presidente de la reunión, Hans Dietrich Genscher, manifestó que el caso de España era diferente, porque este país no había solicitado su incorporación a la UEO. El citado periódico hizo notar que debía de haber un error en esta afirmación del ministro alemán, ya que, estatutariamente, la entrada de un país en la UEO no se realiza a petición de éste, sino por invitación de la propia Unión.

Por otra parte, respecto a la postura española sobre la UEO, conviene recordar que el 23 de octubre, es decir, unos días antes de la sesión de Roma, el presidente del Gobierno, Felipe González, había expresado claramente, ante el Parlamento, su deseo de que España ingrese en la UEO. En el sexto punto de su decálogo, dijo taxativamente lo siguiente: «España no forma parte de la Unión de Europa Occidental, única organización con competencias en materia de defensa. En mi opinión, la participación de España sería deseable, aunque hay que ver antes los resultados de nuestra integración en la CEE».

Desde este punto de vista, al menos, la postura española respecto a la defensa de Europa parece, pues, bastante clara. La UEO podría ser un medio adecuado para esta defensa, y una España incorporada al Mercado Común se sentiría inclinada, del modo más natural, a participar en ese Organismo.

En el momento actual, Francia defiende con gran empeño la idea de que la UEO sea extendida a todos los países del Mercado común. Pretende, asimismo, que el Tratado de París del año 1954 sea reemplazado por otro más exigente que permite la formación de una verdadera alianza militar entre los estados de Europa Occidental.

A pesar de esta actitud favorable de la defensa de Europa —y que responde, ciertamente, a la concepción del general De Gaulle— la política europea del estado francés no deja de ser una de las más graves interrogantes del momento para los otros países del continente, e incluso para los propios franceses que no han renunciado a la vocación europeísta.

En efecto, desde la época del general, Francia viene manteniendo una doble estrategia respecto a la defensa. Los principios fundamentales de esta estrategia son, en efecto, dos: el principio de la *autonomía* de la defensa francesa —y más concretamente de la defensa nuclear— y el principio de la *alianza* con los demás países occidentales. Ahora bien, entre ambos principios existe una contradicción práctica notoria y esto es lo que hace la cosa más desconcertante para el resto de los países europeos, y especialmente para la R.F.A.

A la hora de la verdad, es decir, en el momento de un ataque directo de la URSS a la Alemania occidental, ¿cuál sería el principio que preponderaría? ¿El de la alianza o el de la autonomía?

La «force de frappe» o fuerza de disuasión francesa se halla en el centro de todas estas incertidumbres, como vamos a tratar de mostrar inmediatamente.

7. La fuerza francesa de disuasión nuclear

El arma nuclear francesa fue anunciada por el general De Gaulle en un discurso pronunciado el 3 de noviembre de 1959 en la Escuela Militar de París¹⁶. De Gaulle expuso sus ideas sobre la «force de frappe» con una lógica y una claridad absolutas.

Estamos en la era atómica —dijo— y somos un país que puede ser destruido en cualquier momento. «Necesitamos, pues, evitar ese peligro; aplicar los medios adecuados para salvarnos de esa posible destrucción. Gracias a la posesión del arma atómica, América y Rusia benefician de una cierta seguridad. En efecto, existe entre ellas una especie de equilibrio automático en virtud del cual se halla en sus propias manos la posibilidad de evitar una confrontación nuclear. Pero este equilibrio sólo les cubre a ellas mismas, no a las demás naciones del mundo. Algunas de éstas pueden verse en la necesidad de defenderse frente a

ataques que pongan en peligro su integridad y su propia existencia, sin que ni la URSS ni los EE.UU. se consideren concernidos por el hecho, pese a las relaciones de alianza que hayan podido establecer previamente con ellas».

«A la gran aliada de uno de estos países de segundo rango, la integridad del mismo puede parecerle eventualmente insuficiente para hacerse aplastar por su rival, al mismo tiempo que ella aplasta a éste». De todo esto resulta de los países que no tienen armamento atómico parecen hallarse obligados «a aceptar una dependencia estratégica y, por consiguiente, política, con relación a los dos gigantes».

«En estas condiciones —concluía el general— Francia ha juzgado conveniente poner en juego el esfuerzo necesario para convertirse también ella en una potencia nuclear». Francia no quiere ser protegida, sino protegerse a sí misma.

La primera característica de la «force de frappe» será, pues, la de constituir un arma específicamente francesa. A este respecto De Gaulle fue categórico en su discurso de «L'École Militaire». «Es necesario —dijo— que la defensa de Francia sea francesa. Si a un país como Francia le llega la hora de tener que hacer la guerra para defenderse, es necesario que el esfuerzo sea, ante todo, suyo... Que Francia se defienda por sí misma, para sí misma y a su manera». Si las cosas no van por este camino, es decir, «si se admite que la defensa de Francia pueda fundirse o confundirse con otra cosa, ya no nos será posible mantener un estado», un verdadero estado francés... «Debemos, pues, proveernos de lo que se ha dado en llamar una «*force de frappe*», capaz de desplegarse en el momento oportuno... Y no necesito decir —añadió— que la base de esa fuerza será un armamento atómico».

En el curso de los años siguientes, el general De Gaulle repetirá invariablemente esta misma doctrina, la cual será también un principio básico para sus sucesores al frente de la República Francesa: si Francia quiere seguir siendo un pueblo libre, tiene que disponer de su propia arma atómica.

«Verter nuestros medios en una fuerza multilateral, bajo mando extranjero, sería contravenir este principio de nuestra defensa y de nuestra política. Es verdad que podríamos reservarnos la facultad de recuperar esos medios... ¿Pero cómo podríamos hacerlo en el momento del apocalipsis?».

Esta frase encerraba una crítica al sistema de doble llave adoptado para las fuerzas nucleares americanas instaladas en la Gran Bretaña. Este sistema consiste en establecer un acuerdo entre las dos potencias: el mando sobre las armas sigue siendo americano, pero el Reino Unido tiene la garantía de que las armas no serán utilizadas desde su territorio sin previa autorización suya. Y algo análogo ocurre —aunque con mayor dependencia, aún, que en el caso británico— con los euromisiles instalados en otros países europeos.

Como bien dice Aníbal Romero en su libro anteriormente citado (pág. 179): «la decisión clave es tomada en Washington, no en Londres, Bonn o Bruselas», lo cual no hace sino «aumentar las tensiones políticas de los europeos respecto a su aliado americano».

De hecho, aunque las fuerzas nucleares instaladas en Europa están a las órdenes del «Mando supremo de las fuerzas aliadas en Europa» (SACEUR), ese organismo forma parte del «Mando militar de los Estados Unidos» (NMCS) y del «Sistema mundial de mando y de control militar» (WWMCCS) que, en definitiva, depende exclusivamente de USA¹⁷. Puede, pues, afirmarse que todas las fuerzas nucleares del mundo occidental se encuentran en manos de los americanos, a excepción de la fuerza francesa de disuasión, la cual, por el contrario, es enteramente independiente de todo mando extranjero.

Sólo el presidente de la República Francesa puede ordenar la utilización de la «force de frappe». Como dato significativo a este respecto diremos que, en la época del general De Gaulle, la orden correspondiente debía ser dada personalmente por el propio general, según un código contenido en una botonera que él mismo llevaba siempre consigo. Estaba previsto que dicha orden se diese de palabra, cosa que preocupaba, según parece, a su inmediato

colaborador atómico —el general Madon— ante la posibilidad de una impostura. La respuesta de De Gaulle fue ésta: «Voyons, Madon, vous connaissez ma voix, non?». Posteriormente, el sistema de mando ha sido modificado: el rostro del presidente Mitterrand debe aparecer en una pantalla al mismo tiempo que éste dispone el empleo del arma disuasiva.

Hasta en los menores detalles quedaba, pues, asegurada la autonomía de la fuerza de disuasión francesa y su total independencia respecto al mando supremo norteamericano.

La objeción a esta postura «salvajemente independiente» era inmediata y no tardó en aparecer: «¿Qué puede hacer Francia con su pequeña 'force de frappe' frente a la presión de los dos colosos? ¿De qué le servirán sus presuntos medios disuasorios en el caso de que su soberanía sea puesta en entredicho por cualquiera de ellos?».

Las palabras del general no eran una simple fantochada. Se lo había pensado muy bien — naturalmente— y disponía, no sólo de los medios técnicos necesarios para poner en práctica su proyecto, sino de una teoría estratégica nueva que le permitiría desarrollar su plan con pleno conocimiento de causa: *la disuasión de débil a fuerte*.

Esta teoría encajaba en la doctrina general de la disuasión, mantenida por los americanos desde el principio de la era atómica y aplicada también por los soviéticos —aunque nunca reconocida teóricamente— como línea práctica de conducta frente al peligro de guerra nuclear.

En su forma actual, la idea de disuasión va estrechamente unida a la de *paridad*, es decir, no a una simple «*igualdad*» numérica de fuerzas, sino a una «*equivalencia de capacidades y de opciones*» entre las dos partes enfrentadas¹⁸.

Desde este punto de vista parece, pues, que no puede hablarse de una disuasión de débil a fuerte sin incurrir en una contradicción: la disuasión nuclear, en su forma actual, viene teóricamente producida por la «*equivalencia*» de los armamentos atómicos de las dos partes, y no podría tener aplicación en el caso de Francia enfrentada, por ejemplo, con la URSS.

Sin embargo, la cosa es un poco más complicada que esto. La disuasión, además del fundamento *objetivo* que hemos indicado, tiene una base *subjetiva*, o psicológica, que nadie puede negar: *el miedo*.

Las armas nucleares, en constante crecimiento —ya que «la disuasión es por naturaleza adictiva» (Thompson) o, dicho de otra manera, el nivel de equilibrio tiende ineluctablemente a elevarse— inspiran un *miedo* terrible, un miedo también creciente, en los pueblos que se sienten directamente amenazados por ellas.

Lo que verdaderamente mantiene la disuasión no es el equilibrio físico de los armamentos, sino el miedo al apocalipsis. Como dice Edward P. Thompson, «se trata, en el fondo, de una idea simple e ingenua que se les ocurrió ya a los primeros cavernícolas cuando inventaron la cachiporra: si tengo una porra, esto los disuadirá de aporrearne... Lo único nuevo de la situación actual es que las presentes cachiporras... son tan enormes que descartan cualquier utilización racional».

Este factor psicológico es, quizás, más importante todavía que el fundamento objetivo antes aludido. Y es precisamente esto lo que hace posible que, aun en el caso de que no exista equilibrio, la disuasión nuclear puede funcionar de modo relativamente eficaz.

En cierto modo, el átomo nivela las posibilidades: es lo que se ha llamado el «*poder igualizador del átomo*». En la versión primitiva que plantea Thompson, un cavernícola, por valiente que sea, que sólo posea una pequeña porra tiene muchas probabilidades de sucumbir ante otro cavernícola dueño de una cachiporra tremenda. Pero, como aclararemos en seguida, no ocurre lo mismo con el arma nuclear, y esta idea es precisamente la clave de la disuasión de débil contra fuerte.

El general De Gaulle apelaba ya a esta argumentación en una conferencia de prensa en enero de 1963: «En adelante, el camino de la disuasión estará abierto para nosotros, porque el hecho de atacar a Francia equivaldría, para el que lo intentara, a tener que sufrir, a su vez,

destrucciones espantosas. Evidentemente los megatones que nosotros pudiéramos lanzar no igualarían en número a los que manejan los americanos y los rusos. Pero a partir de cierta capacidad nuclear, y en lo que se refiere a la defensa directa de cada uno, la magnitud de los medios respectivos no tiene ya un valor absoluto. En efecto, puesto que un hombre o un país sólo pueden morir una vez, la disuasión existe desde el momento que se pueda herir mortalmente al eventual agresor, que uno esté decidido a hacerlo y que el propio agresor lo sepa».

Varios estrategas franceses al mismo tiempo que De Gaulle, o antes que él, han contribuido a desarrollar la teoría del «poder igualizador» del arma atómica. Uno de ellos, el general P.M. Gallois conversaba ya en 1956 con De Gaulle sobre la posibilidad de evolucionar la doctrina de la disuasión mediante una nueva interpretación estratégica de la utilización de las armas nucleares.

Podríamos decir que se trataba de superar la doctrina de la «disuasión en el equilibrio» complementándola con otro: la «disuasión en el desequilibrio».

El poder igualizador suele ser explicado con un sencillo ejemplo parecido al siguiente: en principio, un ejército que posee 400 divisiones debe derrotar casi necesariamente a otro que sólo disponga de 200 divisiones de la misma calidad tecnológica y humana que las anteriores. Pero la cosa cambia completamente si estos datos son proporcionalmente trasladados al dominio nuclear. Así con 200 decamegatonas —cien mil bombas de Hiroshima— se pueden causar pérdidas definitivas en cualquier adversario, aunque éste disponga de 400 decamegatonas. En realidad, en este caso, la destrucción de ambos ejércitos estará asegurada y será total, ya que el efecto destructivo sobre el enemigo no podría ser aumentado una vez que se hubiese alcanzado el nivel de práctica aniquilación del mismo.

En este sentido, Francia debe ser capaz —dice De Gaulle— de imponer respeto a sus posibles atacantes, amenazándoles con daños espantosos —«épouvantables»—, y el arma nuclear es el medio más indicado para lograr esta finalidad.

Pero esto no significa —desde el punto de vista del general— que su país haya de permanecer aislado. Al contrario, Francia debe tener aliados y, entre éstos, los restantes países de la Europa occidental han de ser, sin duda, los primeros. Europa es una entidad capaz de vivir por sí misma. Francia está dispuesta a defender la unidad política de Europa e incluso su defensa militar llegado el caso. Nadie sabe —dice De Gaulle en 1963— si las armas nucleares serán empleadas o no para defender a Europa, ni cómo lo serán en su caso. «Pero es evidente que la potencia nuclear americana no responde necesariamente ni inmediatamente a los intereses de Europa ni a los de Francia».

El general De Gaulle se convierte así, al menos teóricamente, en uno de los más animosos partidos de la defensa europea de Europa.

La doble concepción estratégica de Charles De Gaulle —defensa de Francia, defensa de Europa— ha sido mantenida fielmente por sus sucesores al frente de los destinos de Francia, desde Georges Pompidou hasta François Mitterrand.

Ahora bien, hay en este planteamiento una contradicción interna que pesa gravemente sobre la política europea actual y de la cual muchos franceses son plenamente conscientes en este momento. Se trata del conflicto entre la *política de solidaridad europea* y la *política de santuarización*, basada en la «force de frappe».

Indudablemente, ésta fue fundamentalmente concebida por De Gaulle como el medio más adecuado para mantener el territorio de la Francia metropolitana —lo que los franceses llaman «Hexagone»—, fuera del alcance de cualquier agresión y, en particular, de una amenaza de tipo atómico. Pero la cuestión que se plantea es ésta: «¿Sirve la 'force de frappe' para defender a Europa? Y, en el caso de que así fuera, ¿de qué manera y en qué momento se produciría esta defensa?».

Los alemanes, sobre todo, se muestran escépticos a este respecto. Se preguntan si ante una ofensiva soviética contra su territorio funcionaría efectivamente el arma de disuasión gala, o, por el contrario, los franceses esperarían para ello a que las tropas rusas se aproximaran a Francia. Temen que la R.F.A. se convierta en el glacis de Francia, con todas las catastróficas consecuencias que esto tendría para ellos.

Según una expresión que se ha hecho ya tópica, la cuestión sería ésta: ¿Será la batalla del Elba o, por el contrario, la batalla del Rin la que decida, llegado el momento, la entrada en juego de la «force de frappe»?

Hay en el fondo de todo esto una antinomia que François Mitterrand desveló ya en 1980, antes de ser presidente, en su libro «Ici et Maintenant»¹⁹ en una frase que ha sido muchas veces repetida y comentada: «Hay actualmente antinomia entre la estrategia fundada sobre la única defensa del santuario nacional y la estrategia fundada sobre la Alianza. Un responsable político que no se atreva a plantear este problema engaña a la opinión. Yo exijo que se sepa de una vez de qué se habla. Y que se hable de ello».

En realidad, todo el capítulo titulado «La drôle d'Alliance» de este libro constituye un agudo análisis de la relación entre la defensa de Europa y la defensa de Francia.

Evidentemente, Mitterrand no ha podido resolver desde la Presidencia el problema que tan claramente había analizado cuando se encontraba en la oposición. Y es que, probablemente, el citado problema es, hoy por hoy, insoluble.

«Mientras las relaciones franco-alemanas no cambien en profundidad; mientras nuestros amigos alemanes tengan de la estrategia francesa la imagen que tiene mientras las diversas tentativas institucionales para suscitar 'más Europa' en el dominio de la defensa —sea en el cuadro de la Unión de Europa Occidental o en cualquier otro foro destinado al mismo fin— no tengan éxito... no habrá casi ninguna probabilidad de que cambie el paisaje».

Estas palabras del ex-Embajador francés Froment-Meurice²⁰ expresan claramente el desconcierto de la actual situación en lo que se refiere al problema de la participación francesa en la defensa europea.

Las dudas y las contradicciones en torno a este asunto de capital importancia para Europa reaparecen a cada momento. Así, por ejemplo, en relación con el famoso tema de la «contabilización» de las fuerzas nucleares francesas, que fue objeto de interminables disputas entre rusos y americanos en las conversaciones INF en Ginebra en 1983. ¿Estas fuerzas deben ser contabilizadas junto a las de la OTAN o, por el contrario, separadamente de éstas?

La cuestión tiene todos los caracteres de una trampa socrática de la que no resulta fácil escapar. En efecto, es por una parte claro —aunque no necesariamente evidente— que, si las citadas fuerzas francesas entrasen alguna vez en juego en el caso de una guerra en el teatro europeo, lo harían del lado occidental. En este sentido, tienen razón los negociadores rusos: en el inventario de las fuerzas nucleares en Europa la «force de frappe» debe ser contabilizada junto a las de la OTAN, dependientes en último término de los EE.UU.

Pero aceptar esta solución equivaldría a dar por supuesta la integración de dicha fuerza con las norteamericanas, cosa que los nacionalistas franceses, de notoria tradición anti-americana, no pueden aceptar en modo alguno.

Se presenta, pues, un lío dialéctico que el comunitario René Foch planteaba en el periódico «Le Monde» del 11 de abril de 1984 en los siguientes términos: «O aceptamos que nuestras fuerzas sean contabilizadas por los dos Grandes, y en este caso los americanos querrán controlarlas, como están controlando de hecho las armas británicas, o hacemos el juego del aislacionismo militar, lo que no podrá menos de incitar a los alemanes a la posición neutralista».

Esta misma problemática llega al terreno práctico inmediato de la organización del ejército francés en función de las finalidades estratégicas que el gobierno de su país le ha asignado. El general Lacaze —jefe hasta hace poco tiempo del Estado mayor de los ejércitos franceses—

se hizo eco de esta cuestión en un importante artículo publicado en la revista «Défense nationale», en junio de 1983, en el que proponía una solución pragmática, un equilibrio, entre las dos finalidades esenciales: la defensa del territorio y la protección a los aliados.

Los intereses vitales de Francia —escribía Lacaze— no pueden limitarse a su territorio. Esto nos haría perder credibilidad ante nuestros aliados europeos y —por otra parte—, dadas las reducidas dimensiones del teatro europeo, la seguridad de Francia y la de Alemania Federal no pueden ser separadas. Lo que ocurra al otro lado del Rin nos concierne directamente. Francia mantiene en Alemania uno de sus tres cuerpos de ejército y estará obligada al reforzamiento del mismo apenas se produzcan los primeros signos de guerra. En caso de un ataque, tendría necesariamente que acudir en defensa de sus aliados alemanes. Si, por el contrario, su acción estratégica se redujese al «Hexagone», esto equivaldría a incitar «al adversario» —¿la URSS?— a atacar a la RFA para continuar después su avance hacia el OESTE.

Para el general Lacaze, está, pues, claro que la defensa de la «Alianza» forma parte de la del «santuario». Pero ¿cómo se realizaría esta defensa? ¿Utilizaría Francia su «force de frappe» para contener a los invasores de la República federal? He aquí algo que parece menos claro. La solución que el general propone es la creación de una fuerza terrestre de acción rápida, constituida por una unidad aeronaval especial, a base de helicópteros, que estuviese dispuesta a unirse al cuerpo del ejército francés en Alemania y a actuar al lado de los germánicos con la mayor rapidez posible en una contienda que se supone convencional.

De cualquier manera, a la vista de las referencias que acabamos de hacer, parece que puede afirmarse que la presente defensa europea de Europa es algo todavía muy confuso y que una de las causas de esta confusión es la presencia de la «force de frappe». Este es precisamente uno de los argumentos más importantes entre los manejados por los enemigos de la misma.

En Francia, la oposición a la «force de frappe» tiene signos muy diversos e incluso contradicciones entre unas y otras tendencias.

Se oponen a ella —por supuesto— los pacifistas y los antinucleares, por las mismas razones de fondo y, en parte, con los mismos argumentos que lo hacen en la RFA, si bien hay que decir que estas corrientes ideológicas tienen en Francia mucho menor desarrollo, y pesan mucho menos en la opinión pública que en Alemania o en Holanda, por ejemplo.

Existe también una oposición conservadora a la fuerza nuclear francesa constituida por los que estiman que la «force de frappe», lejos de favorecer la unidad y la defensa de Europa, está contribuyendo claramente a obstaculizarla.

Entre «aliancistas» y «europeístas» puros no hay, sin embargo, acuerdo sobre la manera de realizar estos fines. Para los primeros, el fortalecimiento de la Alianza Atlántica exigiría que Francia renunciase a su fuerza nuclear independiente y aceptase sin reservas la integración de la misma en el aparato estratégico de la Alianza Atlántica. Los segundos, en cambio, opinan que la «force de frappe» tendrá que ser sacrificada como fuerza independiente, pero no para ser refundida en la OTAN, sino para constituir el núcleo de un nuevo ejército europeo, es decir, de una nueva Comunidad de Defensa Europea. Por su parte, los «europeístas antinucleares» piensan que este nuevo ejército debería ser construido exclusivamente a base de armas convencionales.

Una de las posturas más significativas fue la de Raymond Aron, quien, tras haberse inclinado al principio en favor de la «force de frappe», fue después uno de sus más inteligentes contradictores. Aunque haya que tolerarla por el momento —dijo—, las pretensiones de De Gaulle a una defensa autónoma son a la larga perjudiciales para Francia y para Europa, en la medida en que dificultan el desarrollo normal de ésta y rompen la solidaridad entre los europeos.

Sin embargo, al margen de lo que acabamos de decir, parece que puede afirmarse que la mayoría de los franceses es favorable a la «force de frappe». Se sienten orgullosos de ella y

consideran que la misma es una garantía de seguridad para la nación francesa en caso de conflicto nuclear.

Incluso los comunistas participan de esta opinión generalizada. En julio de 1983, poco después de su entrevista con Andropov, el secretario general del PCF, Georges Marchais, subrayó que los comunistas franceses «se niegan a que sea puesta en duda la defensa nacional independiente de Francia, es decir, su fuerza de disuasión nuclear omnidireccional», y afirmó que, por el contrario, «esta fuerza de disuasión —que debe estar al nivel indispensable para mantener la seguridad y la independencia de nuestro país— no debería ser objeto de ninguna negociación que tendiese a reducirla («Le Monde», 21 julio 1983). En el fondo, esta había sido la postura de siempre del PCF desde la época de su colaboración con De Gaulle.

Sin embargo, Marchais añadió una reserva de la que hasta entonces no había habido ocasión de hablar: en las discusiones de Ginebra, la fuerza nuclear francesa debía ser contabilizada junto a las fuerzas nucleares occidentales, sin que esto signifique pérdida alguna de independencia para la «force de frappe».

Es evidente que, con ambas afirmaciones —apoyo a la «force de frappe» y contabilización de ésta al lado de los euromisiles de la OTAN— Marchais favorecía claramente los intereses soviéticos, aunque esto fuese a costa de una actitud «pronuclearista», poco conforme —a lo que parece— con la «antinuclearista» de los comunistas españoles.

Es evidente que la política francesa de autodefensa nuclear ha sido un serio tropiezo para la estrategia americana en relación con Europa. Desde el primer momento, los estadounidenses vieron la actitud gaulliana, completada con su retirada de los órganos centrales de la OTAN en 1958, como un impertinente desafío a su liderazgo mundial, una postura extravagante que apenas sirve para otra cosa sino para crear complicaciones.

Sin embargo, esta postura está ahí y es, en todo caso, un dato más —y un dato, por cierto, de la mayor importancia— en un problema ya de por sí muy complicado, como es el de la situación europea entre dos fuegos.

Los franceses han constituido con extraordinaria tenacidad el plan de desarrollo de su fuerza nuclear de disuasión.

El 25 de mayo de este año ha sido botado el submarino nuclear «Inflexible», armado con dieciséis misiles del modelo M-4 con cabezas independientes de retorno múltiple (MIRV) y un alcance del orden de los 400 kilómetros. El «Inflexible» hace el número seis en la serie de los submarinos nucleares franceses, después del «Redoutable», el «Tonnant», el «Indomptable», el «Foudroyant» y el «Terrible», y para el año 1994 se halla prevista la botadura de un séptimo submarino nuclear, mucho más potente aún que los anteriores.

Mientras los misiles franceses suelo-suelo debían ser considerados como armas destinadas al teatro europeo, al menos desde el punto de vista de su alcance, los submarinos pueden atacar cualquier objetivo en toda la extensión del mapa mundi, y en este sentido hay que considerarlos como armas estratégicas.

Nadie puede negar hoy en día que atacar a Francia sería un negocio de dudosa rentabilidad militar, ya que la represalia francesa podría ser terrible. Desde un punto de vista nacionalista francés, la creación de la «force de frappe» por el general De Gaulle es, pues, un gran gesto, digno de su categoría humana. Sin embargo, hay que decir que la fuerza francesa de disuasión nuclear es sumamente perjudicial para Europa en este momento. No sólo dificulta la política de alianza, como hemos visto, sino que consolida la idea de una defensa nuclear flexible en el continente. Mientras que los euromisiles son exógenos y podrían desaparecer, si así se lo exigen los europeos a los americanos, la «force de frappe» deja anclada en el centro de Europa, al servicio de la supremacía francesa, una fuerza nuclear permanente que los demás países del continente no pueden ni controlar ni eliminar.

8. España ante la «situación nuclear»

Desde la Paz de París hasta el final del período franquista, el Estado español permaneció ausente de Europa y prácticamente al margen de la gran política internacional.

Sus campañas militares en el Rif apenas tuvieron repercusión exterior, salvo en las relaciones con Francia y en la política colonial de la zona.

Absorbida por estas campañas, España parecía desentenderse de los problemas europeos. La neutralidad en la guerra del 14 contribuyó a aumentar la distancia y este alejamiento no hizo sino acrecentarse con la guerra civil del 36.

Nunca estuvo el Estado español más aislado de Europa y del mundo como después de la Segunda guerra mundial y en los primeros tiempos del régimen franquista, el cual se hizo en cierto modo incompatible con el de los demás países europeos. El franquismo no sólo no aceptó la democracia como forma de organización de la vida política y social, sino que se erigió a sí mismo en campeón de la antidemocracia. Quiso ser algo así como una contraprueba viva del fracaso y de los errores de las democracias.

Contra lo que pudiera suponerse, el Tratado bilateral con los Estados Unidos no sirvió para romper el aislamiento ni para reintegrar España a Europa, sino que, al contrario, la alejó todavía más de ésta. Gracias a él, España encontraba en su «amigo americano» las máximas garantías de seguridad —al menos eso se dijo entonces— y no necesitaba contar con sus vecinos europeos. Tras el espaldarazo americano, España podía afrontar con mayor tranquilidad la «incomprensión» europea.

Con el posfranquismo, las cosas han cambiado notablemente a este respecto. Se inicia una política internacional abierta, es decir, dirigida a todos los países del mundo, sin anatemas ideológicos ni exclusiones previas. El establecimiento de buenas relaciones y contactos de alto nivel con países comunistas, como la URSS y China, significa un cambio copernicano con respecto al pasado. Junto a esto, hay que señalar también cierta recuperación del papel de España en Iberoamérica y la anunciada revisión del Tratado bilateral, sobre la base de una mayor autonomía y libertad de movimientos, todo lo cual es signo de que la política de aislamiento va a terminar definitivamente.

En este orden de cosas, el hecho más importante en lo inmediato es, sin duda, la entrada del Estado español en la Comunidad Económica Europea, que hubiera sido muy difícilmente imaginable en la época de la antidemocracia franquista.

Este importante suceso no debe ser visto —claro está— como un hecho aislado, sino como parte integrante de una gran política que el Estado español debe emprender ahora.

Pretender abstraer este hecho de su contexto nos parece un error. La entrada de España en la CEE lleva implícita su participación, en mayor o menor grado, en los problemas europeos, como por ejemplo, el de la defensa. Si bien en algunos momentos se ha querido negar, incluso por parte oficial, toda relación entre ambas cosas, todo el mundo sabe que la conexión entre ellas existe y es absolutamente inevitable. Aunque haya en España mucha gente que piense que Europa no está amenazada por nadie y que, por consiguiente, no necesita defenderse de nadie, parece que puede afirmarse, en principio, que la seguridad política y económica de un país o de un conjunto de países está siempre relacionada con su seguridad militar.

La adhesión a la CEE es, pues, comprometedora para España, no sólo en razón de los esfuerzos que la misma va a exigirle para adaptarse al nivel europeo, sino también por causa de las responsabilidades que acarrea en otros órdenes de la relación internacional. Nadie debe llamarse a engaño a este respecto.

El momento en que se produce dicha adhesión es particularmente crítico y preocupante para Europa y se halla dentro de un contexto mundial de gran incertidumbre.

Como hemos tratado de mostrar en capítulos anteriores, a partir de la invención de la bomba atómica la Humanidad se ha visto conducida gradualmente a una situación muy

compleja que alguien ha llamado una «situación nuclear», es decir, una situación en la cual la presencia de las armas nucleares en manos de las dos superpotencias pesa de modo determinante sobre todas las grandes cuestiones económicas, tecnológicas, políticas y sociales que afectan al hombre de hoy.

En este momento, el peligro de «apocalipsis» es un peligro real: proporcionalmente a los resultados de Hiroshima, el megatonaje actualmente acumulado por las dos superpotencias tendría un poder letal de diez veces la totalidad de la población humana.

Pero este peligro hipotético no sería, quizás, lo más importante. Sin esperar al día final, las armas nucleares están produciendo ya sus efectos destructores sobre la Humanidad actual. Entre ellos, uno de los más importantes es, sin duda, el de la pérdida total de confianza de las naciones y el estado de alerta permanente en el que éstas se ven obligadas a vivir.

Aunque no sea potencia atómica, ni pretenda serlo, el Estado español se encuentra en la necesidad de definir su política y su estrategia frente a la «situación nuclear», y ha de hacerlo, no sólo en función de su propia seguridad, sino también de la seguridad europea y de la paz mundial. De ningún modo puede considerarse al margen del problema.

Pensar que, en el caso de una guerra nuclear, España pudiera verse preservada de la catástrofe por el simple hecho de haber mantenido una neutralidad de principio, sería demasiado ingenuo. Estudios realizados por instituciones científicas y organizaciones de gran prestigio prueban que la guerra nuclear no admite limitaciones ni fronteras. Una vez iniciada la guerra nuclear, el desastre se extendería por encima de éstas y alcanzaría dimensiones planetarias. Ninguna nación podría verse libre de sus efectos directos o indirectos.

Ahora bien, no existe ninguna razón para que nos dejemos llevar del fatalismo. Debemos partir de la hipótesis de que la «situación nuclear» puede ser dominada: las armas atómicas pueden llegar a desaparecer mediante acuerdos adecuados, quizás mucho más rápidamente de lo que creemos si, en cualquier circunstancia, se produce un momento de lucidez en los dirigentes de las dos superpotencias; la división del mundo en dos bloques que, en gran parte, es consecuencia de los armamentos nucleares puede ser transformada y superada; una política de desnuclearización y de pacificación es posible si cada pueblo obliga a sus gobernantes a cumplir su deber ante la «situación nuclear».

Este pacifismo real y activo es posible en los países que admiten la libertad de expresión y también, seguramente, en los otros —en los que no la admiten—, aunque de modo diferente al nuestro.

En este momento crítico en el que probablemente se van a definir las grandes líneas de la política internacional española, los ciudadanos tienen el derecho y el deber de exigir a sus gobernantes que España apueste decididamente por el desarme nuclear y sume sus fuerzas a las de los estados que actúen en esta línea.

Excluyendo a los belicistas de la extrema derecha, que siguen soñando con la exterminación del «imperio del mal», parece que todas las fuerzas políticas de este país deberían estar de acuerdo en dicha estrategia.

Esto no excluye, claro está, las dificultades de aplicación del principio enunciado: ¿de qué modo debe España servir a la realización de las mismas y cuáles son las posturas que ha de adoptar frente a cada uno de los problemas concretos que ahora se le presentan a este respecto?

En este momento, la cuestión de las bases americanas constituye, por ejemplo, un serio problema para el Gobierno español. Todo parece indicar, en efecto, que la mayoría de la población es hostil a las mismas y esto por diversos motivos que no son difíciles de detectar.

En primer término, el temor a la represalia soviética de los SS-20 en caso de conflicto. En segundo lugar, la oposición declarada de la práctica totalidad de los ciudadanos españoles al empleo de las armas nucleares, que desearían ver desterrada del planeta lo antes posible.

A estos dos motivos elementales se une un tercero: la antipatía al invasionismo americano, cada vez más insoportable para los europeos y también, por supuesto, para muchos españoles, más especialmente sensibilizados por causa de la política norteamericana respecto a Ibero-América. Finalmente —aunque esta lista no pretenda ser exhaustiva— la aspiración, que muchos ciudadanos comparten, a una tercera vía, hacia un determinado género de neutralismo, más acorde que el bipolarismo con la vocación pacífica de España.

La negación de este asunto se va a hacer, pues, difícil para el Gobierno español en un momento de tensión en el que los americanos no pueden aceptar —aunque no sea más que por razones de prestigio— que se ponga en entredicho su plan estratégico de defensa europea.

Algo análogo ocurre con la cuestión de la OTAN. El antiotanismo de muchos españoles obedece a razones perfectamente explicables. La Alianza Atlántica es una organización controlada fundamentalmente por los EE.UU. en función, sobre todo, de sus intereses estratégicos. Pero cada vez está más claro que, en Europa, los intereses estratégicos de los americanos no coinciden con los de los propios europeos. La OTAN va unida a la idea de la defensa gradual del continente europeo, en principio con armas convencionales y después, si hace falta, con armas nucleares tácticas. Pero, como hemos indicado anteriormente, esta estrategia es catastrófica para Europa, la cual se vería de esta manera totalmente destruida. También sería catastrófica para España, a la que le correspondería hacer el papel de retaguardia, nada cómodo por ciento cuando el teatro de la guerra es tan pequeño y el alcance de las armas sobrepasa con mucho el espacio del mismo.

La cuestión de la OTAN no podía darse por definitivamente resuelta con la decisión adoptada por el Gobierno de UCD, al final de su mandato y casi a hurtadillas de la opinión pública.

Sin embargo, sin la promesa de un referéndum hecha por el PSOE en su campaña electoral, las cosas hubieran podido ir por un camino más fácil para el actual Gobierno. Este hubiese podido presentar el problema con mucha más calma e independencia que las que actualmente tiene al respecto.

Ciertamente, la presión del próximo referéndum no va a ayudar a que la cuestión de la OTAN sea vista con la claridad y la serenidad necesarias.

En todo caso el planteamiento «OTAN sí, OTAN no» —defiéndalo quien lo defienda— es inaceptable porque deja de lado el fondo real del problema.

En efecto, la cuestión de la permanencia o no permanencia de España en la Alianza Atlántica sólo puede ser correctamente planteada en función de la política que vaya a adoptar el Estado español sobre la seguridad europea y sobre su propia seguridad. Mientras este problema de fondo no sea resuelto, es decir, mientras no se decida cuál va a ser esa política, la cuestión de la permanencia en la OTAN no podrá ser tratada con fundamento, y menos aún ventilada en un referéndum.

La OTAN no es, en definitiva, más que un medio al servicio de una de las soluciones al problema de la seguridad del Estado español. ¿Caben otras alternativas? ¿Cuáles son éstas y hasta qué punto serían aceptables?

Permanecer en la OTAN y conservar —por el momento al menos— las bases americanas ¿equivale realmente a aceptar el total sometimiento de España a la estrategia americana? ¿No cabe una independencia dentro de esas actitudes?

O bien —planteando la cuestión desde el lado contrario— exigir a los americanos que renuncien a las bases, a los euromisiles y al plan de defensa flexible, ¿conduce fatalmente a una entrega y a una soviétización o finlandización de Europa?

He aquí algunos puntos sobre los que en realidad sabemos muy poco. Tanto los partidarios de la permanencia como los enemigos de ella, estarían, pues, obligados a presentarnos la política de seguridad —o de inseguridad— que proponen para España. Después vendría el

saber si el «statu quo» de ésta en la OTAN sirve a alguna de esas alternativas y de qué modo la sirve.

Pero es evidente que un referéndum no es el medio más adecuado para hacer una presentación de este género.

Sólo después de que se hubiese informado amplísimamente a la opinión y se hubieran discutido de modo público los pros y los contras de cada una de las alternativas posibles, podría ser llevado este asunto a la consulta popular.

No se puede decidir sobre una cuestión de medios cuando la cuestión de los fines no ha sido todavía mínimamente aclarada.

Esta es la razón principal por la que nos parece que el tema está mal planteado, es decir, insuficientemente planteado o planteado fuera de lugar.

Nuestro temor está en que, en tales condiciones, los criterios que los ciudadanos adopten en el momento de votar el referéndum sean por completo extrínsecos, es decir, ajenos al fondo de la cuestión. Motivos partidistas, intereses de partidos o de fracciones dentro de los partidos; sectarismos ideológicos; «pacifismo del miedo», «pacifismo físico», «pacifismo mágico», etcétera.

A nuestro entender, un asunto de esa enorme gravedad no puede ser abordado sin apelar a una base ética.

De algo de esto vamos a ocuparnos inmediatamente, tratando de asomarnos a una problemática —la problemática moral ante la guerra nuclear— a la que hasta aquí no habíamos hecho apenas referencia.

V. Pacifismo y razones éticas contra el arma nuclear

1. Pacifismo y militarismo en la era nuclear

Desde los más remotos tiempos, dos grandes tendencias se han contrapuesto y han luchado entre sí en la conducta de los pueblos: el militarismo y el pacifismo.

Por lo que hace al primero, existen, evidentemente, diversas interpretaciones perfectamente válidas de la palabra «militarismo». Cabe hablar, por ejemplo, de un «*militarismo de casta o de clase*», aspecto sociológico bien definido y fácil de detectar, en la mayor parte de los casos, en las sociedades antiguas y modernas. Puede y debe hablarse también —claro está— de un «*militarismo instrumental*», es decir, una teoría que insiste en la utilidad de las guerras como medio válido para dar salida a determinadas situaciones políticas.

No obstante, empleamos aquí la palabra militarismo en un sentido más fundamental, es decir, como concepción que atribuye a la fuerza y a la violencia un lugar primordial en la Historia. El héroe, el guerrero, el militar victorioso, son los modelos de hombre preferidos en la postura básicamente militarista. Para el militarista «fundamentalista» las guerras no son, por tanto, hechos episódicos o accidentales. Constituyen, al contrario, una actividad esencial del hombre, la más característica de su existir histórico.

Apoyándose en la teoría darwiniana de la selección natural de las especies, los militaristas afirman que las guerras son necesarias para que el género humano pueda autoseleccionarse y desarrollar su máxima potencialidad. Por medio de la guerra, los pueblos fuertes imponen su voluntad a los pueblos débiles. A fin de que la Historia avance, éstos deben ser eliminados o conducidos como rebaños por los pueblos duros y fuertes.

Sin las guerras, las culturas se empobrecen, se encierran en sí mismas y degeneran; las naciones se debilitan; la Humanidad, en lugar de avanzar, retrocede. La guerra, en cambio, es creadora. En realidad, contribuye a unir a los hombres, unos con otros, construyendo civilizaciones y abriendo los caminos del progreso.

La doctrina nazi de la superioridad de la raza germánica y de la función que ésta debe desempeñar frente a la decadencia occidental es una aplicación clara de estas ideas. Hitler que —notémoslo— no era militar, fue militarista consumado y basta leer «Mein Kampf» para convencerse de ello.

El militarismo básico al que aludimos aparece en las literaturas más antiguas y lo encontramos también en la Biblia, como exaltación de las virtudes guerreras del pueblo judío al servicio de un Jehová tonante, Señor de los Ejércitos, que conduce a su pueblo permanentemente hacia la victoria.

Pero, frente al militarismo, vive también desde los más lejanos tiempos la otra corriente, la idea de Paz o —si se quiere— la idea «pacifista», la cual encuentra formas de expresión muy vivas y ricas en las viejas literaturas y concepciones religiosas de la India, de China y del antiguo Egipto. También en la Biblia aparece esta idea y lo hace con enorme fuerza, en formas proféticas que anuncian el camino hacia un futuro Reino de Paz, de Amor y de Justicia.

Kant intenta fundamentar filosóficamente la posición pacifista con su famosa teoría de la «Paz perpetua». Pero esta teoría es reconocida por todos como un ideal irrealizable, mientras el mundo sea mundo. Esto no significa, sin embargo, que la misma sea pura especulación. La idea de Paz puede inspirar una dinámica que actúe permanentemente sobre los pueblos, inclinándoles a buscar en todo momento los caminos y las soluciones pacíficas con preferencia a las militares y guerreras. Scheler²¹ ha hecho notar que la esperanza de la paz resurge siempre después de las guerras. Se celebran, en efecto, grandes Conferencias de Paz; se constituyen organizaciones para la Paz, como la Sociedad de Naciones, al final de la guerra del 14, y la Organización de Naciones Unidas, tras la segunda guerra mundial. Las gentes llegan a concebir grandes esperanzas de que las guerras no volverán. Pero las guerras vuelven.

De todos modos, esto no significa que los esfuerzos de los pacifistas sean por completo inútiles y que debemos renunciar a luchar contra la guerra. Algo ha cambiado en los últimos tiempos —tanto para bien como para mal— y los hombres modernos se dan cuenta de la necesidad de destruir la guerra antes de que ésta destruya a la Humanidad.

La invención de la bomba atómica introdujo al mundo en una nueva era estratégica en la que el concepto de guerra experimenta una profunda transformación. La guerra nuclear entre las dos superpotencias no podría ser la continuación de la política por otros medios, sino el fin de toda política. Tampoco podría servir, como algunos pretenden, para favorecer la justicia y la libertad en la vida de los pueblos.

La bomba atómica, con sus tremendos efectos, puso en evidencia el carácter aberrante de las armas modernas. Con ello el militarismo fundamentalista, basado en la glorificación de la guerra, debía haber perdido toda influencia. Sin embargo, vistas las cosas desde la perspectiva opuesta, la posesión de la bomba atómica se ha convertido en el más grande objetivo que el militarismo fundamentalista haya conocido jamás. Representa, en efecto, una concentración de poder militar nunca imaginada hasta ahora.

El militarismo pro-nuclear adquiere así unas dimensiones demenciales. Sólo un loco o un grupo de locos podría lanzarse a una guerra atómica. Este es, precisamente, el gran temor de la hora presente. ¿Qué ocurriría en el caso de un nuevo Hitler, de un Hitler nuclearizado, que tuviese en sus manos la posibilidad de emplear las armas atómicas?

Paradójicamente, la aparición de las armas atómicas no sólo ha servido para incrementar el militarismo, sino también el pacifismo. Gracias al arma nuclear, éste adquiere actualmente una mayor consistencia e importancia que en el pasado. Lo que en algún tiempo fuera principalmente una concepción especulativa e idealista, constituye hoy en día un gran movimiento de protesta universal con un objetivo concreto: la destrucción de los nuevos armamentos de represalia masiva que amenazan la supervivencia del género humano. La

oposición al arma atómica es, actualmente, un objetivo plenamente justificado y que atrae el interés de las multitudes.

Ahora bien, cuando hacia el año 50 empiezan a manifestarse los primeros brotes del nuevo pacifismo nuclear, el movimiento adquiere un tinte prosoviético que sus adversarios le echan inmediatamente en cara.

Era lógico que, mientras no existiesen más bombas atómicas que las americanas, denunciar las armas nucleares equivalía a favorecer los intereses de los soviéticos. Que éstos se aprovecharan de la situación para reforzar su propaganda y dividir a los occidentales parece cosa normal. Los Estados Unidos eran, por el momento, la única potencia atómica del mundo y todo lo que se dijese contra las armas nucleares repercutía contra ellos.

El Consejo Mundial de la Paz fue visto, pues, por mucha gente como un arma de los comunistas. Hay que reconocer, sin embargo, que la exigencia presentada por sus dos Manifiestos —el de Estocolmo, de marzo de 1950 y el de Viena, de enero de 1955— de que las armas atómicas fuesen destruidas, eran, en su esencia, justas y razonables y muchos millones de personas que no tenían nada de prosoviéticas las apoyaron.

Pero lo notable del caso es que los soviéticos, al mismo tiempo que impulsaban la propaganda pacifista occidental, seguían trabajando en la fabricación de sus propias bombas atómicas. En el momento del Manifiesto de Viena disponían ya de varias bombas termonucleares y no tardarían mucho en aumentar sus stocks de modo extraordinariamente alarmante para los EE.UU. Transcurridos unos pocos años ya no podía, pues, hablarse del arma nuclear como de una exclusiva de los americanos. Frente a los EE.UU., la URSS se había convertido también en una potencia atómica.

A pesar de esto, el equívoco continuó: la propaganda antinuclear siguió siendo considerada como básicamente prosoviética.

Durante muchos años —e incluso en la hora actual— todo el que públicamente se exprese contra las armas nucleares se expondrá a ser considerado como un instrumento, consciente o inconsciente, de la propaganda rusa.

De esta manera, los militaristas logran anular los esfuerzos que hoy realizan los pacifistas para convencer al mundo del enorme peligro que representan las armas nucleares, tanto rusas como americanas.

Ronald Reagan ha manifestado en varias ocasiones que los movimientos pacifistas están orquestados y financiados por los soviéticos y que tienen un carácter unilateral, puramente antiamericano.

Habría mucho que decir acerca de esto, claro está. Pero de todos modos Reagan consigue así cortar la protesta anti-nuclear en el mundo y dar curso libre a sus nuevos proyectos de armas nucleares y posnucleares.

Muchos pacifistas europeos, como E.P. Thompson, se levantan contra las acusaciones de Reagan y de sus colaboradores. Repiten, una y otra vez, que su acción se opone tanto a las armas nucleares soviéticas, como a las americanas; mantienen la necesidad de una tercera vía, de un «neutralismo activo», destinado a superar el bipolarismo y la ruptura del mundo en dos bloques, que tantos daños está causando actualmente a la Humanidad; tratan de hacer presión sobre los gobiernos, tanto del Oeste como del Este, para que lleguen a un acuerdo eficaz de desarme nuclear acelerado; propugnan para Europa una desnuclearización total —lo que Thompson llama la «opción cero»— como único medio de salvar al continente de la destrucción a que está expuesto al ser utilizado como teatro de guerra nuclear; se oponen, sobre todo, a la idea fatalista o «exterminista» de que contra la «situación nuclear» no hay nada que hacer, porque la misma es consecuencia de una serie de causas concatenadas e ineluctables.

El actual pacifismo tiene, a nuestro juicio, un valor muy superior al que ordinariamente se le concede en los medios políticos. Con el tiempo llegará probablemente a convertirse en un

gran movimiento de opinión universalmente extendido, que los gobiernos, tanto del Oeste como del Este, no tendrán más remedio que escuchar.

2. *Pacifismo físico y pacifismos éticos*

Cuando los americanos lanzaron las bombas de Hiroshima y Nagasaki no hubo en el mundo —como ya hemos visto en el primer capítulo de este libro— ningún movimiento de protesta. Sólo al cabo de unos años empezó la Humanidad a reaccionar contra aquel bárbaro suceso.

La gente fue informándose poco a poco del número de víctimas causado por las bombas; de los sufrimientos experimentados por los heridos y del estado en que habían quedado muchos de ellos tras haber sido radiactivizados a decenas de kilómetros de distancia del centro de la explosión; de la posibilidad de que algunos efectos se extendiesen a las generaciones futuras y de la enorme concentración del poder letal que la nueva arma ponía en manos del hombre.

Todo esto no podía menos de producir un sentimiento de horror y de repulsa contra el arma atómica.

Fue hacia el año 50 cuando empezaron a surgir las primeras condenaciones y las primeras reacciones de protesta contra la bomba. Las razones que se dieron para exigir la erradicación de ésta fueron fundamentalmente humanistas.

El Papa Pío XII habló entonces de la «monstruosa crueldad de la bomba». La calificó de «arma inhumana» y afirmó que ante el horrendo espectáculo de Hiroshima, no sólo la bomba, sino la guerra misma debía ser desterrada mediante el esfuerzo común de todos los hombres de buena voluntad.

Sin duda alguna, se puede y se debe condenar el arma nuclear por razones humanitarias. Pero un pacifismo *puramente humanitarista*, que pretendiese reducir la idea de paz a las de no-sangre, no-destrucción, no-guerra, sin querer atribuirle ningún contenido propio, más elevado, más profundo que esto, no sería aceptable.

Esta forma de pacifismo que podríamos llamar el «*pacifismo físico*» ha sido criticada por Paul Thibaud, en la revista «Esprit» (julio 83). «Respecto a la vida humana —afirma Thibaud— no basta con decir que hay que hacer todo lo necesario para que continúe. Para que la vida humana pueda seguir existiendo hace falta, ante todo, que sea *humana*, es decir, *libre*».

Para que el pacifismo tenga un sentido hace falta, pues, que su idea de paz se subordine a un bien superior, es decir, a una concepción ética —y no meramente biológica— de la vida. Sólo la vida ética permite al hombre superar la tiranía de la materia y el fatalismo del destino.

En oposición, pues, al pacifismo físico podemos y debemos hablar de un *pacifismo ético*.

Para vencer al monstruo del arma nuclear, para poder emerger de la situación de disuasión en la que el mundo actual se encuentra metido, el pacifismo físico resulta por completo insuficiente. El terror de la situación no basta para salir de la situación de terror. La idea de no-guerra convertida en un absoluto o en un fin-en-sí no nos sirve para combatir el verdadero combate de la paz.

Ahora bien, en el mundo actual hay que reconocer la existencia, de hecho, de una pluralidad de «ética» y por tanto también de varios «*pacifismos éticos*» contrapuestos o, por lo menos, diferentes.

En la medida en que se puede hablar de una moral marxista²², el *pacifismo comunista* es también, evidentemente, un pacifismo ético. Desde el punto de vista marxista el pacifismo absoluto no es aceptable. Para un comunista, la «no-guerra» no es un valor supremo. Si, en cualquier momento, la guerra se hace necesaria para obtener la victoria del proletariado, la guerra debe hacerse sin consideraciones humanitaristas pequeñoburguesas. Paradójicamente,

el pacifismo comunista viene así a tener algunos puntos de contacto con el militarismo «fundamentalista». Pero esto no es de extrañar, ya que los contrarios se tocan.

Notemos que otro tanto le ocurre al *pacifismo católico* o, para ser más preciso, a la *doctrina católica de la paz entre los pueblos* a la que muchos partidarios del pacifismo acusan a menudo de belicista.

3. No-violencia y desarme nuclear unilateral

La postura de no-violencia frente a la guerra y al arma nuclear es, en cierto modo, la antípoda del pacifismo físico. No procede del miedo, sino de un acrisolado espíritu de sacrificio.

El pacifismo no-violento no acepta el juego fatal de la disuasión, porque parte de la base de que la verdadera y definitiva victoria sobre las armas no se logrará nunca por medio de las armas —lo que sería una contradicción—, sino por la renuncia total al uso de las mismas.

Así, la idea del desarme no es, para el pacifista no-violento, una simple medida práctica — como puede serlo para los estrategas— destinada a reducir los peligros de la guerra en determinadas circunstancias. El principio del *desarme unilateral* está en la esencia misma de la doctrina de la no-violencia. Es así cómo concebía Gandhi su teoría de la «espada del espíritu».

Aplicada esta doctrina al caso actual de Europa —al alcance, toda ella, de los misiles soviéticos—, resulta que la verdadera salida de esta situación no ha de consistir en aumentar el número de euromisiles, sino en renunciar totalmente a éstos, dando prueba a los soviéticos de una voluntad de paz indudable.

Gandhi no es, evidentemente, el único inspirador del pacifismo no-violento. En la tradición cristiana ha existido, desde los primeros siglos, una fuerte corriente pacifista inspirada en la doctrina del amor a los enemigos y en la realización del Reino de Cristo, como un reino de justicia, de amor y de paz sobre la tierra.

La resistencia al servicio de las armas de muchos jóvenes cristianos en la Roma pagana y la actitud triunfante de los mártires son significativos a este respecto y han sido explicadas muchas veces, no como un signo de impotencia, sino como manifestación de una fuerza del espíritu superior, en su esencia, a todas las fuerzas materiales.

Es un hecho conocido que una gran parte de las doctrinas pacifistas actuales arranca a las doctrinas religiosas de ciertas confesiones y sectas protestantes que condenan el empleo de las armas y el uso de la violencia en todas sus formas.

Ante la presencia de las armas nucleares, estas ideas recobran hoy en día actualidad. Son muchas las personas que piensan que el tremendo problema de las armas nucleares sólo podrá ser resuelto mediante un cambio fundamental de actitud que sitúe la idea de la no-violencia y de la construcción de la paz por la justicia en el centro de las preocupaciones del hombre moderno.

El teólogo católico Edward Schillebeeckx, entre otros, ha manifestado su postura favorable al desarme unilateral, aunque expresando su incapacidad para definir las condiciones políticas en las que este desarme pueda ser llevado a la práctica.

«Al margen de estrategias concretas —escribe Schillebeeckx—²³ creo que los cristianos en su praxis política deben atreverse a caminar hacia un *desarme nuclear unilateral* y que también los responsables de las Iglesias deben tener la osadía de indicarnos a los fieles el camino de la *confianza arriesgada* del evangelio».

Por su parte, los especialistas de la disuasión adoptan una postura completamente opuesta al desarme unilateral. Ni siquiera se toman la molestia de examinar esta hipótesis, ya que la misma carece, en su opinión, de toda verosimilitud. El desarme nuclear unilateral en Europa

—dicen— sería, en este momento, la mejor manera de provocar una guerra inmediata. Una Europa nuclearmente desarmada frente a un Pacto de Varsovia nuclearmente armado sería, para los rusos, una tentación «casi física» de invasión: la estrategia —como la naturaleza— aborrece el vacío.

Muchas veces ha sido criticada la imprevisión y la debilidad de las potencias occidentales en el período que precedió a la segunda Guerra Mundial. De haberse mostrado más enérgicos los gobernantes ingleses y franceses frente a las exigencias de Hitler y al rearme realizado por éste, los alemanes no hubiesen atacado.

Pero la desastrosa impresión causada por los ejércitos aliados en el momento en que se vieron obligados a reaccionar contra el ataque hitleriano, después de la «guerra crepuscular», fue la demostración de la total falta de preparación en que se encontraban. Hitler lo sabía, y por eso atacó.

Ciertamente, nadie sabe lo que ocurriría en el caso de que el desarme nuclear unilateral se produjese realmente. ¿Reaccionarían los soviéticos de modo no-violento? La cosa es tan impensable, que no vale siquiera la pena de tomarla en consideración. El camino de la «confianza arriesgada» no parece el más aconsejable en el dominio de la ciencia estratégica²⁴.

Sin embargo, nada impide que la idea de una Europa militarmente desnuclearizada puede ser adoptada como meta de una acción paulatina y tenaz de los pacifistas y de los políticos favorables a la paz.

Un desarme *simultáneo, progresivo y controlado* no es imposible y podrá ser realizado el día en que los dirigentes de las dos superpotencias desciendan de las arrogantes posiciones en las que ahora se hallan colocados.

Incluso el principio de una desnuclearización unilateral es ya posible en el caso de que se intente realizarlo gradualmente a base de pequeñas iniciativas de una u otra parte.

E.P. Thompson y el Comité pro-desarme nuclear europeo propusieron, en abril de 1980, a los Estados Unidos que detuviesen los planes de establecimiento de los euromisiles, al mismo tiempo que pedían a la URSS que hiciera lo mismo con los SS-20. Es evidente que las superpotencias despreciaron olímpicamente estos llamamientos. Pero, en el futuro, nada asegura que, si una acción de este género se continuase y fuese apoyada por un número creciente de «hombres de buena voluntad», no pudiera la misma tener un éxito, al menos parcial. Por pequeño que fuese este éxito, podría ser el comienzo de una situación completamente nueva para el desarme nuclear mundial.

Aparte de lo que llevamos dicho, y que afecta casi exclusivamente a los aspectos prácticos de la cuestión, queda pendiente un problema teórico, y es el de saber si la doctrina de la no-violencia es, de suyo, generalizable, es decir, traspasable de la conducta de los individuos a la de los pueblos y los estados.

La no-violencia, que parece en principio excelente para la conducta personal, puede ser por completo inaceptable para el estado.

Gandhi defendió siempre la no-violencia, no sólo como el método de acción más valioso para su pueblo desde el punto de vista *moral*, sino también como el más *eficaz* en la lucha por la independencia de la India. Pero nunca negó a los partidarios del uso de las armas el derecho a usarlas contra los ingleses.

«Entre la violencia y la cobardía, yo aconsejaría la violencia... Esta es la razón por la cual pienso que los que creen en la violencia deben aprender el manejo de las armas. Preferiría ciertamente que la India no renunciase a las armas para defender su honor, antes que verla convertirse cobardemente en testigo de su deshonor».

Estas palabras de Gandhi, escritas en agosto de 1920²⁵, plantean en el fondo el problema de la legitimidad de la guerra defensiva que en la era nuclear se convierte en uno de los principales caballos de batalla entre pacifistas relativos y pacifistas absolutos.

Preguntado Gandhi: «¿cuando la India sea libre, tendrá que renunciar al empleo de las armas, incluso si una nación extranjera llegara a invadirnos?», el Mahatma responde: «En el Swaraj —es decir, cuando la India logre la independencia— yo no dudaré en aconsejar a los que deseen tomar las armas que luchen en defensa de su país».

Está claro, pues, que Gandhi no es un pacifista absoluto y que deja a salvo el derecho de un país a defenderse si es atacado. Pero esto no obsta para que, una y otra vez, repita que la no-violencia es el mejor y más eficaz medio de defensa.

Desgraciadamente, esta afirmación gandhiana no ha sido probada por los hechos. En los tiempos modernos no puede citarse un solo caso en el que la defensa no-violenta haya dado resultados prácticos para detener a un invasor o para evitar una guerra.

Pretender aplicar la doctrina de la no-violencia a la situación actual parece, pues, un propósito excesivamente azaroso. Un moralista inteligente debe atenerse a la realidad de los hechos y, según parece, éstos no favorecen a los partidarios del desarme nuclear sin contrapartida.

Debemos preguntarnos si el desarme nuclear unilateral sería, en realidad, un medio *eficaz* para anticiparse al peligro de una guerra nuclear en Europa.

He aquí algo que —según acabamos de indicar— parece extremadamente dudoso.

Precisamente, la única razón de principio que podría alegarse en el contexto actual para el mantenimiento de los armamentos nucleares por parte de una nación atómicamente armada — como Francia, la URSS y los EE.UU.— sería la de asegurar su defensa en caso de ataque nuclear o, al menos, la de disuadir «pre-entivamente»²⁶ a su presunto atacante.

Pero no cabe duda de que sí puede y debe exigirse con toda energía a los gobernantes de los países nucleares que hagan cuanto sea necesario para renunciar conjuntamente y simultáneamente a sus armamentos atómicos.

Ejercer esta presión sobre los gobernantes es, sin duda alguna, la misión primordial de los movimientos pacifistas. Damos en esto la razón a E.P. Thompson cuando afirma que «lo que necesitamos no es tanto un control de las armas nucleares como un control de los dirigentes militares y políticos que las tienen en sus manos».

4. La moral católica ante las armas nucleares

La Iglesia católica posee una larga historia y una doctrina muy amplia y coherente sobre la paz y la guerra entre las naciones. Al testimonio de los primeros cristianos en el ámbito de la Roma pagana, sigue la doctrina de San Agustín, quien por primera vez se plantea en toda su profundidad el problema de la construcción de una ética de la guerra.

La idea agustiniana de una «guerra justa» es completada y perfeccionada por Santo Tomás, a quien suceden en su misma línea otros teólogos de gran prestigio. Pero, para cuando éstos empiezan a reflexionar, la guerra ha cambiado ya de naturaleza. Con la aparición de la pólvora y de los cañones —primera gran *mutación* en la historia de las armas— ha perdido ya una parte de su primitivo carácter caballeresco y se ha convertido en algo mucho más mortífero y terrible.

Las gentes, consternadas, evocan las antiguas guerras con un lenguaje parecido, quizás, al del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha en su famoso discurso de las letras y de las armas. «Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo, para mí, que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención».

En el transcurso de los siglos, nuevas y sucesivas mutaciones van acrecentando el poder mortífero de las armas y cambiando el panorama de la guerra, hasta convertirla en un fenómeno de masas, lo que ahora se llama la guerra total.

Las dos guerras mundiales —sobre todo la segunda— vuelven a plantear el problema de la moralidad o inmoralidad de la guerra, pero ya en términos mucho más acuciantes, de mucho mayor gravedad y urgencia que en el pasado.

Desde Benedicto XV hasta Juan Pablo II todos los papas se ocupan del tema de la guerra: lo hacen en forma de discursos, encíclicas y otros documentos que adquieren con frecuencia un relieve mundial.

A partir de 1946 el tema del arma nuclear forma parte habitual de la pastoral de la Iglesia católica. El primer documento eclesial en el que se alude a esta cuestión es, al parecer, la Carta pastoral del Cardenal Saliège, de 11 de febrero de 1946.

Después, este género de manifestaciones se generaliza y adquiere una creciente modernidad y adecuación a la situación real. Últimamente los obispos alemanes, americanos y franceses han tratado en sendas cartas pastorales las cuestiones más importantes desde el punto de vista moral en relación con las armas nucleares, y es posible que los obispos españoles lo hagan también ante la proximidad del referéndum sobre la OTAN, que va unido, sin duda, al asunto de los armamentos atómicos en Europa y en el mundo.

Independientemente de los motivos de fe que los creyentes tienen para depositar su confianza en estas enseñanzas, este conjunto doctrinal es altamente estimable en sí mismo. Nadie que se proponga conocer a fondo los planteamientos de tipo ético en torno al tema de las armas nucleares, puede razonablemente ignorarlo.

La moral católica no acepta la idea de que la paz deba ser considerada como un bien absoluto o supremo. Al contrario, dicha doctrina afirma que la paz está subordinada a la realización de otros bienes, como la libertad y la justicia, sin los cuales no puede ser nunca una «verdadera paz».

«Un mundo exento de guerra, como la Iglesia lo reclama sin cesar, no será posible más que cuando los derechos del hombre y el derecho de gentes hayan obtenido reconocimiento universal y no circunscrito por los intereses hegemónicos» (Obispos de la RFA, 1983).

Algunos pretenden que en la actual «situación nuclear», es decir, la nueva situación política y estratégica creada en el mundo por la aparición de las armas atómicas, todo ha cambiado de tal manera que ya no tiene sentido hablar de «legítima defensa», esto es, del derecho de cada pueblo a defenderse contra un agresor que intente destruirle.

No es ésta la posición que mantiene la ética católica de la paz. Desde su punto de vista, los gobernantes tienen, no sólo el derecho, sino también el deber, de proteger a sus pueblos contra la opresión y de defenderlos, incluso con las armas, cuando son invadidos y se pone en peligro su propia existencia como pueblos.

Más aún, la doctrina de la Iglesia reconoce a los gobernantes el derecho a *preparar* esta defensa. En una situación como la actual —decía Pío XII en 1953²⁷— hay que contar con la posibilidad de que «criminales sin conciencia» desaten en cualquier momento la guerra total, una guerra moderna que llevaría consigo «ruinas, sufrimientos y horrores inimaginables». Esta es la razón por la cual los pueblos tienen que prepararse para el día en que se vean en la necesidad de defenderse. Este derecho a mantenerse a la defensiva no se le puede negar, *incluso en la actualidad*, a ningún estado». (Subrayado nuestro).

Si el derecho a la defensa fuese totalmente excluido, como quieren los partidarios de la no-guerra, el panorama moral de la Humanidad sería, por demás, trágico y tenebroso.

Se explica, pues, que la moral católica se resista a condenar toda guerra, de modo radical y absoluto. Ha de dejar abierto el portillo de la guerra defensiva sin el cual quedaría el campo libre a la injusticia y a la opresión: el derecho del más fuerte a avasallar y destruir al más débil, de acuerdo con los principios del militarismo fundamentalista más detestable.

En los documentos católicos sobre la paz y la guerra, aparece constantemente afirmado el derecho de los pueblos a defenderse, hasta el punto de convertirse en un tema repetitivo. A las

más duras fórmulas de rechazo a la guerra acompaña, casi siempre, la *salvedad* de la legítima defensa.

Así, mientras los pacifistas absolutos se pueden permitir el lujo de condenar, de modo categórico y sin paliativos, toda clase de guerras y toda clase de armas de guerra, el moralista católico tiene que andar con pies de plomo ya que ha de moverse en un universo de tensiones y contradicciones no fácilmente armonizable.

En el contexto actual del mundo, la Iglesia condena, por supuesto, la guerra, no sólo por las enormes dimensiones que ésta ha cobrado gracias a las armas modernas, sino también por el peligro que entraña todo conflicto armado, por pequeño que parezca de conducir a una guerra nuclear total. Pero la moral católica no puede ignorar el derecho esencial de un pueblo a defenderse contra un invasor que ponga en peligro su propia existencia como pueblo.

Este es un asunto muy serio para poder desconocerlo, mucho más serio, sin duda, de lo que parece interpretar Ronald Reagan cuando, en recientes declaraciones, ha afirmado —quizás no se trataba más que de un gesto de humor— el derecho de los Estados Unidos a su «legítima defensa» contra Nicaragua.

Así —bromas aparte— la condenación de la guerra por la Iglesia no puede ser absoluta, ya que tiene que dejar siempre a salvo la posibilidad de defenderse de un estado contra una invasión real de su propio territorio (invasión, por cierto, poco esperable en el caso de Nicaragua y de los EE.UU.).

Pero no es esta la única causa de «ambigüedad» de la citada doctrina, ya que una vez afirmado el principio de la legítima defensa, la moral de la Iglesia católica lo tiene que acotar o condicionar: no todo medio de defensa es admisible. Antes de recurrir a un medio o un arma inmoral es preferible «sufrir la injusticia».

Los moralistas católicos establecen dos reglas o principios que deben ser respetados en todo caso, incluso en el de una guerra defensiva. El primero de ellos es el principio de *proporcionalidad*, el cual exige que la defensa sea proporcionada al ataque. Evidentemente, no se puede correr el riesgo de destruir el medio natural, el «ecos» de la especie humana, o de aniquilar la civilización, con el fin de defender la independencia nacional de un pueblo.

Tampoco cabe admitir la utilización de medios bélicos cuyos efectos sean *incontrolables o indiscriminados* (segunda regla). En el caso de que los efectos de un arma afecten a las poblaciones o se extiendan más allá de los objetivos militares propiamente dichos, dicha arma debe ser considerada como inmoral.

Que las armas de represalia masiva se encuentran en este caso parece cosa obvia: es muy difícilmente concebible que un bombardeo nuclear, por ejemplo, pueda ser realizado con respeto de los principios de proporcionalidad y de controlabilidad.

Ciertos medios de guerra convencionales utilizados en el transcurso de la Segunda guerra mundial —coventricación, bombardeos de poblaciones civiles, etc.— traspasaban ya los límites de la ética: eran y siguen siendo condenables. Mucho más lo sería actualmente el empleo de armas nucleares cuya acción catastrófica está ya calculada de antemano en centenares de megatones.

Incluso una operación militar de defensa iniciada con armas nucleares miniaturizadas tendría siempre muchas probabilidades de traspasar la frontera de lo nuclear táctico a lo nuclear estratégico.

Todas estas cosas deben ser tenidas en cuenta, a la vez, para fijar los límites morales de una *defensa* en el contexto de una estrategia nuclear.

Como consecuencia de estas tensiones internas dentro de la doctrina católica de la paz, se produce, a veces, una cierta sensación de «ambigüedad» a la que ya hemos aludido. Los pacifistas absolutos acusan a la Iglesia de que no acaba de tomar postura contra la existencia de armas nucleares y de que esta especie de indefinición favorece, en último término, las posiciones de los militaristas y belicistas.

Esta acusación no es justa. Se parte en ella de una *simplificación* del problema, no exenta, en algunos casos, de intencionalidad política.

Un «incidente» ocurrido en 1951, y del que oímos hablar mucho por entonces en los medios cristiano-pacifistas, puede servirnos de ejemplo para explicar la anterior afirmación.

Acababa de celebrarse en Varsovia el Segundo Congreso mundial de «partisanos» de la Paz, con la participación de delegados de 80 países y bajo la presidencia del atomista francés Frédéric Joliot-Curie. En cumplimiento de los acuerdos adoptados en las sesiones Joliot-Curie dirigió al Papa Pío XII una carta en la que solicitaba su apoyo para las dos peticiones elevadas por el Congreso a las Naciones Unidas.

Las peticiones eran éstas: *Primera*, prohibición de toda clase de armas de represión masiva y —entre ellas— en primer lugar, de las armas atómicas. *Segunda*, denuncia como criminal de guerra de todo gobierno que tomase la iniciativa de utilizar tales armas.

Es evidente que en un momento en que los EE.UU. era realmente la única potencia atómica del mundo, mientras que los rusos preparaban todavía su primera bomba termonuclear —la cual había de tardar aún más de dos años en llegar a ser una realidad— la doble petición del Congreso de Varsovia era prácticamente una excelente maniobra para dar tiempo a que los rusos adelantasen en sus investigaciones nucleares hasta ponerse al par de los americanos.

La demanda de Joliot-Curie tenía, pues, todos los caracteres de una celada. Si el Papa la aceptaba se habría logrado un tanto en la campaña publicitaria contra EE.UU. Si, por el contrario, la rechazaba, se pondría en evidencia ante todo el mundo que la Santa Sede se colocaba al lado de los belicistas.

Como era de esperar, en la respuesta dirigida a F. Joliot-Curie, en nombre del Papa, con fecha 16 de febrero de 1951, por el Secretario de Estado Montini, se eludía manifiestamente la cuestión planteada en la carta. No eran recogidas —ni siquiera mencionadas en la citada respuesta— ni la prohibición de las armas de represalia masiva ni la denuncia como criminales de guerra de los gobiernos que las aplicasen. Esta se limitaba a decir que la Iglesia seguía estando en favor de la paz, como lo había estado siempre, y en contra de las «monstruosas armas inventadas por la técnica moderna», expresiones suficientemente generales como para que nadie pudiera darles sentido político alguno.

Algún observador hizo notar que, al no condenar las armas nucleares de manera expresa y tajante, la Santa Sede parecía adoptar una actitud de comprensión o de tolerancia hacia los poseedores de la bomba, y, más concretamente, hacia los gobernantes norteamericanos.

Sin embargo, esta actitud no tenía nada de extraño ni de unilateral. El respeto a la libertad de acción de los gobernantes forma parte de las normas de conducta habituales de la Iglesia. Aunque, en principio, lo deseable era que las «monstruosas armas» fuesen destruidas, la Santa Sede no podía inmiscuirse: no podía adoptar una postura concreta sobre lo que los EE.UU. debían hacer con la bomba en aquel momento. La cuestión estaba ya siendo discutida desde 1946 entre los EE.UU. y la URSS y eran los gobiernos de ambos estados —y los de todos los demás estados del mundo— quienes debían decidir sobre el porvenir de las armas nucleares.

Las conclusiones del Congreso de Varsovia, tal como habían sido formuladas por éste, tenían todo el aspecto de una declaración política. Iban, sin duda, mucho más allá de lo que puede ser un enunciado de principios morales y, en este sentido, la Santa Sede no podía suscribirlas.

Por otra parte, a los moralistas no se les puede exigir que den respuesta categórica y completa a todas las interrogantes éticas que la actual situación de «pre-guerra» nuclear plantea.

Muchas de estas cuestiones, como la licitud de la guerra nuclear limitada, la fabricación y posesión de armas atómicas, la investigación científica para la producción de nuevas armas presuntamente defensivas, etc., etc., están aún en discusión y dependen, en gran parte, de

información técnica de difícil interpretación. Convengamos, pues, en que los moralistas deberán ser sumamente cautelosos al abordarlas. Pero existen puntos fundamentales respecto de los cuales no queda la menor duda. Así, por ejemplo, la condenación de los medios bélicos indiscriminados o incontrolables.

La frase de la «*Gaudium et spes*»: «todo acto de guerra que tienda indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras o de vastas regiones con sus habitantes, es un crimen contra Dios y contra el hombre que debe ser condenado firmemente y sin la menor vacilación», es lo suficientemente dura y clara para que ningún político o militar, que pretenda proceder moralmente, pueda llamarse a engaño.

Desgraciadamente no parece que la Humanidad pueda confiar demasiado, en este momento, en la conciencia moral de estos hombres llamados a conducir la política mundial, ya que gran parte de ellos se ven conducidos por una especie de fatalismo que, de alguna manera, les eximiría de responsabilidades personales. Han adquirido hábitos. Han inventado una lógica y un lenguaje especializados que son los del común de los mortales. Sus planteamientos técnicos se repiten siempre, casi en los mismos términos, faltos de imaginación y de esperanza.

A los que hablan de otro modo, como pueden ser, por ejemplo, los obispos —véase a título informativo la carta de Weinberger a la Conferencia episcopal norteamericana, en octubre de 1982, o las del consejero de Reagan, William P. Clark, al presidente de la Comisión redactora de la misma— les dicen que no entienden nada del arma nuclear, que las cosas son como son y que no pueden ser de otra manera; que al mundo no le queda otro camino que la disuasión, el perfeccionamiento constante de las armas y la invención de nuevas armas cada vez más poderosas para oponerse a los enemigos de la paz.

Los problemas que plantea el arma nuclear no pueden ser abordados «more geometrico». Al contrario, las actitudes que se adopten ante ellos han de inspirarse en una percepción completa de la realidad en todos sus aspectos, tanto políticos y estratégicos como psicológicos y humanos.

¿Qué ocurriría, por ejemplo, si la cuestión moral de la legitimidad o no legitimidad de la *disuasión* nos condujera a una condenación total, categórica y definitiva de dicha estrategia? ¿Cambiaría en algo la situación? ¿Qué podría ponerse de la noche a la mañana en lugar de ella? ¿De qué otra alternativa real dispondrían los gobiernos de las dos superpotencias?

Al decir esto no tratamos, evidentemente, de dar por buena la disuasión, tan justamente criticada por muchas personas, entre las que nos incluimos, sino de conducir el problema al terreno que le corresponde, que es el de la prudencia política. En efecto, ante una cuestión de tamaña complejidad, la actitud moralista no debe, al parecer, traducirse en condenaciones categóricas, sino en la presentación de «cuadros prudenciales» dentro de los cuales puedan moverse realmente los hombres de carne y hueso que tienen, en estos momentos, la responsabilidad de la situación.

Desgraciadamente las palabras que acabamos de utilizar: «prudencia» y «prudencial», resultan chocantes en el lenguaje moderno. Son palabras que han venido a menos. Su significado actual apenas tiene nada que ver con la grandeza que les atribuían los antiguos.

La genuina prudencia consiste en una percepción de los principios al mismo tiempo que de la realidad a la que éstos deben ser aplicados. Ambas cosas se funden en el espíritu del hombre verdaderamente prudente y es la virtud de la prudencia política lo que permite al gobernante proceder de modo racional y moral en medio de las situaciones más complejas y difíciles que puedan presentársele.

Ninguna de las dos abstracciones: abstracción de los principios, abstracción de la realidad, puede conducirnos a una solución correcta de los tremendos problemas que tiene planteados la Humanidad actual por causa de la existencia —¡cuarenta años ya!— de las armas atómicas.

Un ejemplo muy significativo de la prudencia de la actitud católica ante los muy complejos problemas del arma nuclear nos lo da el Mensaje de Juan Pablo II a la sesión extraordinaria de las Naciones Unidas en 7 de julio 1982.

En este mensaje, el Papa hacía un repaso a la situación de «no-guerra actual»: pocos progresos en el desarme, aumento anormal de los gastos militares, espectro de un posible choque entre las dos superpotencias, crisis ética que afecta a las sociedades actuales que da lugar a que sean aceptadas como cosa normal la producción y posesión de armamentos apocalípticos.

Pero el punto más importante de este mensaje fue, seguramente, la alusión que Juan Pablo II hizo en él al tema de la *disuasión*. Son unas palabras muy citadas y comentadas en estos últimos tiempos: «En las condiciones actuales, una disuasión basada en el equilibrio, no, ciertamente, como un fin en sí, sino como una etapa en la vía del desarme progresivo, puede todavía ser juzgada como aceptable. Sin embargo, para asegurar la paz, es indispensable no contentarse con un mínimo, siempre cargado de un peligro real de explosión».

Estas palabras de Juan Pablo II dejaron desconcertadas a muchas personas convencidas de que la estrategia de disuasión es, en sí misma, inmoral. El Papa no condenaba la disuasión, no negaba a los gobernantes el derecho a aplicarla mientras no dispongan de otra alternativa que habrá de ser lograda por la vía de la negociación; pero tampoco la aprobaba de buen grado: parece como si en sus palabras hubiese una especie de forcejeo. Este hecho podría ser, tal vez, explicado en función de las ideas que acabamos de exponer sobre los juicios y opciones prudenciales.

En realidad, una buena parte de las actitudes actuales de la Iglesia respecto a las armas nucleares parece inspirarse en la grande —aunque, para algunos, sospechosa— doctrina de la *tolerancia de los males*. Desde este punto de vista nos aventuramos a formular la siguiente conclusión: En el momento presente, dada la situación en que se encuentra la política mundial, el *mal menor* de la *disuasión* deberá ser tolerado para evitar el *mal mayor* de la *explosión a corto plazo*.

[Notas]

1. Véase p. ej. «Les réactions de la conscience mondiale», en volumen colectivo: «L'atome pour ou contre l'homme». «Pax Christi» (1958).
2. Ref. en Claude Delmas, «La Stratégie nucléaire» (1963), PUF, pág. 52.
3. «Estrategia y política de la era nuclear», Tecnos, 1979.
4. Ver, por ejemplo, «Crisis de los Euromisiles», Ed. Debate 1984, pág. 195.
5. «La guerre mondiale malgré nous?», Trad. del alemán, La Découverte-Maspero.
6. «Le second âge nucléaire», Presses Universitaires de France, 1974.
7. Dieter S. Lutz, «La guerre mondiale malgré nous?», pág. 192.
8. Marceau Felden, «La guerre dans l'espace», p. 164 s.
9. «Un droit nouveau encore en gestation», en «Le Monde, dossiers et documents», febrero 1985.
10. Sobre el comercio de armas: J. Klein, «Arms Sales. Development, Disarmement» in «Bulletin of Peace Proposals» n° 2, 83.
11. «Opción cero» (Grijalvo), pág. 51.
12. Pierre Célérier, «Géopolitique et Géostratégie» (Presses Universitaires, 1961).
13. «Le Monde», 3 junio 1984.
14. En «Superpotencias en Colisión», ed. Debate, 1985.
15. General R. Close, «L'Europe sans défense?» (Ed. Arts et Voyages), pág. 292.
16. Lucien Poirier: «Des stratégies nucléaires» (Hachette).
17. Dieter S. Lutz. Obra citada, pág. 200.
18. Nota de Philippe Lacroix en «La guerre malgré nous?», pág. 125.
19. Editorial Fayard, pág. 233.
20. «Le Monde», 30-4-85, «L'Allemagne n'est pas notre glacis».
21. Max Scheler, «L'idée de Paix et de Pacifisme», Aubier 1953.

22. José Luis L. Aranguren, «El marxismo como moral», Alianza Editorial.
23. «Concilium», nº 184, 1983.
24. Algunas posturas favorables al rearme de Europa frente a la URSS —«antes muertos que rojos»— son inteligentemente expuestas por Mariano Aguirre en su libro «De Hiroshima a los euromisiles», Tecnos, 1984(2).
25. «La jeune Inde», Eds. Stocks, París 1948; en «La doctrine de l'épée», pág. 107, y en «Mon inconséquence», pág. 177.
26. Dada la enorme rapidez con la que puede desarrollarse una guerra nuclear, no cabe establecer una distinción neta entre el período previo a ésta y el despliegue inmediato de la misma. Para marcar esta diferencia se emplea actualmente un neologismo, procedente de la palabra inglesa *pre-emption* (derecho de prioridad), consistente en la expresión «guerra preentiva», la cual no debe confundirse evidentemente con la de «guerra preventiva» o guerra previa. Según esto, «guerra nuclear preentiva» es una acción nuclear realizada para obtener una posición prioritaria dentro de una situación en la que se tiene la seguridad de ser atacado nuclearmente a muy breve plazo.
27. «Discurso a los miembros del VI Congreso Internacional de Derecho Penal», 3 octubre 1953.

GLOSARIO sobre palabras relativas al arma nuclear¹

ABM. Se designan con esta sigla los **misiles antibalísticos** destinados a detener en el curso de su trayectoria a los misiles adversarios. Las actuales redes antimisiles son poco eficaces, razón por la cual los americanos se han propuesto aplicar a las mismas medios y **armas de alta tecnología*** en su **iniciativa de defensa estratégica (SDI)***. Dado el carácter **desestabilizador*** de los **ABM**, una parte importante del Tratado **SALT-1*** se dedicó a establecer limitaciones y prohibiciones sobre esta clase de armas. La misma es conocida con el nombre de **Tratado ABM*** (79-80; 142).

Afganistán: Intervención soviética en 1979. El 24 de diciembre de 1979, varios miles de paracaidistas soviéticos descendieron sobre los aeropuertos afganos con el fin de ayudar al Gobierno de aquel país a contener la rebelión producida en abril de 1978. Esto produjo un conflicto bélico, que dura todavía, y a causa del cual el Senado americano se negó a ratificar el tratado **SALT-2** (82).

Amenaza soviética. Sobre Europa pende la amenaza de una posible invasión o **finlandización** del continente por parte de la URSS. La realidad de esta amenaza es, sin embargo, muy discutida, y existen opiniones enteramente encontradas al respecto (185-190). También en España se polemiza sobre este tema en vísperas del anunciado referéndum sobre la OTAN (186-187).

Arma absoluta. En algunos momentos de la historia militar se ha soñado con la invención de un arma absolutamente invencible que permitiese imponer el total dominio del bando que la poseyera sobre cualquier adversario. Esto ocurrió, por ejemplo, con la aviación de guerra en sus comienzos, así como en la primera época de la bomba atómica, es decir, en la etapa del monopolio atómico americano (29; 43; 53).

Armas antimisiles. Destinadas a la destrucción de los misiles adversarios, sea en sus bases o en el curso del vuelo. El carácter **desestabilizador*** de estas armas da lugar a la necesidad de que las mismas sean prohibidas o rigurosamente limitadas (74; 78-79).

Armas atómicas miniaturizadas. El «gigantismo» de las primeras bombas atómicas fue superado al comprobarse que las mismas sólo servían para intimidar, pero no para hacer una guerra efectiva. Se tendió entonces a reducir la dimensión de los artefactos nucleares, especializándolos hacia fines tácticos determinados. Este proceso fue conocido con el nombre de «miniaturización» o «banalización» de las armas atómicas (117-122).

Armas atómicas soviéticas: sus progresos hasta el año 65. Contra lo que suponían los americanos, los rusos no tardaron en hacerse con la bomba atómica. Lograron hacer explotar una **bomba de fisión*** en 1949 y su primera **bomba termonuclear*** en 1953. Este proceso acelerado obligó a los EE.UU. a modificar profundamente su estrategia que hasta entonces se había apoyado en la idea del monopolio atómico americano (45-48; 112).

Armas de alta tecnología. La aplicación de técnicas modernísimas —algunas de las cuales se encuentran todavía en fase de iniciación— a la invención de nuevos armamentos da lugar a las que se han llamado «armas inteligentes», altamente robotizadas, y que pueden cambiar por completo la faz de las guerras futuras haciéndolas, quizás, más humanas o, por el contrario, mucho más inhumanas que todas las conocidas hasta ahora (145-154).

Armas defensivas y ofensivas. La dialéctica entre la defensa y el ataque se complica enormemente en el cuadro de la Estrategia nuclear. Un sistema de defensa nuclear absolutamente inexpugnable de una de las dos superpotencias sería intolerable para la otra y obligaría a ésta a realizar un **primer golpe** antes de que dicho sistema se convirtiese en realidad (146).

Armas estratégicas. La distinción entre estas armas y las **armas nucleares tácticas*** se hace difícil en algunos casos, ya que existen notables ambigüedades al respecto. Esta circunstancia ha dificultado las negociaciones relativas a la reducción y control de armas atómicas (76-86).

Armas nucleares tácticas. Concepto de las mismas (76-77). Su carácter desestabilizador (121-122).

Armas posnucleares. Conviene establecer una distinción entre las armas nucleares conocidas hasta ahora y las que denominamos **armas posnucleares**, como el laser o las ondas de partículas dirigidas (138).

«**Armas control**». Denominación originaria del **control de armamentos nucleares*** que no debe confundirse con la «limitación» y «reducción» de los mismos (73-74).

Avión crucero. Avión auto-dirigido que busca por sí mismo el blanco, comparando las observaciones que realiza sobre el terreno con el programa que le ha sido comunicado. Su denominación originaria es la de «**cruise missile**» (**CM**), aunque debe ser distinguido netamente de los misiles balísticos (150-152).

Bipolarización y bipolarismo. La distinción entre estos dos conceptos es esencial para entender la situación actual del mundo. La bipolarización es un **hecho** que consiste fundamentalmente en la división del mundo desarrollado en dos bloques opuestos. El bipolarismo, en cambio, es una **ideología**, o, más bien, la lucha entre dos ideologías, cada una de las cuales hace consistir la solución de los problemas mundiales en su victoria sobre el bloque contrario (169-174).

Bomba A. Ver **bomba de fisión**.

Bomba de cobalto. Bomba H* recubierta por una capa de cobalto, lo que aumenta la emisión radiactiva haciendo más mortíferos los efectos de la explosión (115).

Bomba de fisión. La bomba atómica de fisión, o **bomba A**, funciona en base a la «fisión» o ruptura del núcleo de elementos pesados, es decir, de elevada masa atómica, como el Uranio o el Plutonio 239, dando lugar a elementos fraccionados más ligeros. Este tipo de bomba era de muy difícil manejo, exigía un mínimo de masa para cada bomba —«masa crítica»— y tenía un rendimiento energético muy bajo al perderse una gran parte de las radiaciones emitidas por la explosión, razones por las cuales la bomba de fisión fue sustituida, a partir de 1952, por la **bomba de fusión*** (110-111).

Bomba de fusión. La fusión consiste en una reacción nuclear que asocia dos núcleos ligeros, por ejemplo de hidrógeno o de isótopos de este elemento, para producir un núcleo más pesado, como el de helio. Este tipo de reacción produce una gran cantidad de energía y es utilizado en la **Bomba H, bomba de fusión** o **bomba termonuclear** (111-114).

Bomba de neutrones. Es una modalidad de **arma nuclear táctica*** en la cual se tiende a reducir la onda explosiva y la irradiación de calor y a elevar, por el contrario, la emisión de neutrones producida por la explosión de una bomba H. De esta manera, se evita la destrucción de bienes, edificios, armamentos, etc. y se aumenta de un modo extraordinario el efecto mortífero sobre las personas (281).

Bomba H. Véase **bomba de fusión**.

Bombas de Hiroshima y Nagasaki. Primera impresión causada en la opinión mundial por su lanzamiento (20-21). Comparación con el bombardeo de Tokio (20). Finalidad de su empleo en 1945 (54).

Bombas gigantes. (117-118; 124).

Bombas sucias y limpias. Las primeras bombas atómicas tenían un rendimiento energético muy bajo. Una buena parte de su material radiactivo se extendía hasta grandes distancias. Los científicos al servicio de la investigación militar se plantearon el problema de reemplazar estas «bombas sucias» por nuevos modelos que estuviesen libres de estos defectos, o «bombas limpias» (109-110; 114).

Bombas volantes. Fueron utilizadas por los alemanes entre 1944 y 1945 en sus bombardeos contra Londres. Los rusos utilizaron estas experiencias en la invención de misiles nucleares (125-126).

Bomba termonuclear. Ver **bomba de fusión.**

Círculo de error probable. Círculo cuyo centro está en el blanco previsto y cuyo radio —«radio de error probable»— ha sido calculado de modo que aproximadamente el 50% de los impactos se produzcan dentro del citado círculo (134).

Compromiso del bosque. Fórmula especialmente interesante de reducción de las fuerzas nucleares de alcance intermedio en Europa, lograda en una conversación privada entre los negociadores Paul Nitze y Juli Kvitinsky, pero que nunca llegó a traducirse en acuerdo oficial (94-96).

Comunidad de defensa europea (CDE). Proyecto lanzado en 1952, que no tuvo éxito por la oposición de Francia (202).

Congelación de armamentos nucleares. La idea de congelación de armamentos no es, en general, la más eficaz, debiendo preferirse a ella las de **reducción*** y **control*** (72).

Contención del socialismo. Una de las principales ideas claves de la **doctrina de Dulles*** de 1954 fue la del «containement» o «contención del socialismo». Según esta doctrina, cualquier avance del mismo en cualquier lugar del mundo sería reprimido con armas nucleares si esto se juzgaba necesario (172).

Contrapropuesta Brezhnev en 1982. Ver **opción «cero» de Reagan.**

Control de armamentos nucleares o «**arms control**». Intento de armonizar los armamentos nucleares de las superpotencias a fin de evitar o disminuir la inseguridad. Para designar este concepto, los alemanes emplean la denominación de «Kooperative Rüstungssteuerung» y los franceses la de «Maîtrise nucléaire» (73-74).

Crisis de Berlín (junio 1948). Inutilidad de la bomba atómica en aquellas circunstancias iniciales, a pesar del monopolio americano de la misma (22-23).

Crisis del canal de Suez. En 1956 estalla un conflicto entre Egipto y los aliados franco-británicos como consecuencia de la nacionalización del canal de Suez por dicho país. Tras el bombardeo del territorio egipcio por los aliados, el 31 de octubre de 1956, Bulganin amenaza a la Gran Bretaña con una represalia atómica, mientras Foster Dulles interviene en apoyo de la postura soviética. La crisis queda superada retirándose los franco-británicos del Oriente Medio. Por primera vez en la historia del arma nuclear, un conflicto nuclear es evitado por la intervención del **duopolio*** soviético-americano (33-35).

Crisis de los misiles de Cuba. La crisis más grave en las relaciones soviético-americanas en los últimos cuarenta años ha sido seguramente la provocada en octubre de 1962 por la decisión rusa de instalar misiles atómicos de alcance intermedio en Cuba. Esta amenaza directa al territorio estadounidense estuvo a punto de producir una guerra nuclear entre las dos superpotencias; pero fue superada por la prudencia con que actuó la administración Kennedy y la no menor sensatez de los dirigentes soviéticos. Desde el punto de vista estratégico se han formulado juicios contrapuestos sobre el alcance real de este incidente.

«**Cruise missile**». Ver **misil de crucero.**

Defensa antimisil. Anticipándose al Tratado **SALT-1***, los rusos crearon en 1968 una zona protegida por antimisiles nucleares en torno a Moscú, empleando para ello el misil IBGALOSH, que todavía está en funcionamiento. Los americanos, sin embargo, renunciaron pronto a esta idea —a pesar de que el Tratado ABM de 1972 les concedía el derecho a montar dicho género de defensa—, por estimar que la misma era poco eficaz. El proyecto **SDI*** del presidente Reagan vuelve ahora a la misma idea, aunque con medios mucho más poderosos, lo cual parece contravenir el Tratado (142).

Defensa flexible. Hacia 1960 aparece la idea de la «flexible response» o «respuesta gradual», en oposición a la **doctrina Foster Dulles de 1954*** que partía del supuesto de que,

en la Era atómica, toda **guerra total** debe ser nuclear. A las diversas formas de ataque posible, la «defensa flexible» opone una variedad de reacciones, las cuales han de ser utilizadas gradualmente, evitándose el recurso a los «medios supremos». En opinión de los estrategas americanos, la guerra entre las dos superpotencias, si llegase a estallar, se desarrollaría en Europa y debería responder al modelo de la «defensa flexible», idea que los europeos ven, naturalmente, con enormes reservas (194-196).

De Gaulle (General). Sus ideas sobre la «**force de frappe**»*, o arma nuclear disuasoria francesa, han tenido una gran transcendencia sobre la actual situación política y estratégica de Europa, jugando un papel más bien negativo en relación con la unidad europea (207-215).

Densidad de energía. Cociente de dividir la energía destructiva aplicada por un arma por el volumen o la masa a la que se aplica. Aunque la cantidad total de energía no sea muy grande, sus efectos pueden ser enormemente efectivos si se concentran sobre un objetivo microscópico, como puede serlo, por ejemplo, el cerebro directivo de un misil. El «latigazo energético» es, quizás, la clave de las futuras «**armas posnucleares**»* que propugna la **SDI*** (139-140).

Derecho en el espacio. La temida «militarización del espacio» plantea grandes problemas jurídicos que han sido afrontados, de un modo todavía muy parcial e inseguro, en sucesivos acuerdos y tratados internacionales (156-160).

Desarme nuclear unilateral. El que puede operar una de las superpotencias sin compensación equivalente por parte de la otra. Los efectos de una medida de este género pueden ser **desestabilizadores*** en opinión de los estrategas que defienden la doctrina de la **disuasión***. Algunos pacifistas establecen una relación entre el desarme unilateral y la **no-violencia** y afirman, por el contrario, la conveniencia de que esta postura sea adoptada en Europa en oposición a la del despliegue de los euromisiles (241-246).

Desestabilización (Factores). Determinadas armas o medios técnicos tienden a romper el equilibrio de disuasión, favoreciendo el estallido del conflicto nuclear. Así, por ejemplo, las **armas antimisiles*** y las **armas nucleares tácticas***, consistentes en una utilización miniaturizada de la bomba atómica, son generalmente consideradas como armas desestabilizadoras. Por el contrario, los **satélites espías*** son vistos como factores «estabilizadores», ya que sirven para evitar los riesgos de error y de desinformación (37; 121-122; 133; 164).

Disuasión (Estrategia de). La estrategia de disuasión se funda en la amenaza de una represalia catastrófica para el presunto agresor. De aquí la denominación **MAD**: destrucción mutua asegurada, que algunos pacifistas han adoptado como expresión del absurdo de esta estrategia, ya que la palabra inglesa «mad» significa «loco». El concepto pleno de disuasión se aplica a las dos superpotencia máximamente dotadas de armamentos nucleares y exige el equilibrio ponderado de estos armamentos (67-68; 74). En una acepción menor, los estrategas franceses han aplicado este mismo concepto en el sentido de disuasión «de débil a fuerte», el cual se apoya sobre el llamado **poder igualizador del átomo***. Se ha desarrollado también la estrategia de «disuasión gradual» que se identifica prácticamente con el de **defensa flexible***. La disuasión se funda en un determinado tipo de «acción psicológica» y se refuerza a menudo con un lenguaje tremendista (156). Desde un punto de vista ético parece muy discutible la legitimidad del mantenimiento por largo tiempo de este tipo de estrategia que produce ya grandes perjuicios a la vida de la Humanidad (355-357).

Disuasión gradual. Ver **defensa flexible**.

Doble decisión de la OTAN. Acuerdo adoptado por los Ministros de defensa y de asuntos exteriores de los países de la Organización del Atlántico Norte el 12 de diciembre de 1979 sobre la base de un doble planteamiento: 1º Plazo de cuatro años para la realización de negociaciones sobre la limitación de armamentos nucleares en Europa. 2º En el caso de un fracaso de estas negociaciones, decisión firme de desplegar nuevos sistemas de armas

nucleares de la OTAN en Europa consistentes en 108 rampas de lanzamiento para misiles **Pershing-2*** más 464 **aviones de crucero***. Vencido el plazo de cuatro años sin que se hubiesen logrado acuerdos en las conversaciones de Ginebra, este plan de despliegue fue puesto en marcha a partir de diciembre de 1983 y sigue siendo objeto todavía de grandes discusiones y algunas resistencias (82-88; 90).

Doctrina Dulles. Durante el período del monopolio atómico americano les faltó a los EE.UU. una doctrina rigurosa sobre la utilización del arma nuclear. Partieron de la base de que ésta era un **arma absoluta*** mediante la cual sería reprimido todo intento de alterar la paz mundial defendida por la USA. Los progresos del arma atómica soviética hicieron imposible el mantenimiento de esta postura y, a principios de 1954, el Secretario de Estado americano John Foster Dulles presentó una doctrina sobre la utilización de «la bomba» en la que se establecían las condiciones límite, fuera de las cuales la represión nuclear podría ser usada por los americanos. Esta doctrina tuvo un primer fracaso en la guerra del Vietnam, de la cual los EE.UU. salieron finalmente malparados. En 1957 Foster Dulles elaboró una segunda doctrina con la que trató de hacer frente a los profundos cambios experimentados por la Estrategia nuclear (29-30; 38; 47; 172).

Duopolio soviético-americano. Las dos superpotencias tienden a repartirse el poder mundial, erigiéndose en «hermanos mayores» de la Humanidad, sin que los demás estados puedan tener una intervención eficaz en sus grandes decisiones estratégicas y políticas. Esta situación da lugar a frecuentes tensiones en las que algunos de estos estados terceros tratan de defender su soberanía frente a la alianza fáctica de rusos y americanos. Esta situación sólo podría ser superada mediante un reforzamiento del poder de decisión de las Naciones Unidas o la constitución de un nuevo organismo mundial con poderes supranacionales efectivos (35-36; 175-180).

Efecto de interferencia. La gran cantidad de radiactividad y el potente haz de ondas electromagnéticas producidas por una explosión atómica impide que el estallido de una segunda bomba pueda realizarse con normalidad. Cabe decir, pues, que la primera bomba «mata» a la segunda y ésta es la razón por la que el «efecto de interferencia» sea llamado también «efecto fratricida». Los americanos se han planteado el problema de defender sus misiles **MX*** contra un posible golpe soviético. En un principio pensaron en recurrir a la dispersión y movilidad de los mismos; pero actualmente se han decidido por su acumulación en una zona reducida, lo que, en virtud del «efecto fratricida», bastaría para aminorar notablemente las pérdidas en caso de ataque contra los mismos (132; 136).

Escalada. Una guerra o una batalla iniciada con armas convencionales pueden fácilmente transformarse en nucleares. Análoga transformación se producirá al pasar de las **armas nucleares tácticas*** a las armas estratégicas. Esta elevación del nivel armamentístico de una contienda, que puede tener lugar por causas muy diversas, recibe la denominación general de «escalada» (37; 122).

Estrategia soviética frente al monopolio atómico americano (1945-1955). La desvalorización del arma atómica y el reforzamiento de las armas convencionales junto a la activación de la guerra subversiva fueron las claves principales de la estrategia rusa a lo largo de este período (43-45).

Eureka (plan). (152).

«Force de frappe». Ver **fuerza francesa de disuasión nuclear.**

Fuerza francesa de disuasión nuclear. Francia dispone de una fuerza nuclear reducida, pero suficiente para causar, a cualquier eventual atacante, pérdidas gigantescas. Esta es la base de la llamada **disuasión*** «de débil a fuerte», que a su vez encuentra su justificación en el **poder igualizador del átomo**. Mientras que en la estrategia clásica un ejército muy superior a otro, por sus efectivos ponderados, debe obtener necesariamente una victoria sobre éste, en la estrategia nuclear los daños producidos por la utilización de las armas atómicas son

tan grandes que no podrían ser compensados por una acción de signo contrario por parte del adversario. De aquí el efecto disuasorio de una fuerza nuclear, aunque no sea equivalente a la del enemigo. La existencia de la «force de frappe» plantea no pocos problemas en relación con la seguridad europea, ya que se produce una notable ambigüedad sobre la utilización que Francia haría de la misma en caso de guerra en el continente, sea para defender su propio territorio o para acudir previamente en ayuda de sus aliados, como la República Federal Alemana (207-220).

Guerra de Corea. En los últimos días del año 50 se produjo un momento de gran tensión al llegar las fuerzas americanas y sudcoreanas a la frontera con Manchuria y proponer el general MacArthur la utilización del arma atómica. La crisis fue superada al negarse el presidente Truman al empleo de la bomba (27-31).

Guerra de las galaxias. Nombre tremendista y sin ninguna base real que los medios de comunicación aplican a la **SDI*** (62; 155-158).

Guerra del Vietnam. En el curso de esta guerra, los americanos no se decidieron a la utilización de las armas atómicas aunque disponían ya de modelos miniaturizados de las mismas (30-31).

Guerra en el espacio. La posible utilización de los espacios extra-atmosféricos y sublunares para realizar la guerra futura es todavía muy problemático, pero que las naciones deben tomar en consideración, desde ahora, a fin de evitarlo (62-63; 156-158).

IDS. Ver **SDI**.

INF. Armas nucleares de alcance intermedio. La misma denominación se aplica a las conversaciones celebradas en Ginebra, sobre estas armas, entre 1980 y 1983 (90-102).

Masa crítica. Véase **bomba de fisión**.

MIRV. Misiles de cabezas múltiples con retorno independiente a la atmósfera inferior. El hecho de que cada cabeza nuclear pueda ser dirigida a un blanco distinto y con intervalos de tiempo regulables, permite evitar el **efecto de interferencia***. Por otra parte, la multiplicidad de cabezas eleva el efecto destructor total para una misma masa. Además, el «mirvaje» o utilización del MIRV convierte al misil en una perfecta anti-alarma ya que no queda limitado por el intercambio de «uno por uno» —un misil destruido a cambio de un misil atacado perdido—, sino que el cambio se realiza en la proporción de 1 a «n». Por esta razón, los MIRV deben ser considerados como sistemas de armas altamente **desestabilizadores*** (80-82; 129-133).

Misil de crucero. Ver **avión de crucero**.

Misiles intercontinentales. (124; 128-129).

Mutación balístico nuclear. La asociación del cohete con el arma atómica, en 1957, dio lugar a un nuevo **sistema de armas***: el **misil nuclear**, lo que ha sido considerado como la primera **mutación** importante en la historia de las armas atómicas (123).

MX (Misil). Poderoso misil americano que debe entrar en servicio en 1986 y que será desplegado antes de 1990. Dadas sus características, se trata de un arma notablemente **desestabilizadora***, razón por la cual una parte de los dirigentes americanos oponen cierta resistencia a su fabricación (135-136).

No-violencia. Ver **desarme unilateral**.

Opción cero de Reagan, de 1981. Fórmula de desarme que parece irrealizable por el momento, pero que puede servir de modelo de referencia (91).

Pershing-2 (Misil). Misil táctico americano que actualmente está siendo desplegado en Europa. Su alcance es de 1.500 kms. y el radio de su **círculo de error probable*** es de 40 metros. Es auto-dirigido, es decir, que corrige su propia trayectoria en el curso del vuelo por comparación con el terreno (77).

Plan Baruch y contrapropuestas soviéticas. (53-56).

Plataformas espaciales. (160-164).

Poder igualizador del átomo. Ver **fuerza francesa de disuasión.**

Poseidón (Misil). (134).

Propuesta americana de «Acuerdo transitorio» (marzo 1983). (98-99).

Propuesta Andropov (diciembre 1982). (93; 96-97).

Propuesta «intermedia» o «nueva opción cero» de Reagan (septiembre 1983). (99-100).

Reducción y limitación de armamentos nucleares. Concepto que deben ser distinguidos entre sí y ambos de la **congelación** y del **control*** (72).

SALT-1 y SALT-2. Importantes tratados sobre limitación de armas estratégicas firmados en 1972 y 1979 respectivamente. Si bien el segundo de ellos no fue refrenado por el Senado americano, el mismo ha sido tácitamente respetado hasta el presente por las superpotencias (74-76; 80-82; 133).

Satélites espías. Son medios informativos de carácter básicamente estabilizador (148-149; 164-165).

SDI. Plan de defensa estratégica contra misiles adversarios, a base de alta tecnología, propugnado por Reagan. El desarrollo de este plan, caso de que se lleva a cabo, exigirá un largo período de investigaciones y experiencias y será sumamente costoso. Los soviéticos rechazan este plan, afirmando que es incompatible con el Tratado ABM de 1972, y que sus efectos desestabilizadores producirán una peligrosa carrera de armamentos (121; 128; 142-144).

Sistema de armas. Un «sistema de armas» asocia armas y medios tecnológicos muy diversos. Así, por ejemplo, un **submarino nuclear*** o un **avión de crucero*** no pueden ser considerados como simples armas, sino como «sistemas de armas» (123-124).

Sputnik (Lanzamiento). Realizado por los soviéticos en octubre de 1957, produjo una enorme impresión en la opinión pública americana (126-127).

SS-18 (Misil). (134).

SS-20 (Misil). Es un misil táctico ruso cuyo alcance de 5.000 kilómetros cubre la totalidad de Europa occidental. Posee tres cabezas de retorno independiente (**MIRV***) y su «**círculo de error probable***» tiene un radio de 400 metros.

START. Conversaciones sobre reducción de armas estratégicas, durante los años 1982 y 1983 (103-105).

Submarinos nucleares. Son sistemas de armas estratégicas particularmente temibles (82; 124; 219).

Techo de nuclearización. Concepto de condiciones militares, técnicas, políticas, etc. que pueden dar lugar a que uno de los adversarios —o los dos—, en una guerra realizada con armas convencionales, puedan considerar útil la utilización de armas nucleares (39).

Tratado ABM. Firmado en 1972, como parte del **SALT-1***, establece la limitación o prohibición de ciertas armas de carácter defensivo. Su importancia en las actuales discusiones sobre la **SDI*** sigue siendo grande (79-80; 142).

Tratado sobre no proliferación de armas nucleares. (64-69).

Tratado sobre prohibición de pruebas nucleares. (59-62).

Unión de Europa occidental (U.E.O.). (201-205).

Utilización «indirecta» del arma atómica. Aunque el arma atómica no va vuelto a ser utilizada militarmente después de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, su influencia sobre los problemas económicos, políticos y sociológicos del mundo ha sido y sigue siendo enorme (51-52).

V-2. Cohetes utilizados por los alemanes para bombardear Londres y que en 1957 fueron reformados por los soviéticos para dar lugar a los misiles atómicos. Véase **mutación balístico nuclear** (125-126).

[Notas]

1. Los números del presente glosario hacen referencia a las páginas correspondientes de este libro en su primera edición. Se indican con asterisco otros puntos del Glosario que tienen relación con el consultado.

Cronología

1945

Agosto 6. Bomba de Hiroshima.

Agosto 8. Bomba de Nagasaki.

Noviembre 10-11. Conferencia de WASHINGTON entre EE.UU., GRAN BRETAÑA y CANADA contra el empleo de la bomba atómica y en favor de la utilización pacífica del arma nuclear.

1946

Enero 21. La Asamblea general de la ONU acuerda por unanimidad la creación de una «Comisión de energía atómica».

Junio. «Plan BARUCH» presentado por los EE.UU. ante la «Comisión de energía atómica» para la creación de una «Autoridad atómica internacional».

Junio 19. Contrapropuesta de la URSS al «Plan BARUCH» solicitando una «Convención Internacional» sobre destrucción y prohibición de armas atómicas.

1947

Febrero 8. Discurso de Pío XII a la «Academia pontificia de ciencias» condenando la guerra atómica.

Junio. La URSS vuelve a presentar su plan de 1946 a la «Comisión de energía atómica».

1948

Abril-junio. Explosiones nucleares experimentales americanas en el Pacífico, LENIWETOK, BIKINI.

Abril. La «Comisión de Energía atómica» rechaza el plan ruso de 1946-47. La Asamblea general de la ONU adopta el «Plan BARUCH» de 1946.

1949

Agosto. Primera explosión nuclear experimental en la URSS.

1950

Enero 31. El Presidente TRUMAN da orden de que continúen las investigaciones americanas para la invención de la bomba H.

Marzo 19. Manifiesto de ESTOCOLMO.

1951

Explosiones nucleares experimentales en el Pacífico, en la URSS y en los EE.UU.

Febrero 2. La ONU crea la «Comisión de Desarme».

1952

Octubre 3. Explosión británica en MONTEBELLO (Australia).

Noviembre. Primera explosión termonuclear, realizada por los americanos.

1953

Agosto 9. MALENKOV anuncia que la URSS ha conseguido una explosión termonuclear.

1954

Marzo 1. Explosión experimental de una bomba H en BIKINI.

Abril. Proceso OPPENHEIMER.

Abril 18. Mensaje Pascual de Pío XII sobre los efectos exterminadores del arma nuclear.

Junio. Batalla de Dien-Bien-Fuh y división del Vietnam en dos estados.

1955

Enero 19. Manifiesto de VIENA del «Consejo Mundial de la Paz».

Febrero-mayo. Numerosas explosiones experimentales en NEVADA.

Julio 18. Conferencia de los cuatro grandes en GINEBRA.

1956

Octubre. Intervención militar franco-británica en SUEZ.

Octubre. Ocupación de BUDAPEST por los soviéticos.

1957

Abril. «Libro Blanco» británico sobre armamento nuclear.

Mayo 17. Explosión británica en la isla de CHRISTMAS (Australia).

Julio 11. Declaración de científicos reunidos en PAGWASH (Canadá), por iniciativa de BERTRAND RUSSELL.

Septiembre-octubre. Primera reunión de la «Agencia Atómica Internacional» en VIENA.

Octubre 4. Lanzamiento del primer satélite artificial por los rusos.

Noviembre 5. Los rusos abandonan la «Comisión de Desarme».

1958

Febrero 1. Lanzamiento del primer satélite artificial americano.

Febrero. 9.000 científicos de todo el mundo piden el cese de las pruebas nucleares.

Marzo 31. La URSS propone el cese de pruebas nucleares.

Julio 1. Se convoca una «Conferencia de desarme nuclear» en GINEBRA.

Octubre 30. Conferencia en GINEBRA sobre suspensión de pruebas, sin resultados.

1959

Septiembre 18. Khrushchev propone a las Naciones Unidas un nuevo plan de desarme general que conduce a la Conferencia del 15 marzo 1981.

1961

Marzo 15. Conferencia de GINEBRA para el desarme general.

Julio. Conversaciones KENNEDY-KHRUSCHEV en VIENA.

Agosto. Rusia decide reanudar las pruebas nucleares.

Septiembre. EE.UU. deciden reanudar las pruebas nucleares.

1962

Octubre 22. Crisis de CUBA

1963

Mayo 21. Acuerdo URSS-EE.UU. sobre cooperación para la utilización pacífica de la energía atómica.

Junio 20. Acuerdo en GINEBRA para la instalación del teletipo rojo.

Agosto 5. «Tratado de MOSCÚ» entre EE.UU., URSS y GRAN BRETAÑA, prohibiendo las pruebas nucleares de superficie y aire.

1965

Noviembre. Diversas resoluciones de la ONU para el desarme.

1966

Septiembre 20-diciembre 20. XXª sesión de la Asamblea General de la ONU y adopción de medidas para evitar la proliferación de armas nucleares.

1967

Tratado de Tlatelolco para la desnuclearización de América Latina.

1968

Enero. «Tratado de no proliferación nuclear».

Agosto. Propuesta por la URSS de un «Tratado de Desarme».

1969

Noviembre 17-22. Primera fase de las conversaciones SALT en HELSINKI.

1970

Marzo. Entra en vigor el «Tratado de no proliferación nuclear».

Abril 16. Segunda fase de las Conversaciones SALT en VIENA, entre la URSS y los EE.UU.

Noviembre. Tercera fase de las Conversaciones SALT en HELSINKI entre la URSS y los EE.UU.

1971

Septiembre. Acuerdo de principio entre la URSS y los EE.UU. para «reducir el riesgo nuclear» y otro que prohíbe colocar armas nucleares en la plataforma submarina.

1972

Mayo 26. Firma del Tratado SALT 1 en MOSCU por NIXON y BREZHNEV.

Idem. Acuerdo provisional sobre congelación de los ICBN o misiles intercontinentales y los misiles instalados a bordo de submarinos.

1974

Julio. Acuerdo URSS-EE.UU. sobre limitación de pruebas nucleares subterráneas a 150 kilotonnes, a partir de 1976.

Noviembre. Acuerdo de VLADIVOSTOK sobre limitación de armamentos nucleares.

1975

Mayo. Conferencia para la revisión del «Tratado de no proliferación».

1977

Comienza el despliegue de los SS-20 en URSS.

1979

Junio 18. Carter y Brezhnev firman en VIENA el tratado SALT-2 no ratificado posteriormente por el Senado americano.

Diciembre 12. Doble decisión de la OTAN.

Diciembre 27. Penetración del ejército soviético en Afganistán.

1980

Enero 2. Enérgico rechazo soviético a la doble decisión de la OTAN.

Julio 7. La URSS se muestra dispuesta a iniciar nuevas conversaciones en Ginebra a condición de que los resultados que se alcancen en las mismas sólo sean aplicables cuando los EE.UU. ratifiquen el tratado SALT-2. Exige además conversaciones sobre armas especiales.

Noviembre 4. Ronald Reagan derrota a Jimmy Carter en las elecciones presidenciales.

1981

Febrero 23. La URSS (Brezhnev) dispuesta a una moratoria sobre el establecimiento de nuevas armas nucleares en Europa hasta que se consiga un acuerdo definitivo sobre la reducción de dichas armas.

Mayo 5. La «congelación» propuesta por Brezhnev es considerada como totalmente inaceptable por la OTAN.

Noviembre 18. «Opción cero» de Reagan.

Noviembre 30. Comienzan en Ginebra las conversaciones bilaterales sobre armas nucleares de alcance intermedio (FNI).

1982

Febrero 3. Proyecto soviético de tratado sobre las armas nucleares de alcance medio en Europa a base de reducir el número de unidades, por cada parte, a 400 fines de 1985.

Marzo 16. Nuevas precisiones de Brezhnev sobre su moratoria unilateral de armas nucleares en Europa.

Mayo 9. Reagan formula una propuesta de reducción de armas nucleares intercontinentales reduciéndose el número de ojivas por cada parte a 5.000.

Junio 15. Gromiko anuncia ante la Asamblea general de la ONU el compromiso unilateral de la URSS de no utilizar el arma nuclear en primera instancia.

Junio 29. Se inician en Ginebra las conversaciones bilaterales START para la reducción de armas estratégicas.

Julio 18. Primera conversación sobre el «compromiso del bosque» entre los negociadores americanos y soviéticos Nitze y Kvitsinsky.

Noviembre 10. Muerte de Brezhnev.

Diciembre 21. Propuesta Andropov sobre reducción bilateral de misiles en Europa.

1983

Mayo 3. Pastoral colectiva de la Conferencia Episcopal Norteamericana en torno a la guerra nuclear.

Mayo 21. REAGAN critica duramente a los pacifistas (volverá a hacerlo en 23 agosto).

Junio 29. Declaración del presidente MITTERRAND sobre la fabricación en Francia de la bomba de neutrones.

Julio. Propuesta norteamericana de destrucción de armas químicas.

Julio 20. Advertencia de ANDROPOV sobre el despliegue de nuevos misiles norteamericanos en Europa.

Julio 24. Entrevista STRAUSS-HONECKER (Alemania del oeste-Alemania del este).

Agosto 10. Declaración del «Consejo ecuménico de las Iglesias» condenando el empleo de las armas nucleares.

Agosto 18. Declaración ANDROPOV anunciando moratoria unilateral de la URSS sobre sistemas de destrucción de satélites artificiales.

Agosto 21. La URSS presenta ante la ONU un proyecto de tratado de no-militarización del espacio.

Agosto 27. Propuesta de la URSS sobre supresión parcial de misiles SS-20.

Septiembre 6. Se reanudan las conversaciones START.

Septiembre 26. Sesión inaugural de la 38ª Asamblea de la ONU: nuevo plan de desarme presentado por REAGAN.

Octubre. Importantes manifestaciones pacifistas en Europa y América.

Octubre 5. Propuesta de REAGAN a las conversaciones START para la reducción de ojivas nucleares, dos por una.

Octubre 15. Entrevista GROMIKO-GENSCHER.

Noviembre 24. La U.R.S.S. se retira de las negociaciones de Ginebra sobre euromisiles.

1984

Enero 6. La URSS repite su negativa a participar en las conversaciones bilaterales de Ginebra mientras la OTAN no restablezca la situación anterior de armas nucleares en Europa.

Enero 21. La URSS se declara dispuesta a continuar participando en las conversaciones multilaterales de Viena sobre reducción mutua y equilibrada de armas convencionales en Europa.

Enero 27. Reagan anuncia la construcción de una estación espacial habitada para 1992.

Febrero 4. La OTAN insta a la URSS a la reanudación de las conversaciones sobre euromisiles y misiles estratégicos.

Mayo 22. Entrevista Genscher-Gromiko. Declaración ulterior de éste en la que confirma la imposibilidad de que la URSS continúe el diálogo con los EE.UU. mientras no se restablezca el equilibrio anterior al despliegue de los euromisiles.

Julio 23. El presidente rumano Ceaucescu declara que el Kremlin estaría dispuesto a modificar sus condiciones para la reanudación de las conversaciones de Ginebra, no exigiendo el desmantelamiento de los euromisiles ya desplegados sino únicamente la congelación del despliegue. La agencia oficial soviética desmiente esta declaración y confirma la posición del Kremlin exigiendo la retirada total de los euromisiles.

Julio 24. La Administración Reagan afirma que los EE.UU. continuarán el despliegue de misiles de alcance intermedio en Europa sin prestar atención al supuesto cambio de postura de la URSS.

Julio 30. Fuentes próximas al Kremlin denuncian las pruebas de una nueva arma antimisil que los EE.UU. están preparando para el otoño.

Agosto 1. La URSS reconoce que está experimentando aviones de crucero de largo alcance como respuesta a la actitud de los EE.UU.

Septiembre 29. Entrevista Reagan-Gromiko.

Septiembre 30. Conversación Schultz-Gromiko con resultados «sustanciales».

Octubre 18. Reagan rechaza las propuestas formuladas por Chernenko para la reanudación de las conversaciones de Ginebra.

Octubre 21. URSS y EE.UU. se acusan mutuamente de violar acuerdos sobre limitación de armas nucleares.

Diciembre 1. Entrevista Reagan-Kohl. Declaración final: continuará inexorablemente el despliegue de euromisiles.

1985 (primer semestre)

Enero 8. Entrevista Schultz-Gromiko: los EE.UU. y la URSS llegan a un acuerdo para iniciar nuevas conversaciones sobre desarme nuclear y espacial, las cuales se reanudarán en Ginebra en marzo.

Enero 14-18. El gobierno belga se resiste al compromiso de instalar misiles de crucero en su territorio.

Enero 23. Reagan afirma su confianza en el sistema IDS de defensa en el espacio. Por su parte Moscú advierte que este programa llevará a una nueva carrera de armamentos entre las dos superpotencias.

Febrero 7. Nueva Zelanda se niega a recibir en sus puertos barcos norteamericanos con armamento nuclear.

Marzo 10-11. Muere Constantin Chernenko. Se anuncia la designación de Mijail Gorbachov como nuevo Secretario general del PCUS.

Marzo 12. Tras 15 meses de interrupción vuelven a celebrarse contactos bilaterales en Ginebra sobre armas nucleares.

Marzo 16. Bélgica acepta finalmente los misiles crucero de la OTAN.

Marzo 22. Se anuncia que las nuevas negociaciones de Ginebra se dividirán en tres grupos: armas de alcance medio, armas estratégicas y armas espaciales.

Abril 9. Gorbachov hace pública una moratoria unilateral rusa que consistirá en la congelación de los misiles soviéticos de alcance medio. Reacción negativa de la Casa Blanca.

Abril 10. Holanda desplegará los misiles si la URSS no **reduce** sus SS-20. Como simple **congelación** y no **reducción** la moratoria unilateral soviética no satisface a varios gobiernos europeos.

Abril 19. Francia presenta la alternativa «Eureka» al plan Reagan de defensa estratégica.

Abril 29. El Pentágono acepta la posibilidad de que sus futuras pruebas de armas espaciales contravengan el tratado ABM de 1972.

Mayo 2. Cumbre de Bonn de los siete grandes países occidentales industrializados.

Mayo 14. Reunión Schultz-Gromiko. Dificultades para fijar el plan de trabajo de las conversaciones de Ginebra.

Julio 7. Los alineados europeos piden a los EE.UU. que sigan respetando el tratado SALT 2.

Julio 7. Críticas de medios vaticanos al plan americano de defensa en el espacio.

Julio 12. La URSS desmiente las noticias de eventuales concesiones sobre el plan Reagan de defensa espacial.

Julio 31. Gorbachov anuncia en Helsinki una suspensión de pruebas nucleares hasta el 1 de enero de 1986.

Bibliografía reducida, en lengua española

- M. AGUIRRE, *De Hiroshima a los euromisiles*, Tecnos, 1984.
- R. ARON, *Los últimos años del siglo*, Espasa Calpe, 1984.
- R. ARON, *Paz y guerra entre las naciones*, Alianza Universidad, 1984.
- ASOCIACIÓN DE PERIODISTAS EUROPEOS, *La defensa de Europa: OTAN sí, OTAN no*, Argos Vergara, 1984.
- E. BARBÉ, *España y la OTAN. La problemática europea en materia de seguridad*, Laia, 1981.
- BOBBIO, *El problema de la guerra y las vías de la paz*, Gedisa, 1982.
- C. von CLAUSEWITZ, *De la guerra*, Labor. Punto Omega, 1984.
- CONFERENCIA EPISCOPAL NORTEAMERICANA, *El desafío de la paz. La promesa de Dios y nuestra respuesta* (Carta Pastoral Colectiva), PPC, 1983.
- R. CLOSE, *Europa sin defensa*, Plaza y Janés, 1977.
- N. CHOMSKY y otros, *Superpotencias en colisión. La nueva guerra fría de los años ochenta*, Debate, 1985.
- V. FISAS ARMENGOL, *Guía bibliográfica sobre estrategia y proliferación nuclear*, Fundación Bofill. Barcelona, 1983.
- O.R. FRISCH, *De la fisión del átomo a la bomba de hidrógeno. Recuerdos de un físico nuclear*, El libro de bolsillo. Alianza Editorial, 1982.
- J. HACKETT, *La tercera guerra mundial* (novela), Laser Press. México, 1980.
- P. KELLY, *Luchar por la esperanza*, Debate, 1984.
- F. MORÁN, *Una política exterior para España*, Planeta, 1980.
- A. MYRDAL, *El juego del desarme*, Debate, 1984.
- A. ROMERO, *Estrategia y política de la era nuclear*, Tecnos, 1979.
- V.D. SOKOLOWSKI, *Estrategia militar soviética*, Eds. del Ejército, Madrid, 1981.
- E.P. THOMPSON y otros, *Protesta y sobrevive*, Crítica, 1983.
- E.P. THOMPSON, *Opción cero*, Crítica Grijalbo, 1983.
- H.-J. VEEN, *Argumentos para la paz y libertad*, Distribución y Comunicación. Madrid, 1983.
- Ph. WEBBER y otros, *Crisis de los euromisiles*, Debate 1984.